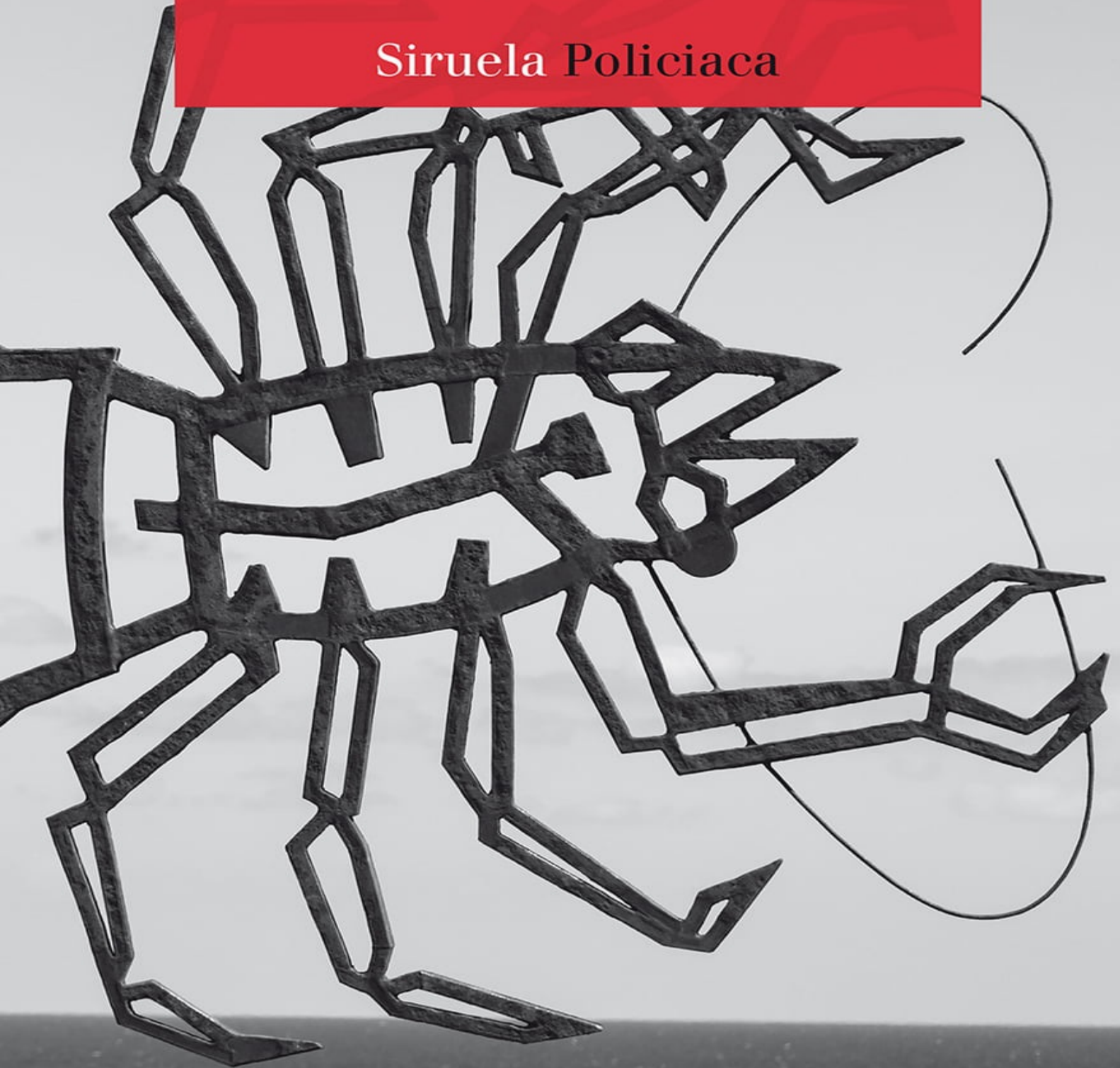


LA CEGUERA
DEL CANGREJO
Alexis Ravelo

Siruela Policiaca




LA CEGUERA DEL CANGREJO

ALEXIS RAVELO

Alexis Ravelo

La ceguera del cangrejo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: abril de 2019

En cubierta: fotografía de © Wjarek / Shutterstock.com

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Alexis Ravelo, 2019

Autor representado por

The Ella Sher Literary Agency, *www.ellasher.com*

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-35-6

Conversión a formato digital: María Beloso

En Lanzarote está mi verdad.

CÉSAR MANRIQUE

Por qué José Ángel Fuentes Medina compró una navaja de las pensadas para matar y por qué le dio el uso para el que había sido concebida es algo que la instrucción del sumario (con su inventario de nombres, fechas, lugares, circunstancias y grados de premeditación) pretende haber aclarado de forma meridiana. Pero el desvelamiento de sus motivos últimos (o primeros) está más allá del ámbito de su competencia. Así que no está tan claro ni es tan evidente por qué Ángel Fuentes hizo lo que hizo. Resultaría brutalmente sencillo decir, como han dicho tantos, que Fuentes era un perturbado o que, sin serlo, la locura hizo presa en él en algún momento, que el dolor lo llevó a obsesionarse y dar rienda suelta a unos celos enfermizos. Yo me niego a creer que todo sea tan fácil. Al margen de etiquetas patológicas, tiene que existir algún hecho, oculto entre los silencios del proceso, que dé una explicación o, al menos, otorgue un poco de lógica a sus acciones, más allá de la versión oficial.

Y acaso la mejor manera de comenzar a hacerse esas preguntas sea repetir y contestar aquellas que sí parecen tener respuesta. Para empezar, por qué Ángel Fuentes vino a Lanzarote.

Ángel Fuentes vino a Lanzarote porque en Lanzarote había muerto Olga Herrera. Y Olga había venido porque aquí había vivido César Manrique, porque estaba a punto de terminar su libro, porque no sabía que moriría sin hacerlo. Contra todo pronóstico, en uno de esos paisajes en los que jamás piensas que te alcanzará la muerte, Olga encontró la suya junto al mar que había amado. Irónicamente, ella siempre afirmaba que el mar era lo que le daba la vida. Solía decírselo en las raras ocasiones en que podían compartir un rato de playa o cuando surgía el asunto de un posible destino de Ángel en los Pirineos: «El mar me da la vida; yo no sé vivir tierra adentro».

Isleño como ella, Ángel solo veía en eso una más de las muchas peculiaridades de Olga, aquellas que había aprendido a aceptar y sin las cuales, muy probablemente, no habría sido la mujer que había borrado a todas las demás mujeres del mundo. Eso sí: nunca estuvo seguro de que a ella le ocurriera lo mismo, de que para ella él fuese el único hombre.

Mientras Olga acababa su libro yendo y viniendo entre Lanzarote y Gran Canaria como antes había hecho con Madrid o Nueva York (donde César Manrique también había vivido), pero con la ventaja de la cercanía, él había estado en el Líbano igual que antes en Afganistán y en Mali, centrado en hacer su trabajo y mantener intacto su propio pellejo hasta el final de la misión, con pocos permisos y casi ninguna posibilidad de seguir sosteniendo aquella relación que, no obstante, continuaba viva y creciendo día a día, pese a la distancia o acaso gracias a ella. Pero no podía evitar fogonazos en los que imaginaba a Olga perdiéndose entre los brazos de otro hombre, alguien sin nombre ni rostro que iba imponiendo entre ellos una distancia peor que la física. Ella, sin embargo, lograba borrar todas aquellas ensoñaciones de la infamia con una sola llamada telefónica, con un mensaje o un *email*, con la calidez que desplegaba en cada uno de los raros permisos de Ángel, con gestos generosos como el de aquella ocasión en que había regresado de Nueva York solo para pasar junto a él cuatro días de permiso que a ambos les supieron a poco. Pero después, cuando las circunstancias volvían a separarlos, regresaban los temores de Ángel, quizá porque nunca acabó de creerse del

todo que alguien como Olga pudiera conformarse con un tipo como él. Lo aterraba pensar que algo que no fuera la geografía acabara alejándolos. Y ahora, pese a las fotos de Mister Sonrisas (que habían puesto cara a su fantasma particular), se llamaba imbécil por haber pensado así, por perder tanto tiempo del poco que había podido disfrutar de ella en aquellas inseguridades, aquellos celos, aquellos complejos de inferioridad, porque al fin quien se la había arrebatado no había sido otro hombre, sino la muerte, y Ángel había acabado sintiendo la rara tristeza que suele dejar aquello que uno mismo se ha negado por tozudez, ignorancia o miedo.

LA LLEGADA

El hotel era profuso en cartelitos que prohibían fumar y amenazaba con recargar la factura de los infractores con setenta y cinco euros en concepto de «limpieza profunda de la habitación». Ángel Fuentes se había alojado en establecimientos donde la limpieza profunda de la habitación era más cara, pero cuando estaba en su casa tampoco solía fumar en su dormitorio: era una de las pocas restricciones que Olga había impuesto en su cotidianeidad y él la había convertido en norma. Así que salió al balcón para fumar un cigarrillo y comprobar, de paso, que le habían dado justo lo que había reservado por internet: una habitación doble con vistas al mar. Y el mar era el gigantesco animal dormido que había allí, al otro lado de la carretera, tumbado sobre la costa entre el islote del Francés y la punta de La Lagarta, de un verde y un azul que, pronto lo comprobaría, nunca eran los mismos; una alfombra falsamente llana que, de haber podido atravesarla en línea recta desde donde se encontraba, lo habría llevado al Sáhara Occidental, acaso a algún punto desolado de la inmensidad que se extiende entre Akhfennir y Tarfaya. Pensó, sin poder evitarlo, en otros desiertos en los que había estado, en la inmensidad arenosa entre Irak y Arabia Saudí, en el desierto de Registán, en toda aquella belleza y todo aquel miedo, mientras miraba la estampa cercana: la chica que se bañaba con su perro lanudo en la caletilla que había entre el Puente de las Bolas y el Nuevo, los turistas que cruzaban ambos, el taxista de la parada cercana que se entretenía, como quien echa millo a las palomas, arrojando pan a las lisas que frecuentaban los bajíos.

El Puente de las Bolas se llamaba así por las dos esferas de piedra que coronaban las columnas de un puente levadizo que ya no volvería a elevarse, porque el Castillo de San Gabriel ya no servía para defenderse, sino como museo y zona de recreo. Ángel se acordó de la base Miguel de Cervantes, de donde había regresado hacía unas semanas, y la soñó convertida en un enorme parque público para la gente de Marjayún. Eso fue durante solo unos segundos, los que tardó en darse cuenta de que ya casi se había acabado el cigarrillo. En el balcón no había cenicero, así que, sin miramiento alguno, arrojó la colilla a la calle y entró para deshacer la maleta. Tenía ropa para una

semana. Si se quedaba más tiempo, ya vería si compraba o lavaba.

Aunque estuviese algo anticuada, la habitación era amable y luminosa: la puerta se abría con una llave convencional y no con una de esas tarjetas magnéticas, el suelo estaba cubierto por una castigada moqueta gris y el ropero era un enorme armario empotrado. Junto a las puertas acristaladas del balcón, había un escritorio amplio, de los que se compran por lotes para oficinas. Sobre él había una bandeja con un calentador de agua, un par de tazas y sobrecitos de infusiones y de azúcar. Bajo la mesa descubrió una neverita. Pronosticó cervezas, un bote de nescafé, paquetes de papas o de frutos secos que le entretuvieran el hambre en los ratos muertos. Cerca de allí habría algún sitio donde comprarlos.

Dedicó un rato a organizarse un pequeño despacho en el hueco que dejaba la bandeja. Situó su portátil y, junto a él, puso un bloc escolar y un bolígrafo. Después comenzó a sacar del bolso de viaje las cosas de Olga, esparciéndolas en principio sobre la cama, para luego ir acomodándolas en la mesa: el móvil, la tarjeta de memoria de la cámara fotográfica, las subcarpetas amarillas (que contenían respectivamente, tal y como sus etiquetas anunciaban, recortes sobre César Manrique y recortes sobre Lanzarote), el disco duro externo y los tres cuadernos.

Por supuesto, cuando Alfonso le entregó todos aquellos objetos, él ya los había visto en múltiples ocasiones en las manos de ella, en sus bolsos, en sus maletas, en las mesas de noche o los escritorios de su casa o de los hoteles y apartamentos que habían compartido. Y, antes de venir, había estado leyendo los cuadernos y el borrador. No lo había hecho porque fuera a venir a Lanzarote; la cosa era al revés: había venido a Lanzarote porque los había estado leyendo.

Olga solía ser minuciosa y ordenada en su trabajo. Aquellos cuadernos Moleskine o Paperblanks se iban preñando con su caligrafía pulcra de escolar diligente distribuida en renglones rectos que formaban párrafos rigurosamente marginados. Esos primeros apuntes eran los borradores que iban creciendo y perfeccionándose cuando los pasaba al ordenador. Picar texto, lo llamaba ella. Ángel no había tenido necesidad de traerse el portátil pequeño y fiable que también viajaba siempre con ella, porque Olga almacenaba sus trabajos en el disco duro externo. Un lápiz de memoria no le habría bastado: su labor involucraba el tratamiento de innumerables series de imágenes que

reproducían obras plásticas, pero también fotos de personas y entornos, catálogos expositivos, recortes de hemeroteca y hasta maquetas de instalaciones. Ángel dejó a un lado los cuadernos y las carpetas de documentación, inició su ordenador y le conectó el disco duro.

Volvió a abrir la carpeta de las fotos. Días atrás, cuando Alfonso le entregó el bolso de viaje con las pertenencias de ella, fue lo primero que hizo: conectar el disco, explorarlo y dar enseguida con las fotos, las interminables series de fotos que Olga había hecho en sus últimos tiempos: panorámicas del Mirador del Río, el interior de los Jameos, la Casa del Palmeral, vistas de Timanfaya, de la Casa del Taro de Tahíche o los malpaíses que la rodeaban; planos detalle de tuneras, euforbias, veroles o higueras que crecían en lugares inesperados; estudios de las obras de César Manrique, tanto de los cuadros que había en los diferentes museos como de las esculturas que salpicaban las carreteras de la isla. Aparecían pocas personas en aquellas fotos: Sonia, sola o con Julia; un perro o un niño que se le habían cruzado y Olga había querido incluir en la composición; un grupo de hombres viejos en la mesa de un café que habían accedido a ser arrastrados por ella mientras jugaban al envite; un tipo alto con barba gris que debía de ser algún experto en Manrique, porque posaba señalando uno de sus murales y, por último, despertando la curiosidad de Ángel y cierta incomodidad que fue creciéndole en la boca del estómago, el treintañero insultantemente atractivo a quien bautizó al instante como Mister Sonrisas.

En una de las fotos estaba sentado al otro lado de una mesa que, evidentemente, había compartido con Olga en un restaurante playero. Ahí se le veía bien de cintura para arriba: tenía ojos negros, cabellos castaños peinados con un flequillo, una camisa blanquísima de algodón que el tipo llevaba a la ibicenca, con las mangas y el cuello mao sin abotonar. Sonreía mostrando unos dientes aún más blancos que la camisa y, en conjunto, parecía sacado de un anuncio de colonia. En otra, vestido con un polo celeste y unos bermudas que tiraban al amarillo pastel, enseñaba nuevamente aquella sonrisa destellante apoyado en el vano de la puerta de un presumible museo y Ángel comprobó que debía de ser alto y con un cuerpo fibroso pero musculado por el ejercicio y la buena dieta. La última foto de Mister Sonrisas había sido robada por Olga: aparecía de perfil, sentado en una mesa de terraza sobre la que había una taza de café, leyendo un libro de bolsillo. Ella lo había sorprendido en esa

actitud y había decidido que era una estampa interesante la del guapetón leyendo sin saber que estaba siendo observado. Aquí no había blancura de dientes, pero sí la evidencia de que a Olga le gustaba verlo, de que la atraía lo suficiente para hacerle fotos furtivas, de que para ella tenía algo de animal bello que valía la pena retratar. Por eso esta fue la foto que más le jodió.

Recordó cómo se le había helado la sangre la primera vez que la vio, hacía ahora un par de semanas, en la soledad de la casa de La Minilla. Quién carajo era aquel elemento y qué cojones hacía con Olga; eso fue lo primero que se propuso averiguar. Pero luego decidió no comportarse como el energúmeno que se sabía capaz de ser, no llamar inmediatamente a Sonia para preguntarle, no conectar el móvil de Olga para buscar mensajes comprometedores ni ponerse a rebuscar como un loco entre sus cosas hasta encontrar las pruebas de una traición que, de momento, solo estaba en su cabeza. Y en este instante, al sentir de nuevo aquellos celos, volvió a dominarse: si el tipo debía aparecer, lo haría; si no, se lo tomaría como una anécdota. No había venido para reclamar unos derechos de macho lastimadito que ya no tenían sentido. Había venido para otra cosa, aunque no supiera exactamente cuál. Por eso cerró la carpeta de fotos y comprobó, como si temiese que algo los hubiese hecho desaparecer, que los demás archivos estaban allí, que la última carpeta editada continuaba siendo la que se llamaba «CMVO» y correspondía al título provisional del libro de Olga: *César Manrique: una vida, una obra*. La carpeta también contenía archivos de imagen, pero sobre todo de texto. Uno de ellos, «Proyecto», detallaba los objetivos del libro, la obtención de la beca, el acuerdo alcanzado con la editorial y referencias a la extensión de los plazos de entrega. El segundo era una copia del contrato. El tercer documento se titulaba «Plan General». Consistía en un sumario de las diferentes partes que tendría el libro. Ángel había curioseado durante días en los archivos. De algunos de ellos no había entendido nada, sobre todo porque estaban en alemán o en francés. Parecían artículos de revistas de arte escaneados. Pero se había centrado, sobre todo, en un doc titulado «CMVO_provisional», porque ese era el texto del borrador del libro de Olga. Ese era el que había leído y releído, el que había hecho que le naciese la idea de venir a Lanzarote.

Envió un mensaje a Sonia para decirle que había llegado. Ella lo llamó cinco minutos después, y él, móvil en mano, volvió a salir al balcón para fumar mientras hablaban. Como si en realidad fuesen amigos, le preguntó si había tenido buen vuelo y volvió a disculparse por no haber podido ir al aeropuerto, a recordarle que había llegado en horas lectivas, a decirle que no tenía a nadie para sustituirla en clase.

—No te preocupes por eso, muchacha —dijo Ángel—. De todos modos, tenía reservado un coche de alquiler.

—Más tranquila me dejas. ¿Ya comiste?

—No, acabo de llegar al hotel.

—¿En cuál estás?

—En el Miramar.

—Vale. Si no tienes otro plan, podríamos comer juntos. ¿Te paso a buscar en media hora, más o menos?

—Perfecto.

Cuando cortaron la comunicación, Ángel dejó el teléfono sobre la mesita de plástico del balcón. Era blanca y debía de llevar mucho tiempo allí. Ningún mueble de exterior blanco parece blanco cuando lleva algún tiempo a la intemperie. Pensó en eso mirando las sillas a juego con la mesa, del mismo color y sometidas a un proceso similar. No se sentó. Continuó apoyado en la baranda, mirando a la nada, encandilado por la luz de mediodía. Pensó en darse una ducha, como hacía siempre que podía después de viajar, por corto que fuese el vuelo. De hecho, se había duchado esa misma mañana antes de salir para el aeropuerto, en el piso de La Minilla que había compartido intermitentemente con Olga durante cinco años, pero en el que habían hecho mucha menos vida en común de la que ambos habrían querido. El mismo piso que comenzaba a considerar poner en venta.

Arrojó también esta colilla, se olió los sobacos y fue a la maleta aún abierta sobre la cama. Sacar el neceser de aseo contribuiría a terminar de vaciarla. Ya solo quedarían los cargadores del ordenador y el móvil, el

despertador, las dos novelas que se había traído para los ratos muertos. Con el neceser, se fue al baño y se desnudó. Se vio de refilón en el espejo, pero no se detuvo a mirarse. Como todos creemos conocer nuestro propio cuerpo, él creía saberse de memoria su torso velludo y musculado, aunque algo barrigón; el tatuaje que recorría sus pectorales recordando en inglés que el único día bueno fue ayer; la pequeña cicatriz bajo la clavícula derecha, cuyo origen le estorbaba a veces el sueño; la barba corta y cerrada que comenzaba a encanecer; los ojos de demonio azul profundo que fascinaban a Olga y habían llegado a aterrorizar a otras personas que no hablaban su idioma; la nariz algo torcida que había sido recta antes de que el puño de un legionario se estrellase contra ella en un bar de Puerto del Rosario tras unas maniobras de hacía una década; el cabello castaño y fuerte que habría sido rizado si él lo hubiese dejado crecer, pero que llevaba rigurosamente cortado al dos. No le interesaba mirarse a sí mismo. No le interesaba mirar aquel cuerpo del que en otro tiempo había estado orgulloso y que ahora casi lo avergonzaba.

Al meterse en la ducha, recordó la última visita que le había hecho a Alfonso, los largos silencios del viejo, sus miradas dirigidas al vacío, su hospitalidad hecha café en la casa en la que ya solo le quedaban recuerdos, lo que le dijo después de un rato, cuando ya estaba a punto de volver a recoger las tazas para llevarlas a la cocina: «Yo no sé si de verdad es bueno que vayas para allá, mi hijo. Yo no sé si te va a servir de algo».

Sonia se retrasó. Desde la terraza del hotel, la vio cruzar la avenida sin reconocerla hasta que la tuvo a unos metros. Fue a causa de su peinado, porque ahora llevaba el pelo cortado por los hombros y teñido de violeta; quizá también de los kilos que había ganado en los dos años que llevaban sin verse. Por lo demás, seguía siendo la profe de Lengua y Literatura que había parado de envejecer a los treinta y pocos, la mujer de rostro redondo y risueño y grandes ojos escrutadores ocultos tras unas gafas de montura de color naranja. La misma Sonia de siempre. La feminista. La roja. La que él siempre sospechó que no era demasiado feliz con la idea de que la pareja de su mejor amiga fuese un militar.

Le plantó en las mejillas dos besos sonoros y le dio un abrazo de abuela, antes de pararse a mirarlo como también una abuela lo habría hecho. Luego se disculpó por el retraso y le propuso comer en el Charco de San Ginés. El sol y el viento eran dueños del paseo, así que callejearon hasta allí buscando la sombra y el soco. Pero en el Charco no hubo manera de evitarlos, mientras rodeaban la lagunita donde las barcas dormitaban al solajero. De entre las terrazas que ofrecían su sombra y sus olores a buena fritura, escogieron la de una tasquita y comieron boquerones y atún teriyaki, charlando sobre el trabajo de ella (que a Ángel le interesaba bien poco) y los viajes de él (que a Sonia le interesaban aún menos). Después hubo un silencio en el que los ojos se les fueron a las palomas que merodeaban por esa orilla del Charco, a un viejo que paseaba con un perro todavía más viejo, a una chica que se cruzó con el perro y el viejo y se detuvo a darle un cariño al chucho. Entonces Sonia le preguntó a bocajarro cuál era su plan. Ángel no respondió enseguida. Se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y, tras exhalar la primera bocanada de humo, dijo que en realidad no tenían ningún plan, que simplemente había estado leyendo el trabajo de Olga y le había dado por venir, por ver qué había estado haciendo, dónde había estado en los últimos tiempos, o, mejor dicho, en sus últimos tiempos.

Sonia se ajustó las gafas mirando al centro de la mesa y a él le pareció que ese gesto intentaba disimular su compasión. Se sintió pequeño, se sintió torpe,

se sintió ignorante, como siempre que estaba con Olga y con ella o con alguno de los amigos que ellas frecuentaban. Eran gente inteligente, que había estudiado, que conocía rincones de la realidad a los que él se consideraba incapaz de llegar. Pese a su incomodidad, no solo notó a Sonia compasiva, sino también buena.

—Igual te hace bien. Igual es tu forma de cerrar el duelo.

Ángel asintió sin decir nada, barajando una forma apropiada de preguntar a Sonia por Mister Sonrisas, dejarlo caer al pasar, como si no tuviese importancia. Pero lo reservó para otro momento, porque ahora ella sonreía, recordando alguna anécdota íntima, algo a lo que él era ajeno. Ante su mirada de curiosidad, decidió iluminarlo:

—«Él no sabe todo lo que sabe». Eso es lo que decía Olga sobre ti. — Ángel frunció el ceño, sin comprender del todo. Sonia insistió—: Siempre decía eso: que tú no sabías todo lo que sabías. Que no eras consciente de lo inteligente que eres.

A Ángel aquella declaración le pareció una cifra más de la lástima. Ni siquiera se ruborizó. Se limitó a agradecerle el intento devolviéndole el cumplido en forma de recuerdo.

—A ti estaba todo el día nombrándote —dijo—. Aunque pasara meses sin hablar contigo, siempre estabas en todas las conversaciones.

Sonia se añurgó un poco al decir:

—Ella va a estar siempre en todas las nuestras, supongo. A lo mejor esa es una manera de sobrevivir, ¿no?

Ángel asintió, pensando en aquello que acababa de decir Sonia.

—Sobrevivir no es vivir —se le ocurrió comentar.

—¿Ves tú? El animal conoce —se jactó ella—. Tú eres más listo de lo que aparentas.

Compartieron una sonrisa resabiada; luego el silencio, un par de miradas breves a lo lejos y una última y prolongada que buscaba un punto de fuga entre las migas del mantel.

—Se está quedando el día así como triste, ¿no? —dijo Sonia, por señalar lo evidente.

La sobremesa no se alargó mucho más. Ángel pidió la cuenta y se prepararon para levantar el campamento. No la dejó pagar. Sonia protestó y

quedaron en que la próxima vez invitaría ella. La acompañó hasta el aparcamiento del islote del Francés, donde había dejado su polvoriento Ford Fiesta. El coche de alquiler de Ángel estaba estacionado un poco más allá. Él se lo hizo notar.

—Lo mejor que hiciste fue dejarlo aquí. Por ahí, en el casco, no hay sitio. Mucha calle peatonal. Un lío.

Ángel le dio la razón como si hablaran de algo importante. Ella se ofreció a acercarlo al hotel, pero él le dijo que estaba solo a doscientos metros, que pasearía. Se quedó allí, viéndola maniobrar hasta incorporarse al tráfico. Se saludaron con la mano y Ángel recorrió la avenida, asfixiado por el calor húmedo que el viento malcriado apenas disipaba.

La marea había subido hasta cubrir la barra de Juan Rejón y los peñascos que se extendían entre San Gabriel y el Francés. Un grupo de chiquillos se entretenía lanzándose al agua desde el puente. Se sentó en un banco y se entretuvo con el espectáculo, recordándose a sí mismo en el muelle de Agaete con esa edad o un poco menos.

La primera vez que pisó Lanzarote era un niño pequeño. Fue uno de los pocos veranos en los que su familia pudo permitirse unas vacaciones. De aquella ocasión recordaba los mareantes viajes en ferri, los juegos en la arena con su hermana, el timbre metálico de su bicicletita amarilla, el guineo de su hermano con la puta canción del Comando G, el aliento a cerveza de su padre, las sillas de playa baratas y los bocadillos de aquella tortilla de papas fría que sabía ser grasienta y reseca al mismo tiempo.

La segunda vez fue con Laura. Llevaban un par de años casados, estaban ya a punto de no estarlo y el viaje fue un último intento de reavivar una pasión que ambos se negaban a reconocer que jamás había existido. Ángel guardaba de aquella escapada una memoria triste, preñada de silencios disimulados por la lectura o la atención a los teléfonos móviles, por el visionado compartido de programas de televisión en un apartamento de Puerto del Carmen, por la música pachanguera en la radio de un coche alquilado para hacer tediosas excursiones a las playas más alejadas.

Así que la tercera oportunidad en que pisó la isla, aquella en la que acompañó a Olga en uno de sus primeros viajes (cuando aún no había obtenido la beca ni cerrado el acuerdo para el libro, pero ya coqueteaba con la idea de escribir sobre César Manrique), no era tan deseada como impuesta por las ganas de estar junto a ella. Y, precisamente por esto último, supuso una sorpresa redescubrir la isla en aquel ir y venir desde la casa de Sonia en Playa Honda, donde la profesora les había cedido un espacio que no le sobraba. Olga logró que los ojos se le llenaran de los sitios que había sufrido con Laura. Refractario a los tópicos del volcán y el viento, más atento a la boca de Olga que a lo que esta le contaba sobre la Casa del Taro o los Jameos, no asimiló casi ninguna de las muchas cosas que ella le explicó, pero en su

memoria Lanzarote cambió para siempre. Ya no volvería a ser aquel recuerdo confuso de la infancia ni el lugar del hastío, sino una especie de sonrisa áspera y amable a un tiempo.

Hoy, no obstante, lamentaba no haber encontrado en sí mismo una pizca de sensibilidad para todo aquello que la apasionaba. Como cuando ella había escrito sobre Óscar Domínguez, Remedios Varo o Manolo Millares, la escuchaba sin prestar demasiada atención ni comprender del todo. No era que no le importase: era que carecía de conocimientos, de disposición, de habilidades para comprender aquellos conceptos que ella utilizaba. No era una cuestión de actitud, sino de aptitud. Le habría ocurrido igual si Olga hubiese sido economista o neurocirujana en lugar de historiadora del arte, porque el problema (había entendido él hacía tiempo) era su falta de conocimientos, su poca sensibilidad, su delgada capacidad intelectual. Dijera Olga lo que dijese, estuviese Sonia de acuerdo con ella o no, él se consideraba a sí mismo uno de esos tipos a los que apaleas y caen bellotas. Pero si quería que aquel viaje tuviese algún sentido, tendría que esforzarse por dejar de serlo, aunque ya no hiciera falta, aunque ya todo fuese inútil.

Volvió a la habitación con provisiones adquiridas en un supermercado cercano. Se entretuvo un poco en la puerta, porque no recordaba que había dado dos vueltas de llave al salir. Se propuso no volver a hacerlo: parecía un hotel tranquilo. Bastaba con una vuelta. O con ninguna.

Aunque la nevera no enfriaba demasiado, las cervezas se mantendrían a una temperatura presentable. Lo demás lo situó sobre la bandeja, para no robar espacio al ordenador y los papeles.

Sopesó la idea de telefonar a Mauri, pero sabía que, si lo hacía, esa tarde ya no haría otra cosa que beber con él. También desechó la tentación de hacer una siesta. Prefirió hacerse un nescafé, iniciar el ordenador y abrir el borrador para releerlo.

La introducción del libro comenzaba contando que a los treinta y ocho años César Manrique era ya un artista de éxito. Había esculturas y murales suyos por toda la geografía española y exponía en París, en La Habana, en Friburgo, en Río, en Oslo o en Buenos Aires. Durante años, su estudio de la calle Covarrubias había sido un lugar interesante para la vida artística madrileña, hasta que decidió no volver jamás a él después de que a Pepi Gómez, su pareja, la fulminara un cáncer. Entonces fue cuando se marchó a Nueva York, alquiló un estudio en la Segunda Avenida y salió del armario en todos los sentidos. Allí conoció a Warhol, Stamos y Rothko, y la Catherine Viviano Gallery comenzó a vender muy bien sus obras a coleccionistas de todo el continente americano. Lo normal habría sido que continuara viviendo en los Estados Unidos o se trasladara a París, a Berlín, a los sitios donde los artistas crecen, desarrollan relaciones, aumentan su prestigio. Sin embargo, Manrique decidió volver a Lanzarote. En realidad, nunca se había ido del todo: durante sus periodos madrileño y estadounidense había regresado periódicamente para vacaciones o para cumplir encargos y había continuado cultivando sus relaciones con familiares y amigos de toda la vida. Pero fue en ese momento, en esos años en los que su carrera había despegado, cuando César Manrique pareció entender que en Lanzarote era donde estaba su lugar creativo. Aquello no era un mero apego a la patria chica, comentaba Olga, que

citaba al mismo artista al decir que él se sabía ciudadano del mundo, que no creyó nunca en un provincianismo paleta. No, era algo más profundo, más importante, algo que con toda probabilidad estaba más allá del propio entendimiento de César, algo a lo cual solo era capaz de llegar mediante una especie de intuición.

Así que César volvió a Lanzarote y comenzó con la que sería realmente su gran obra. Y esta no fue un cuadro, una escultura, un mural, una pieza concretos, sino la isla toda, una isla transformada por la mirada del artista que, en la novedad de su intervención, desvelaba la prístina verdad de su naturaleza.

Con estas palabras exactas concluía Olga su introducción, y Ángel, la primera vez, hubo de releer ese último pasaje y solo tras buscar el adjetivo «prístino» en un diccionario en línea comenzó a hacerse una vaga idea de lo que quería decir. Pero aún no lo tenía del todo claro.

A última hora de la tarde, dejó de leer para buscar en un programa de geolocalización los caminos que habría de tomar, consultar horarios y distancias. Le costó un buen rato, porque de pronto su ordenador se había puesto a funcionar a ritmo de tortuga. Supuso que la culpa la tendría la red del hotel.

Luego bajó a la calle y buscó un restaurante presentable donde cenar. Lo encontró en la avenida Fred Olsen, frente a la playa del Reducto: un italiano tranquilo donde se comió una *pizza* y se bebió media botella de vino, agradeciendo a medias la conversación que el camarero, tan italiano como el restaurante, se sintió en la obligación de darle.

Aprovechó la llegada de una familia a una de las mesas del interior del local atrajo la atención del camarero para acabarse su vino con tranquilidad, pensando sin estorbos, reflexionando sobre su necesidad de estar allí, en Lanzarote, de interesarse por un artista que jamás le había importado antes de Olga y que incluso estando con ella tampoco le había interesado demasiado.

Por supuesto, como cualquier otro canario de su edad, Ángel sabía quién era César Manrique. Más personaje que persona, era aquel tipo amanerado y enfático que aparecía en noticias o reportajes trabajando en un lienzo con un mono azul, paseando con camisa graciosa y vaqueros por un paisaje de lava volcánica o con bañadores diminutos en la caleta de Famara. En la época en que Ángel era pibe se decía que Manrique era un gran defensor del medio ambiente, que peleaba con uñas y dientes por el paisaje lanzaroteño. Y debía de ser verdad, porque cuando aparecía en televisión o en radio siempre se le oía soltar discursos imprevistos, impulsivos, sin lugar a réplica, realmente cabreado con políticos y empresarios que parecían llevarle la contraria. En una ocasión, encabezó un piquete que paralizó el trabajo de unas excavadores en no recordaba qué playa. A este hombre le quieren cerrar la boca, dijo su padre señalando a la tele, pero no van a poder: este es de los que tienen los huevos bien puestos y no se callan ni debajo del agua. Ángel, adolescente, no sabía con exactitud quiénes eran aquellos que querían cerrarle la boca al artista, aunque tampoco le interesaba demasiado.

También se decía que Manrique tenía prestigio internacional y amigos muy importantes, pero prefería tratar con campesinos, pescadores o albañiles. Quizá por eso todo el mundo hablaba de él mencionándolo por el nombre de pila, casi nunca por el apellido. Ángel era más bien refractario a toda aquella simpatía: como tantas otras personas que aparecían en las noticias, César Manrique solo formaba parte del mobiliario del mundo en el que le había tocado vivir.

En la época en que dejó el instituto y se puso a trabajar con su padre en el bar, Manrique ya era viejo, aunque no lo aparentara. Y todo el mundo pensaba que en cualquier momento le comenzarían los achaques, se haría mayor de verdad y la vejez lo iría quitando de en medio poco a poco, como hace con todos los viejos. Pero no: César Manrique no se dejó comer lentamente por ninguna enfermedad, no permitió que la decrepitud le fuera menguando las energías hasta la extinción. Murió en septiembre de 1992, en un accidente con un Jaguar que conducía él mismo.

Hubo quien dijo que el accidente había resultado demasiado oportuno y conveniente para los enemigos de César, que eran muchos y poderosos y habían pasado los últimos años negándole el pan y la sal. En cualquier caso, tras su muerte vinieron los panegíricos, los homenajes, las conmemoraciones, ahogando el murmullo de las teorías de la conspiración. Pero Ángel siempre había sido más de los que leen las páginas deportivas que las culturales o las políticas y César Manrique se quedó ahí, en el fondo de su memoria, mientras la vida le iba pasando a él mismo por encima: sus propios padres fueron llegando a aquella vejez que el artista se negó, las cosas se pusieron feas y el bar de la familia hubo de ser liquidado para pagar las deudas, su hermano y sus hermanas fueron abandonando la casa y él mismo entendió que tendría que hacer algo con su vida y acabó presentando una solicitud para ingresar en el Ejército.

Los últimos veinticinco años los había pasado de uniforme, yendo y viniendo de un lado al otro del país o del mundo, divorciándose una vez, queriendo y dejando de querer muchas, rompiendo relaciones con sus hermanos a causa de un absurdo pleito por la menguada herencia de sus padres, permitiendo que la vida tironeara de él por la superficie del tiempo hasta que apareció Olga y todo cambió para siempre, pues con Olga llegó la sospecha de que la realidad era algo más amplio y más profundo de lo que él

había creído conocer hasta ese momento.

A la mayor parte de las mujeres que habían pasado por su vida las había atraído en un principio gracias a su uniforme. Olga, por el contrario, lo había querido a pesar de él. De hecho, en los últimos años habían fantaseado juntos con la idea de que él se licenciase y se dedicara a otra cosa. Se recordaba a sí mismo en la cama con ella, poco antes de irse al Líbano, hablando de la posibilidad de montar una empresa de excursiones de montaña, un recinto de *paint ball*, cualquier cosa para la que se considerase apto y que le permitiera permanecer en la isla y trabajar en algo en lo que no le mandara nadie. Hasta habían hecho cálculos económicos y barajado fechas y posibilidades. Olga habría sido feliz. Y él también lo habría sido.

Regresó al hotel dando un lento paseo por La Marina. Al llegar a la habitación no volvió a encender el ordenador. Se lavó los dientes, fumó un último cigarrillo y se acostó. Tenía previsto levantarse a las siete de la mañana. Pero se despertó a las seis y cuarto, bañado en sudor, huyendo de una pesadilla de la cual su memoria solo pudo rescatar un olor a incendio.

Mientras esperaba a que comenzara la hora del desayuno en el bufé del hotel, salió a fumar y contempló un amanecer lleno de nubes, pensando en lo que haría esa mañana: la mañana del día en el que comenzaba realmente su viaje.

FORTALEZA DEL HAMBRE

El bufé estaba situado en la azotea y disponía de una amplia terraza donde se permitía fumar. Sin embargo, desayunó en el comedor, para que no le jodiera el viento. Coincidió con pocos huéspedes: un matrimonio de jubilados peninsulares, una familia joven con un niño menos ruidoso de lo que él había temido en principio y tres solitarios de mediana edad con pinta de representantes comerciales que atendían la provincia. Uno de ellos era una mujer que no apartaba la vista de su teléfono móvil. Los otros dos eran tipos grises que estaban pendientes de sus *tablets*, cada uno en un extremo del comedor. Seguramente adelantaban el trabajo de esa jornada. Él, por su parte, hizo algo similar con ayuda de un mapa de la isla y de uno de los cuadernos de Olga, mientras mojaba churros en el café. Cuando se los terminó, dobló el mapa y lo introdujo en el cuaderno. Siempre tendría tiempo, por el camino, de parar a repararlos tomando algo.

Se sirvió otro café y salió a tomárselo a la terraza. El viento amainó un poco y le permitió disfrutar de un cigarrillo, en pie, junto a la barandilla.

Notó, en algún momento, la presencia de la mujer. También había salido a la terraza a fumar y acabarse el café con leche, sentada a una de las mesitas de mármol. Sintió que le echaba un vistazo de reojo, entre una y otra mirada al móvil. Aprovechó que ella volvía a su teléfono para mirarla también. Llevaba el cabello castaño claro recogido en un moño, un vestido fucsia de algodón, fresco pero bastante formal. Desde donde estaba podía ver uno de sus zarcillos de falsa amatista y parte de un rostro maquillado sin exceso. Comprendió que era más joven de lo que había pensado en los primeros instantes. Acaso tendría cuarenta y pocos. Cuando ya iba a dejar de mirarla, la mujer notó que lo estaba haciendo y alzó la vista hacia él para regalarle una sonrisa que le pareció agradable. Ángel correspondió, pero, en el mismo movimiento, aplastó el cigarrillo en el cenicero y cruzó ante ella para marcharse. A modo de saludo, intercambiaron también una inclinación de cabeza, todo muy formal y muy amable, aunque, mientras se dirigía a la salida, entendió que la mujer no le quitaba la vista de encima. Más que incómodo, se sintió halagado.

No sabía si la capital de Lanzarote tomaba su nombre de los arrecifes que salpicaban la costa oriental de la isla, pero sí que el Castillo de San José había sido una de las fortificaciones levantadas para defenderla. Según el libro de Olga, lo habían construido en el siglo XVIII y lo habían apodado la Fortaleza del Hambre porque había dado trabajo a mucha gente durante una de las periódicas hambrunas conejeras. La de esa época había sido causada por una sequía persistente y por las erupciones del Timanfaya, pero no había sido distinta ni menos devastadora que otras con motivos menos concretos. El castillo era un edificio austero sobre el borde de un acantilado, un rectángulo levantado con bloques de piedra volcánica que miraba al mar pero se defendía por el lado que daba al interior con dos torretas y un foso. César Manrique concibió la idea de convertirlo en un museo de arte contemporáneo, que se inauguró en 1976. Y cuarenta y un años más tarde, Olga murió intentando sacarle una foto.

Ángel estacionó en el aparcamiento del castillo, pero no entró. Caminó hacia la carretera y recorrió el paseo que iba hacia el noreste y la bordeaba hasta que esta giraba hacia la Vía Medular. A su derecha se extendía un litoral hecho de riscos que se alternaban con pequeñas calas, conformando una bahía encerrada entre la boca de Naos y el puerto de Los Mármoles. A su izquierda, al otro lado de la carretera poco transitada, un barrio de casas terreras y un pequeño polígono industrial con naves y almacenes. Se fijó en la zona de aparcamientos que había ante el polígono: allí era donde Olga había aparcado el Ford Fiesta de Sonia. Al menos, allí era donde había aparecido el coche, cerrado y sin signos de violencia. Calculó, por lo que le habían contado y por la posición del polígono, que el lugar era el que tenía ahora mismo ante sí, el saliente pelado entre un mirador y el acantilado sobre el cual se alzaba el castillo.

Salvó el murete de protección y avanzó hacia el promontorio por la explanada de tierra, piedra y picón. Cuanto más se acercaba al borde, más fuerte era el viento, que le daba cachetadas y le inflaba la ropa, dificultándole el avance. Al parecer, aquella tarde también soplaba el viento. Como casi

siempre. De hecho, la explicación oficial era que el accidente había sido causado por una racha de viento, por un resbalón, o por la más que probable combinación de ambas circunstancias, unidas a la temeridad de Olga al acercarse tanto al precipicio. Sonia, en una de sus conversaciones telefónicas, le había contado que Olga pretendía sacar una foto del castillo desde una distancia de unos doscientos metros, recortándose al atardecer contra Naos. Desde el mirador cercano, el saliente debía de estorbarle la estampa. Por eso había hecho lo que en ese mismo instante estaba haciendo él: caminar, más allá del muro, los quince o veinte metros que lo separaban del borde sintiendo la ventolera en el rostro y la gravilla del picón bajo las suelas de los botines, encorvándose un poco para poder avanzar.

Al llegar hasta allí, Ángel se arrodilló y miró al precipicio. A esa hora, el mar no alcanzaba el pie del acantilado. Había una zona de lajas que solo las mareas más altas llegarían a cubrir. Pudo calcularlo con claridad porque la caída no era grande, acaso diez o doce metros desde el borde del precipicio hasta las lajas. Olga había debido de caer mal, sin tiempo de prepararse para el topetazo. O quizá, absurdamente, tuvo el tonto reflejo de proteger la cámara en lugar de la cabeza. No falleció en el acto. Debió de agonizar durante horas. Se había roto las piernas, tres costillas, un brazo y el cráneo. No obstante, habría podido salvarse. Ángel se había sometido al martirio minucioso de la consulta de los informes: el traumatismo craneoencefálico la había dejado sin conocimiento, pero finalmente falleció a causa de un neumotórax. Las costillas le perforaron el pulmón izquierdo y le entró aire en el espacio pleural. Si la hubieran encontrado a tiempo, habría habido varias maneras de salvarla. Pero no comenzaron a buscarla hasta la hora de la cena, cuando a Sonia le pareció extraño que no hubiese vuelto. Y no la encontraron hasta después de medianoche, tras dar con el Ford Fiesta aparcado frente a las naves y dedicarse a peinar la zona.

Entre tanta fatalidad, un único consuelo: la encontraron antes de que la marea se la llevase y Alfonso pudo darle el sepelio que consideró digno depositando sus restos allá donde reposaban los de su esposa, la madre de Olga, fallecida hacía tanto, uniendo en la muerte a las dos personas más importantes en su vida.

Él, Ángel, no había estado. No pudo despedirse de Olga porque se encontraba destinado en la Posición 4.28, vigilando la Blue Line entre Líbano

e Israel. De haber estado casados, le habrían dado permiso para venir de inmediato y acaso habría llegado a tiempo. Pero no lo estaban. Y todo ejército, por moderno que sea, tiende al puritanismo. Así que no le dieron permiso y Ángel tuvo que comerse el dolor y la angustia en medio del frío invierno de Ghajar, porque «el primer deber es el cumplimiento de la misión». Siempre había estado de acuerdo con esa lógica del sacrificio, hasta esa mañana fría en la que su capitán y el páter le dijeron que lo comprendían, que los tenía allí para cualquier cosa que necesitara, que procurarían rebajarlo de servicio y hacerle la situación lo más soportable posible, pero que en ese momento era imposible concederle permiso para volver. Tardó tres semanas en poder regresar a España. Para ese entonces ya solo pudo encontrarse con Alfonso, visitar el cementerio de San Lázaro y ver la lápida que su oficioso suegro había elegido para el nicho.

Allí, sobre el saliente, mirando el acantilado por el que Olga había caído, recordó el día en que Alfonso lo hizo ir a su casa para darle las cosas de ella, todo aquello que el hombre se había llevado de Lanzarote cuando le tocó venir para hacerse cargo del cadáver de su única hija. Y se acordó de su entereza, del pragmatismo con el que fue enumerándole el contenido del bolso de viaje mientras lo iba extrayendo y distribuyendo sobre su mesa de comedor.

—La cámara está inservible por la caída, pero la tarjeta está intacta. El móvil no se llegó a mojar, así que también funciona. En el pósito que tiene pegado está el pin, por si quieres mirar algo. Igual habrá fotos de ustedes dos que quieras conservar o conversaciones, no sé. También hay un par de carpetas, los cuadernos de notas de ella y el disco duro. Lo exploré y di con el borrador. Hice una copia. La editorial quiere revisar el libro y editarlo. Pero yo todavía no les he respondido. Primero quería hablarlo contigo. ¿Cómo lo ves?

—Decide tú —le contestó en aquel momento—. Legalmente, es decisión tuya.

—Eso ya lo sé. Te estoy preguntando qué te parece.

—Tú eres el heredero legal —insistió Ángel.

El viejo negó con la cabeza, se sentó en el brazo del sofá.

—Yo no voy a hacer nada sin contar contigo, querido. Aunque no hubiera papeles de por medio, tú eres mi yerno y punto.

Ángel recordaba la imagen: el hombre delgado y miope, mirando las pertenencias de su hija muerta con los brazos cruzados y la obstinación en el rostro macilento, los escasos cabellos grises despeinados sobre su cabeza de pera.

—Yo sé que tú la querías. Y que ella te quería a ti. Con eso me basta, mi hijo.

A Alfonso se le quebró un poco la voz en las últimas palabras. Por un momento, Ángel temió que se echara a llorar. Pero no fue así. De repente, pareció reponerse y señaló una carpeta con papeles.

—Ahí está el informe del atestado. Fueron muy minuciosos. Hicieron las cosas bien. Sonia también se portó muy bien. Me quedé en casa de ella cuando fui para allá. No me dejó solo ni un momento.

Por tercera vez en esos días, Ángel le dijo que sentía mucho que él se hubiese tenido que hacer cargo de todo, y Alfonso volvió a repetirle que no se preocupara, y él, a insistir en que intentó por todos los medios volver a España, pero que no lo dejaron, y Alfonso le puso un brazo en el hombro y zanjó la cuestión diciéndole que no se agobiara, que él había hecho la mili, que sabía cómo son esas cosas o, mejor dicho, cómo son los mandos.

—Me jode que no hayas podido venir, pero no por mí, sino por ti, porque sé que habrías querido estar. Pero eso no me jode tanto como esto de ahora —añadió—. Esto de que sea yo «el heredero» de Olga. Tendría que ser al contrario, Ángel: ella tendría que ser heredera mía, no al revés. Así que lo que vamos a hacer es lo siguiente: las decisiones las tomas tú y yo firmo lo que haga falta. Y, por ahora, queda responderle a la editorial. Hay un contrato de por medio, pero, además, yo creo que sería un bonito homenaje. ¿A ti qué te parece?

Ángel estuvo de acuerdo en entregar el borrador. En realidad, era lo que menos le interesaba. Le preocupaba más, muchísimo más, entender qué había pasado realmente, qué había estado haciendo Olga en sus últimos días, cómo había podido ocurrir aquel absurdo. Pero no se lo dijo a Alfonso, no le dijo que, aunque él entendía su dolor, el suyo propio era aún más lacerante porque estaba entreverado de culpa. No le dijo tampoco que sentía que le había fallado a Olga, no solo por no estar allí cuando tuvo el accidente, sino por haber faltado antes, mucho antes, por no haber estado cerca de aquella faceta de su vida que para ella era la más importante.

Solo ahora entendió Ángel que en los días que siguieron a aquella conversación con el padre de Olga, mientras leía sus apuntes y el borrador, mientras telefoneaba de vez en cuando a Sonia para preguntarle detalles o hacerla partícipe de su idea de venir a Lanzarote, mientras visitaba a Alfonso y pasaba alguna tarde con él para fingir que ambos podían dejar de sentirse solos al menos por un rato, todo lo que veía, hacía o pensaba lo iba encaminando hacia allí, hacia aquel precipicio al borde del cual estaba arrodillado en este instante, aquel precipicio por el cual él también podría caer como había caído ella, agonizar como ella lo hizo, borrarse del mundo.

Aún pensaba en lo fácil que es borrarse del mundo cuando escuchó la voz. Desde la carretera, alguien intentaba atraer su atención. Tras un par de gritos, entendió una frase por entre el ulular del viento:

—Tenga cuidadito, mi niño.

El que gritaba era un tipo de edad, grandote y panzudo, con un gorro de pescador y una camisa gris que llevaba arremangada hasta los codos y por fuera de unos pantalones cortos. Estaba más allá del murete y tenía pinta de estar paseando por allí cuando lo vio en el acantilado.

—No se preocupe, ya tengo cuidado, ya —respondió levantándose y sacudiéndose la tierra de los pantalones.

El viejo señaló al mirador cercano mientras él volvía a la avenida.

—Si quiere, allá abajito tiene un mirador. Es más seguro. Pero ahí, con toda esta ventolera, es peligroso.

—Sí, tiene pinta. Solo quería echar un vistazo.

—El viento es cabrón. Uno se despista, se cree que lo tiene controlado, y, ¡baj!, de repente le da un zarpazo que lo lanza para el aire.

Ángel ya había regresado al muro. Ahora lo cruzó. De cerca, el viejo tenía todo el sol de Lanzarote en las grietas de la piel y unos ojos negros que el tiempo y el ron le habían ido opacando tanto como la voz. Se notaba, además, que tenía ganas de cháchara. Sacó un paquete de Lucky Strike y le ofreció uno, que encendieron con el mechero de Ángel, haciéndose soco mutuamente con las manos.

—Pues sí, esta zona es jodida —prosiguió el hombre—. Ahí más allá se desriscó una chiquita joven. —Olga tenía treinta y ocho años. A esa edad, solo si te desriscas se habla de ti como de alguien joven—. Por lo visto, se fue hasta allí, hasta donde estaba usted, y la ventolera se la llevó para Las Chacaritas.

—No pasa mucha gente por aquí, ¿no?

El viejo se encogió de hombros.

—Pasan coches. Y a veces los chiquillos que van para allá, para la playa

de La Arena a bañarse. Pero la mayoría de la gente se queda abajo, en el castillo. Turistas que vienen a ver el museo.

—¿Y usted? ¿Viene mucho?

—Yo vivo por allí abajo, por El Lomo. Y me echo mis paseitos todos los días. De mi casa subo por aquí hasta allá, hasta Los Mármoles. —Mientras decía esto, el viejo señaló primero a la ciudad y luego al paseo que serpenteaba por la costa hacia el muelle. Después se dio un par de palmadas en la barrigota y añadió—: Es bueno para el embarazo.

—Uno se deja ir y enseguida pierde la forma, ¿no?

—Baj, yo, desde que me jubilé, empecé a echar kilos para arriba que da miedo.

Ambos se rieron. A Ángel le gustaba la muletilla del viejo, aquel «baj» en el que arrastraba suavemente la jota final, y que servía para introducir cualquier frase que se le ocurriese. Su padre empleaba también aquella interjección. Aquel «baj» era un disparo al aire, una bengala lanzada para atraer la atención del oyente, una expresión de asombro ante cualquier hecho del mundo.

—¿Y antes? ¿A qué se dedicaba?

—A la construcción. Maestro albañil. Hasta que me jubilé, trabajé en obras para el cabildo. Baj, ¿usted ve todo eso que hay allí abajo? En todo eso trabajé yo.

El viejo señalaba ahora hacia el Castillo de San José. Ángel decidió picarlo:

—Bueno, yo tenía entendido que el castillo era del siglo XVIII. No lo hacía yo a usted tan mayor.

El viejo sonrió:

—El castillo sí, pero eso estaba todo abandonado cuando don César hizo el proyecto.

—¿Don César? ¿César Manrique?

—Pues claro. Yo trabajé con él. No directamente, sino con don Luis Morales, que era mi jefe, y que fue el que hizo todas estas cosas.

Ángel asintió.

—¿Usted trabajó en la rehabilitación?

—Oh, y esto fue lo de menos. Los Jameos del Agua, el Mirador del Río, el

Jardín de Cactus... En todas esas obras trabajé yo. Baj, usted no sabe lo que era esto y cómo lo cambiamos todo. Y sin las máquinas que hay ahora. A pico y pala. No dio trabajito ni nada. Don César le venía a don Luis con un dibujo a mano alzada y le decía: «Luis, hágame esto», y don Luis nunca le decía que no. Usted lo miraba en el papel y veía el sitio y decía que aquello era una locura. Pero después, cuando estaba la obra hecha, se daba cuenta de que aquello exactamente era lo que había que hacer. Qué época, cristiano. Estaba don José Ramírez Cerdá de presidente del Cabildo. Y él se guiaba por don César para hacer todo. Ni una señal de tráfico se cambiaba sin preguntarle.

—Vaya época, ¿no?

—Ni se lo imagina. Cuando quiera le cuento yo cosas de entonces que ni se las iba a creer. Y, bueno, usted ¿qué? ¿Ya había venido a Lanzarote? Porque usted no es de aquí, ¿no?

—Canarión.

—Algo así me imaginé yo.

—He venido un par de veces. Pero siempre de pasada. Ahora me voy a quedar un par de días más.

—¿Y no vino con la familia?

Ángel negó con la cabeza. Le pareció mejor eso que explicar que la muchacha riscada era su pareja, que él no había podido venir para enterrarla, que viajar a Lanzarote y recorrer sus pasos era su forma de despedirse. Así que negó con la cabeza y sonrió, temiendo que el viejo siguiese preguntando. Pero no lo hizo: se había terminado el cigarrillo y, en ese momento, se agachó, lo apagó en el murete y se guardó la colilla en el bolsillo del pantalón. Ángel sintió pudor de arrojar la suya al suelo, así que sostuvo entre los dedos el filtro totalmente extinguido.

—Bueno, voy a seguir con el paseo —dijo el hombre. Después le tendió la mano—. Yo me llamo Ezequiel.

—Ángel —dijo, correspondiendo al apretón.

—Si me necesita para lo que sea mientras esté aquí, por la tardecita suelo estar en la cafetería San Francisco. En la terraza. Allí hago la tertulia. Para lo que sea, allí me puede encontrar. Y si no estoy, deja recado para Maestro Ezequiel.

No daba la impresión de que fuera un ofrecimiento de compromiso. Ángel le dijo que le tomaría la palabra. Volvieron a intercambiar una sonrisa y

Ezequiel bajó al mirador para tomar el camino de Los Mármoles. Lo observó alejarse hasta que solo fue una figura diminuta bordeando la costa. Luego dio media vuelta y bajó hacia el Castillo.

La visita fue corta, aunque se le hizo larga. Adquirió su entrada en la caseta de la tienda de regalos junto al aparcamiento y cruzó el antiguo foso ahora cubierto y decorado con unas cuantas esculturas cuyos nombres y autores no se detuvo a leer. En la primera sala había una exposición permanente de cuadros y esculturas que no entendió, aunque llamó su atención un piano en cuya superficie habían pintado una bandera española que lo recorría longitudinalmente. Era obra de Juan Hidalgo. El nombre le sonaba de oírsele a Olga, que una vez lo entrevistó. Le interesó más la sala Pancho Lasso. Según Olga, en Manrique habían influido mucho sus conversaciones con Lasso. Se detuvo durante un rato ante cada escultura hasta que comprendió que miraba sin saber con exactitud lo que debía ver. Dejó esa planta atrás y bajó por las escaleras abiertas en la piedra blanqueada, que le dieron la impresión de estar introduciéndose en un útero calcáreo y fresco.

En la sala contigua al descansillo inferior había una exposición itinerante que entendió aún menos que la permanente. Le pareció de una especial futilidad una instalación que consistía en unas baldas de metal en las que había libros hinchados con agua hasta volverse ilegibles. Sin embargo, al salir de la sala, vio algo en lo que no había reparado al entrar: una antigua garita de vigilancia en la que se exponía un esqueleto de tamaño natural realizado con material de reciclaje. El esqueleto era de un gris muy oscuro, casi negro, y posaba sentado a medias en un poyo de madera que sobresalía del muro. Guardias como estas las he hecho yo, pensó sonriéndose. Barajó la posibilidad de volver a las salas, leer los títulos de las obras, esforzarse un poco por comprender. Descubrió que no estaba de humor para eso. Sin embargo, había pagado la entrada y no llevaba allí más de un cuarto de hora. Podía tomarse un café en el restaurante, gozar de las vistas, revisar las notas.

Había poca afluencia de público a esa hora de la mañana, así que pudo elegir una mesa cercana a los ventanales. Mientras el camarero le traía el café (un café doble en taza de desayuno, pero «café café te lo juro por mi madre», le pidió provocando una sonrisa de compromiso), observó las grúas y los contenedores del puerto de Los Mármoles, al otro lado de la bahía. A sus pies,

un acantilado de unos cuarenta metros que moría en un lajar. Y abajo, en la orilla, distinguió una serie de esculturas ecuestres de tamaño natural. Eran cuatro. Representaban a jinetes cuyo rostro no podía ver, sobre caballos cuyas cabezas tenían la forma de la de un pájaro carpintero. Dispuestas aquí y allá, con las patas de las monturas introducidas en el agua, como si se hubiesen parado a abreviar antes de seguir su camino hacia ninguna parte. Las cabezas de los caballos le recordaron a las torres de extracción petrolífera que él mismo había visto en Irak, pero que cualquiera que hubiese visto una *road movie* yanqui podría reconocer. Más tarde, cuando salió a la terraza para fumar un cigarrillo, una placa informativa le demostró que no se había equivocado: la obra se titulaba *The rising tide* y su autor, Jason deCaires Taylor, pretendía «reflexionar sobre el impacto del hombre sobre la naturaleza». Fíjate, Ángel, tan tonto no eres: lo pillaste a la primera, se felicitó entre calada y calada, antes de apoyarse en la barandilla y volver a contemplar las esculturas.

Al volver a la cafetería se encontró con que una excursión de turistas europeos había desembarcado de golpe y el guía los llevaba de acá para allá. Sorteando guiris, salió de allí en cuanto pudo y se metió en el coche. Justamente después de hacerlo, vio que tenía un mensaje de Sonia: lo invitaba a un picoteo en su casa esa noche. Irían Julia y Blas y quizá también algún otro amigo. Le respondió que sí y le preguntó a qué hora. Sonia debía de andar entre clase y clase, porque enseguida le dijo que sobre las nueve y media y le envió la ubicación. «Por si no recuerdas cómo llegar», añadió.

FAMARA

Tomó la salida de la ciudad hacia el norte y condujo en dirección a Teguiise. Luego continuó hacia Famara. El coche de alquiler era un Seat León blanco que aún olía a nuevo. Esto último lo solucionó fumando sin ningún tipo de reparo.

Desde la capital, habría sido mucho más práctico desviarse hacia el centro de la isla para visitar la Fundación. Sin embargo, ese día no se había propuesto ser práctico, sino cronológico: ver aquel paisaje costero que Olga mencionaba en el primer capítulo. Al llegar a la carretera de acceso a la playa, se paró y salió del coche. Soplaban el viento, pero la marea estaba baja y pudo ver la amplia superficie de la playa, las peñas del Chache formando los riscos de Famara invertidos en el espejo de la orilla. Para ver aquello era para lo que había llegado hasta allí.

La familia de Manrique pasaba las vacaciones de verano en la Caleta de Famara (el pueblo que Ángel tenía ahora mismo a su izquierda), y muchos años más tarde, en una entrevista, el artista había dicho que su principal recuerdo de la infancia era el de sí mismo de pequeñito, desnudo, corriendo como un animal salvaje por aquella playa, con una arena impecable, como un espejo, en la que se reflejaban los acantilados. Y que, ya entonces, se sentía fascinado por lo que él llamaba «la gigantesca belleza de la propia naturaleza de Lanzarote».

Sí, allí había empezado a formarse aquella mirada que veía lo que otros no podían ver. Allí había comenzado todo.

No sabía si en la época de Manrique habría tipos tirándose en parapente, como los que él veía ahora. Pero, pese a los parapentistas, pese a los kitesurfistas que preparaban sus tablas para meterse en el agua, pese a las familias que aquí y allá luchaban con el viento en su empeño de tomar el sol o darse un baño, la playa era lo bastante grande para continuar pareciendo virgen, tranquila, agradablemente inhóspita.

Se fue hacia la Caleta, aparcó en un descampado y paseó a pie por la población, que no era más que la clásica aldea costera, con casitas enjalbegadas de una o dos plantas, con las puertas y las ventanas pintadas de

azul, con zonas sin asfaltar en las inmediaciones de la costa y barquitas varadas en esta o aquella calle, como si la marea las hubiese dejado allí suavemente durante la noche. El pueblo disponía a su vez de su propia zona de playa, la caleta de la Villa. Allí encontró un restaurante marinero que tenía unas cuantas mesas al borde del paseo. Aún no era la una, así que la única en la que se almorzaba era la ocupada por una pareja de guiris, probablemente alemanes, pero le apeteció sentarse allí. Aparte de los guiris, casi al mismo tiempo que él, se sentaron dos peninsulares, con polos y bermudas, que se pusieron a consultar un plano bebiendo cerveza. Pidió una caña y, tras dudar un poco, unas sardinas y unas lapas a la plancha.

Dedicó unos segundos a pensar en la invitación de Sonia, en que habría de llevar algo, quizá el postre o una botella de vino. Pero luego pensó en el viejo, Ezequiel, que le había mencionado a César y a Luis Morales y a José Ramírez Cerdá, Pepín Ramírez, como lo llamaban muchos en su época. Olga también hablaba de Morales y de Ramírez en el libro.

Buscó alguna referencia en el cuaderno que se había traído. Pero de Morales no había ninguna y de Ramírez muy pocas, porque estaba dedicado a contar que había sido un niño feliz que se había criado entre Arrecife y Mácher, donde la familia tenía terrenos; que ya desde crío dibujaba mucho, pero que no se privaba de correr de un lado para otro o de jugar bajo las higueras; que en el instituto de Arrecife había tenido un profesor de dibujo que lo había animado mucho en la disciplina; que, gracias a las revistas que su padre le traía de sus viajes de trabajo, se había familiarizado con Picasso, con Matisse, con Braque.

A Ramírez Cerdá no lo mencionaba Olga hasta referirse a la Guerra Civil. Aunque se conocieran de antes, César y Pepín habían pasado una larga temporada en la misma batería, en el frente de Cataluña, donde el pintor combatió como artillero. Este dato sorprendió mucho a Ángel la primera vez que lo leyó. El adjetivo «marcial» era uno de los que nunca habría atribuido a César Manrique. A él le parecía un tipo más bien afeminado, ingenuo hasta lo pueril, algo *hippie* y hasta libertario. No se lo habría imaginado nunca de uniforme, en posición de firmes, cumpliendo con la ordenanza, y menos aún manejando un mortero o una Hotchkiss hasta casi el final de la guerra. Ahora, al repasar esto, le pareció curiosa su amistad con Pancho Lasso, el escultor, que era militante republicano y había regresado a Lanzarote precisamente para

huir de las represalias. Pensó en aquellos dos tipos, que se llevaban quince años y habían hecho la guerra en bandos distintos, haciendo tertulia.

La segunda y última mención de Pepín Ramírez en aquel cuaderno la encontró mucho más adelante, al referirse a la por entonces escandalosa relación de César con Pepi Gómez. Se habían conocido en Madrid, adonde César había ido a estudiar Bellas Artes, y vivían juntos sin haberse casado, porque ella ya lo estaba con un tipo que debía de ser un impresentable. Esto es, eran adúlteros que vivían amancebados en la España católica y gris de aquella época. Y, además, lo hacían sin complejos, sin esconderse, con la misma normalidad con que lo habrían hecho treinta o cuarenta años después. Por supuesto, si aquello fue un escándalo en Madrid, en Lanzarote la cosa resultó mucho peor. Todas las personas bien les dieron la espalda mientras estuvieron juntos y, en los días en que viajaban a Arrecife, para visitar a la familia de él o de vacaciones, nadie los invitaba a su casa. Con una única y notable excepción: la de Pepín Ramírez y Concha, su mujer.

Llegó la comida y Ángel guardó el cuaderno, reflexionando sobre aquella amistad de toda la vida entre César y Pepín Ramírez, y esa asociación de ideas lo hizo acordarse de Mauri. Mauri, el brigada Mauricio Rodríguez Paz, era el único amigo de verdad que tenía en Lanzarote, pero le conocía los ritmos, las intensidades, el temperamento alocado, la agresividad alegre. Temía que lo distrajese demasiado de sus propósitos, que reclamara para sí un tiempo del que él no había previsto disponer. Pensó, no obstante, que ese era un buen momento para darle un toque: tendría tiempo por la tarde para tomar algo con él y, como había quedado para cenar, una excusa para marcharse a una hora prudente.

Buscó su número en la agenda del móvil y llamó. Casi enseguida sonó al otro lado su voz de chacolín asmático, tan aguda como rasposa.

—¿Qué hubo, mi sargento?

Ángel y Mauri se conocían desde hacía una década. Habían coincidido en Pontevedra, en la Brigada Galicia VII, y luego habían servido juntos varios años, incluyendo una misión en Afganistán, hasta que Ángel conoció a Olga y solicitó traslado al Canarias 50. Mientras tanto, Mauri había ascendido. Ahora era brigada. Pero, en la intimidad, continuaba tratando a Ángel por el rango que tenía cuando se conocieron, el mismo que continuaba teniendo, porque a él nunca le interesó ascender. Aquel «mi sargento» con el que siempre lo

interpelaba era un recuerdo del tiempo en el que había sido su superior, pero también de una época en la que lo habían compartido todo, cubriéndose mutuamente las espaldas no solo sobre el terreno, sino también en la vida. Los primeros días, tras separarse de Laura, Ángel había dormido en su sofá. Y luego había sido padrino del hijo de Mauri, a quien este ahora solo veía en régimen de custodia compartida. La última vez que Ángel y Mauri habían estado juntos había sido en unas maniobras, antes de que el vigesimoséptimo fuese enviado al Líbano. Pero seguían en contacto. De hecho, cuando lo de Olga, Mauri fue el primero de sus compañeros en llamarlo para darle el pésame, en ofrecerse para lo que hiciera falta, porque él estaba en Lanzarote de licencia, esperando a que le asignaran destino. Ángel, en aquel momento confuso, tan lleno de horror y de frío, no le tomó la palabra. Lo avisó cuando tomó la decisión de venir, aunque no se dejó convencer para alojarse en su casa ni le dijo qué día llegaría exactamente.

Ahora ni siquiera estaba seguro de que estuviese en la isla. Eso fue lo primero que le preguntó: dónde estaba y si todavía estaba de licencia. Le alegró saber que aún le quedaban quince días antes de volver a Pontevedra, que seguía en Arrecife, en casa de los viejos, tranquilito.

—Y tú, mi sargento, ¿por dónde andas?

—Ahora mismo, echándome unas lapas en Caleta de Famara.

—¡No me jodas! Qué cabrón. ¿Ya viniste? ¿Cuándo?

—Esta mañana —mintió Ángel.

Mauri volvió a echarle la bronca por no haber tenido en cuenta que en su casa había sitio si quería quedarse allí. Ángel le dijo que prefería quedarse en el hotel, que necesitaba tiempo a solas, y el brigada no le preguntó para qué. Sería muy viva la Virgen, pero también lo suficientemente listo para saberlo. Solo le preguntó en qué hotel estaba. Cuando le dijo que en el Miramar y quiso saber si él vivía cerca, Mauri soltó una carcajada.

—Esto es Lanzarote, querido. Aquí todo está cerca.

Quedaron a las cinco, en El Príncipe. Cuando colgaron, Ángel calculó que disponía de tres horas. Tiempo de sobra.

Pidió la cuenta casi al mismo tiempo que uno de los godos se levantaba para ir a pagar a la barra. Extrañamente, le resultó familiar. No tardó en comprender que era uno de los comerciales taciturnos del hotel. Lo más probable era que, a fin de cuentas, no fuese un viajante, sino un turista. O un

viajante con tiempo de hacer turismo. Mientras el hombre regresaba para reunirse con su compañero, que también se levantaba ya, cruzaron una mirada y vio que sus ojos de cejas pobladas tenían el brillo de los tipos listos y prácticos.

Entonces fue cuando ocurrió: en cuestión de segundos, el tipo fingió no reconocerlo y rehuyó el contacto visual y, quizá por eso, Ángel sintió el impulso de fijarse en él, en su pelo plateado formando un casquete a la romana en torno a sienes demasiado pálidas para ser conejeras, en sus pómulos picados de viruela y su hermosa nariz, tan perfecta que parecía postiza. En ese momento no supo por qué, pero se aplicó en hacerle bien la ficha, poniéndose en guardia. El otro tipo era más joven, llevaba la cabeza afeitada y tenía un cuerpo perfilado por el ejercicio, uno de esos cuerpos fibrosos que Ángel sabía que podían ponerse en acción en décimas de segundo, una especie de Cocoliso musculado. Aparentemente ajenos a él, los dos hombres intercambiaron un par de frases que no alcanzó a oír y compartieron una carcajada demasiado ruidosa para ser sincera. Sin dejar de reír, se adentraron en las calles del pueblo.

Ángel solo dejó de mirar hacia la esquina tras la cual se habían perdido cuando le trajeron la cuenta. Decidió dejarlo estar por el momento, mantener la serenidad. Al fin y al cabo, no había más indicios que una coincidencia y una mirada huidiza, y, por tanto, era muy posible que se equivocase, que su tendencia a la suspicacia le estuviese jugando una mala pasada. Pero, en el fondo de todo aquello que le decía el sentido común, latía, como el corazón de un volcán, la sensación de haber puesto los pies en tierra hostil.

LA CASA DEL TARO

La anécdota era conocida y, además de reseñarla en el libro, Olga se la había contado varias veces, añadiendo u obviando detalles. Debió de suceder a mediados de los sesenta. César Manrique ya había decidido instalarse en la isla. Vivía de alquiler en Arrecife y trabajaba en un estudio prestado que habría de abandonar pronto. En una de sus rutas por la isla, paró el coche ante un malpaís en las inmediaciones de Tahíche. No lejos de la carretera, en medio del mar de lava negra, vio una pequeña higuera que surgía del suelo aparentemente estéril y quiso verla de cerca. De pronto, descubrió que lo que veía no era una higuera pequeña, sino la parte superior de un árbol adulto que nacía en el fondo de una burbuja volcánica. Continuó explorando la zona y encontró, guiándose por la vegetación escasa y superviviente, otras burbujas subterráneas que habían quedado en el terreno tras las erupciones del siglo XVIII. Dio, al menos, con cinco aprovechables. Entonces empezó a concebir la idea: construir su casa allí, a partir de aquellas semiesferas de aire que el volcán había respetado.

Hacerse con las tierras no resultó complicado: el propietario era un médico que se las cedió sin pedirle nada a cambio, porque no le parecían útiles. ¿Qué se podía construir o sembrar allí, en medio de aquel pedregal? Hacia 1968 César comenzó a demostrar que podía construirse mucho.

Sobre la superficie, la Casa del Taro parecía un grupo de pequeñas casitas blancas de típica construcción lanzaroteña, aunque en su interior había muchos elementos modernos, con grandes ventanales y cuartos de baño abiertos a jardincitos.

Bajo la superficie, en cambio, las burbujas originales se habían convertido en cinco habitaciones comunicadas por medio de galerías. Las paredes irregulares eran el seno mismo del basalto, que contrastaba con los suelos indefectiblemente blancos. A un costado del complejo existía una zona al aire libre y, más allá de ella, César había establecido, cuando aún se estaban excavando los túneles, un estudio en el que trabajar cómodamente.

Hoy la casa era la sede de la Fundación César Manrique. De hecho, acababa de inaugurarse como tal cuando él murió. Y de allí acababa de salir

cuando tuvo el accidente que lo mató. Olga había escrito en su libro que el accidente de Manrique ocurrió en un momento extraño de su vida: su obra se había convertido ya en epítome de la simbiosis entre el arte y el crecimiento sostenible, pero, al mismo tiempo, especuladores y políticos movían hilos para intentar aplastarlo.

En sus correos, en sus conversaciones, Olga se refería con frecuencia a la Fundación, donde la dejaban usar una sala de investigadores. Ángel sabía que pasaba mucho tiempo allí, buceando en los archivos, cotejando y ampliando información, con la secreta esperanza de dar con un dato oculto: algo inédito, inesperado, importante; algo que convirtiese su biografía de César, entre tantas existentes, en la imprescindible, si no la definitiva, que es lo que desea, le impida su falsa modestia confesarlo o no, todo biógrafo.

No había demasiados visitantes a esa hora: algunas parejas de extranjeros, una familia china, dos chicos franceses que iban de la mano y se hacían cariñitos en cuanto se creían solos. Ni rastro del tipo de los hoyuelos ni del calvo. Se sintió algo más tranquilo mientras pagaba la entrada y se encaminaba al zaguán tradicional. Ya conocía la casa: después del zaguán, el gran salón diáfano en cuyo suelo se abría enseguida la primera burbuja, con una higuera ahora aletargada que nacía en el centro de la Burbuja Roja e iba a dar a la superficie. A la izquierda, la pequeña sala con cuadros de contemporáneos de Manrique, adquiridos por él u obsequiados por sus autores. Más allá, la balconada abierta sobre la zona al aire libre.

Volvió sobre sus pasos y comenzó a hacer el recorrido diseñado por César: primero, la visita a las habitaciones que un día fueron dormitorios y donde hoy se exhibían apuntes, borradores, esbozos de obras mayores; luego, las escaleras que conducían a la burbuja de la fuente, la que tenía el tragaluz más amplio y en cuyo centro crecía un papayero. Aún permanecían en la pared de basalto las anillas entre las que Manrique tendía su hamaca. «Al hombre le encantaba estar aquí tumbado, por la noche, mirando las estrellas», le había contado Olga cuando fueron juntos. Ahora la recordó: recordó su presencia junto a él, tan chica y tan fuerte, con su cuaderno en la mano y la cámara colgándole del cuello, sintiendo su tarea de adoctrinamiento como otra forma más de placer, haciendo chistes sobre cosas que ella consideraba sagradas para hacérselas atractivas a él.

Al entrar por el túnel que conducía a la Burbuja Blanca, ella le dijo que

siempre que se metía en aquel pasillo se acordaba de un cuento de Virgilio Piñera sobre un tipo que, ya viejo, volvía a introducirse en el útero de su madre. Ángel se acordaba bien porque, después, ella le hizo leer el cuento. «Para hacer el túnel vinieron los mejores cabuqueros de la isla. Usaron dinamita», le explicó como si eso tuviese que maravillarle. Y, al llegar a la siguiente burbuja, le señaló las lámparas que pendían del techo, realizadas a partir de botellones cubiertos con cilindros de metal pintados de rojo. El habitáculo, con sus poyos de piedra y sus cojines rojos, le recordó al bar en el que bebían los tipos de *La naranja mecánica*, y cuando se lo dijo a Olga, esta sonrió maravillada y le contestó que había un experto norteamericano que había comparado aquellas decoraciones con las de las películas de Kubrick.

Sintió una leve vanidad al recordar aquella conversación. A lo mejor eran esas cosas las que le habían hecho decir a Olga aquello de que él «no sabía lo que sabía». Continuó avanzando, cruzándose aquí y allá con algún turista. En la sala siguiente, un tipo peninsular explicaba a una pareja joven cómo se habían hecho los túneles, pidiéndoles que se fijasen en cómo la luz natural se distribuía desde el techo, y creyó reconocer en él al hombre con pinta de experto que salía en las fotos de Olga. La pareja asentía, se admiraba, sacaba fotos y, entretenidos como estaban, Ángel pudo observar al cincuentón con comodidad. Sí, era él, el tipo alto de barba gris, el experto. Por un momento, temió encontrarse también con Mister Sonrisas. Pero no: solo el hombre explicando, en ese momento, que en la casa-museo procuraban mantenerlo todo siguiendo los dictados de César. Los saludó con un gesto de cabeza, pidiendo permiso para pasar; ellos correspondieron haciéndole hueco y él llegó a la parte al aire libre, donde estaban la barbacoa y el horno tradicional, la gran mesa del rincón a la sombra de un roquedal, la piscina, la diminuta pista de baile.

Todo basalto y blanco y azul. Todo profusión de helechos, palmeras, buganvillas y euforbias. Todo al abrigo de la piedra por un lado y abierto al sol por el otro. Todo pensado para el placer. Sacó una ficha que había copiado de otro de los cuadernos de Olga. Un trozo de una carta que le había escrito Manolo Millares a César:

Esta casa de Tahíche no dudo que quedará muy al gusto de los Sres. que vayan ahí a dar rienda suelta a su erotismo pecaminoso (léase con voz de cura). Y hasta veo el milagro de la fecundidad en las mujeres

estériles en virtud de sus misteriosas grutas lávicas.

El experto y la pareja habían seguido sus pasos y pasaron junto a él, cruzando la piscina, pero no les prestó atención, porque pensaba en el texto de la ficha y lo relacionaba con algún reportaje de los setenta en el que se veía a Manrique compartiendo piscina con amigas y amigos. También algunas de las fotos de archivo en las que gente joven y guapa se bañaba allí. Imaginó los fiestones que debían de organizarse en aquel mismo lugar y se sonrió con malicia.

Continuó andando y empezó a cruzar el puentecito de piedra que atravesaba la piscina. De pronto, sin saber por qué, se detuvo: se quedó parado en mitad de la pasarela, miró la pared de piedra que tenía enfrente y elevó la mirada hasta la balconada abierta al nivel de la superficie. Y allí, entonces, vio al tipo joven, el Cocoliso musculado que acompañaba al de la cara picada en Famara.

Podía ser casualidad. Famara y la Casa del Taro eran dos de las atracciones turísticas. Pero el itinerario que había trazado para sí mismo ese día no era el más natural, así que resultaba extraño que aquellos tipos estuviesen haciendo exactamente el mismo recorrido y al mismo tiempo.

Como si quisiera confirmar sus sospechas, ahora el individuo acababa de desaparecer: al darse cuenta de que él miraba hacia arriba, había dado un paso atrás y se había perdido de vista.

Si lo estaban siguiendo con disimulo, eran dos auténticos inútiles.

Acabó de cruzar el puente y atravesó las últimas estancias para volver a la superficie.

Había llegado a los antiguos talleres de Manrique, que hoy eran las salas polivalentes. Allí se ofrecían exposiciones itinerantes, pero también había conferencias, presentaciones, mesas redondas. El peninsular de la barba gris se lo estaba explicando justo en ese momento a la parejita.

Ángel se preguntó si el tipo de la cabeza afeitada habría llegado ya a la piscina. Calculó sus posibilidades: podía marcharse y coger el coche. Pero también podía esperar allí, ver qué pasaba.

Eligió esa última opción. Se situó no lejos del hombre y la pareja. Ahora contemplaban algo que ya lo había impresionado a él la vez anterior: un ventanal abierto al malpaís y la montaña, pero construido de tal forma que la

lava penetraba en la sala por debajo del cristal. Sobre el lametón de piedra, crecían dos cactus. Escuchó al experto contar lo mismo que Olga le había contado en su momento:

—César decía que este era su mejor cuadro. Si os fijáis, nunca es el mismo, porque la luz nunca lo es. Cambia de un momento a otro, como cambia el clima. Al atardecer es una maravilla: la luz recortando el volcán, creando claroscuros sobre la piedra.

Ángel lo escuchó con gusto (el hombre tenía una voz de barítono de las que atontan), mirando la ventana y el mar de lava, el bajo edificio blanco que, allá lejos, debía de pertenecer ya al pueblo, y la montaña al fondo. Una belleza, ciertamente. Pero solo lograba prestar atención a medias. Estaba más pendiente de la puerta que daba a la misma escalera por la que él había subido, aquella por la que esperaba ver aparecer de un momento a otro al tipo de la cabeza rasurada. El peninsular le dijo a la parejita que los invitaba a un café y salieron al jardín. Él permaneció allí un rato, mirando la ventana. Apareció la familia china, que se metió en una de las salas, donde un monitor ofrecía en bucle un vídeo sobre la casa y la Fundación. Los franceses subieron un instante después y se soltaron de la mano para sumarse a los chinos. Un instante después, apareció el tipo.

Momento de la verdad, se dijo a sí mismo. Instintivamente, se puso el cuaderno bajo el brazo y se preparó para lo que viniese. Si el elemento del pelo rapado venía hacia él y se ponía también a mirar la ventana, consideraría la posibilidad de que se tratase de una casualidad. Si hablaba con él o interactuaba de algún modo, ya vería cómo comportarse. Si intentaba disimular y se largaba, entendería que, en efecto, lo estaba siguiendo.

El tipo se adentraba ya en el pasillo. Si hubiera seguido en línea recta, habría llegado adonde estaba él en unos segundos. Pero lo que hizo fue dar unos pasos antinaturales hacia la derecha, como si la zona en la que Ángel estaba oliese mal. Simulando no verle, se detuvo a curiosear uno de los cuadros matéricos de Manrique, fingió leer un poema de Alberti que reproducía un panel cerca de la salida y se fue.

Ni sombra de Carapicada. Quizá estaba en el aparcamiento, con el coche preparado. O habían decidido separarse.

Así que sí: unos inútiles. Porque, al parecer, solo debían seguirlo sin dejarse notar. Y lo habían hecho: se habían dejado notar con ganas. En todo

caso, ya no tenían forma de disimular y era a él a quien le tocaba comportarse como si no se hubiese percatado de su presencia. Al menos de momento, hasta que averiguara de qué carajo iba todo aquello.

Por supuesto, él podría haberse dejado llevar por la lógica, por el sentido común. Podría haberse dicho a sí mismo que la cabeza le estaba jugando una mala pasada, que era víctima de algún tipo particularmente estúpido de paranoia. Pero no. La pregunta no era si lo estaban siguiendo o no. La pregunta era por qué lo hacían, qué estaba haciendo él que motivase que lo vigilaran un par de individuos a los que no había visto en su vida.

Esto lo pensó mientras cruzaba el último jardín y pasaba junto a la parejita y el peninsular de la barba gris, que tomaban café sentados en los bancos que había junto a la cafetería.

Cuando subió en el Seat y arrancó, entendió enseguida que en el Opel Corsa de alquiler solo iba el amigo Cocoliso. Para terminar de asegurarse de que lo seguía, al llegar a la rotonda, en lugar de continuar hacia Arrecife, cambió de sentido como si regresara a la Fundación. Al hacerlo, comprobó que llevaba el Corsa pegado al culo.

—Puto subnormal —dijo entre dientes, volviendo a cambiar de sentido.

Al tomar nuevamente hacia Arrecife, notó que el otro aflojaba el paso, como si solo en ese momento el tipo se hubiese dado cuenta de la necesidad de disimular un poco, de tomar distancia. Al fin, entendió Ángel, debía de estar pensando que sabía adónde se dirigía. Se preguntó si Cocoliso también se alojaría en el Miramar o si más bien viviría en alguna residencia para cretinos.

MAURI

—Pero, vamos a ver, el plan era escarbar en todo lo que hizo la piba tuya — dijo Mauri después de dar un trago al botellín.

—En realidad no había ningún plan. La idea era, sencillamente, venir y guiarme por el libro, estar en los sitios donde ella estuvo. No sé, una forma como otra cualquiera de despedirme, ¿no?

Mauri hizo con la boca una imitación particularmente convincente de un pico de pato, la quebró con un chasquido y retiró los labios hasta mostrar por completo los dientes a través de los cuales aspiró un aire que no necesitaba.

—¿Qué? —preguntó Ángel.

—No, nada, mi sargento. Pero no sé si es buena idea.

—¿Y por qué va a ser mala?

Antes de contestar, Mauri volvió a dar un trago. Necesitaba refrescarse. El aire de las cinco de la tarde calcinaba la terraza, pese a la abundancia de sombrillas. Las mesas del Café El Príncipe se distribuían en el rincón que formaban el edificio de Cáritas Diocesana y un negociado municipal, cerca de la plaza de Las Palmas y la iglesia de San Ginés. Desde donde estaba, Ángel veía el campanario de la iglesia y parte de la plaza, donde dos indigentes conversaban en un banco a la sombra de los árboles. Los otros clientes de la terraza eran parroquianos que merendaban en el interior del local y un par de grupos de guiris que habían movido las sombrillas para hacer la fotosíntesis, así que Ángel se había sentido libre de hablar de lo que le había ocurrido con Carapicada y su amigo Cocoliso. Mauri lo había escuchado con atención antes de comenzar a expresar sus reticencias. Ángel le conocía las mañas: era de los que te dejaban hablar y luego se dedicaban a buscarte el fallo. A veces, porque estaba convencido de tener razón. Otras, solo por llevar la contraria, por hacer de abogado del diablo o, simplemente, por joder. Ahora mismo no sabía por qué lo hacía, aunque esperaba averiguarlo pronto.

—Todavía estás jodido, mi sargento. Yo te conozco y sé que estás jodido. Lo tienes muy reciente. A eso súmale que no pudiste venir en su momento. Que, también, manda cojones los mandos, siempre con el cumplimiento de la misión y la gran puñeta, pero eso es otra cosa. A mí, si quieres que te diga la

verdad, me da la impresión de que estás emparanoiado.

—¿No te crees lo de los tíos estos?

—A ver, mi sargento, si tú me dices que estaban allí, es que estaban allí. Pero igual fue coincidencia.

Le llegó a Ángel el turno de hacer una mueca: llenó los carrillos de aire y lo soltó de un resoplido. Él se había cuidado de relacionar lo de los tipos con el trabajo de Olga. Pero Mauri estaba tomando esa dirección.

—Quiero decir, mi sargento: ¿tú estás pensando que lo de los pelaos estos podría tener que ver con alguna historia chunga del curro de la piba?

—No. Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—Bueno, no se me ocurre ninguna otra cosa por la que me pudieran seguir. No estoy metido en movidas raras desde hace años. Y en Las Palmas no me han seguido nunca, que yo sepa. Ni en Las Palmas ni en ningún lado. Solo aquí y ahora.

—Vamos a pensar un poco, mi sargento: en el caso, ya improbable, de que te estén siguiendo porque vienes a ver lo que hizo Olga, ¿cómo carajo iban a saber los tipos cuándo ibas a venir y para qué?

Era una buena pregunta. A Ángel le sorprendió su contenido, pero, sobre todo, el hecho de que Mauri no estaba haciéndosela a él, sino más bien a sí mismo. Como ajeno a su presencia, el propio brigada comenzó a responderla:

—No. Para empezar, tendrían que haber sabido que venías y para qué venías. Y ni tú mismo sabías que ibas a venir hasta hace poco, ¿no?

—Correcto.

—¿Y quién sabía que ibas a venir?

—De aquí, solo la amiga de Olga, Sonia. No sé si ella se lo habrá contado a alguien.

—Pero esa piba es de confianza, ¿no?

—Claro que sí.

—Pues, tío, entonces solo hay una explicación: ha dado la casualidad de que coincidiste con los tipos y, como estás sensible con todo esto que te ha pasado, te pusiste un poco paranoico.

—¿Y cómo explicas que el nota me siguiera en el coche?

—Igual le gustaste, vete tú a saber. Pero tenlo claro: para que hubiese algo

chungo con estos dos, tendría que haber algo chungo primero en el trabajo de ella. Y, según tú, no lo hay, ¿no?

—No —dijo Ángel. Después añadió, matizando—: A ver, se mete mucho con políticos y con empresarios, sobre todo en la última parte, cuando habla de cómo se les enfrentó César. Pero eso es cosa sabida, no es nada nuevo.

—Y, además, a estos tíos les suda la polla. Llevan mogollón de años en los papeles un día sí y otro también. Aparte de eso, nada más, ¿no?

—Bueno, le dedica un capítulo a la conspiranoia que hubo cuando murió Manrique.

Mauri soltó una carcajada.

—Joder, cómo está la peña. Si eso ya está más que demostrado que fue un accidente.

—Sí. Ella misma lo dice en el libro. Pero, así y todo, habla de las teorías que soltó más de uno. Había hasta un tipo que decía que a César le tenían pinchados los teléfonos y lo seguían para prepararle una jugarreta muy cabrona. Cuando lo leas, vas a ver. Para descojonarse.

—Bueno, no estoy yo para leer. Me estoy preparando los exámenes.

—¿Cómo va?

—Ahí estoy, metiéndole caña. Pero vamos al lío: en los papeles, no te parece a ti que haya nada peligroso para nadie, ¿no?

—No. Nada raro.

—Pues blanco y en botella es leche, mi sargento, hazme caso: toda esa movida es un trabe suyo.

A Ángel le hizo gracia cómo se escarranchó Mauri a continuación en la silla, cómo se bebió de un lingotazo la cerveza que le quedaba con la chulería parsimoniosa de un viejo *sheriff* en una mala película del Oeste.

Él se acabó el suyo y pidió otra ronda por señas. Mientras la traían, encendió un cigarrillo.

—Igual sí, igual es paranoia mía.

—Fijo —dijo Mauri—. Pero, eso sí, ¿que me equivoco y estos tíos te están oliendo el culo? Me avisas, que tampoco sería la primera vez que montamos una fiesta de hostias tú y yo, ¿no?

Ángel sabía que Mauri estaba a punto de comenzar a rememorar broncas legendarias que habían tenido en bares de medio país, pero el camarero los

libró a ambos del inventario.

—¿A qué hora quedaste para el compromiso ese tuyo?

Ángel miró instintivamente el reloj.

—Sobre las nueve y media. Pero tengo que comprar algo para llevar. Y me quiero dar una ducha y echarme un poco antes de ir.

—¿Es algo de postín?

—No, qué va. Es en casa de la amiga de Olga. Un picoteo.

Acabaron la cerveza hablando de los planes que tenía Ángel para el día siguiente. Mauri le propuso que se llamaran para almorzar.

Tras despedirse de Mauri, compró dos botellas de El Maipés blanco y una cuña de queso. Después volvió al hotel, lastrado por la bolsa de plástico, embotado por el último calor de la tarde y el calor de la cerveza. Aunque no tan colocado como para no notar que la habitación estaba cerrada con dos vueltas de llave. Y él la había pasado solo una vez.

Así que todo el sentido común que Mauri le había aportado se desvaneció enseguida y casi pudo ver a Carapicada haciendo de las suyas con una ganzúa mientras Cocoliso vigilaba el pasillo. Sin embargo, esta imagen también desapareció inmediatamente, cuando comprobó que habían limpiado la habitación: la camarera de piso había hecho su trabajo, cambiando toallas, reponiendo geles y jabones, haciendo la cama hasta dejar la colcha estirada impecablemente, poniendo orden en el escritorio y, de paso, en la cabeza de Ángel. No habían entrado a espiarlo; habían entrado a limpiar.

Metió el vino en la nevera. No daría tiempo a que se enfriase del todo, pero se refrescaría. Se hizo un nescafé para despejarse. Lo tomó en el balcón, fumando, mirando nuevas acrobacias de los chiquillos que se lanzaban desde el puente y le espantaban las lisas al taxista.

Después se lavó los dientes, se dio una ducha, volvió a vestirse. Cuando salió, llevando la bolsa del supermercado con el queso y el vino, se aseguró de dar solo una vuelta a la llave.

PLAYA HONDA

La casa de Playa Honda la recordaba más grande, quizá porque la memoria tiende a amplificar los espacios de la felicidad y para él habían sido muy felices los días que había pasado allí. Pero en realidad solo tenía un salón con cocina americana, un dormitorio, un baño completo, un aseo y un despacho que se transformaba en cuarto de invitados gracias al sofá-cama donde él había dormido con Olga. Y todo, menos el aseo, donde apenas cabían el retrete y el lavamanos, lleno de los libros y los *souvenirs* de Sonia, que había aprovechado cada pared o rincón libre para encasquetar una librería, un par de baldas, un arcón, cualquier cosa en la que pudiese poner parte de su biblioteca o de los cachivaches étnicos que se traía como trofeo de sus viajes. Olga celebraba las reuniones como aquella en el patio que recorría las partes posterior y lateral de la casa. Como estaba rodeada por viviendas de dos o tres plantas, el espacio era discreto, estaba al abrigo del viento y, en conjunto, resultaba más amplio que el salón y la cocina juntos. Además, era muy agradable. Las enredaderas recorrían la fachada de la casa colindante y Sonia cuidaba de que los geranios, los helechos y hasta una buganvilla en flor se alternaran con su colección de cactus en torno a una mesa de jardín situada en la parte trasera.

Allí lo esperaban ya picoteando Julia y Blas cuando Sonia salió a recibirlo y, tras poner el vino y el queso en la cocina, le colocó una lata de Tropical en la mano y le dijo que se adelantase, que ella tenía que sacar las papas.

El matrimonio lo saludó más cariñosamente de lo que nunca lo había hecho. Hasta el tímido Blas se levantó para darle un abrazo. Durante los primeros minutos, se dedicaron a preguntarle lo mismo que todos (si había llegado bien, dónde se alojaba, hasta cuándo se quedaría) y él fue contestando como pudo, intentando preguntarles también a ellos qué tal le iba a Julia con el bufete y a Blas en el trabajo (aunque nunca había sabido exactamente a qué se dedicaban ni él ni su empresa), cómo estaban los niños. Esta última pregunta provocó encendido de teléfonos móviles y profusión de fotografías de los dos churumbeles, niño y niña, en distintas situaciones, atmósferas y grados de

gracia, acompañados de chascarrillos de los orgullosos padres que fingían ser sufridos aguantadores de mataperrerías.

Julia y Blas eran la i y el punto. Y ella era la i: casi un metro ochenta de mujer delgada, con el pelo rizado y abundante que dejaba encanecer sin preocuparse. Sin embargo, su rostro, lavado y terso, continuaba en los treinta años que había dejado atrás hacía ya nueve. Como siempre que no estaba trabajando, llevaba un vestido suelto y se comportaba de manera extrovertida y tolerante, con un sentido del humor un tanto maligno pero siempre generosa, intentando volver a ser la *hippie* que en realidad nunca fue, dedicada a los estudios y el derecho laboral, defendiendo a quienes no habían tenido la suerte de contar con unos padres que pudiesen darles carrera. Blas, que le sacaba quince años, era más del modelo oficinista: bajito y rechoncho, intentaba disimular sus lorzas llevando las camisas por fuera del pantalón, pero apenas lo conseguía. Sus ojos miopes, siempre tras unas gafas de montura al aire, tendían a orientarse hacia abajo, como herencia de una timidez juvenil que jamás había superado del todo. Tenía cara de luna y una frente que le acababa casi en el cogote, aunque nunca se había decidido a afeitarse los cuatro pelos que aún le crecían en torno a la coronilla. Por lo demás, era un hombre amable, llevaba siempre la sonrisa puesta y no se negaba a la conversación, aunque jamás era él quien la iniciaba, probablemente por miedo a decir algo inconveniente. Ángel los había conocido cuando acababan de tener a la niña, la más pequeña de su progenie. Por entonces, ya formaban pareja desde hacía años; de lo contrario, jamás hubiese pensado que dos personas así pudiesen estar juntas. Pero su relación mostraba una solidez envidiable y a Ángel casi lo enternecía ver cómo se miraban a veces, fugazmente, en los momentos en que creían que nadie los veía.

Sonia llegó con un plato de queso y volvió a marcharse, tras pedir un voluntario para cortar el pan y terminar de preparar la ensalada. Fue Blas quien acudió a la llamada. Julia comenzó a liar un cigarrillo mientras Ángel encendía uno de los suyos.

—Cuéntame, Ángel, ¿cómo lo llevas?

Esto lo preguntó Julia sin mirarlo, concentrada en poner en el papel de fumar la cantidad de tabaco exacta.

—Bien, ya te dije. Llegué ayer y me he estado dando un paseo por...

—No me refiero a eso.

La abogada le clavó sus ojos zarcos y Ángel entendió a qué se refería. Le pareció extraño, porque nunca habían tenido demasiada confianza. Sin embargo, no se sintió incómodo: Julia tenía la capacidad, quizá adquirida en el trabajo, de adentrarse en la intimidad de la gente sin parecer una intrusa.

—Bueno, qué te voy a contar. Estoy jodido. La echo de menos. Y, además, por cómo ocurrió todo, es muy raro. Es como si no fuera verdad. Como si todo el mundo me hubiera mentido y ella, en realidad...

—Fuera a aparecer de pronto.

—Eso es. Como si fuera a aparecer de pronto y a reírse de mí, diciéndome que todo era coña. O que se equivocaron o qué sé yo. Es jodido no haber estado aquí para enterrarla.

Julia asintió varias veces, cerró el cigarrillo y lo prendió.

—Fue un palo —dijo—. A Sonia no se lo notarás, pero sigue hecha polvo.

—Tú estuviste con ella buscándola, ¿no?

Julia exhaló una bocanada de humo y meneó la cabeza arriba y abajo.

—Sí. Sonia me llamó, me dijo lo que había y cogimos el coche. Blas fue también en la moto por ahí. Y David —Ángel no sabía a quién se refería, pero prefirió no interrumpirla—. Luego, cuando la Policía encontró el Ford Fiesta, nos fuimos para la zona del castillo. Y por allí estuvimos, buscando por las naves industriales, hasta que a un policía le dio por mirar en el acantilado. La pobre Sonia se derrumbó. Estuvo no sé ni cuánto caminando de un lado a otro, agarrándose la cabeza. Cuando logré trincarla, se me desparramó en los brazos. Pero luego, con todos los trámites, estuvo muy entera. Fue ella la que llamó a Alfonso, porque no quería que se lo dijera la Policía, sino alguien cercano. Y, en lo que él venía para acá, se comió el marrón de identificarla. Para no cansarte: esa chiquilla ha aguantado mucho. Yo a Olga la quería mucho, pero con Sonia, ya sabes, eran como hermanas. —En este punto, Julia paró de hablar, recapacitó acerca de algo y le puso una mano en el hombro—. Nosotros lo pasamos mal, pero ni me quiero imaginar lo que habrá sido para ti, allá, cuando te lo dijeron.

—Es una puñeta, Julia. Estaba en la 4.28. —Julia puso cara de no entender y Ángel aclaró—: Es una posición en una zona delicada. Bueno, pues estaba allí y solicité permiso. Pero no me lo dieron. «Asumir y practicar racionalmente, por sentido del deber, las reglas del Ejército, para garantizar el cumplimiento de la misión» —recitó con un dejo de ironía—. Esa es la

primera norma de la disciplina. Y me la hicieron cumplir a rajatabla. Me pusieron en evaluación psicológica y a tomar por culo. Lo que me tiene roto no es solo lo que le pasó a Olga, sino que, como no estuve aquí, no pude hacer nada.

—¿Y qué ibas a hacer?

—No sé. Me queda magua de no haber estado. No después del accidente: antes.

—Pero ¿tú estás seguro de que habrías estado aquí? No te puedes machacar con eso, Ángel. Tú tienes tu trabajo y ella tenía el suyo. Y, aunque hubieses estado aquí, ya sabes cómo era Olga: si ella quería irse sola a sacar fotos, se iba sola a sacar fotos. Esto es lo que hay, querido.

—Bueno, ¿y el después? Yo tendría que haber sido quien la identificara, quien se lo dijera a Alfonso...

—No te fustigues más —lo cortó Julia, apretando con cariño el hombro que no le había soltado—. Yo entiendo que tú necesitas seguir tu proceso, hacer tu duelo. Y, de hecho, me parece muy lindo que hayas venido, que te intereses por lo que ella hacía. Todo eso está muy bien. Pero, hazme el favorcito, no te machaques. Tú no tienes la culpa de nada ni has estado por debajo de ningún tipo de expectativa que se te ocurra. Y, que yo sepa, ni Sonia ni Alfonso ni nadie lo piensa así. Lo tengo muy hablado con Sonia, lo mal que lo tuviste que pasar allá, tan lejos, sin poder...

—... hacer nada —concluyó Ángel.

—Sin poder estar cerca —matizó ella.

—¿Sin poder estar cerca de dónde? —oyeron decir a Sonia, que venía con la ensalada.

Julia adivinó el pudor de Ángel y, rápidamente, contestó en tono de cachondeo:

—De ningún sitio que te interese, cotilla.

—Bájeme el labio, zinguanga, que el respeto es muy bonito —le siguió Sonia la broma mientras encendía un par de velas con olor a fresa y las distribuía en la mesa.

Del interior de la casa, comenzó a surgir música a medio volumen, obra de Blas, que apareció tras los primeros compases, trayendo más cerveza para todos.

—¿Otra vez el mismo disco? —le dijo su pareja.

—Mujer, está bien —lo defendió Sonia mientras Blas se sentaba con una sonrisilla maligna.

—A ver, que a mí también me gusta. Pero se pasa la vida poniendo el *Kind of Blue*. Y mira que grabó cosas Miles Davis.

—Hice una selección —aclaró Blas—. Luego hay temas de Coltrane y de Thelonious Monk.

Ángel no tenía ni puta idea de lo que estaban diciendo. Pero le importó poco: estaba concentrado en abrir la lata que Blas le había dado.

—Bueno, ya está todo preparado —dijo Sonia—. A ver si este hombre no tarda mucho más.

Entonces, Ángel contó los servicios que había puestos en la mesa: eran cinco. Julia notó su curiosidad.

—David, la pareja de Sonia —le aclaró.

Mientras esperaban por el tal David, Sonia le preguntó a Ángel adónde había ido ese día. Ángel habló de Famara y del restaurante, que todos conocían. Luego contó su visita a la Casa del Taro y se refirió al peninsular que explicaba el museo a la parejita. Sonia le dijo que era Pepe Dolz, el archivero de la Fundación. En ningún momento mencionó a Carapicada y Cocoliso, que parecían ahora lejanos y brumosos, como esas nubes que fingen ser islas. Por último, se refirió a su visita del día anterior al Castillo de San José y a su encuentro con el viejo.

—El hombre me contó que había trabajado en el Cabildo. Con Luis Morales. Ezequiel, me dijo que se llamaba.

—Maestro Ezequiel Ferreras —dijo Blas.

—¿El de Ye? —le preguntó su mujer.

—A mí me dijo que vivía en El Lomo.

—Y allí vive —confirmó Blas—. Pero el hombre es de Ye.

—¿Ye?

—Debe de ser el pueblo con el nombre más corto del mundo, ¿verdad? —terció Sonia.

—Está en Haría. Cuando vayas para el Mirador del Río, ya pasarás por allí —continuó diciéndole Blas a Ángel.

—Y te sabrá a poco —comentó Julia—. El pueblo no es mucho más grande que el nombre.

—Pues sí, Maestro Ezequiel es de allí. Yo lo conozco porque una sobrina de él está casada con un primo mío. Me lo veo fijo allá, en la calle Real, haciendo tertulia.

—¿En la cafetería San Francisco, puede ser? —intentó confirmar Ángel.

—Ahí mismito.

—Eso me dijo él.

—Y sí es verdad que trabajó un montón de años para el Cabildo. Si quieres saber algo sobre cómo se hizo todo esto y de cómo era antes de que se hiciera, ese es tu hombre. Yo creo que es de los poquitos que quedan vivos.

A Ángel le pareció rara tanta locuacidad en Blas. Incluso lo había mirado a la cara un par de veces. Evidentemente, le gustaba hablar del tema. Y a él le interesaba, así que le tiró de la lengua.

—Según el libro de Olga, parecían como un equipo, ¿no?

—«Parecían» no: *eran* un equipo —corrigió Blas—. Hay que entender una cosa: César veía en la isla lo que no podían ver los demás. Era un visionario.

—«Yo soy un contemporáneo del futuro», decía él —apuntó Julia.

—Eso es. Tenía un proyecto estupendo. Pero solo lo pudo llevar a cabo porque se dio la circunstancia de que en el mismo momento, en el mismo lugar, coincidió una serie de personas que creían en ese proyecto.

—De presidente del Cabildo estaba José Ramírez Cerdá —dijo Julia—, el jefe de obras era Luis Morales y el maestro artístico, Jesús Soto. Y lo bueno es que, entre ellos y César, también supieron ilusionar a los aparejadores, a los capataces, a los peones. Al final, si miras atrás, fue una obra colectiva.

Blas esperó a que su mujer terminara de hablar, observó la impresión que había causado en Ángel (que había sido más bien poca) y pareció decidir que debía explicárselo mejor:

—Piénsalo, querido: en pleno franquismo, mientras en la Península se empezaban a cargar toda la costa, y en Tenerife y Gran Canaria los caciques se planteaban quitar los latifundios para llenarlo todo de ladrillo, aquí hubo unos tíos que, de repente, se paran a escuchar a un artista. Y el artista les dice que Lanzarote es un filón turístico de primerísima división, pero solo si las cosas se hacen bien. Lo del desarrollo sostenible aún no era un término que se utilizase demasiado, pero ellos estaban poniéndolo en práctica. Sin mucha teoría, pero echándole huevos. Sin pedir permiso. Arrimando el hombro. Y era una idea cojonuda, porque, sí, aquí hay sol, buen clima y playas, pero eso también lo hay en muchos otros lados. Todo el que tenga un cachito de costa por debajo del ecuador lo tiene. Pero toda esta belleza que crearon ellos, aprovechando lo que les daba la naturaleza, no la tiene casi nadie.

Julia aprovechó que Blas se echaba un buche de cerveza para intervenir:

—Hicieron una cosa fantástica: que todas las intervenciones fueran centros de arte, cultura y turismo, todo a la misma vez.

—Y, al mismo tiempo, Ramírez Cerdá, con este mismo equipo, fue mejorando las infraestructuras, intentando solucionar el problema del agua, trazando las carreteras. No sé si te habrás fijado, pero en las carreteras de

aquí no hay vallas publicitarias.

—Es verdad —dijo Ángel, que no sabía si arrepentirse de haber picado a Blas para que siguiera hablando.

—Eso fue cosa de César —dijo Julia—. No movían piedra sin consultar con él.

—Lo que hicieron fue cojonudo —sentenció Blas.

—Hasta que se empezó a joder —comentó Sonia, jugueteando con el mechero con el que acababa de encenderse un cigarrillo.

—Como en todas partes, supongo —opinó Ángel.

—Sí y no —dijo Julia—. Aquí la cosa tuvo sus peculiaridades. Para empezar, la famosa Reunión de los Seis. Eso fue a principios de los ochenta.

—¿La Reunión de los Seis?

—¿Tú viste *El Padrino II*? —dijo Julia—. ¿Te acuerdas de cuando sale la famosa reunión de La Habana, cuando es el cumpleaños del mafioso judío? No me acuerdo ahora mismo de cómo se llamaba...

—Hyman Roth —aportó Blas, cinéfilo desde el vamos.

—Eso es. Bien: están en el cumpleaños de Hyman Roth y a la celebración van todos los mafiosos que han ido a La Habana a reunirse con Batista para sobornarlo y que se lo ponga fácil para invertir en Cuba. ¿Te acuerdas, Ángel?

—Me acuerdo.

—Y la tarta tiene dibujado el mapa de Cuba y luego los camareros la van cortando y repartiéndosela a los mafiosos. Pues así más o menos debió de ser la Reunión de los Seis. El dinero venía de fuera. Pero no de mafiosos o de especuladores. Venía, por lo menos al principio, directamente de partidos políticos que tenían un pastizal para blanquear y no sabían cómo hacerlo ni dónde invertir. Entonces, apareció una figura oscura, un senador que hizo de contacto con los partidos para que pudieran meter su dinero en Lanzarote.

—Había mucha pasta que, si no se invertía, se perdía —apuntó Blas.

—Pero ¿quiénes eran los seis? ¿Tipos de fuera?

Julia casi se rio:

—No, qué coño. Los seis eran alcaldes, de diferentes partidos.

—Los alcaldes de seis municipios de aquí —dijo Sonia, que, aunque no hubiese nacido en la isla, había escuchado aquella historia muchas veces.

—De casi todos los que tenían costa —puntualizó Blas.

—Y que luego se irían saliendo de sus partidos y formarían agrupaciones independientes —aportó Sonia.

—Eso es un clásico, Ángel —le dijo Blas, poniéndole una mano en el hombro—: En este país, cuando veas que hay un partido que se presenta como Independientes de tal o cual sitio, o Coalición de Independientes de no sé qué, tenlo claro: detrás hay cuatro listos hijos de puta que vienen a la política para hacerse el bisnes. Caciques de los de siempre o caciques de los nuevos, pero siempre caciques.

—Sí, pero lo de los independientes fue después —dijo Julia—. En ese momento, lo que hicieron fue montar un plan para invertir el pastizal de marras, construir a lo bestia y sacarse su comisión. Aparte del senador aquel, hay otro personaje muy curioso. El secretario del Ayuntamiento de Viéitez. Que, además, tenía una asesoría legal. La mayor parte de los ayuntamientos le encargaban los informes de todos los asuntos urbanísticos. Así que era el que más meaba: todos los contratos pasaban por él. Pero, a la misma vez, el tipo asesoraba a las empresas constructoras, ¿te das cuenta?

Ángel no sabía de qué tenía que darse cuenta. Julia intentó aclarárselo con un ejemplo:

—Tú imagínate: una empresa quiere construir en el municipio equis, ¿no? El ayuntamiento solicita los preceptivos informes, ¿verdad? Hasta ahí, todo bien. Pero da la casualidad de que quien elabora el informe para la resolución que aprueba o deniega la solicitud por parte del ayuntamiento es la misma persona que ha redactado la propuesta por parte de la empresa constructora. Te lo traduzco, que ya sé que es un lío: yo escribo la solicitud de parte del empresario y me lo presento a mí mismo, que tengo que evaluarla por parte del ayuntamiento. ¿Te parece a ti que me la voy a denegar?

—Así funcionaba. Así es como fueron dando pelotazos por la costa —confirmó Blas.

—O sea, que fue una movida montada por alcaldes —quiso saber Ángel.

—A ver —continuó explicando Julia—, estos, en realidad, eran maúros del campo que no sabían hacer la o con un canuto. No eran tan listos. Los listos de verdad eran los que les pusieron la tarta delante, con todo el merengue: los intermediarios, el senador este, el secretario y los que parecía que eran recaderos y que luego se han ido quedando con todo el chiringuito, cuando estos alcaldes fueron cayendo. Porque algunos cayeron. Mira, si no,

Domingo Ferrer.

Hasta a Ángel le sonaba Domingo Ferrer, que aún estaba en la cárcel y figuraba involucrado en muchos de los escándalos de corrupción que habían saltado en la isla y, sobre todo, en los dos que habían llegado a los tribunales y habían acabado por tener sentencia firme.

—Pero ¿ves?, este, al final, era un pringado. Es el que ha salido en todos lados, pero el verdadero bisnes se lo hicieron los otros, los intermediarios.

—¿Y quiénes eran?

—No eran: *son* —corrigió Sonia—. De todos los nombres no me acuerdo ahora, pero mira las noticias sobre los casos de corrupción que se han abierto en los últimos años, porque ahí salen los nombres de casi todos, aunque los casos todavía estén abiertos y casi ninguno haya sido condenado.

—De hecho —dijo Blas—, los más peligrosos son los que tienen pasta para apelar y apelar, e interponer un recurso tras otro. De eso sabe mucho Julia.

Julia, que en ese momento estaba masticando un trozo de queso, asintió varias veces antes de tragarlo y decir:

—Tú ya sabes cómo es esto: los pleitos no los gana quien tiene razón, sino quien tiene más pasta para abogados. Sin contar con que hasta la fiscalía y la judicatura están un poco podridas por algunos laditos, ¿me entiendes? Hay fiscales y jueces que no se han querido meter en el asunto porque eso es un berenjenal. Pero hay otros que, directamente, no están limpios del todo.

A Ángel, que había empezado hablando de Maestro Ezequiel, comenzaba a resultarle todo cada vez más confuso. Tenía la sensación de haber dado con una piqueta en una tubería de la que surgía un chorro de información que salpicaba hacia todos lados. Así que intentó centrar el asunto.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver todo eso con César Manrique. Él murió en el noventa y dos.

—Sí, pero estos lodos de ahora vienen de la polvajera de esa época —dijo Blas.

Entre los tres, fueron contándole más cosas. Por ejemplo, que Blas había conocido a César, porque había formado parte, de pibe, de varias asociaciones ecologistas a las que César apoyaba. Por ejemplo, que en las imágenes de televisión en las que el pintor formaba parte de un piquete que detenía las excavadoras, a Blas se le veía al fondo, con diecisiete años,

melenudo y violento. Por ejemplo, que el saqueo al litoral había comenzado en Puerto del Carmen, había seguido por Playa Lunar y luego había continuado con Playa Blanca y Costa Teguise.

—Ellos siguen ahí, intentando hacer pasta, aunque tengan que cargárselo todo. Si no se les hubiera opuesto nadie, ahora mismo no quedaría ni un cachito de costa sin joder —dijo Sonia.

—Pero ahí está la segunda diferencia con respecto al resto del país —dijo Blas—: aquí sí que hay un proyecto sostenible que oponer a estos sinvergüenzas.

Ángel no acababa de entenderlo. Ahora fue Sonia quien intentó explicárselo.

—En otros lados, en Gran Canaria, sin ir más lejos, se metieron a enladrillar el sur de la isla a saco. Y hubo respuesta por parte del ecologismo. De hecho, todavía la hay. Pero es un movimiento de reacción. Aquí no. Aquí ya había un modelo sostenible y que funcionaba perfectamente. Que estaba consolidándose cuando estos cabrones se metieron a esparcir cemento. Y ese modelo es el legado de César.

—Por eso es tan importante la figura de él —dijo Julia—. Él, y los que tenía alrededor en aquella época, crearon esa conciencia colectiva de que había que defender la isla, preservarla.

—Y lo bonito es que no es solo una historia de culturetas o de gente metida en política —dijo Sonia—. Habla con cualquier taxista, con las limpiadoras, con los camareros: cuatro de cada cinco te van a hablar del modelo de César como de algo propio.

—Así que, cada vez que intentan dar un paso más, hay una sociedad civil que se les opone. Hay batallas que se han ganado y batallas que se han perdido, pero la guerra sigue —concluyó Blas. Parecía que iba a continuar hablando, pero, por debajo de la música, oyeron un coche que aparcaba delante de la casa.

—Ahí está David —dijo Sonia, poniéndose en pie y mirando su reloj—. Solo media hora tarde.

Blas continuó hablándole a Ángel sin girarse hacia la casa, donde se oía la puerta de la calle abriéndose y cerrándose.

—Un día, si quieres, nos echamos un café y te cuento con tranquilidad. Te estás quedando en el Miramar, ¿no?

—Sí.

—Pues el lunes me paso por allá a buscarte, si te viene bien. Yo trabajo al ladito. Aquí todo está cerca.

Blas rio su propia broma y Ángel le correspondió como si no la hubiera oído antes. Pero su atención se orientó hacia la puerta trasera, en cuyo umbral acababa de aparecer el tal David. Sonia se dirigió a su encuentro.

—Buenas noches a la concurrencia. Perdón por el retraso.

—El retraso te lo perdonamos, pero no nos vuelvas a llegar tarde — bromeó Julia.

Tal y como estaba sentado, Ángel solo pudo verlo de espaldas, vestido con vaqueros y una camiseta naranja, mientras le palmeaba el hombro a Blas y recibía el beso en los labios que le dio Sonia, antes de girarlo hacia Ángel para hacer las presentaciones.

—Este es Ángel. Ángel, este es David.

Ángel se puso en pie para estrechar la mano que el tal David le tendía, pero no acertó a decirle que estaba encantado porque, al elevar la vista, se enfrentó al guapo y único rostro del mismísimo Mister Sonrisas.

Al entender que Mister Sonrisas estaba con Sonia, comenzó a reformularse preguntas, a reorganizar su mapa mental, haciéndose, no obstante, el propósito de suspender su juicio. Entraba en lo posible que Sonia no conociese la existencia de las fotos que a él le habían tocado los huevos. Así que decidió no mencionarlas, no hacer preguntas sobre Olga y él, mantener bien abiertos ojos y oídos.

Las maneras del individuo estaban a la altura de su apariencia. Desinhibido y simpático, tenía ese tipo de déjame entrar que te hacía sentir inmediatamente que lo conocías de toda la vida. Demostró enseguida su don de gentes evitando referirse explícitamente a lo que había pasado con Olga, pero dándole a entender a Ángel que lo acompañaba en el sentimiento con el simple gesto de prolongar un poco el apretón de manos y mirarlo blandamente a los ojos. Después, mientras Sonia y Blas traían la comida, volvió a disculparse.

—Tuve una reunión de esas que se hacen largas.

—¿En Arrecife? —preguntó Julia.

—Ojalá. No, en Viéitez, en la oficina.

—Eso son cuarenta minutos de coche.

—Fijo.

Ángel no sabía dónde estaba Viéitez ni a qué se dedicaba el tipo. Pero se había prometido callar y escuchar.

El picoteo estaba completito: aparte de la ensalada y el queso, había papas arrugadas, ensaladilla rusa, ropavieja de pulpo (traída por Blas) y una carne de cochino que Sonia había hecho por la tarde y acababa de calentar. Ángel se fijó en que había más botellas de vino de la misma marca que él había traído. Como si lo estuviera observando, Sonia le dijo a David, que en ese momento descorchaba una:

—Esa es de las que trajo Ángel.

David sonrió y se dirigió a él:

—Veo que tienes buen gusto.

Se rieron todos menos Ángel, que no comprendió la broma. Julia se lo explicó:

—El Maipés es la bodega de David.

—Mía no: de mi familia —corrigió él.

—Bueno, en la práctica, la tuya.

David creyó oportuno explicarle a Ángel que su abuelo por parte de padre ya hacía vino cuarenta años atrás, pero que no se trataba de una cosa de calidad, sino de vino de gasto que vendía a las tabernas y a las tiendas de aceite y vinagre. Luego, su padre, al morir el viejo y heredar los terrenos, se había dedicado a otras cosas, aunque por una cuestión más bien sentimental había mantenido los viñedos y vendía la uva a otras bodegas. Hasta que, hacía unos años, a él se le había ocurrido que era un buen momento para abrir su negocio.

—Hacemos un malvasía volcánica que no tiene nada que envidiarle a El Grifo o al Bermejo. La bodega y las oficinas las pusimos en Viéitez, porque allí teníamos unas instalaciones que se podían aprovechar, pero los viñedos siguen estando un par de kilómetros al norte, en La Geria, con lo cual conservamos la denominación. Ahora estamos empezando a exportar bastante a la Península, pero solo a tiendas de *gourmet*. Yo prefiero vender poco y de calidad que tener un montón de clientes y darles meado de gato. En cualquier caso, el producto tiene una buena relación calidad-precio.

De calidad Ángel no entendía mucho; acerca del precio, recordó que cada botella le había costado trece con noventa y nueve, esto es, catorce pavos cada una. Y él era de los que no solían gastar más de tres o cuatro euros por botella, con lo cual entendió que la calidad de El Maipés tenía que ser la hostia.

Justo después de dar su explicación, David le sirvió una copa y él pudo comprobar que sí que estaba bueno, que tenía el toque afrutado que dejaba siempre el malvasía de Lanzarote, por seco que fuese. Estaba fresquito, además.

Míster Sonrisas le preguntó lo mismo que le habían preguntado antes, dónde había estado, qué había hecho desde que llegó. Y él respondió más o menos igual, pero ahora nadie habló de corrupción, de desarrollismo o de reuniones legendariamente sospechosas. Todo lo más, se desgranó el ya consabido rosario de lugares que Ángel no debía perderse: Timanfaya, los Jameos y la Cueva de los Verdes, el Jardín de Cactus, el Mirador del Río.

—El lunes tengo previsto moverme hacia el norte —dijo él cuando David nombró el Mirador.

Al mencionar el lunes, descubrió una extraña mirada de complicidad en Blas, que prácticamente no había vuelto a pronunciar palabra desde la llegada de Míster Sonrisas. Sintió que, de algún modo, aquel quería recordarle su cita. Fue a decirle algo, pero Blas se lo impidió, diciendo rápidamente:

—El lunes es un día cojonudo para los Jameos y los Verdes. No cogerás mucha cola de gente para entrar.

—¿Y hacia el sur no tienes previsto ir? —preguntó David.

—Puede que sí, algún día de estos.

Aún no había acabado de decirlo cuando entre los dedos del otro se materializó una tarjeta de visita.

—Pues si te pasas por Viéitez, no dejes de ir a verme y te enseño aquello. Me tienes por allí de lunes a viernes. Pero, si te quieres asegurar, dame un telefonazo antes de ir, no sea que me pilles fuera de la oficina.

Ángel se guardó la tarjeta en la cartera, preguntándose si llegaría a utilizarla, que es lo que se pregunta en algún momento todo aquel que recoge una tarjeta de visita no solicitada antes de guardársela.

Después de la cena, aparecieron sobre la mesa las bebidas fuertes. Ángel, que había bebido cerveza y vino, advirtió que solo se tomaría un cubata y Sonia le dijo que no se cortara, que no había ningún problema si quería quedarse a dormir allí. Hablaron sobre política, sobre series de televisión que veían en plataformas de pago, sobre el último disco de Arctic Monkeys y sobre absurdas polémicas en Twitter. Ángel, que se consideraba refractario a la política, no estaba suscrito a ninguna plataforma de televisión en *streaming*, había oído a los Arctic Monkeys solo alguna vez porque a Olga le gustaban y no tenía más que un perfil de Facebook que tampoco consultaba demasiado, asistió como libre oyente a aquella especie de reunión de facultad, interesándose en lo poco que entendía de lo que decían, pero interviniendo lo imprescindible.

Hacia el tercer cubalibre, David le sacó a Ángel el tema de su trabajo y le preguntó cómo era el Líbano. Y él, que en principio no supo qué decir, luego mencionó el tópico de la calma tensa en la Blue Line, no por tópico menos cierto. Y ahí fue donde tuvo que ponerse a hablar más, porque hubo de explicarles lo que era la Blue Line. También, más a causa del ron que de las ganas de hacerlo, les habló del vigésimoséptimo, de la Brigada Canarias, de la Base Miguel de Cervantes y de las posiciones desde las que se observaba la frontera, de un resort instalado en la orilla libanesa del río Wazzani donde los turistas daban quebraderos de cabeza porque se empeñaban en meterse en el río para sacarse selfis en agua de nadie, de los campos de minas y de la amabilidad de los libaneses, de los pastores cuyo ganado a veces cruzaba la frontera (un animal no sabe lo que es una frontera y no hay modo de explicárselo) y de las unidades israelíes que aparecían enseguida a pedir explicaciones a los dueños de los corderos (y a los corderos mismos, si así les cuadraba), de las patrullas en la fría madrugada o en mediodías calcinados por el sol, de la Posición 4.28, donde no era agradable cumplir servicio, porque allí había ocurrido el accidente del cabo Soria. Ellos no sabían a qué se refería y él les habló de Francisco Javier Soria, a quien se había llevado por delante una granada de mortero israelí en medio del fuego cruzado con

Hezbollah. David creyó recordar la noticia y a Julia le extrañó que lo llamara accidente.

—Pues claro que lo llamo accidente —dijo Ángel—. Todos allí lo llamamos así, accidente. Te acostumbras a hacerlo. Lo llamas accidente porque tú estás ahí, donde mismo lo mataron a él. Lo llamas accidente y así te haces a la idea de que no es algo que pase todos los días ni algo que pueda volver a pasar en cualquier momento. Para engañarte a ti mismo diciéndote que eso no te puede pasar a ti. Lo llamas accidente para que no te tiemblen las piernas, para no mearte encima del miedo.

De pronto, entendió que lo escuchaban con un silencio respetuoso y que de él emanaba una especie de miasma de melancolía que les estaba jodiendo la noche. Así que dio unos golpecitos en la mesa y alzó su vaso diciendo:

—Pero lo peor de todo es que allí no hay Arehucas. ¡Un brindis por el buen ron, carajo!

Se permitió a sí mismo tres roncs más antes de marcharse, agradeciendo pero rechazando la insistencia de Sonia en que se quedara. Se fue al mismo tiempo que Blas y Julia, que vivían cerca y habían venido andando. Desde la puerta, los despidieron Sonia y Mister Sonrisas, que, con toda probabilidad, dormiría allí. O follaría y se marcharía. O vaya usted a saber y a quién carajo le importa, pensó Ángel intentando centrarse para no rozar el coche al sacarlo de la plaza donde había estacionado.

El trayecto hasta Arrecife era corto y sencillo, pero pudo hacerlo más bien por intuición, porque le bailaba la cabeza y el panel de mandos del auto era una escafandra de goma que se agostaba y se expandía en la inmensidad del espacio y el tiempo y, en algún momento, notó que había cambiado de carril casi sin darse cuenta.

Tuvo suerte de no toparse con ningún control de tráfico o, peor aún, con otro coche. También la tuvo de dar con la cerradura al llegar a su habitación. Nuevamente, había dos vueltas de llave dadas, aunque la extrañeza y la preocupación le duraron los pocos segundos que tardó en sentir los vahídos del bajón del alcohol, del sofoco de la habitación recalentada, de la molestia de las ropas que se arrancó mientras se dirigía a encender el ventilador y abrir la puerta del balcón. Bebió agua, fumó su último cigarrillo de la noche y se acostó sin taparse, completamente desnudo, derrengado por la buena mesa y el mal trago, sin llegar a poner el despertador ni apagar la luz de los apliques, sabiendo que pasaría mala noche y que la mañana no sería demasiado mejor.

RESACA

Como era sábado, el piberío comenzó a llegar pronto a la calita y el puente, armando un escándalo de mil demonios que se sumó a los ruidos de la calle. Ya se había despertado varias veces durante la madrugada (para mear, para vomitar, para intentar refrescarse, para apagar los apliques) e interpretó aquel concierto para testosterona y orquestina como la señal de que tocaba arrastrarse fuera de la cama.

En el bufé se sirvió un café doble, un zumo de naranja y un vaso de agua y se los llevó a la terraza. No se imaginaba capaz de tragar algo sólido aún. Le extrañó ver allí a la mujer del vestido fucsia: era de esperar que en fin de semana los comerciales estuvieran en su casa y no en los hoteles de las islas a las que iban a trabajar. Quizá él se había equivocado y la mujer se dedicaba a otra cosa. En todo caso, ahí estaba, esta vez con unos *shorts* y una camiseta blanca, tomando café con leche y fumando mientras leía el periódico. Se dieron los buenos días y él se puso en la mesita de al lado, se endulzó el café, encendió un cigarrillo e intentó beberse el zumo, que le bajó por el gaznate como vitriolo. Debió de arrugar mucho la cara, porque enseguida oyó decir a la mujer:

—¿Una noche dura?

La miró. Ella tenía una gran sonrisa burlona en medio de su rostro carnoso plagado de pecas. Ángel le devolvió la sonrisa, meneando la cabeza.

—Llega un momento en el que uno, en vez de resacas, tiene convalecencias —dijo.

Del bolso que tenía en la silla de al lado, la mujer sacó algo y se lo mostró. Era el envase individual de un comprimido efervescente.

—A mí me suele venir bien esto.

Ángel aceptó de buena gana, abrió el sobrecito y puso a disolver el Actrón en su vaso de agua, dándole las gracias. La mujer dijo que no había por qué darlas, que entre viajeros solitarios hay que apoyarse.

—Porque tú eres un viajero solitario, ¿no? —añadió.

Ángel asintió varias veces, con una sonrisa de labios cerrados.

—¿Vacaciones?

—Algo así —dijo él, mirando el vaso en el que el agua burbujeaba. Decidió mentir a medias y aprovechar para saciar su difusa curiosidad—. Me vine un par de días para darme una vueltita. ¿Y tú? ¿Viniste por trabajo?

—A medias —respondió la mujer, haciendo oscilar la mano en el aire entre el peso de sus dedos meñique y pulgar—. Hasta ayer sí.

—¿Eres de Gran Canaria?

—Como tú, supongo. Con la empresa, hago muchos viajes entre islas. Tengo la zona de Lanzarote y Fuerteventura.

—Y decidiste quedarte el fin de semana.

—Total, tenía que regresar el lunes. Ayer preparé la maleta y ya iba a dejar el hotel, pero, en el último momento, me lo pensé y cambié el vuelo. Total, en Las Palmas no me espera nadie ahora mismo.

Ángel se estaba tomando el Atrón cuando la mujer dijo esto. Después asintió varias veces y miró abajo, un poco hacia la izquierda, donde las piernas de ella se extendían hasta unas chancletas de plástico. Tenían alguna pequeña variz aquí y allá y algo de gordura en los muslos, pero habían sido y quizá todavía eran unas piernas bonitas. Y entendió, por lo que su dueña había dicho y, sobre todo, por cómo lo había dicho, que se estaban mostrando para él. No le apetecía tener una aventura, pero cayó en la tentación del coqueteo.

—Es raro —dijo.

—¿El qué?

—Que no te espere nadie.

La mujer suspiró, se estiró en la silla para hinchar el busto, desinhibida, poderosa.

—No es tan raro. En la vida a veces toca elegir. Y yo he decidido elegirme a mí misma.

Ángel, por su parte, decidió que quizá era mala idea coquetear con la mujer: demasiada intensidad para aquella hora de la mañana con aquel sol cabrón que empezaba a recalentarle las meninges. Se propuso acabarse el café lo antes posible, pero la mujer se apresuró a decir:

—Oye, yo conozco bien la isla y no tengo ningún compromiso hasta el lunes —dijo ella, metiendo otra vez las manos en el bolso—. Si necesitas una guía, o no te apetece estar solo.

Ángel supuso que le daría una tarjeta, pero la mujer sacó un bolígrafo y un taco de notas. Apuntó su nombre y un número de móvil y le entregó el papelito.

—Dunia —leyó él en voz alta—. Yo soy Ángel.

—Un placer —contestó ella levantándose. Cogió el bolso, volvió a guardar el boli y el papel y se quedó en pie, mirándolo y, sobre todo, permitiendo que él la mirara—. Ya sabes, si te apetece compañía, solo tienes que silbar.

—Lo tendré en cuenta.

Dunia se marchó, caminando lo más elegantemente que le permitían las chancletas. Ángel se rio de ella y de sí mismo, pensando en lo absurdos que son siempre los rituales del cortejo. Mientras se guardaba el papelito, se acordó de David, de su tarjeta de visita y su invitación. También se acordó de Blas, que quería tomar algo con él. Y de Maestro Ezequiel. Por último, de Mauri, con quien comería ese día. Se le estaba llenando la agenda. Si aceptaba todas las invitaciones que le estaban haciendo, no le iba a quedar un momento libre.

Se había quedado solo. En la terraza y en el comedor. Solo se veía a las camareras, de aquí para allá, reponiendo el bufé o recogiendo mesas. Carapicada habría desayunado temprano. O tal vez se había ido, al sentirse descubierto. De Cocoliso, ni siquiera estaba seguro de que se alojase en el hotel. Al pensar en esto, le vino a la mente su regreso de la noche anterior, las dos vueltas de llave que debían haber sido solo una.

Aunque la wifi iba muy lenta, Ángel solo tardó un cuarto de hora en averiguar lo que necesitaba saber del negocio del tal David. Según la sección «Origen» de su sitio web, las bodegas El Maipés habían sido fundadas en 2010 por la familia Rivallo, que durante tres generaciones había elaborado vino artesanal a partir de las cepas de Malvasía Volcánica y Moscatel que cultivaba en la zona de La Geria, en el municipio de Yaiza, pero, además de continuar trabajando con estas variedades, elaboraba vinos en cuyos procesos intervenían también la Diego, la Listán Blanco y la Listán Negra. Lo decían así mismo, incluidas las mayúsculas. En un parrafito se contaba la historia mil veces contada de la erupción del Timanfaya entre 1730 y 1736, del nacimiento de unos nuevos terrenos de cultivo sobre la ceniza volcánica en los cuales los agricultores lanzaroteños supieron cultivar con un sistema único, protegiendo las vides con socos de piedra y aprovechando la mineralidad de la tierra y la escasez de lluvias.

Bien, maravilloso todo. Pero, aunque el Actrón y el café iban haciendo su efecto, aún tenía mal cuerpo. Por eso no tardó en ir pasando las subpáginas dedicadas a los diferentes vinos como quien pasa las hojas de un periódico de ayer y no tardó en obviar la enumeración de supuestas maravillas enológicas, abrir la geolocalización que mostraba la página y enviársela al móvil para ver cómo llegar si se decidía a hacerle una visita a Mister Sonrisas.

Reconsideró lo que sabía sobre el tipo. Una cosa que le había extrañado al principio era el hecho de que ni Sonia ni Olga le hubiesen hablado de su existencia. Pero durante la noche anterior había entendido que Sonia y él llevaban pocos meses saliendo y que, hasta hacía bien poco, no habían hecho pública la relación. De cualquier manera, las sospechas acerca de una posible historia entre Olga y David se habían ido desvaneciendo la noche anterior conforme hablaba con él. En suma, había acabado entendiendo que si Olga no se lo había mencionado nunca, había sido, muy probablemente, porque no le daba al tipo gran importancia. Pese a que le encantase fotografiarlo.

Algo que estaba empezando a notar era que en Lanzarote la discreción era casi tan común como el rumor. O, precisamente porque la clínica del rumor

estaba tan arraigada, tanto los naturales como quienes se habían acostumbrado al ritmo de la isla (ese era el caso de Sonia y podía ser que hasta el de Olga) sabían que había que mantener compartimentos estancos en sus relaciones sociales, en aquello que sabían o no sabían, opinaban o no opinaban sobre los demás.

El primer signo de esto se lo había dado la forma en que Blas, Julia y la propia Sonia habían cambiado de tema al llegar David, como si no quisieran hablar delante de él sobre aquellos asuntos. Y, sobre todo, en cómo evitaron referirse a la corrupción cuando se volvió a hablar de César Manrique.

Sentía curiosidad por esto. Hizo una búsqueda de David Rivallo. Con lentitud de camello, el buscador le mostró una ristra de informaciones hagiográficas acerca del emprendedor lanzaroteño: entrevistas a David Rivallo, director de Bodegas El Maipés; noticias sobre el pase a semifinales de David Rivallo en un campeonato provincial de tenis; una mención en un artículo de fondo en el que se hablaba de la importancia de la familia Rivallo para la sociedad conejera, refiriéndose de pasada a la continuidad que David, el vástago de Conrado Rivallo, daba a su prosperidad.

Buscó el nombre de Conrado Rivallo. Ahí le aparecieron nuevas hagiografías, esta vez del *pater familias*, uno de esos empresarios de la construcción hechos a sí mismos que había acabado convirtiéndose en un prócer, querido por muchos, envidiado por muchos más. Y entonces, con cierta malignidad, pensó haber dado en el clavo y amplió la búsqueda. Siguió haciendo búsquedas con el nombre del padre de Mister Sonrisas, pero añadiéndole los de las operaciones anticorrupción de las que tenía noticia, empezando por las más recientes y remontándose a las de hacía una década.

El resultado fue negativo. En las noticias que vio, o se hablaba del caso de turno y no se mencionaba a Rivallo o viceversa. Así que el padre del tipo perfecto también parecía el padre perfecto.

Cansado de no encontrar nada que le interesase, de la lentitud de la conexión y de sentir que estaba haciendo el imbécil allí encerrado cuando afuera el día parecía tan luminoso y tan lleno de vida, apagó el ordenador y se levantó.

Fumó en el balcón, mirando el trasiego en el puente, y decidió seguir el plan que tenía previsto en principio para ese día. Solo se había retrasado una hora y, al fin y al cabo, el sitio al que iba no estaba demasiado lejos: aún tenía

tiempo de sobra para ir y volver antes de mediodía. No sabía que, nuevamente, no estaría solo en su visita.

MONUMENTO AL CAMPESINO

Alguna vez, Olga había intentado que Ángel leyera a Agustín Espinosa, pero él era más de estilos convencionales, de historias que podían seguirse sin escollos, con un comienzo, una mitad y un final. Sin embargo, gracias a aquellos intentos, Ángel se había sentido mucho menos perdido al leer el comienzo del capítulo que ella le dedicaba al Monumento al Campesino, porque arrancaba con una cita de Espinosa que se refería a Mozaga como un pueblo descolocado, un barco presto a zarpar para Oriente, con casas como «dados del cubilete lancelótico».

Ahora, al llegar al monumento y bajar del coche, releyó el inicio del texto. Había visto al pasar el pueblo de casitas blancas que debió de ser más pueblo de casitas blancas en la época en que Espinosa escribió aquello, pero que aún era un pueblito de dados enjalbegados blanqueando el llano de ceniza. Se detuvo, antes de ir a la casa-museo, a observar el Monumento a la Fecundidad. En su día había provocado una polémica que Olga consideraba absurda. Algunos no veían un homenaje a la madre y a la tierra en la estructura metálica que se recortaba contra el cielo a quince metros de altura. Algunos habrían querido una escultura figurativa de una campesina labrando la tierra o sosteniendo un bebé entre sus brazos. César Manrique había hecho ya antes cosas así para murales de clubs náuticos y hoteles. ¿Por qué no podía seguir en aquella misma línea? Pero César, el contemporáneo del futuro, había querido aquel monolito multiforme y deslumbrante, que reverberaba al sol y se mantenía incólume frente al viento jodelón de Lanzarote. Su primera idea había sido fabricarlo con tanques de barco desechados en los talleres del puerto de Los Mármoles, pero el óxido había podido con ellos. No había manera de soldar aquella chatarra ferrujienta, así que su equipo de trabajo construyó unos tanques idénticos y los fue alzando según el diseño de Manrique sobre una estructura de hormigón cuyos cimientos se hundían en la roca. Una roca al pie de la cual Olga, en su día, le había explicado todo aquello.

Se internó en el caminito que atravesaba el jardín de picón y llegó a la falsa placita de pueblo, impecablemente blanca y luminosa, como una piscina

semicircular en la que en vez de agua había sol y viento. La fachada de la zona donde estaba la cafetería semejava una chimenea. En el libro, Ángel había leído que había sido construida por el simple procedimiento de maximizar la escala de la chimenea real de una casa de Teguiise. Al acercarse, se fue sintiendo pequeño. Aparte de las mesas de la terraza del restaurante, aquí y allá había bancos contruidos a partir de sillas de montar en camello. En un rincón, destacaba la réplica de un lagar, cerca de una balconada típica. Todo pintado de verde, ese verde de las ventanas y las puertas de las casas níveas del interior de Lanzarote. El conjunto venía a ser la reproducción de un pueblo conejero que no existía en la realidad, pero que contenía todo aquello que había en los pueblos de la isla. Y uno se sentía como una de esas figuritas que se incluyen en los dioramas para dar una idea de su escala.

Buscó una mesa libre en la terraza, donde algunos guiris silenciosos hacían parada, y pidió café, agua y algo dulce y se quedó al soco del edificio contemplando la placita, más allá del cual se veía la entrada que él mismo acababa de atravesar.

Su idea era seguir hacia el interior tras reponer fuerzas, visitar la casa-museo que, según había escrito Olga, homenajeaba el esfuerzo de los trabajadores de la tierra. César tenía fama de estar a gusto entre los campesinos y los pescadores. Visitaba los pueblos y los villorrios, hablaba con los lugareños, jugaba con los niños. De hecho, se decía que él mismo había ido casi casa por casa, convenciendo a sus propietarios de que no construyeran por encima del segundo piso, de que mantuviesen sus estructuras tradicionales, de que pintaran sus fachadas como se había hecho siempre, encaladas y con las puertas y ventanas de azul, si estaban en la costa, o verde, si eran de interior. Aquel lugar era un homenaje sincero a una clase que no era la suya, pero a la que admiraba. Existía un fuerte contraste entre ese apego a la tradición y su propia obra, que se había ido volviendo cada vez más abstracta. El mismo que había entre el Monumento a la Fecundidad y el patio en el que él estaba en ese mismo instante. Sin embargo, el efecto funcionaba.

Además, Ángel ya había estado allí y sabía que tras ese patio había otro, este más grande, en cuyo centro se abría una escalera de caracol que descendía hacia la parte principal del museo, porque aquí, nuevamente, la superficie engañaba: lo importante estaba oculto. Como casi todo en Lanzarote, pensó.

El camarero le trajo el café, el botellín de agua y una magdalena, y él endulzó el café y comenzó a tomárselo, mojando sin complejos el dulce. Y se dio cuenta de que no entraría a la casa-museo, porque tenía compañía.

Lo vio por entre el grupo de ancianos que estaba llegando al patio. Más allá de las cabezas cubiertas con gorras publicitarias y sombreros de paja, en la base del Monumento a la Fecundidad. Cocoliso. El insistente y torpe Cocoliso, allá, creyendo que él no lo veía, mirándolo con disimulo y hasta fotografiándolo mientras fingía retratar la escultura y el conjunto. Le estaba haciendo un *book* completito.

Debía haberlo seguido hasta allí, aunque él no había visto el Opel en ningún momento. Miró a su alrededor buscando a Carapicada, pero no: Cocoliso estaba solo entre turistas, camareros y un viejito que conversaba con ellos en la barra, seguramente parte del paisaje del falso pueblo.

Se preguntó qué hacer. Su primer instinto fue subir hasta el monumento y desempolvar a hostias a Cocoliso. Sin embargo, pensó en lo que le había dicho Mauri: podía estar un poco paranoico, podía ser una casualidad. También se le ocurrió que el hecho de dejarlo estar podía llegar a tener sus ventajas. Él, en realidad, no tenía nada que ocultar. Y, por otro lado, le interesaba averiguar por qué lo estaban siguiendo. Aparte, podría divertirse mucho.

Así pues, se acabó con tranquilidad la magdalena y el café y cogió el botellín de agua para llevárselo.

Mientras le cobraban, aprovechó para sacarle a Cocoliso (o más bien a la cabeza de Cocoliso, allá, tan lejos) una foto con el móvil. No era de buena calidad y se lo veía chiquitito, casi oculto por un desnivel del terreno, pero, acercando la imagen, le serviría para demostrarle a Mauri que no estaba tan loco.

Cocoliso se hizo brujo en cuanto Ángel comenzó a subir hacia el aparcamiento. Al llegar, él no se dirigió a su coche, sino que se situó en la base del monumento. Desde allí, se dominaba todo el parking y, con disimulo, como si admirara el paisaje, alcanzó a ver al de la cabeza afeitada entrando en un utilitario azul oscuro a cuyo volante debía de estar el amigo Carapicada. Después comprobaría que se trataba de un Peugeot 308. Habían cambiado de vehículo porque habían tenido en cuenta la jugarreta de la rotonda en Tahíche. Se sentían seguros, ahí, cuatro coches más allá del suyo. De nuevo, tuvo la

tentación de ir hasta ellos y romperles la cara. Sin embargo, eso no habría sido inteligente y él no perdía nada por intentar ser inteligente al menos durante un cuarto de hora.

Metió la llave en el contacto, pero no arrancó aún. Primero telefoneó a Mauri. No pensaba decirle nada todavía acerca de este encuentro con los tipos. Sobre todo, para que no le diera la brasa con aquello del sentido común. El brigada contestó con voz de sueño.

—¿Qué hubo, mi sargento?

—¿Te desperté?

—No. Me levanté hace un rato, pero todavía estoy medio sobado.

—Te llamaba para decirte que a lo mejor no llego a comer.

—¿Y eso?

—Estoy medio liado con una movida. —De pronto, se le ocurrió que no sería mala idea conducir a los tipos a la cita, para que Mauri lo viera todo con sus propios ojos. Pero quedaba mucha mañana por delante—. ¿Adónde pensabas que fuéramos?

—A Arrieta. Por arriba de Teguisse. Desde Arrecife es un paseíto. Además, aquí todo...

—Aquí todo está cerca, ya lo sé. Mira, te voy llamando y te digo.

—Pero ¿qué es? ¿Ligaste o algo?

—Más o menos —contestó.

—Bueno, yo ahora todavía me estoy espabilando. Pero vete avisándome, para ver qué hago.

Ángel miró el reloj. Eran las once y media.

—Te llamo en una horita y te digo.

—Perfecto.

Tras colgar, Ángel encendió el motor y puso Rock FM. Emitían una versión de *Born to Be Wild* y le pareció una feliz coincidencia. Se dirigió hasta la salida del aparcamiento y se detuvo unos instantes para asegurarse de que el Peugeot comenzaba también a salir de su plaza. Entonces subió a tope el volumen y metió primera. Mientras llegaba a la rotonda que lo conduciría a la carretera principal, vio al Peugeot acelerar atravesando la nube de polvo que el León había dejado a su paso. Se sonrió al pensar que les daría un paseo

largo. Muy largo.

Hasta los años sesenta, circular en automóvil por las tortuosas carreteras de tierra de Lanzarote, llenas de los badenes que la cachetada constante del viento dejaba en ellas, debió de ser una proeza. En la actualidad, las vías de la isla tendían a la línea recta, a las curvas suaves, a la altura constante, a la visibilidad. Solo el viento dificultaba la conducción. Pero hasta el viento aprovechó Ángel para joderles la vida a Carapicada y Cocoliso.

Durante hora y media se hizo seguir por la mitad norte de la isla, pasando de las carreteras principales a las secundarias, tomando bifurcaciones inesperadas que llevaban a pistas locales o a caminos privados que conducían a fincas ante las cuales daba media vuelta, aumentando o disminuyendo bruscamente la velocidad para obligarlos a improvisar si querían mantener la distancia sin perderlo de vista, haciendo completas las rotondas antes de elegir un camino solo por divertirse con el efecto cómico que producía su desorientación. A mediodía se apiadó de ellos y de sí mismo y regresó a Arrecife por la carretera principal, la que corría paralela a la costa, a velocidad constante, sin hacer giros bruscos, pero primero había atravesado Nazaret y Teguisse, Teseguite y Los Valles, había pasado a un lado de Haría para bajar por el barranco del Chafarís y volver nuevamente a Haría, donde esta vez tampoco entró, antes de subir hacia Máguez, Guinate, Ye (que, como le habían pronosticado, había cruzado en un suspiro), La Corona y Las Hoyas. En Órzola se detuvo cerca del muelle y salió del coche, se apoyó en el capó y fumó un cigarrillo contemplando el mar y un yate que zarpaba en ese momento hacia La Graciosa o algún otro pedazo de tierra del archipiélago Chinijo. Los tipos no descendieron del coche, aparcado a treinta o cuarenta metros. E hicieron bien. Porque él, de pronto, arrojó el cigarrillo, se metió en el León y arrancó a toda leche.

Ahora, ya cerca de la ciudad, se permitieron aumentar la distancia. Pero a él le bastaba con aminorar un poco y dejar pasar a los dos o tres coches que los separaban para verlos de nuevo en el retrovisor, intentando conseguir una inútil discreción y, con toda probabilidad, acordándose de varios miembros de su familia con diversos grados de consanguinidad.

Entró en el aparcamiento del islote del Francés, buscó estacionamiento y se volvió para mirar hacia la entrada. Al instante, los vio pasar de largo. No entrarían inmediatamente. Pero lo habían visto meterse allí. Lo más probable sería que diesen la vuelta para darle tiempo a salir y meter ellos también el Peugeot. O podía ser que encontrasen aparcamiento cerca y lo esperasen para seguirlo a pie. Pensó que esto último era poco probable; no había demasiadas plazas por la zona.

No se equivocó. Diez minutos más tarde, el Peugeot, cubierto de polvareda, entró en el parking al aire libre y estacionó dando la espalda al León de Ángel. Carapicada y Cocoliso salieron mirando a su alrededor con pinta de sospechosos. Miraron hacia el coche de alquiler de Ángel, cerrado y vacío, y, encogiéndose de hombros, salieron a la calle. Comenzaron a caminar hacia el Puente de las Bolas, pasando junto a la Cruz del Siglo y el banco que había ante ella en la orilla sur del islote. Miraban al frente, atentos a encontrar al hombre a quien seguían. Por eso no vieron cómo ese mismo hombre surgía de detrás del muro que separaba el islote de la avenida y se ponía a andar con pachorra de pensionista a unos veinte o treinta metros por detrás de ellos, fumando un cigarrillo y con una sonrisa cínica en el rostro, mientras sacaba su móvil y accionaba la cámara.

A Arrieta fueron en el cuatro por cuatro del padre de Mauri, un sufrido Mitsubishi Montero que cumplía con su función desde hacía más de veinte años. Mauri le explicó que el viejo había cogido el coche diariamente para ir a trabajar a Los Mármoles hasta su jubilación y que ahora todavía lo usaba para acercarse a la huertita que la familia seguía teniendo en Máguez.

—Está superorgulloso, el viejo. Es la única finca del pueblo en la que se han dado las ciruelas. En realidad es un cachito chico de terreno, y ciruelos solo tiene tres, pero, qué quieres que te diga, así está entretenido. Tú ya sabes cómo es eso: en cuanto se quedan sin nada que hacer, empiezan a ir para atrás.

—Pasé por Máguez hoy. Pero no vi muchas huertas.

—Te tienes que fijar. En cualquier llano que tenga un soquito de piedras alrededor, hay cosas plantadas. Pero hay que fijarse. Mira ahí, por ejemplo.

En ese momento, a un lado de la carretera, vieron a una mujer agachada en una explanada, sachando el suelo. Mauri aminoró un poco la marcha para que Ángel no se lo perdiera.

—¿Lo viste? A veces solo te das cuenta de que hay un cultivo porque ves a la gente trabajando. Es como si estuvieran...

—Como si estuvieran escondidos —dijo Ángel.

—Eso es.

Ángel había aprovechado el movimiento de mirar a la campesina para echar un vistazo hacia atrás. Ya lo había hecho varias veces durante el camino. Pero no vio ni rastro del Peugeot, ni de ningún otro coche que pareciera seguirlos.

A mediodía, había sido la sombra de Carapicada y Cocoliso durante un rato, hasta que llegaron al Puente de las Bolas y se sentaron en el murete del paseo. Solo entonces lo vieron y él, que ya no estaba sacando fotos, pudo cruzar de acera y hacerse el longuis hasta llegar al hotel. Pero cinco minutos más tarde, al asomarse al balcón, comprobó que ya no estaban allí. Tampoco volvió a verlos después, cuando Mauri lo recogió. Por el momento, se habían hecho humo.

El brigada no le preguntó qué era aquello que lo había retrasado. Se limitó a decir que se moría de hambre y que, con la hora que les había dado, les costaría conseguir mesa en la terraza.

La consiguieron por los pelos, porque La Casita de la Playa estaba atestada de familias, del país o del extranjero, que comían pescado a carrillo lleno. Quedaba una mesita ventosa, algo alejada del bullicio sabático, lo cual les agradó.

Pidieron escaldón de gofio, parrillada de pescado y una botella de El Maipés seco. A Ángel ya casi se le había pasado del todo la resaca, pero la huella de la mala noche continuaba allí, por lo que los primeros sorbos de vino le entraron como si se los hubieran inyectado en vena. Se había sentado de forma que ante sí, a su derecha, tenía la playa de Arrieta. Más allá, un muelle de madera al que, hacia la mitad, le faltaban unos diez metros. En algún momento, el mar se había llevado lo que faltaba y había dejado aislado el extremo del embarcadero. Imaginó ese pedazo de madera y hierro en medio de la noche, incomunicado por el mar, la imagen de la soledad absoluta. Pero no tuvo tiempo para dedicarlo a ese pensamiento. Mauri estaba de buen humor y le habló de la juerga que se había corrido la noche antes con un primo suyo, los *gin-tonics* que se habían metido en el Manhattan, las pibas con las que habían estado.

A sus treinta y tantos, Mauri seguía siendo un niño gamberro, un muchachote que deseaba hacerse hombre y pensaba que la hombría estaba en beber, follar y palabrotar más que nadie. A Ángel casi le despertaba ternura aquella ingenuidad, acaso porque se veía a sí mismo hacía diez años, o incluso menos. Antes, en cualquier caso, de conocer a Olga y descubrir que la vida estaba llena de senderos inexplorados, de perspectivas en las que quizá él aún no era capaz de situarse. Allí, tomando vino con un Mauri que le contaba su juerga, recordó cómo Olga le iba poniendo en las manos libros que creía adecuados para él, picándolo como la madre de un adolescente. Lo había engolosinado con novelas policiacas o de espías, con historias de aventuras entre las cuales le iba colando los clásicos que podía. Y reflexionó sobre eso, sobre el hecho de que Olga intentaba cambiarle y con su inevitable corolario: si intentaba que fuese diferente, tenía que ser porque no le gustaba cómo era. De ahí, pasó a una pregunta que siempre le había aterrado: ¿lo quería Olga realmente?

En algún momento, Mauri se dio cuenta de que la suya era una sonrisa burocrática, de que lo oía sin escucharlo mientras él describía a la venezolana con la que creía haber ligado y a la que llamaría esa misma noche para ver si quería quedar.

—Te estoy dando la brasa, ¿no? —dijo Mauri, cortando la descripción de las tetas de la piba.

—No —se disculpó Ángel—. Todo bien. Lo que pasa es que tengo un resacón importante.

—Cuéntame, ¿cómo fue lo de anoche?

Ángel se lo contó. No entró en demasiados detalles. Le dijo dónde y con quién había estado, qué había bebido, cómo había llegado haciendo esos hasta el hotel, la mala noche que había tenido, cómo había despertado. Siguió con su visita al Campesino, obviando el encuentro con Dunia, porque sabía que, de mencionarla, la conversación se iría por otros derroteros. Y él prefería decirle a Mauri que estaba equivocado, que era cierto que lo estaban siguiendo, que no sabía por qué, pero Cocoliso y Carapicada existían y se habían pasado la mañana oliéndole el culo mientras él se los vacilaba. En esa parte sí que hizo un inventario más o menos minucioso de lo que había ocurrido. Y finalizó mostrándole las fotos que les había hecho. Especialmente las de la avenida. En casi todas aparecían de espaldas, pero ahí estaban, vivitos y coleando, pasando junto al *Homenaje a la Internacional* de Pancho Lasso o casi llegando al Puente de las Bolas, con el Castillo de San Gabriel al fondo.

Mauri pasó las fotos un par de veces, amplió alguna, volvió hacia atrás y, finalmente, le devolvió el móvil. Ángel había parado de hablar y esperaba su opinión. Mauri no se la dio enseguida, entre otras cosas porque en ese momento trajeron la comida. Solo cuando la camarera se hubo marchado, el brigada, entre bocado y bocado, dijo:

—Vale. Está bien. Hay dos tíos siguiéndote. Bueno, eso dices tú.

—¿Cómo que «eso digo yo»? ¿No acabas de ver las fotos?

—Acabo de ver las fotos de dos tíos a los que seguías tú.

—¿Y la del monumento?

—Sintiéndolo mucho, yo ahí no alcanzo a ver una mierda, mi sargento. Una cabeza pixelada. Poco más.

—Joder.

—Pero, en fin, al lío. Aunque tengo mis dudas, si tú dices que te están

siguiendo, yo elijo creerte. La cuestión es —Mauri hizo una pausa para señalar alrededor con el trozo de morena frita que tenía en la mano—: ¿dónde están? Porque yo no los veo. ¿Tú crees que nos siguieron hasta aquí y que ahora están escondidos en el aparcamiento?

—No, coño, Mauri, no digo eso. De hecho, me fijé por el camino.

—¿Y?

—Y no nos seguía nadie.

—Okey. ¿Y anoche, cuando fuiste a casa de la amiga de Olga? ¿Te siguieron al ir para allá o al volver?

—Que yo sepa, no.

—Entonces, ¿te siguen solo cuando saben que vas a estar solo?

—Ahora que lo dices, eso parece.

—¿Y cómo saben que vas a estar solo? ¿Son adivinos o qué?

Ángel se quedó mudo. No se había dado cuenta de eso.

—O mejor: la amiga de Olga y yo también estamos en el ajo, ¿no? Hay una conspiración de cojones y media isla te está haciendo la cama. En fin, mi sargento, tú te das cuenta de lo que parece, ¿verdad? —dijo Mauri.

—Parece que estoy como una baifa, ¿no? —se resignó a decir Ángel.

—Hombre, yo no diría tanto. Pero un poquito de los nervios sí puede que estés.

Ángel asintió. Se preguntó por enésima vez si podía estar equivocado, si su mente le estaba haciendo una jugarreta. Pero no: a Carapicada y Cocoliso los había paseado por la isla la mitad de la mañana. Y luego los había seguido por la avenida. Hacía apenas una hora que los había visto por última vez. Así se lo recordó a Mauri, enumerando cada detalle sospechoso, incluyendo el jaleo de vueltas de llave en su habitación.

Mauri lo dejó hablar y, finalmente, dijo:

—Está bien, mi sargento. Vamos a hacer una cosa. Bueno, lo que ya te dije, lo que tenías que haber hecho esta mañana: si los vuelves a ver, te paras donde estés y me llamas. Yo voy enseguida y los ponemos firmes. Y así, de camino, me sacas de dudas. Porque, te lo tengo que decir: mis dudas las tengo.

—Lógico, Mauri. Yo en tu lugar también las tendría. Pero no estoy ni loco ni paranoico ni de los nervios: estos tíos me tienen cogida la matrícula desde que llegué. Eso lo tengo claro. Mi problema, el problema que tengo, es saber

por qué coño me siguen.

Ante eso, Mauri se encogió de hombros y negó varias veces con la cabeza, dijo que él no tenía ni puta idea y cogió de la bandeja una vieja para ponérsela en el plato.

—Pero te digo una cosa —añadió antes de comenzar a comérsela—: si todo lo que me dices es verdad, la única manera de enterarnos va a ser hostiarlos pero bien.

Sobre las cinco de la tarde, Mauri lo dejó en el hotel, otra vez borracho. No contó las vueltas de llave ni se paró a fumar en el balcón. Solo puso a medio volumen la tele, donde daban una peliculeja de monstruos marinos, y se echó en la cama para dormir la mona.

Soñó con Olga. Estaban en su piso de La Minilla. Ella movía el sofá y, debajo de él, le descubría una escalera de caracol que se internaba en un suelo de lava. Por los bordes del agujero sobresalía la piedra volcánica de la que debía de estar hecho el subsuelo. Él se asombraba y ella se reía como de un niño. «Pero ¿no te lo dije cuando compramos la casa? ¿Me vas a decir que no sabías que es un volcán?». En el sueño, Olga lo invitaba a bajar y él se negaba. No era capaz de decir lo que había abajo, pero sabía lo que era y sabía también que era horroroso. Por eso estaba seguro de que no quería bajar y enfrentarse a ello. Olga insistía e intentaba atraerlo hacia la escalera, tirándole de las muñecas. Él la rechazaba una y otra vez, de forma más violenta a cada ocasión, hasta que, en algún momento y sin en realidad pretenderlo, le daba un empujón y ella se precipitaba escaleras abajo. En el último momento, antes de verla desaparecer, Ángel intentó agarrarla para que no se hiciera daño, pero no llegó a tiempo. Y, de pronto, la piedra de la grieta cobró vida, una vida viscosa y caliente, y se comprimió hasta cerrarse, como en la contracción de un esfínter gigantesco. Ángel se quedó parado ante la cicatriz de la tierra sin saber qué hacer. Y, entonces, muy bajito al principio, mucho más alto después, comenzó a oír a Olga abajo, gritando y llamándolo por su nombre, pidiéndole ayuda, diciéndole que allí todo estaba oscuro, que no veía nada, que él le hacía falta. Se agachó e intentó volver a abrir el agujero. La piedra se había tornado nuevamente blanda, y las manos de Ángel se hundían en ella sin lograr hacer el hueco suficiente para permitirle pasar. No conseguía volver a abrir la grieta. O sí podía, pero, como comprendió un instante antes de abrir los ojos, no quería hacerlo.

Despertó empapado en sudor y lágrimas. Afuera ya casi había anochecido, y en la tele una panda de tertulianos vestidos como damas y caballeros se gritaban como animales. A tientas, dio con el mando y apagó el aparato.

Luego, de un trago, se bebió lo que le quedaba en la botella de agua.

Ya no tenía resaca. Los vapores del alcohol casi se habían disuelto, dejándole en la boca un sabor a cansancio. Sintió una melancolía que los ruidos de la gente que salía a pasear o de copas no contribuía a disminuir. En un rato, se daría una ducha y bajaría a la calle para ir a cenar a algún sitio tranquilo. Compraría agua y regresaría para leer y volver a buscar el sueño.

Primero se puso los pantalones y salió al balcón a fumar, consultando su móvil. Tenía un mensaje de Sonia preguntándole qué tal había llegado a casa la noche anterior y una llamada perdida de Alfonso. Respondió al mensaje de Sonia diciendo que había llegado bien, que había pasado un rato agradable y que la llamaría para quedar esa semana, si a ella le apetecía. Sonia respondió con un emoticono de pulgar alzado.

Después vio que aún no habían dado las diez de la noche y le devolvió la llamada a Alfonso.

—¿Viste mi llamada? —preguntó el viejo al descolgar. De fondo se oía el mismo programa de televisión con tertulianos odiándose a gritos.

—Sí. Perdona, me estaba echando una siesta. ¿Qué pasó?

—En realidad, nada. Te llamé para ver qué tal te iba. ¿Viste a Sonia?

—Cené en casa de ella anoche. Hizo un picoteo con Julia y con Blas. Y con el novio, el tal David.

—A ese chico lo conocí cuando fui para allá. Un muchacho agradable. ¿Cómo está Sonia?

Ahora resulta que todo el mundo conocía ya al bobomierda este, pensó. Pero no lo dijo. Prefirió responder a la pregunta de Alfonso sobre Sonia:

—Yo la vi bien. Normal. También comí con ella el jueves, cuando llegué. Está jodida, como lo estamos todos, pero bien.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Que cómo estás. ¿Te está sirviendo esto para curarte?

Ángel sopesó la respuesta. Y se le ocurrió que con él podía ser sincero.

—¿Yo? Qué quieres que te diga, suegro. No te puedo decir que esté feliz.

Hubo un silencio y Ángel supuso que, al otro lado de la línea, Alfonso reprimía las ganas de decirle que ya se lo había advertido.

—Por ahora, he ido a Famara, a la Fundación César Manrique, al

Monumento al Campesino. Y hoy comí en Arrieta. ¿Conoces Arrieta?

—Lo conozco.

—Fui con Mauri.

—Ah, el compañero tuyo. Me había olvidado de él.

—Y fui al sitio donde pasó todo.

Volvieron a callarse. El volumen de la tele de Alfonso disminuyó. El viejo debía de haber cogido el mando para silenciarla o se había ido a otra habitación. El caso es que ambos permanecieron callados un buen rato, hasta que Ángel dijo:

—Oye, suegro, te va a parecer una locura la pregunta, pero la última vez que hablaste con ella fue ese mismo día, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te mencionó alguna cosa extraña?

—¿Extraña como qué?

—No lo sé. Igual es una tontería, pero ¿le notaste algo raro?

—No sé, estaba como siempre. Bueno, estaba contenta, ansiosa. En esos días estaba hecha una jiribilla. Por terminar el libro.

—¿Y no te dijo nada de...?

—Me dijo lo que ya te conté —lo cortó Alfonso, que parecía no querer volver a tocar el tema—. Que tenía el borrador terminado. Que solo le faltaba hacer dos o tres fotos y comprobar un par de datos que habían aparecido.

—¿Qué datos?

—Y yo qué sé. Pero me decía que había un par de datos nuevos que tenía que contrastar.

—¿Y no te dijo dónde había dado con esos datos?

—No. Supongo que en el archivo. Lo único que me dijo fue que en Lanzarote solo le quedaba hacer eso y las fotos, y que luego se venía para revisar el borrador y entregarlo. Pero ¿por qué me estás preguntando todo esto?

—Si quieres que te hable en plata, no lo sé.

—Hombre, por algo será.

—No, de verdad. Ya te dije que igual era una tontería.

El nuevo silencio se prolongó tanto que a Ángel le dio tiempo de arrojar la colilla del cigarrillo, buscar otro y encenderlo. Entonces oyó suspirar a

Alfonso al otro lado de la línea. Y luego el viejo dijo que al principio él también había llegado a pensar que había algo raro en la muerte de Olga, pero que era normal, que cuando ocurre algo tan horroroso, uno intenta convencerse de que no es posible que solo sea casualidad. Y para finalizar dijo que, a día de hoy, no podía decir que hubiese nada raro en todo aquello. Sin embargo, luego añadió:

—Pero yo no estoy ahí, Ángel.

—¿Qué quieres decir?

—Que si las cosas no fueron como parecen, sé que tú lo vas a averiguar.

—Alfonso, yo no sé si...

—Si me preguntaste, por algo será. Si hay algo que no esté..., que no esté en orden... —Alfonso se calló unos segundos, intentando buscar las palabras adecuadas. Al fin las encontró—: Si hay algo que no esté en orden, sé que tú lo vas a poner en su sitio.

TIMANFAYA

En esta ocasión no tuvo que consultar el itinerario en su ordenador, por lo demás, cada vez más lento. Llegó a Timanfaya cerca de las nueve y media de la mañana, relajado como después de un masaje. Le había venido bien levantarse temprano y desayunar casi a solas en el bufé, darse una ducha y salir con la mochila antes de que la ciudad despertara del todo, meterse en el coche sin haberse cruzado con comerciales recién separadas ni perseguidores fantasmagóricos, conducir por la carretera despejada atravesando primero Tías, luego Mácher, después Uga, pueblos blancos y pacíficos que el rabillo de su ojo fue registrando en el silencio del domingo mientras se adentraba en el occidente mineral de la isla.

En Yaiza, a los lados de la carretera, la huella del volcán adoptaba formas singulares y aun toleraba las palmeras y los chabocos con higueras o vides que manos humanas habían puesto aquí y allá. Pero enseguida vio el echadero en el que los camelleros acomodaban a los turistas para la visita al parque y después ya no hubo más cultivos, solo un paisaje lunar en el que, de vez en vez, lengüetazos de rofe gris o negro irrumpían en el imperio de la lava colorada.

Ya había bastante público cuando llegó a la entrada al parque natural. En coches alquilados o en autocares, los turistas esperaban a que se les permitiera ascender por la pista de acceso que trabajadores del parque iban organizando. Con todo, tardó solo unos diez minutos en llegar al aparcamiento y otro empleado le indicó dónde debía estacionar. Al apearse entendió que no era el único: un segundo trabajador, con el uniforme verde que el Cabildo les había puesto a todos, ordenaba otra zona del amplio parking.

Se mezcló con los turistas que subían hacia el restaurante El Diablo. Al fin, él no era otra cosa que un turista. Un turista triste y algo solo, con quebraderos de cabeza y dolores que mitigar, pero turista al fin. Así que se integró entre sus iguales, en el semicírculo donde los visitantes esperaban la primera demostración. Querían ver lo que habían visto tantas veces por televisión o en los folletos o en los libros de viajes. El trabajador, con una sonrisa de orgullo, dilató la intriga demorándose un poco en llenar un balde de

agua, luego indicó a todo el mundo que se apartara del agujero en la tierra y, como un prestidigitador de pueblo, arrojó el agua al boquete. La nube de vapor tardó unos segundos en elevarse en el aire y, cuando lo hizo, vino acompañada por un olor a azufre y castañas asadas que se abrió paso entre los aplausos y las exclamaciones de asombro. No era ninguna sorpresa. Todo el mundo conocía aquella atracción. Sin embargo, los franceses, los alemanes, los rusos que componían el público habían recorrido miles de kilómetros para ver aquello, para olerlo, para poder aplaudir y asombrarse ante aquel túnel que llevaba al centro ardiente del mundo, aunque no fuera verdad, aunque llevara solo hasta la parte superior del manto.

Junto al falso géiser, había otra atracción no tan famosa, pero también interesante. El empleado condujo al grupo hasta ella: era un agujero algo más ancho, cerca del cual había un montón de sarmientos secos. El hombre cogía con una horquilla unos cuantos sarmientos y los colocaba al borde de la grieta. Un instante después, los matojos ardían. La gente volvió a aplaudir, a asombrarse, a reír, y el hombre acabó la demostración alejándose del boquete, tomando un puñado de picón del suelo y dándoselo al turista más cercano. En este caso, fue una jovencita rusa, que soltó el picón al instante. Otros visitantes se agacharon inmediatamente para tocar la ceniza volcánica. En realidad no quemaba, pero estaba muy caliente, como el propio Ángel comprobó. Entre risas, el grupo continuó hacia El Diablo mientras el empleado volvía a la primera atracción para esperar al siguiente grupo. Ángel no los siguió. Se quedó allí, al pie del restaurante acristalado que coronaba la montaña, encendió un cigarrillo y se sentó en el murete del mirador para observar el paisaje que se extendía hasta el mar.

Sacó uno de los cuadernos y leyó una página que había marcado para ese día. Timanfaya había estallado hacía tres siglos, había asesinado a hombres y ganados, había engullido poblaciones y cultivos. Después se había callado. Pero no estaba muerto. Solo dormía. Y de su interior había brotado vida. Una vida nueva que aún se abría paso. Aquellas colinas que se alzaban entre los valles de rofe y picón eran los brazos de un gigante que se agitaba en el sueño. Timanfaya era el lecho donde un titán dormía la siesta.

Guardó el cuaderno, subió al restaurante y volvió a ser uno más de los turistas asombrados ante el pozo que hacía de asador, sobre cuya parrilla una veintena de muslos de pollo se cocinaban con el calor del interior de la tierra.

Pidió un café y lo consumió en la zona de la cafetería, mirando lo mismo que había estado mirando antes, pero añadiendo una perspectiva de las dos atracciones. Desde arriba, los agujeros en el suelo le recordaron su pesadilla. También lo que Mauri le había contado acerca de los huertos. Todo oculto. Todo escondido. Todo sumergido en las profundidades del subsuelo.

Volvió a la barra para pedir otro café y, mientras se lo ponían, echó un vistazo al comedor. Allí, en una de las mesas dispuestas junto al mirador acristalado, desayunaba una familia. Al contrario que el resto de la clientela, en la que predominaban las ropas cómodas de excursionista, estos estaban vestidos de domingo, como para ir a misa. Uno de los camareros les prestaba especial atención y procuraba que no les faltara nada. Así que debían de ser más o menos fijos, más o menos importantes. Y, de pronto, se dio cuenta de que entre la pareja de ancianos y los niños, entre el matrimonio treintañero y la adolescente que no dejaba de mirar su móvil, se sentaba también David Rivallo.

El comedor era grande. Y la barra, doble y con forma de elipse, lo situaba a unos quince metros de la mesa. Eso le permitió observarlos durante un buen rato. Fue entendiendo que era la familia de Mister Sonrisas. Los viejos debían de ser sus padres. El treintañero de la pareja no se parecía en nada a él, salvo por el precio de su ropa, así que debía de ser su cuñado, marido de aquella mujer que quedaba de espaldas a Ángel, madre de los críos. Entendió eso porque, en algún momento del viernes, Rivallo comentó que él no había tenido hijos. Ángel dudó entre acercarse a saludar o pagar y marcharse. David Rivallo le impidió elegir porque, de pronto, alzó la cabeza y lo miró directamente. Ángel lo vio tomarse un momento para reconocerlo antes de levantar la mano, ponerse en pie e ir hacia él.

—¡Hombre! ¡Qué sorpresa, Ángel! —dijo cuando ya casi estaba en la barra, estrechándole la mano, palmeándole el hombro.

—¿Qué tal? —acertó a decir—. No estaba seguro de que fueras tú.

—Sí. Venimos a veces los domingos, con la familia. A mi madre le gusta mucho desayunarse aquí —dijo Mister Sonrisas, señalando a la mesa de su familia.

A excepción del padre (que en todo momento continuó masticando ajeno a todos, mirando el paisaje tras el ventanal), los Rivallo habían prestado una efímera atención a David cuando este se levantó, hasta que entendieron que

tenía un conocido en la barra. Ahora proseguían comiendo, acostumbrados a que David tuviese conocidos en cada sitio al que iban.

—Hay que cuidar a la familia. Nunca sabes cuándo te va a faltar —dijo Ángel, por decir algo.

El pijo asintió con cara de circunstancias, como si el militar hubiese dicho algo interesante. Luego, preguntó:

—¿Y tú qué? ¿Haciendo el recorrido?

—Sí. Me vine temprano.

—Hiciste bien. Los domingos a mediodía esto está a tope. ¿Te tomas algo con nosotros? —dijo volviendo a señalar a su espalda.

Ángel se imaginó yendo con él a la mesa, siendo presentado, ocupando un hueco improvisado y rechazando bollitos y bocadillos de gente que en realidad no quería que los aceptara.

—Te lo agradezco, pero ya casi me iba.

—¿Vas a seguir de ruta?

—Sí. Quiero ver un par de sitios más. Y quedé con un amigo a mediodía —mintió Ángel.

—Oye, acuérdate de llamarme si vas por Viéitez.

—Lo haré.

—O por La Vegueta.

—¿La Vegueta?

—Sí, por ahí arriba, por Tinajo. Yo vivo allí.

Ángel aprovechó para disipar una duda.

—Pensé que vivías con Sonia.

—Ah, no. Qué va. No lo descarto, en un futuro. Pero para eso igual es pronto. No llevamos tanto saliendo. Y tú sabes cómo es de independiente. Eso sí, el día de mañana, vete a saber.

Míster Sonrisas lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con muchísima cordialidad, más de la que Ángel hubiese deseado. Después, al entrar en el vehículo, vio su silueta atravesar la cafetería de vuelta a su mesa y comprendió que Rivallo se había quedado mirándolo mientras bajaba hacia el coche.

PLAYA LUNAR

No regresó a Arrecife. No le apetecía meterse en el hotel antes de mediodía. Fue hacia el sur, a ver Playa Lunar. Olga la mencionaba en el libro no porque allí hubiese alguna intervención de César, sino por lo contrario: se refería a ella como ejemplo de atentado contra el medio ambiente y de lo que Manrique describió como «arquitectura fascista». Era una zona costera perteneciente al municipio de Viéitez donde, originalmente, solo había un grupo de casitas de pescadores en torno a la playa del Lunar. Hasta que en los años ochenta la especulación la fijó como su objetivo y así acabó convirtiéndose en la actual Playa Lunar, no sin la resistencia de los habitantes originales. De hecho, aún permanecía allí una última casa de pescadores, la Casa Violeta, que había acabado convirtiéndose en un símbolo de la resistencia al desarrollismo.

Le costó encontrarla. No la localidad: a ella llegó enseguida. Pero no había forma de ver la playa. Igual que le habría ocurrido en Costa Tegui o en Playa Blanca, se vio en medio de una zona turística como tantas otras zonas turísticas del Archipiélago, como cualquier otra zona turística del país. Condujo por el laberinto de calles que habían crecido desde la caleta hasta la carretera principal. Cemento, hormigón, bares con menús infectos y jarras de sangría, el tufillo indisimulable de la depuración del contenido de los bajantes de un buen par de miles de camas turísticas, varios hoteles y apartoteles de lujo, tiburones a cuyo alrededor los apartamentos y bungalós se alimentaban como rémoras de lo que a ellos les sobraba. Habría dado igual que estuviese allí, en Los Cristianos, en Playa del Inglés, en Estartit o en Torremolinos. Habría dado igual, porque eran pocas las diferencias y, al final, lo que se había hecho en cada una de esas costas era exactamente lo mismo. Más o menos grandes, más o menos cuidadas, con mejor o peor clima, todas aquellas zonas no eran más que un montón de escoria arrojada sobre los restos putrefactos de la gallina de los huevos de oro.

Aquello, la Playa Lunar que había crecido sobre la playa del Lunar, también era Lanzarote. Como había escrito Olga, «se empieza por convertir un sustantivo en un adjetivo, una referencia a lo que Gómez de la Serna llamaba el punto final del poema de la belleza en una alusión a un satélite, y se acaba

transformando una playa casi virgen en un horror urbanístico». Ángel entendió el empeño de César Manrique en sus últimos años, sus denuncias ante los medios de comunicación, sus amenazas de marcharse de la isla, sus intentos de utilizar todas sus influencias (y tenía muchas) para intentar frenar aquel desastre que, en su época, estaba comenzando.

Pero, finalmente, César Manrique no había podido hacer nada, entre otras cosas porque murió. Y un puñado de listos con dinero, aliados con un puñado de listos con poder, habían conseguido perpetrar aquel disparate.

Al fin, desde el parking de un centro comercial que parecía de inanición, Ángel pudo ver un trocito de la playa original. Mucho más allá, en un rincón, estaba la famosa Casa Violeta, la única vivienda de pescadores que había sobrevivido al caos. Pertenecía a una familia que se había negado a la venta y había resistido hasta hoy los intentos de expropiación. Desde lejos, miró la fachada sencilla, que, en realidad, no era violeta, sino blanca, pero que tenía las puertas y los marcos pintados de ese color. A la entrada, como le habían dicho que ocurría siempre, había un par de ancianos, sentados en sillas que habían sacado de la cocina. Eran los hermanos (un hombre y una mujer), últimos supervivientes de la familia. Se habían criado allí y allí morirían. Y cuando murieran, alguna empresa se haría con todo y cubrirían con asfalto o cemento el último trozo de terreno que quedaba libre en torno a la costa.

Había previsto hacer una parada larga en Playa Lunar, tomar algo en alguna cafetería, dar una vuelta por la playa. Pero lo único que le pareció digno de ser visto fue aquella casa donde resistía el Lanzarote original. Así que ni siquiera se bajó del coche. Se limitó a arrancar y a buscar la forma de salir lo antes posible de aquel vertedero.

Aprovechó la modorra vespertina del domingo para sentarse frente al ordenador y organizarse bien el día siguiente. Tardó mucho en hacerlo, porque la conexión a internet iba a ritmo de recurso administrativo. Acabó por apagar el cacharro y ponerse a repasar los cuadernos. No sabía con exactitud qué andaba buscando, pero sentía que había algo que se le escapaba. Y que ese algo era lo que motivaba que aquellos tipos lo siguiesen.

Por supuesto, en los cuadernos se hablaba bastante de tejemanejes políticos y empresariales con suelo público entre los años ochenta y la muerte de César Manrique. Pero no había nombres de personas o empresas. Como mucho, existían referencias a actuaciones en lugares concretos que habían provocado movimientos ciudadanos de los que Manrique formó parte: Playa Lunar, por ejemplo. Allí la cosa se había puesto realmente dura. Pero no sabía qué promotora, qué alcalde, qué empresario o grupo de empresarios habían iniciado o estaban implicados en el saqueo. Ni siquiera el teórico de la conspiración que citaba Olga se atrevía a dar nombres. Leyó el párrafo que Olga le dedicaba al tipo. Pertenece a un capítulo en el que hablaba de las circunstancias de la muerte de César y tocaba el asunto de la nómina de conspiranoicos que habían escrito artículos, libros o entradas de blog difundiendo sus teorías:

El más conspicuo de estos teóricos de la conspiración es Emeterio Brito Alemán, quien afirma que, en sus últimos años, Manrique fue investigado de forma minuciosa, que era seguido constantemente por detectives privados y que incluso fue objeto de espionaje telefónico. Según Brito Alemán, los que él llama «poderes fácticos» de la época llegaron a tramar un atentado contra su vida. Y, con indirectas, relaciona ese supuesto plan con el accidente que al artista le costó la vida. Pero sabemos que en el siniestro fatal no concurrió ninguna circunstancia sospechosa y, además, Brito Alemán no aporta pruebas ni datos concretos. Ni siquiera da nombres, aduciendo que se trata de personas muy poderosas y de quienes él mismo teme represalias. El resultado final es que sus teorías se pierden ineluctablemente en los

abismos de la conjetura.

Fue otra vez al ordenador y buscó el nombre de Emeterio Brito Alemán. La búsqueda le condujo a un blog, pero la página tardaba muchísimo en cargarse y terminó cansándose.

Cogió la subcarpeta de recortes sobre César. Contenía entrevistas en periódicos nacionales, reproducciones de anuncios de exposiciones, artículos sobre su actividad o sobre su fallecimiento. Volvió a guardarlo todo en la carpeta. Entendió que sería inútil abrir la otra, la de los recortes sobre Lanzarote.

Salió al balcón a fumar y pensó en Dunia, la viajante, en lo fácil que sería hacer uso del número que ella le había dado, quedar con ella, flirtear para ver qué pasaba. Y en lo poco que le apetecía hacerlo. Era probable que algún día volviese a sentirse atraído por alguna mujer. Sin embargo, ese momento aún no había llegado.

Olga se había llevado el deseo consigo, igual que tantas otras cosas. Podía ser que hasta se hubiese llevado su cordura. No estaba loco, por supuesto. Había visto con sus propios ojos a Carapicada y Cocoliso, les había sacado fotos. Pero no estaba del todo sereno, se obsesionaba, bebía más de lo habitual, le costaba dormirse y, cuando lo hacía, dormía demasiado, con sueños horribles. Y eso ya le ocurría desde antes de ir a Lanzarote y comenzar a toparse con aquellos dos.

Buscaría un psicólogo. Alfonso se lo había aconsejado. Él lo había llamado «buscar ayuda», y eso era un eufemismo de ir a un psicólogo. Uno de verdad, no el del regimiento. Alguien que lo ayudase a procesar todo aquello.

En cualquier caso, eso sería cuando volviese a Gran Canaria. Por ahora, le tocaba bregar solo con la tristeza y, sobre todo, con la obsesión.

Decidió terminar de leer la novelita sobre el hombre de negocios y la viajera misteriosa. Creyó (y se equivocaba) que eso lo ayudaría a no pensar en Olga, en César Manrique, en Carapicada y Cocoliso, en por qué en Lanzarote todo estaba oculto bajo la superficie.

CASA DEL PALMERAL

El lunes volvió a madrugar. Cuando subió al bufé, solo había una parejita extranjera. Jóvenes y guapos, se hacían cariñitos y se servían platos y más platos de beicon y huevos fritos.

Conteniendo la náusea, se puso unos churros y un café y se fue a la terraza. La panza de burro se había instalado sobre la ciudad durante la noche, pero si el viento continuaba soplando como lo hacía en ese momento, se marcharía pronto. Una racha se llevó por el aire los sobres de azúcar ya vacíos y la servilleta de papel. Desistió de intentar recogerlos. Volvió a buscar otra servilleta y entonces vio a Cocoliso y Carapicada. Estaban sentados al fondo del comedor. Como si fueran de uniforme, ambos vestían vaqueros y camisas a cuadros cuyos faldones se habían dejado por fuera. Entendió que llevaban camisetas bajo las camisas. La de Carapicada era amarilla. La de Cocoliso estaba fuera de su alcance, porque desde donde estaba le daba la espalda.

Acertó a ver que se habían servido café, zumos y mucha fruta. Cocoliso, además, atacaba en ese momento lo que debía de ser un bocadillo. Comían y charlaban en voz baja, aparentemente ajenos a él. Tuvo la tentación de acercarse y ponerles las pilas, pero se reprimió.

De vuelta a la terraza, movió un poco la silla para poder mirar hacia el comedor a través de la puerta acristalada. Los tipos continuaron comiendo y hablando mientras él mojaba churros en el café y fingía contemplar el paisaje que se extendía hacia el noreste de la ciudad. En algún momento, Carapicada sacó su móvil y se puso a teclear mensajes. No estuvieron allí mucho más. No repitieron café ni se acabaron la fruta. Como si alguien los hubiera mandado llamar, se levantaron al unísono y se marcharon, estirándose la ropa, sacudiéndose las migas de la camisa.

Dunia apareció cuando él ya estaba apagando el cigarrillo. Se saludaron con un beso en la mejilla, cordiales, amables, como dos vecinos, que es lo que, en realidad, eran. Ella habló del trabajo que tenía esa mañana, de que le tocaba ir de un lado a otro hasta el mediodía. Le preguntó qué haría él.

—Poca cosa —contestó—. Dar una vuelta por ahí.

Se desearon un buen día y él se fue hacia el ascensor mientras ella se

abalanzaba sobre la cafetería.

Haría continuaba siendo el pueblito blanco de la época en que César decidió hacerse allí su última residencia.

La Casa del Taro había sido un éxito. Tanto que allí ya no tenía forma de estar tranquilo y trabajar, porque siempre había una visita, unos invitados, un equipo de televisión o de cine que venía a filmar. Así que fue interviniendo en un terreno que había comprado en los años setenta, diseñando y edificando a partir de una vivienda de labranza en ruinas. Y a finales de los ochenta se mudó a aquella casa construida en medio de un palmeral. No la disfrutó más de tres o cuatro años: hacia allá se dirigía desde la Casa del Taro cuando tuvo su accidente en 1992.

Al contrario que la Fundación, la Casa del Palmeral no disponía de parking. Las pocas zonas de estacionamiento cercanas estaban ya ocupadas por coches de alquiler cuando él llegó, así que tuvo que callejear por el pueblo hasta conseguir un hueco libre. Le pareció una circunstancia afortunada: no soplaba demasiado viento, la panza de burro se había abierto y el sol de media mañana lamía con mansedumbre el pueblito silencioso, por el que daba gusto pasear.

A todo esto, no había notado que lo siguiera nadie desde Arrecife: Carapicada y Cocoliso habían hecho mutis a la hora del desayuno y no había noticias de ellos por el momento. La obsesión le estaba dando una tregua y pensó que podía volver a fingir que era, simplemente, un visitante, un turista más. Y que, fingiéndolo, a lo mejor podría acabar siéndolo.

A la entrada de la casa, a un lado del jardín, se exponía el Seat Ibiza pintado por Manrique. A Ángel, a quien le gustaban los coches, le había interesado saber que no había sido su única intervención en automóviles: un par de años más tarde se uniría a Calder, Warhol o Stella en la nómina de artistas elegidos por BMW para sus *art cars*. El único español hasta la fecha.

No se detuvo demasiado a ver el auto. Adquirió su entrada y pasó del zaguán al patio interior que hacía de vestíbulo. Allí había una pileta, una balconada, aperos varios. Lo que se encuentra uno habitualmente en cualquier casa de labranza conejera. Solo que aquello no estaba allí en la vivienda

original: César lo había construido o hecho traer desde diferentes puntos de la isla. Olga lo contaba en el libro tan bien como se lo había explicado a él mismo la primera vez que fueron.

De aquella casa, a Ángel le gustaba mucho la sala principal, enorme y con diferentes ambientes: la biblioteca, el comedor y el salón con sillones en torno a una gran chimenea a cuyos flancos había una hermosa colección de cerámicas. Junto a los sofás, viejas botellas de licor llenaban el armazón de una máquina de coser convertido en mueble bar.

En los armarios de los dormitorios, los conservadores del museo habían dispuesto una muestra de la ropa y los zapatos de Manrique, que debían de resultar bastante escandalizadores en su época. O no. Como Olga sugería, podía ser que su indumentaria se interpretase como un rasgo de excentricidad, un soplo de aire fresco en medio de una España gris y timorata. Sí, en la sociedad de aquellos años, a Manrique se le toleraban las formas y los atuendos, su salida del armario tan descarada como elegante, la afición a lo lúdico y hasta a lo pueril. Al menos, hasta que llegaron los años ochenta y empezó a tocar los huevos.

La piscina estaba más allá del salón. No era demasiado grande, pero sí acogedora. Según Olga, había un toque Bauhaus en los muebles que la rodeaban, quisiera decir lo que quisiese decir aquello.

Cruzó el jardín trasero por un camino que atravesaba una amplia explanada de picón y palmeras. Y, mientras lo hacía, recordó las imágenes televisivas de los años ochenta en las que César Manrique pasaba por aquella misma zona, ataviado con un mono azul de trabajo y jugueteando con Palme, un gran danés oscuro y noble que, cuando se ponía a dos patas, le sacaba una cabeza.

El estudio era un almacén largo. Lo habían conservado tal y como lo había dejado en su momento. En una pared había un pañol de herramientas y útiles. Otra estaba casi por completo recorrida por estanterías en donde se almacenaban materiales: pinturas, disolventes, trapos. También alguna pieza suelta aquí y allá: una cabeza de maniquí, el diseño de una máscara.

Al fondo, se veían dos grandes lienzos, los últimos cuadros en los que el pintor había estado trabajando. Colgando de una silla, su mono de trabajo.

Una vez, Olga le dijo a Ángel que la gente que visita los museos o frecuenta las galerías a veces no sabe el trabajo que hay detrás. Trabajo con

productos químicos, con herramientas, con materiales que pueden llegar a ser muy pesados. Trabajo físico para el que es necesario estar en forma, en caso de que te dediques al gran formato. Manrique, en muchas ocasiones, ponía el lienzo en el suelo y se agachaba para trabajar sobre él, rodeándolo por un lado u otro, doblando el espinazo durante horas, con el mismo esfuerzo con el que se labra la tierra. Lo hizo así durante años, hasta el mismo día de su muerte. Y murió con setenta y tres años.

Después de ver esa zona, volvió sobre sus pasos y reparó en una vitrina que no había mirado antes. Exponía la agenda de César, abierta por los días 16 y 17 de mayo de 1990. Solo había una anotación, hecha a bolígrafo con letras de molde: «TRABAJANDO TODO EL DÍA».

Entonces, hubo un fogonazo en la mente de Ángel. Tuvo la desagradable convicción de haber olvidado algo, pero no lograba recordar qué había olvidado. Salió al jardín, sacó los cuadernos de Olga y allí, parado, se puso a buscar como un loco. Encontró lo que buscaba al final del último. Era una anotación al margen, cosa infrecuente en ella. Por eso le había llamado la atención en su momento, aunque luego no le hubiese dado importancia. Decía: «Agenda de César. 28/9/92. Consultar. Incluir datos».

Podía ser una tontería, pero una de las últimas anotaciones de Olga en su cuaderno era aquella: la de consultar e incluir (probablemente en el libro) lo que había en la agenda de César Manrique para el lunes 28 de septiembre de 1992.

No se detuvo a ver nada más. Salió lo más rápidamente que pudo y se dirigió hacia donde había dejado el coche, preguntándose por qué no lo había pensado antes, por qué no le había extrañado que Olga estuviese interesada en lo que César Manrique tenía previsto hacer tres días después del viernes 25, la fecha en la que murió.

Nada más llegar a la habitación, encendió el ordenador para que fuera iniciándose. Mientras el cacharro arrancaba (lo cual tardaba cada vez más en hacer), se fue al balcón a buscar de nuevo en los cuadernos de Olga. Tras un rato, confirmó que no se le había escapado ninguna otra anotación referida a la agenda de César Manrique salvo aquella nota garrapateada al margen. Así que estaba convencido de que, si ella había encontrado algo importante a partir de aquella búsqueda, habría incluido el hallazgo en el manuscrito. Era allí donde quería buscar, donde debía buscar para enterarse de qué tenía que ocurrir en la vida de César Manrique el lunes 28 de septiembre de 1992, qué era aquello que debía ocurrir y no ocurrió, pero tan importante como para que Olga se recordase a sí misma averiguarlo.

Quizá al final no había encontrado nada, quizá había sido una pista falsa, pero él no podía evitar pensar que si alguien lo seguía era por aquellas averiguaciones que Olga había hecho, por lo que parecía, en el último momento. Sin embargo, aunque lograra descubrir esto, le quedaba una incógnita: ¿cómo sabían que aquello, fuese lo que fuese, estaba en los papeles de Olga?

Vamos por partes, se dijo a sí mismo, volviendo al escritorio para ver si el portátil estaba ya a pleno funcionamiento. Lo estaba. A la misma velocidad de días anteriores, así que el sistema de archivos del disco duro tardó casi dos minutos en abrirse y no logró acceder al borrador hasta casi cinco minutos más tarde.

Y, justamente cuando iba a comenzar a buscar dentro del texto, le sonó el móvil. Era Blas.

—¿Qué pasó, querido? —preguntó Ángel.

—¿Estás en el hotel o por ahí?

—En el hotel.

—Perfecto. Estoy al ladito. ¿Nos echamos un café?

—Mira, ahora mismo, la verdad, me coges liado.

—Ah.

—Es el ordenador. Estoy aquí peleándome con él. Va lento como un desfile de cojos.

—Es un cacharro viejo... —supuso Blas.

—No tanto, pero lleva un par de días jodido. Antes iba como un tiro.

—Subo y le echo un vistazo.

—¿Tú sabes de esto?

Al otro lado de la línea se escuchó una risotada.

—A ver —dijo Blas—, ¿no te acuerdas de a qué me dedico yo?

Ángel balbuceó algo. La verdad es que lo había pillado en falta. El otro volvió a reírse, entendiendo que nunca lo había sabido.

—Tengo una empresa de mantenimiento informático. Desde hace veinte años. Dime en qué habitación estás, subo, te lo arreglo y nos echamos de una vez el dichoso café.

Blas dejó su mochila sobre la cama y se sentó al ordenador. Le hizo un par de preguntas de esas que hacen los informáticos y, por las respuestas de Ángel, fue enterándose de qué programa antivirus utilizaba, cuándo había descargado o actualizado programas por última vez y cuáles eran los detalles de los problemas que le estaba dando el portátil. Luego se sentó al escritorio y le pidió diez minutos.

—Al principio pensé que era la wifi del hotel —le repitió Ángel, en pie detrás de él—, pero ahora es que tarda mucho en arrancar y hasta le cuesta leer el disco duro.

—Ya —dijo Blas, sin quitar los ojos de la pantalla, mientras tecleaba un comando para acceder directamente al panel de control.

—Puede ser también por el disco duro de Olga, que...

Se calló de golpe porque Blas, siempre sin volverse hacia él, había alzado la mano izquierda pidiendo silencio.

—Déjame diez minutos y enseguida te digo.

Ángel se quedó cortado ante la inusitada autoridad de Blas. Se fue al balcón y encendió un cigarrillo.

El otro no tardó diez minutos, sino quince. Luego, desde el balcón, Ángel lo oyó levantarse, buscar el mando a distancia del televisor, pedirle silencio con un gesto, pulsar el mando y poner, con el volumen a tope, el primer canal que encontró. Solo después de hacer todo esto, salió al balcón.

—¿Qué pasa? —preguntó Ángel.

—Tienes un troyano.

—¿Qué cojones? ¿Un virus?

—Algo más sofisticado. Pero te lo han instalado directamente.

—¿Cómo directamente?

—Alguien le metió mano a tu ordenador y te lo instaló. Me fijé en que no le tienes puesta contraseña.

—¿Para qué? Solo lo uso yo.

Blas negó varias veces con la cabeza.

—Angelito de mi vida —dijo Blas con compasión—. Eso es como ir por ahí pidiendo que te den una patada en el culo. Así que quien te lo hizo, solo tuvo que arrancar el ordenador y pincharle un USB. ¿Puedo? —preguntó cogiendo el paquete de tabaco de Ángel. Cuando este asintió con un gesto, sacó uno y lo encendió—. Vamos a ver, tú llegaste el jueves por la mañana, ¿no?

—Sí.

—Pues el programa se instaló ese día, a las tres de la tarde. ¿Estabas aquí?

—Estaba con Sonia, comiendo. Y, coño, cuando volví, me dio la impresión de que alguien había entrado en la habitación.

—Correcto. Alguien entró y te instaló eso. Y no me extrañaría que te hubieran puesto micros. Por eso puse la tele.

—Me cago en la puta.

—Vamos a salir de aquí para poder hablar con tranquilidad y ver qué hacemos. Vete tú a saber si hay escuchas también en el balcón.

Poco después estaban en el Puente de las Bolas. Caminaron unos metros hacia el Castillo de San Gabriel. Solo cuando llegaron cerca del portón, Blas se detuvo, le pidió otro cigarrillo y le dijo:

—Alguien está muy interesado en lo que haces. Sea lo que sea.

—Yo no...

—A mí me da igual —lo cortó Blas—. Mira, Ángel, yo no te conozco demasiado ni sé mucho sobre ti ni lo quiero saber. Pero me pareces buen tipo. Y si no lo fueras, Olga no habría estado contigo, ni Julia y Sonia te apreciarían como te aprecian. Así que no creo que estés metido en nada chungo, ¿no?

—¿Chungo como qué?

—Chungo como para que le interese a la Policía o a la Guardia Civil. ¿Hay algo de eso?

Ángel lo miró con asombro.

—Pero ¿qué dices?

Blas pensó unos segundos, sopesando, seguramente, si podía confiar en Ángel o no.

—Está bien —dijo, decidiéndose, al parecer, por la primera opción—. Lo que te instalaron es una cosa que se llama *shadow71*. Es un troyano. Un programa espía. Muy parecido a los programas de control parental. Los que los padres les instalan a los chiquillos en los teléfonos móviles para saber lo que hacen, en qué páginas se meten o si algún viejo verde les va detrás. Vamos, que alguien tiene acceso remoto a todo lo que haces con el ordenador. Lo que pasa es que han sido muy torpes. Te instalaron una versión que no va bien con tu PC, que es algo más viejo. Por eso te lo ralentiza tanto. Si no llega a ser por eso, no te hubieras enterado en la puta vida.

—Por eso y porque apareciste tú.

—Vale, por eso y porque aparecí yo —concedió Blas dando una calada profunda. Ángel se fijó en que cogía el cigarrillo con las puntas del índice y el pulgar y daba bocanadas demasiado cortas o demasiado largas tras las cuales observaba el cigarrillo, como hacen quienes no tienen el hábito o lo han

dejado hace años y ahora solo fuman en eventos sociales o situaciones de estrés.

Mientras Blas fumaba, Ángel comenzó a atar cabos, a entender por qué el amigo Carapicada y su colega Cocoliso sabían siempre dónde iba a estar. Si eran ellos quienes le habían instalado aquella mierda (y no le cabía la menor duda de que eran ellos), sabían, por las búsquedas que hacía en los programas de geolocalización, qué ruta iba a hacer en cada momento. Otra cosa era averiguar quiénes eran ellos, a qué se dedicaban, si actuaban por cuenta propia o por encargo de terceros. Y, sobre todo, qué era lo que andaban buscando.

—¿Y se puede limpiar? —preguntó Ángel.

—¿El qué? —preguntó Blas, que de pronto parecía estar en la inopia.

—El ordenador. El troyano ese. ¿Se puede eliminar?

—Ah, claro que sí. Pero no lo hice porque no sé de qué va la cosa.

Ángel no comprendió qué quería decir. Se lo hizo saber frunciendo el ceño, ladeando la cabeza hacia él.

—Quiero decir —prosiguió Blas— que no sé si te interesa borrarlo o si te conviene más mantenerlo ahí y que quien te lo haya metido no se entere de que te diste cuenta. Por eso te dije que saliéramos.

Ángel se quedó mirando a Blas. Indudablemente, era más espabilado de lo que él había creído hasta ese momento. Y como había visto lo que le habían hecho en el ordenador, podía hablarle de los dos tipos que lo seguían sin que pensara que eran imaginaciones suyas, al contrario que con Mauri. Por eso se lo contó, día por día, paso por paso. Le contó todo lo que le había ocurrido desde que llegó, incluido el asunto de la anotación en la agenda. Nunca habría sospechado que, de todas las personas que conocía, fuera Blas la única con la que tuviese realmente libertad y confianza para convertirla en su confidente. Blas lo escuchó asintiendo de vez en cuando, mirando al mar o a los islotes, jugueteando con el cigarrillo al principio y luego con la colilla, que apagó en el murete de protección pero no tiró.

—El caso es que lo único que se me ocurre es eso —concluyó Ángel—: que los tíos estos me estén siguiendo porque Olga averiguó algo raro que tiene que ver con César Manrique. Pero, ahora, viéndolo bien, ¿para qué carajo me están siguiendo todavía? Quiero decir: si lo que averiguó estaba en el borrador del libro, y ellos ya han tenido acceso a mi ordenador, ¿qué más

quieren?

—A lo mejor no se trata de lo que ella sabía —dijo Blas—, sino de saber si lo sabes tú. De asegurarse de que no llegues a saberlo.

—No entiendo.

—Se me ocurre... Y es solo una suposición, ¿eh? Pero se me ocurre, como hipótesis, que ella estaba a punto de averiguar algo delicado justo antes de morir. O que, incluso, llegó a averiguarlo, pero no tuvo tiempo de añadirlo al libro. Podría ser, ¿verdad? Como hipótesis, digo.

—Sí —concedió Ángel—, podría ser.

—¿Y si alguien tuviera miedo de que tú, siguiendo los pasos de Olga, llegaras a enterarte de eso que no quiere que se sepa?

Blas llamó a Julia para decirle que no iría a almorzar. No había demasiado problema con eso, le explicó después a Ángel: muchas veces era ella la que comía fuera y, además, los niños, entre semana, comían en casa de los abuelos.

—Mis padres viven al ladito del colegio —dijo mientras esperaban el ascensor en el hotel—. Julia y yo estamos muy liados con el curro. Yo tengo a tres personas trabajando conmigo, pero incluso así, muchas veces estoy en la oficina hasta última hora de la tarde. Si no fuera por los abuelos...

Ángel escuchó con gesto comprensivo mientras Blas le contaba que no se podían quejar, que les iba bien en sus trabajos, que su empresa, por ejemplo, hacía el mantenimiento y la supervisión de varias instituciones, aparte de las empresas privadas. Pero que eso tenía el coste personal de no poder disfrutar de los mejores años de sus niños, de llevar una vida de familia solo el fin de semana. Y no siempre, porque a veces había que llevarse trabajo a casa. A Ángel le interesaban tres pepinos los pormenores de la conciliación familiar de Blas y Julia. Su mente estaba ocupada en sus propios asuntos.

Una vez en la habitación, volvieron a poner la tele a tope y Blas se las arregló para mostrarle el directorio en el que estaba el troyano. Eso era lo que habían acordado en la calle: Blas le diría dónde estaba y, cuando él lo considerase oportuno, podría eliminarlo.

Después cogieron la mochila de Blas y se fueron otra vez.

Ángel le propuso que comieran en algún lugar discreto y Blas lo llevó allí cerca, a La Recova, un local que atravesaba un inmueble entre las calles Ginés de Castro y Otilia Díaz, decorado con fotos antiguas y motivos marineros, donde daban comida casera y económica.

El informático saludó a la camarera por su nombre, pidieron dos jarras de cerveza y ocuparon una mesa cercana a la salida trasera, junto al almacén y los baños. Cuando les trajeron las cervezas, aprovecharon para pedir las tapas.

—Aquí comes como en casa de tu madre —dijo Blas cuando la chica empezó a ir y venir materializando pinchos de tortilla, medias de ropavieja y raciones de ensaladilla rusa.

Para poder hacerlo sin interrupciones, no empezaron a hablar hasta que todo estuvo servido.

—A ver —dijo Blas—, lo de la agenda, ¿qué crees tú que puede ser?

Ángel se vio obligado a reconocer que no tenía ni idea.

—Pero —agregó— si alguien se está tomando todas estas molestias, tiene que ser algo gordo.

—Y comprometedor. Algo que puede joder bien a alguno.

—Pero en los papeles de Olga no hay ninguna agenda de César Manrique —insistió Ángel.

—Como para haberla —dijo Blas, haciendo círculos en el aire con el tenedor—. Todas esas cosas las conserva la Fundación.

—En Tahíche.

—Ahí mismo. —De pronto, el rostro de Blas se iluminó con una idea—. Espera un momento: Pepe Dolz.

—¿Quién? —preguntó Ángel.

—Pepe, el archivero de la Fundación. ¿Lo llamo?

—¿Lo conoces?

El hombrecillo no respondió a esa pregunta ni esperó respuesta a la suya: soltó el tenedor, cogió el móvil y, buscando un número en la memoria del aparato, salió a la calle trasera para hablar con tranquilidad. Ángel lo vio

caminar de un lado a otro mientras hablaba mirando alrededor. Al volver, enarbolaba una enorme sonrisa.

—Ya está. Dice que te espera en la Fundación, luego, a las cuatro y media. Que preguntes por él en la puerta. Yo no voy a poder ir contigo, pero...

—¿Qué le contaste?

Blas se paró en seco. Entendió la preocupación que se le había pintado a Ángel en el semblante.

—No te preocupes —explicó—, le conté lo mínimo: le dije quién eres y le conté que necesitabas ver los archivos porque estás completando el libro de Olga con cuatro datos que faltaban. Si le quieres contar más, eso lo decides tú.

Ángel se quedó más tranquilo. Pero le extrañó que la gestión hubiese sido tan fácil.

—¿Y, con que lo llamaras, ya está?

—Claro, ya está. Yo lo conozco mucho porque con la empresa hacemos cosas para la Fundación. Además, Pepe también le tenía mucho aprecio a Olga. —Blas masticó y se tragó un trozo de tortilla antes de añadir—: Y es de los nuestros.

—¿De los nuestros?

—Un tipo decente.

Ángel también se tragó su trozo de tortilla y se refrescó el gástrico con cerveza antes de decir:

—Carajo, me está dando la impresión de que tú piensas que hay mucho indecente por aquí, ¿no?

Blas sonrió, atacando la ropavieja.

—En realidad, son solo un puñado. Pero muy poderosos. La otra noche no te pude hacer bien el mapa.

Ángel le recordó el momento en el que Blas cambió bruscamente de tema al llegar David Rivallo y le preguntó si era David uno de los del puñado de indecentes.

Blas negó un par de veces con la cabeza.

—No, qué va. El pobre David es un buen tipo. Algo pijo, un poco gilipollas, pero buen tipo. Y lo conozco bastante, de antes de que estuviera con Sonia. Lo que pasa es que no me apetecía incomodarlo.

Ángel no entendió a qué se refería y no tuvo que decirlo para que Blas se

diera cuenta. Pero se demoró un poco en explicárselo, porque primero se llenó la boca de pan y ropavieja. Blas tenía un saque de lansquenete y, mientras lo observaba masticar a dos carrillos, a Ángel se le ocurrió que si hubiera comido con ese apetito de chico, a lo mejor habría crecido un poco más.

—Esto es Lanzarote, Ángel —dijo por fin—. Aquí todo está cerca y todo el mundo tiene un primo, un cuñado, una hermana o una abuela que están emparentados con gente con la que no querrías tomarte ni un café.

—¿Y con quién está emparentado David?

—Con Ginés Blume, que es el tío de David, el hermano de su madre. Y con su propio padre, Conrado Rivallo, que también fue un cabrón con pintas en su época, pero que como hijo de puta no le llegó nunca ni a la altura de la suela del zapato a Ginés. —Blas había dicho esto último a un volumen moderado, asegurándose de que el ambiente de la cafetería solapaba sus palabras, pero, aun así, bajando la voz cada vez que pronunciaba un nombre—. En realidad, yo creo que David se ha pasado media vida intentando que la gente se olvide de que es sobrino de Blume. Puede que fuera de la isla lo haya conseguido, pero aquí lo tiene un poco más difícil.

Ángel continuaba a ciegas con respecto a quién era Ginés Blume y por qué era tan cabrón.

—¿Te acuerdas del secretario de Viéitez del que te hablamos?

—Sí. El que hacía el chanchullo con los informes jurídicos.

—Exacto. Pues ese es Ginés Blume. Hay quien dice que la idea de la mismísima Reunión de los Seis fue de él. Y no te extrañe: el tipo era amigo de Domingo Ferrer desde chicos. Fueron al mismo colegio, jugaban en el mismo equipo de fútbol. Es más, puede que quien encaminó la carrera política de Ferrer fuera Ginés, que era el que venía de familia de perras de las de antes y tenía todos los contactos. En fin, que Ginés era un elemento de cuidado. Y de todo lo que hacía pillaba un cachito. Pero, fijate tú, cuando trincaron a Ferrer, a él nadie le tocó un pelo.

Había algo que no le cuadraba a Ángel.

—Vamos a ver: si el tal Blume hacía un chanchullo, no podía figurar el nombre de él en las mismas cosas que aprobaba.

—Para eso estaba Conrado —dijo Blas—, el padre de David. Al principio, de joven, tenía solo una empresita que se dedicaba a vender materiales de construcción y a alquilar maquinaria, pero luego entró en

negocios con Ginés y hasta dio el braguetazo con la hermana. Y eso coincidió con el despegue de la isla. Luego vino la Reunión de los Seis y ahí empezaron a correr los ríos de pasta. Date cuenta de que Blume ya se llevaba su comisión por cada chanchullo que hacía, pero es que además se fue encargando de que en todo lo que se hacía tuviera algo que ver la empresa de Conrado, que también era la suya, aunque no constara en ningún lado. Con los materiales y la maquinaria hicieron negocios por toda la isla. Luego se montaron también su propia promotora, justo cuando empezó a moverse lo de Playa Lunar. Y ahí fue cuando se forraron de verdad. Les costó, porque para ese entonces la cosa empezaba a oler y la sociedad civil ya no tragaba.

—César Manrique tendría que ver bastante en eso, supongo.

—Sí y no. —Blas quiso matizar aquello—. A ver, lo que te dijimos el otro día: el modelo ya existía, gracias a César, a Ramírez Cerdá y los otros. Pero la gente se levantó sola. Eso te lo puedo decir yo porque estaba ahí. Lo que pasó es que cuando nos planteamos qué acciones podíamos llevar a cabo, nos dimos cuenta de que César era la mejor punta de lanza. Él no solo era el creador del modelo, sino que encima tenía mucho prestigio y contactos en todos lados, mientras que nosotros éramos cuatro melenudos muertos de hambre.

Ángel no pudo evitar sonreírse ante la imagen que evocaba aquel Blas tan calvo. Y este también se rio, algo picado.

—Sí, no te rías, jodío: yo también tenía melena. Y no te creas que a ti no te va a pasar lo mismo. Es cuestión de tiempo.

—Voy para los cuarenta y todavía no se me cae —siguió picándolo Ángel, divertido.

—Hazme caso, compadre: si te quieres ver a mi edad con el pelo que tienes ahora, mejor vete sacándote una foto. Porque te vas a acabar peinando con la toalla, como todos.

Ya casi habían terminado de comer y pidieron café. Blas lo tomó amargo y solo y retomó la conversación tras darle el primer sorbo.

—En fin, para no cansarte: que en cuanto le dijimos que estábamos preparando una plataforma, César se subió al carro y se puso al frente. Y gracias a él se paró más de una cosa. Pero era una avalancha, Ángel. No podíamos con todo. Y a él le empezaron a hacer la guerra como se hace aquí.

—¿Lo amenazaron o algo?

—¿Quién? —preguntó Blas, como si la pregunta lo hubiera sacado de un lugar lejano.

—Los indecentes.

Blas sonrió con ironía.

—Ah, no, mi niño. Aquí la cosa es más sutil. Va por fases. Los indecentes, como les dices tú, nunca van a ir de entrada de modo agresivo. Primero te van a intentar dar negocio o a aprovecharse de tus debilidades. Una debilidad de César era el entusiasmo, la ingenuidad. Por eso lo primero que hicieron fue llamarlo para encargarle la decoración de un hotel, el primero que hicieron en Playa Lunar. Una cosa más o menos bien diseñada, integrada en el paisaje. Todavía está allí, aunque todo lo demás impide verlo. Pero cuando César, que sería ingenuo pero no era tonto, se dio cuenta de que el resto de lo que estaban planeando para la zona iba a ser un desastre, rompió el contrato y los mandó a tomar por culo. Entonces pasaron a la segunda fase.

—¿Amenazarlo?

—Y dale. Tú lees muchas novelas policiacas, ¿no? Eso no funciona de esa manera. Al menos aquí.

—Entonces, ¿cuál es la segunda fase?

—Yo lo llamo la fase del burrito. ¿Recuerdas el cuento de los burritos, que se ponían de acuerdo para rascarse la espalda mutuamente? Yo te rasco la espalda a ti y luego, cuando a mí me pique, tú me la vas a tener que rascar a mí. Te sobornan, pero no con dinero. De hecho, no parece un soborno. Se te acercan y te piden un supuesto favor en el que en realidad el beneficiado eres tú. A César le decían: «Vale, ya sé que no estás de acuerdo con lo que estamos haciendo aquí, pero vamos a inaugurar tal hotel en este otro sitio y necesitamos un mural para el vestíbulo. Toma el cheque en blanco y pon tú la cifra». Y si tú andas liado y no puedes trabajar en el mural de marras o no necesitas perras, ellos siempre tienen un primo con un bufete que necesita un abogado. Y, vaya, qué casualidad, tu hijo estaba estudiando Derecho, ¿verdad? O, mira tú qué favor nos haría tu mujer vendiéndonos a nosotros la casa esa que tiene en venta hace tanto. ¿Me vas entendiendo?

—Sí.

—El día de mañana, cuando les quieras tocar los huevos, ya será más fácil hacerte entender que el favor te lo hicieron ellos a ti. Y plantearte que igual la venta de la casa no estuvo del todo en regla, que el mural no ha gustado tanto y

a lo mejor hay que derribar ese tabique y que los costes del derribo superan el pago, que igual el chiquillo no está haciendo tan bien su trabajo, aunque ahora ya esté en plantilla como letrado.

—Muy hábil, ¿no?

Ángel comenzaba a necesitar un cigarrillo, pero entendió que Blas no quería hablar sobre nada de aquello fuera de allí. Y que, incluso allí, pese a su locuacidad, procuraba no alzar demasiado la voz.

—Pues claro que sí. Son unos fieras haciendo ese tipo de cosas, creando redes en las que puedan caer los incautos. Pero con César lo llevaban jodido. De entrada, no los necesitaba para nada. Tenía bastante pasta porque la obra se vendía bien y no le faltaban encargos fuera. Y, en cuanto al entorno, no tenía ni mujer ni hijos y la familia que le quedaba estaba bien situada. A todo eso, súmale que ya les había cogido la matrícula y sabía perfectamente de qué iba la cosa. Con todo, lo siguieron intentando. En una de estas, un día lo llamó el padre de David, haciéndose el chachi, diciéndole que tenía razón en criticar el desarrollo en Playa Lunar, que lo habían planeado mal, pero que si él los asesoraba, a lo mejor podían remediar el desastre estético. ¿Sabes qué le contestó César?

—¿Qué?

—Le dijo: «Mira, mi niño, yo no voy a perder ni mi tiempo ni el tuyo intentando hacerle tragar una aspirina a un muerto».

Blas se rio ante la anécdota que él mismo acababa de contar.

—Eso se lo oí decir yo mismo, porque la llamada fue en medio de una reunión que estábamos teniendo en la Casa del Palmeral. Nos solíamos reunir allí cuando no teníamos más locales. Bueno, para no cansarte, que les fallaron todos los recursos que tenían. Así que solo les quedó uno: la baja volada.

—¿La baja volada? ¿Eso qué es?

—La baja volada conejera: no te cortan las alas, pero te impiden volar. Lo primero es hacer esto —Blas señaló a su alrededor con las dos manos—, venir al bar. Vienes al bar y empiezas a decir que el Cabildo le paga un montón de pasta a César por dibujar cuatro tonterías. Lo cual, por cierto, era mentira, porque ni eran cuatro tonterías ni le pagaban un duro. Luego sigues con que se monta orgías en el chavolón que le hemos pagado entre todos, con que se hace pasar por amiguito del pueblo, pero está forrado y siempre va en primera y tiene criados y los trata fatal, que lo sabes tú porque una prima tuya

trabaja para él. Y luego, cuando ya has logrado romper la imagen del hombre, empiezas a decorarla otra vez a tu manera: encima de que el tío es rico perdido, no quiere que nadie más progrese; a él le dan igual los puestos de trabajo que se pierdan, con la falta que hacen, porque, total, él está forrado. Lo de él es codearse con los políticos y el artiteo, ir de ecologista pijo y chupar de la teta del Cabildo mientras su pueblo se muere de hambre. ¿Entiendes, Ángel? ¿Ves cómo va?

—Entiendo.

—La baja volada es eso: te echan tanta mierda encima a ti y a los que tienes alrededor que no hay quien se mueva. Pero ni eso les sirvió, porque aquí podían engañar a cuatro paletos, pero, fuera, a César se le siguió escuchando y respetando. Y eso les jodió muchos pelotazos.

A estas alturas, se habían terminado ya el café. Ángel pidió la cuenta sin preguntarle a Blas y este volvió a su habitual laconismo. Quizá temía haber dicho algo que le molestara al militar. Él se dio cuenta y le aclaró que solo era que tenía ganas de fumar.

—¿Tú qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

Blas miró su reloj y dijo:

—Me va a tocar volverme a la oficina. Pero, oye, para cualquier cosa que necesites o cualquier duda que tengas, dame un telefonazo.

—Lo haré.

La camarera trajo la cuenta y Ángel consiguió que Blas no pagase, aunque le costó.

—Estaría bueno, Blas, con el favor que me has hecho.

—Favor ninguno. No sé si te has dado cuenta de una cosa, Ángel.

—¿De qué?

—César murió, pero la guerra sigue.

—Ya, me lo dijiste la otra noche.

—Y ahora tú estás también en la trinchera. Lo cual nos viene muy bien, porque nunca habíamos tenido en nuestro bando a un militar. —Blas volvió a reír su propia broma. Pero luego se puso serio para añadir—: En todo caso, ten mucho cuidado. Yo creo que esos tíos son detectives privados o algo así. Pero si no lo son, serán algo peor.

—Tranquilo, nadie se come a nadie —dijo Ángel guiñándole un ojo.

—Seguro que eso es lo que pensaba el atún de la ensaladilla que nos acabamos de papear.

PEPE DOLZ

Cuando le preguntó por Pepe Dolz, el empleado de la taquilla le hizo una seña al vigilante de seguridad y descolgó el teléfono para avisar al archivero. El vigilante le abrió la puerta y le pidió que pasara a un vestíbulo. Allí no había nadie más. En las oficinas casi todos trabajaban solo hasta mediodía, a no ser que tuviesen algún evento, le dijo el hombre antes de agregar que don José vendría enseguida y volverse a su puesto en la entrada de la Fundación.

Ángel se entretuvo mirando los reclamos enmarcados de jornadas, conferencias y exposiciones que habían tenido lugar en la casa museo a lo largo de los años. En los carteles aparecían algunos nombres que conocía y otros que Olga había conseguido que le sonaran, como los de Günter Grass y Susan Sontag. José Saramago tenía un cartel aparte, con un texto que reproducía un discurso o parte de un discurso suyo, bajo una foto en blanco y negro de aquel portugués que un día decidió vivir el resto de sus días en Lanzarote. No tuvo tiempo de leerlo completo, porque Pepe Dolz había salido ya a recibirlo, presentándose y estrechándole la mano. Efusivo, amable, con una cortesía de las que ya no se estilan, Dolz lo hizo pasar ante él hacia el archivo, atravesando dependencias con escritorios vacíos donde predominaban el color blanco, carteles similares a los del vestíbulo y la luz que entraba por los amplios ventanales de la parte trasera del edificio.

La sala, en medio de los anaqueles acristalados que ocupaban tres de sus paredes, disponía de una gran mesa rectangular que debía de servir también para reuniones, a juzgar por la bandeja con botellines de agua y paquetes de frutos secos que había en una esquina. Allí, ante una ventana que se abría al mar de lava, lo hizo sentar Pepe Dolz. Le dio uno de los botellines y puso, en un cuenco, unas almendras que ni él ni Ángel llegaron a tocar. Dolz tomó asiento a la izquierda de Ángel, donde había colocada ya una subcarpetita de cartón amarilla, del mismo tipo de las que utilizaba Olga.

—Le agradezco que me haya recibido tan pronto. Y por la tarde, que ya veo que no trabajan.

—Ah, no hay problema. Yo vengo muchas tardes, para adelantar trabajo. No vivo lejos. Además, aquí, en Lanzarote, nada...

—Nada está lejos.

—Eso es —dijo Dolz, riéndole la gracia—. Oiga, usted y yo nos hemos visto ya, ¿verdad?

—Sí. Estuve aquí el otro día. Usted le estaba enseñando el museo a una parejita joven.

—Ah, ya me acuerdo. Un sobrino de mi mujer. Vino con la novia, a pasar la semana. —Pepe Dolz sonrió al comentar—: Estos son los inconvenientes de vivir en el sitio adonde todo el mundo va de vacaciones: te pasas la vida atendiendo a las visitas.

—¿Su mujer es peninsular?

—De Vitoria.

—Y usted, catalán, ¿no?

—Sí. De un pueblito que no conocerá, Sant Antoni de Vilamajor, en el Vallés.

—Conozco el Vallés.

—¿Ah, sí?

—Tengo un compañero de Granollers. Una vez pasé unos días por allá.

—¿Un compañero de trabajo?

Ángel se preguntó qué le habría contado Blas sobre él. Decidió confirmarlo.

—De armas. Ya le habrá dicho Blas a lo que me dedico, ¿no?

Pepe Dolz asintió sin perder la sonrisa y Ángel se fijó en que sus ojos tenían una mirada cansada pero limpia.

—Pues sí: un catalán y una vasca, ¿qué le parece? —comentó Dolz, rehusando abundar en el tema del oficio de Ángel.

—Y se conocieron aquí —supuso él, a quien, no sabía por qué, el hombre le estaba resultando especialmente simpático.

—Sí, señor. En el ochenta y siete. Los dos veníamos como profesores de instituto, a consolidar plaza. Pero ya ve, aquí nos fuimos quedando. Ella dice que primero se engolosinó con la isla y luego se engolosinó conmigo.

Pepe Dolz se rio ante su propio comentario. Ángel se dio cuenta de que, pese a que no hubiese perdido el acento, a veces colaba en su discurso, como en broma, giros canarios. Estuvo a punto de comentarlo, pero Dolz parecía haber decidido que ya había hablado bastante sobre sí mismo.

—Bueno, Ángel, Blas me contó por qué está en la isla. Ante todo, debo decirle que lamento mucho su pérdida.

—Muchas gracias —dijo Ángel, que nunca sabía que contestar cuando alguien le daba el pésame.

—Olga era una persona encantadora. Una mujer admirable y muy competente en su trabajo. —Esto lo dijo Dolz señalando una de las estanterías. Entre los volúmenes que había en ella, Ángel reconoció los libros que Olga había escrito sobre Varo, Domínguez y Millares. También su monografía sobre la Escuela Luján Pérez—. Sería una pena que el libro no saliera o saliera mal. Así que aquí me tiene para lo que necesite.

—¿Usted leyó el borrador?

El archivero negó con la cabeza.

—Olga me dejó leer el sumario, algún capítulo concreto sobre el que quería mi opinión y poco más. Había quedado en darme una copia del borrador cuando acabara. ¿Llegó a terminarlo?

—Yo diría que sí, aunque no soy ningún experto. Y creo que le faltaban algunos datos por comprobar —dijo Ángel mientras abría la mochila y sacaba el último cuaderno, donde había marcado la anotación al margen—. ¿Sabe usted si llegó a mirar esto?

Dolz leyó la inscripción al margen, frunció el ceño y, mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta, le explicó:

—No lo sé. Yo la dejaba aquí y ella trabajaba por su cuenta. No me gustaba molestarla.

Ángel, tras un momento de duda, se levantó también y lo siguió. Ya en el pasillo, el hombre se dirigió a la habitación de al lado, y sacó una llave. El cuarto era más pequeño, pero estaba todavía más atestado de anaqueles, iluminados solo por la luz de un fluorescente, porque no tenía ventanas. Las baldas eran metálicas, estanterías modulares que ocupaban todas las paredes hasta el techo. Y todas estaban repletas de cajas de cartón con fechas y anotaciones que debía de haber hecho el mismo Dolz a lo largo de los años.

El archivero cogió una de las cajas y sacó de ella una agenda.

—Aquí está. Vamos a la sala de estudio, que tiene mejor luz.

Volvieron a la sala donde habían estado antes y se sentaron en la misma posición. Solo entonces, Dolz le dio la agenda. Era un dietario vulgar y corriente, de los que solían regalar las empresas a sus clientes. Llevaba el

logotipo del mismo *rentacar* en el que Ángel había alquilado su coche. Era de color marrón, con tapas de plástico imitación piel y una cinta negra como punto de lectura.

El punto de lectura había quedado justo entre el 27 y el 28 de septiembre.

En la página del 27 de septiembre, la anotación decía: «Discurso Día Mundial del Turismo en los Jameos». En la del 28 de septiembre: «Vuelo a Gran Canaria a las 07:15. Vuelo a Madrid a las 08:30. Reunión a las 13:30 en Neumanntours con Alois. Posible almuerzo. Vuelta Gran Canaria a las 17:10. Vuelo a Lanzarote a las 21:00».

Ambos, Dolz y Fuentes, leyeron las anotaciones, realizadas a bolígrafo azul con la letra de molde de César Manrique. El sentido de estas era claro: el domingo 27, el artista daría un discurso en los Jameos. El lunes iría a Madrid exclusivamente para asistir a una reunión con un tal Alois en Neumanntours. A Ángel no le sonaba de nada Neumanntours. A Pepe Dolz, sí.

—Por aquella época era el turoperador más importante que había en Europa. No solo gestionaban viajes, sino que tenían su propio grupo hotelero. Y marcaban tendencia: donde ellos invertían, venían a hacer negocio todos los demás. Recuerdo que César me había hablado de ese viaje.

—¿Era para un encargo o algo así?

Dolz negó con la cabeza, antes de decir:

—No. Él ya había hecho un par de encargos para ellos. Pero no. Esta reunión la había propuesto él. Me explico: en esos tiempos, estaba sobre la mesa lo de la playa del Lunar.

—Blume y compañía —apuntó Ángel.

—Exactamente. Y usted ya supondrá que, en un asunto de esas características, contar con el favor de los turoperadores es fundamental. Aquí lo habíamos intentado todo y no habíamos conseguido parar aquel desastre. Así que a César se le ocurrió darles a los promotores donde más les doliese: convencer a los turoperadores de que ese destino concreto, Playa Lunar, no valdría la pena.

—¿Y usted cree que lo habría logrado?

—No lo sé, pero seguro que al menos les habría hecho replantearse invertir ahí. En aquel momento, era influyente. Y estaba muy bien relacionado.

—Señaló hacia su espalda, donde estaba la parte principal de la casa museo —. Esa piscina de ahí no solo servía para guateques. Ahí se han sentado

presidentes de gobierno a discutir sobre asuntos de Estado, Ángel. Así que no sé si César habría podido llegar a convencer a un operador turístico de que no apoyase una inversión, pero, al menos, habría tenido que escucharlo.

Ángel frunció el ceño y volvió a mirar la agenda. Dolz puso un dedo sobre ella, señalando una palabra.

—Y este Alois no era un simple empleado de Neumanntours en España. Era Alois Neumann, el fundador y presidente del grupo en aquella época. Eran muy amigos.

—Esto empieza a parecerse a una novela de suspense, ¿no le parece?

Ángel lo dijo medio en broma, sonriéndole a Pepe Dolz. Pero esta vez el archivero no le devolvió la sonrisa. Miró la agenda, lo miró a él y dijo:

—Ojalá fuera una novela.

Ángel también volvió a ponerse serio.

—¿Quién sabía que Manrique iba a tener esta reunión?

—Bueno, no era ningún secreto. Es más, él mismo se lo largó a Blume y a Rivallo. Les dijo que, si hacía falta, hablaría en persona con cada turoperador de Europa para contarles aquel desastre que ellos pensaban hacer. No sé si hizo bien. Yo, viéndolo fríamente, pienso que habría sido más efectivo reunirse con Neumann sin que los otros lo supieran. Pero César era así, impulsivo, a veces no pensaba bien las cosas.

Muchos huevos y poca cabeza, pensó, pero no dijo, Ángel.

—Supongo que estaría muy cabreado con Blume y con Rivallo, ¿no?

—Y ellos con él —repuso Pepe Dolz—. Y a Blume y Rivallo súmele usted a Domingo Ferrer, el alcalde de Viéitez. Y, en fin, a todos los que estaban implicados en el proyecto de Playa Lunar, que no eran pocos.

Ángel se rascó la barba a la altura del maxilar izquierdo. Notó el preámbulo de la ansiedad naciéndole en el vientre. Sintió que necesitaba fumar, salir de allí, pensar en todo aquello. Pero aún no podía. Tenía que averiguar algunas cosas más.

—Dígame, don José...

—Pepe —concedió el otro.

—Dígame, Pepe, sabiendo que él tenía esa reunión el lunes siguiente, ¿a nadie le pareció extraño que se estampara con el coche el viernes?

—Al principio, a todo el mundo —dijo Dolz, a quien seguro le habían

hecho esa pregunta miles de veces, a juzgar por el gesto que adoptó al responderla—. Claro que sí. Olía a chamusquina, ¿verdad? Sobre todo, por cómo fue el accidente. Fue aquí cerca, en la rotonda que tomó usted para venir, la que tiene un Juguete del Viento.

—Sí, sé cuál es.

En aquella época no había rotonda, le contó Pepe Dolz. Entonces había solo un cruce entre las carreteras que comunicaban la Fundación con Costa Teguisse y Tahíche con Arrecife. César había estado en la Fundación. Venía de Arrecife, de encargarse de la piedra para la casa de Haría, y se había pasado por allí para ver qué tal iba todo. Habían hablado sobre el discurso que iba a dar el domingo y sobre el viaje del lunes. Luego se marchó para irse a Haría. Lo hizo, como siempre, en su Jaguar verde, aquel coche que se había hecho casi tan famoso como él en la isla y que no había dejado de conducir ni siquiera después de que lo operaran de la vista. Pepe Dolz recordaba que lo había oído arrancar mientras se preparaba él también para irse a casa, porque pasaban de las dos de la tarde. Y entonces los vinieron a avisar. César debió de saltarse la señal de *stop* y se incorporó a la carretera de Arrecife pensando que le daría tiempo de seguir circulando antes de que llegase al cruce el Toyota Land Cruiser que venía desde el pueblo. Si fue así, erró el cálculo: el todoterreno lo alcanzó por la izquierda, aplastando la puerta del conductor como si fuese de papel. Los dos vehículos quedaron hechos polvo, pero el Jaguar se llevó la peor parte, porque fue el embestido y porque el Toyota era más robusto. Como justo en ese momento pasaba una ambulancia de Cruz Roja, los atendieron enseguida. Pero, para sacar a César, hubo que cortar las puertas del coche. Con todo, en veinte minutos estaban ya en el hospital. Aunque no sirvió de nada.

Pepe Dolz le contó todo aquello con la mirada opaca de quien ha visto cómo enfermeros, guardias civiles y bomberos intentaban en vano extraer de un amasijo de hierros y salvar la vida a alguien a quien quería. Habían pasado veinticinco años, pero el recuerdo le seguía doliendo.

—¿Y el otro conductor?

—El otro conductor no sabía ni dónde estaba. Era un señor de Fuerteventura, creo. Solo tuvo heridas leves, pero por dentro se quedó hecho polvo, según me han contado. No sé qué habrá sido de él. En todo caso, él no tuvo la culpa. Yo había ido con César en ese coche y sé cómo conducía. Y el

cruce era peligroso. No fue el único accidente ahí, hasta que hicieron la rotonda.

—Pero hubo teorías de la conspiración en aquella época. Y todavía hay un tipo que insiste en que hubo gato encerrado.

Dolz apartó aquella idea con un gesto de la mano.

—Emeterio. Un pobre loco.

—¿Usted lo conoce?

—Todo el mundo lo conoce. Pero no dice más que estupideces. Y seguro que no es el único: ya sabe usted cómo es la gente y cómo funciona la clínica del rumor. A ver —pareció corregirse Dolz—, yo no digo que no hubiese quien lo habría preferido muerto. Y estoy seguro de que más de un malnacido se alegró de aquello. Pero el accidente fue un accidente. Por muy sinvergüenzas que fueran los enemigos de César, no me los imagino haciendo una barbaridad así. Y, aunque me los imaginara, yo, que estuve entre los primeros en llegar al cruce, le aseguro que todo eso son inventos: fue un accidente. Vamos, a mí no me cabe la menor duda en ese sentido.

El tono de Dolz se había vuelto muy serio. Casi severo. Daba la impresión de que se había pasado años explicando lo mismo y él tenía un conocimiento directo de aquello, así que por ahí no había nada sobre lo que plantearse enigma alguno. Pero tenía que haber algo entre los papeles de Olga y la vida de César Manrique lo suficientemente importante como para que alguien se gastara dinero en detectives privados o en vaya usted a saber lo que serían Carapicada y Cocoliso.

—Entonces, esto es lo que consultó Olga: lo de la reunión de ese lunes. ¿Habló con usted sobre esto?

Pepe Dolz se encogió de hombros ante la pregunta.

—No. Alguna vez, hace dos o tres meses, hablamos sobre el último día de César. Sobre el recuerdo que yo tenía del accidente.

—¿Usted vio a Olga el día del accidente de ella?

—Estuvo por aquí, por la mañana, trabajando.

—¿Y notó algo raro?

—No. Fue todo de lo más normal. Llegó, le abrí el archivo y la sala y la dejé trabajando. Estuvo hasta casi el mediodía, nos despedimos hasta el día siguiente y se marchó. Por cierto, ese día se dejó esto.

Mientras hablaba, Dolz había empujado hacia él la subcarpeta amarilla. Ángel la abrió. Contenía fotocopias de viejas entrevistas hechas a César en los años ochenta. En principio, nada que él no hubiera visto ya. Sin embargo, eran los últimos papeles que Olga había tenido en las manos y deseaba conservarlos.

—¿Puedo quedármela?

—Por favor, suya es. Para eso se la tenía preparada.

No estuvo mucho tiempo más allí y el resto de la conversación giró en torno al libro de Olga, al borrador al que Pepe Dolz le echaría gusto un vistazo si Ángel lo consideraba oportuno. Y Ángel lo consideraba así, porque no estaba seguro de que ni Alfonso ni él tuviesen suficiente criterio para juzgarlo. Sumó una nueva tarjeta de visita a la colección y se dispuso a marcharse, después de darle las gracias al archivero. Pero, cuando ya se dirigían hacia la puerta, el hombre le dijo:

—Oiga, Ángel, si me permite la pregunta: ¿usted está pensando que hubo algo raro en lo que le pasó a Olga?

Ángel se paró en mitad del pasillo.

—Con sinceridad, no lo sé. Pero hay algunas cosas que comienzan a no cuadrarme.

Pepe Dolz no preguntó a qué se refería. Su mirada se perdió sobre los zócalos. Debía de estar intentando hacerse una composición de lugar con los datos de los que disponía.

—Soy incapaz de imaginar que a alguien se le ocurriese hacerle daño.

—Yo también. Pero igual me costaba imaginar que pudiera morir así. Y fíjese.

Dolz asintió varias veces, comprendiéndolo, pero consternándose ante aquella idea. Y Ángel sintió que estaba en presencia de uno de los decentes.

En el hotel, encendió el ordenador, se hizo un café y se fue a la terraza para fumar y pensar en todo aquello.

César Manrique había muerto en un accidente. Se había saltado un *stop* y se lo había llevado por delante un todoterreno que no tuvo la más mínima oportunidad de evitarlo. Era un hecho probado y sobre ello, como había dicho Pepe Dolz, no cabía la menor duda, aunque hubiera gente (el tal Emeterio Brito Alemán, por ejemplo) que pensara lo contrario.

Sin embargo, Olga había estado muy interesada por lo que César Manrique hizo en sus últimos días. O, más exactamente, por aquello que tenía previsto, pero no había llegado a hacer. Eso, en realidad, no tenía nada de extraño: al fin y al cabo, era su biógrafa. Lo raro era que ella misma hubiese fallecido luego en un accidente cuando menos inusual. Y que a él, que había estado repasando lo que la propia Olga (y, descubriendo, de forma inevitable, lo que ella no pudo o no llegó a hacer), lo estuviesen siguiendo dos fisgones.

Se preguntó si el motivo del seguimiento que le estaban haciendo tendría que ver con él y no con Olga. Y se contestó que no, que tenía la conciencia tranquila, que la última vez que había estado relacionado con algo parecido a un asunto turbio había sido cuando aún se metía coca y, de vez en vez, trapicheaba o hacía algún favor, llevándole un paquetito a alguien. Pero de eso hacía un lustro y, en todo caso, nunca habían sido cantidades significativas, ni sus contactos de aquella época habrían podido interesar a la policía de entonces, ni mucho menos a los dos huelebraguetas de ahora.

Así que la razón debía de estar en Olga. En Olga y el trabajo de Olga. En Olga y César Manrique. En César Manrique y Ginés Blume. O Conrado Rivallo. O Domingo Ferrer. O todos juntos. O, en todo caso, en César Manrique y Alois Neumann. Alois Neumann de Neumanntours.

Usó el teléfono móvil para hacer un par de búsquedas y averiguó que Alois Neumann había fallecido en 2003 y su empresa había pasado a manos de sus hijos. Ángel no sabía ni le interesaba saber cómo la habían gestionado ellos, pero en 2007 Neumanntours fue absorbida por una multinacional belga que acabó haciéndola caer en el olvido. Típico caso: el padre se mantiene

treinta años como líder en el sector y luego los herederos le hacen un destrozo con el legado.

En perfiles biográficos de Neumann pudo ver que el hombre había sido un ricachón de los de antes, con tendencias filantrópicas y propensión a hacer amistades con el arte y la cultura. Vio fotos de él con César Manrique, pero también con Warhol y Antoni Tàpies, con Heinrich Böll y con un gordo que resultó ser Friedrich Dürrenmatt, de quien Ángel recordaba haber leído una novela policiaca. ¿Habría llegado Manrique a convencer a Neumann de participar en un boicot en Playa Lunar? Eso nunca se sabría, aunque Ángel intuía que todo habría dependido del interés económico del proyecto, pues sabido es que los millonarios filantrópicos suelen dejar la filantropía al margen en cuanto hay un buen fajo de billetes sobre la mesa. Pero vaya usted a saber, quizá él subestimaba, como Dolz había sugerido, la influencia de César Manrique. En todo caso, si eran como Blas se los había descrito, a los que estaban metidos en el asunto de la urbanización no debió de hacerles maldita la gracia que César les contara que iba a verse con el alemán.

Regresó a la habitación. El ordenador se había abierto, pero tardaba en cargar las páginas. Mientras se cargaba el programa de geolocalización, aprovechó para vaciar la mochila. Segundos más tarde estaba de pie ante el escritorio, con la subcarpeta que le había dado el archivero en las manos. La carpeta (esta vez sin etiquetar, porque etiquetarla era otra de las cosas que Olga no había tenido tiempo de hacer) contenía recortes sobre César. Y él estaba a punto de ponerla sobre las otras, en concreto sobre aquella etiquetada como «Recortes César». ¿Para qué usar dos carpetas? Decidió sacar el contenido de la nueva (veinte o treinta páginas fotocopiadas) e incluirlo en la que ya tenía en el escritorio. Al vaciarlo, fue cuando ocurrió: en la cara interior de la tapa trasera, vio las anotaciones en la esquina superior izquierda, de puño y letra de Olga, como si se debieran a una información que le había llegado de repente y que había apuntado en lo primero que había tenido delante. Decía: «Antonio García Suárez. Info César. Martes, 09:00 P. M. Los Chinijos».

¿Quién era Antonio García Suárez? Con el móvil, hizo un par de búsquedas que ya sabía que resultarían infructuosas. Un nombre demasiado común como para que resultara relevante si uno no tenía más datos. Pero en Lanzarote todo estaba cerca y todo el mundo se conocía, y los móviles,

además de para navegar por las redes, continúan sirviendo para telefonar. Blas respondió enseguida y lo primero que hizo fue preguntarle por la entrevista con Pepe Dolz.

—Estupenda. Todo perfecto. Pero te llamo por otra cosa. ¿Conoces a un tal Antonio García Suárez?

—Suárez... no sé, pero conozco por lo menos a tres Antonios García.

—¿Y alguno tuvo que ver con César Manrique?

—Que yo sepa, no. No directamente, al menos. ¿Por qué?

Ángel le explicó lo que acababa de descubrir. Blas le dijo que a quien sí que conocía era a Ramón, el dueño de Los Chinijos.

—Pero no tengo el teléfono. Lo que podemos hacer es ir allí esta noche y hablamos con él.

—No te molestes, puedo ir yo solo.

—A ti no te conoce. Y es un tío discreto. No te va a decir nada. Déjame que me organice con Julia y los chiquillos, pero yo creo que nos podemos ver sobre las diez o diez y pico. ¿Te viene bien?

—¿No es tarde para ti?

—Para hablar con él es mejor que vayamos sobre esa hora.

—¿Qué le vas a decir a Julia?

—Que me busqué una querida y me voy a fugar con ella. No, carajo, qué le voy a decir: que me voy a ver contigo.

—¿Le contaste lo que hablamos hoy?

—Todavía no.

—Mira, no te voy a pedir que le mientas a tu mujer, pero sí que esperes un poco, hasta que sepamos algo seguro. ¿Me podrías hacer ese favor?

—Sí. Yo también creo que es lo mejor.

—Gracias.

—Pues nos vemos esta noche. Te paso a buscar por el hotel.

—Te voy avisando, porque no sé si estaré —dijo Ángel sentándose frente al portátil y tecleando una ruta en el buscador.

—¿Tienes algún compromiso?

El mapa comenzó a abrirse. Ángel sonrió con malicia al decir:

—Medio quedé con un par de amiguetes.

LA COLINA

Ángel había buscado dos rutas distintas en el programa de geolocalización. La primera iba hacia el norte, a Órzola. La segunda, hacia el sur, hasta Papagayo. Consultó el tráfico que habría a las seis de la tarde, esto es, media hora después, para ambos itinerarios. Después, con algo de malignidad, hizo una tercera búsqueda, que llevaba a El Cuchillo, en Tinajo. No había estado nunca en El Cuchillo y entraba en lo posible que no llegara a ir allí jamás.

La ventaja de hacer esas búsquedas le pareció obvia: obligaba a sus vigilantes a seguirlo desde la salida, haciéndoles perder la posibilidad de esperarlo en el sitio. La última ruta evitaba, además, que los individuos se separaran. Estaba casi seguro de ello: lo seguirían desde que se subiera al coche.

Así fue. Cuando sacó el Seat del parking, no tuvo que esperar mucho para ver por el retrovisor cómo el insecto azul oscuro tomaba el mismo camino que él. Camino que fue el del norte. Entre otras cosas porque Ángel lo recordaba bien y sabía que había más de un descampado, más de un mirador, más de un pago solitario donde parar y esperarlos.

Lo hizo tras veinte minutos de viaje, antes de llegar a Guatiza. Abandonó la carretera general y tomó una pista secundaria hasta llegar a un lugar que le pareció oportuno. Para empezar, estaba en zona despoblada. El único signo de presencia humana era un huerto al margen de la carretera, al pie de una colina. En segundo lugar, había una pequeña pista que conducía al huerto. Allí podría dejar el León durante un rato, a no ser que al dueño le diese por ir a regar justo ese día.

Al salir del coche, miró hacia el pueblo de casas indefectiblemente blancas, un par de kilómetros más allá, fantasmal por entre las reverberaciones del sol sobre la carretera, ajeno a todo aquello que iba a ocurrir allí, tan cerca. Un instante después, el Peugeot pasó en esa dirección. En el coche iban los dos, estaba seguro: Carapicada y Cocoliso. Y lo habían visto. No tardarían en llegar a alguna rotonda, a algún cruce donde pudiesen dar la vuelta.

Comenzó a andar por un sendero que se dirigía a la colina y pronto

entendió que la flanqueaba y ascendía por el lado oculto de esta. Estaba ya empezando a perder de vista la carretera cuando escuchó a sus espaldas el sonido del Peugeot, su desplazar de gravilla y sus cambios de marchas, sus maniobras para aparcar.

Ahora la pregunta era si lo seguirían en la caminata, si lo esperarían en el vehículo o si se separarían para hacer ambas cosas a la vez. De esas tres opciones, la primera era la que le complicaría un poco las cosas, pero solo la segunda lo obligaría a improvisar. Pensando en esto, llegó al otro lado de la colina y, en lugar de continuar el ascenso, salió del camino subiendo la pendiente en vertical, se sentó sobre una roca y, para entretener la espera, cogió una piedra del suelo. Una piedra cualquiera entre tantas otras piedras. Permaneció un rato así, sopesándola, jugueteando con ella. No era muy grande. Del tamaño de un tomate. Tenía forma de pera, con un extremo bastante puntiagudo. No creía que fuese de origen volcánico, pero no lo sabía con seguridad. En realidad, no sabía nada sobre rocas o minerales. No sabía nada sobre casi nada. Pero las pocas cosas que sabía le habían servido para sobrevivir casi cuarenta años en un mundo que cada vez era más extraño y cada día le gustaba menos.

Un soplo de viento le enfrió el sudor de la frente.

Calculó de dónde venía ese viento.

Miró hacia el caminito por el que había venido, oculto ahora por la pendiente y el desnivel del terreno.

Calculó la distancia. Nueve o diez metros entre el camino y él.

Desde donde estaba, aunque no viese el sendero, sí que podría ver perfectamente a cualquiera que lo recorriese.

Escuchó. Escuchó el bu del viento. Oyó una camioneta que luego vio perderse a lo lejos en la carretera general.

La carretera general por la que pasaban vehículos tan ajenos como el pueblo a lo que iba a suceder allí.

Pero también oyó el desplazarse de las piedras y la tierra. Los pasos acercándose. Los pasos que, entendió con regocijo, eran de un solo hombre.

Volvió a mirar hacia la carretera para comprobar que no pasaba ningún coche más en ese momento y, acto seguido, a la cima de la colina, recriminándose a sí mismo no haberlo hecho antes, para comprobar que no había ningún paseante, ningún senderista por los alrededores.

No lo había.

Y entonces, el sonido de los pasos fue más cercano y, al movimiento de los pasos, le correspondió una cabeza.

La cabeza que apareció desde su derecha. Una cabeza que se movía al mismo ritmo tranquilo que el resto del hombre. La cabeza rasurada de Cocoliso.

Ángel temió por un momento que Cocoliso alzara la vista, mirase a su izquierda, arriba, y lo viera, pero entendió enseguida que estaba demasiado preocupado en mirar al suelo desconocido para no tropezar.

Ahora estaba casi a su altura y Ángel supo que era el momento perfecto, que estaba solo, que Carapicada debía de haberse quedado en el coche o, en todo caso, muy rezagado.

Se levantó, sin hacer ruido.

Volvió a comprobar la velocidad y dirección del viento.

Teniéndolas en cuenta, alzó la mano con la que sostenía la piedra, la retrasó todo lo posible para imprimirle impulso y, con un movimiento seco, se la arrojó apuntando a la cabeza brillante de sudor cuyo propietario no había tenido la precaución de proteger del sol con una gorra.

No erró ninguno de sus cálculos: la piedra impactó como una bala en la cabeza de Cocoliso. Lo hizo justo en medio del parietal izquierdo, luego rebotó un segundo hacia arriba antes de caer a un lado del camino y volver a no ser más que una piedra cualquiera entre tantas otras piedras.

Cocoliso no llegó a caer por el terraplén. Pero se tambaleó, noqueado y, mientras intentaba mirar hacia arriba para comprender qué había pasado, se llevó los dedos de la mano izquierda a la cabeza para comprobar si tenía sangre. No llegó a hacer ninguna de las dos cosas. Como una avalancha, Ángel estaba ya sobre él y le bastaron un manotazo en el cogote y un rápido traspies para hacerlo caer.

El tipo era fajador y sabía lo que hay que hacer cuando estás demasiado desorientado para defenderte. Se hizo un ovillo para protegerse la cabeza, la mayor parte de los órganos y los genitales, casi todas las cosas imprescindibles para la vida con la excepción de los riñones. Estos fueron los que recibieron la mayor parte de las patadas y los pisotones que Ángel le descargó con todas sus ganas, con toda su rabia, con toda la minuciosa crueldad que era capaz de desplegar cuando le tocaban los huevos.

Cuando se cansó, cuando estuvo seguro de que Cocoliso no se levantaría de pronto para intentar algo, se apartó dos o tres pasos y se quedó mirándolo, cogiendo resuello y permitiéndole hacer lo mismo.

Al descubrir que los golpes habían cesado o que, al menos, se abría una pausa, Cocoliso se fue incorporando hasta quedar sentado. Se frotó la riñonada y, por fin, pudo comprobar que sí, que tenía sangre, que una capa escarlata rebozada de polvo le cubría el lado izquierdo de la cabeza y de la cara. Ninguno de ellos había pronunciado palabra hasta el momento. Ángel no era perro ladrador. Y el otro parecía de los que entienden perfectamente los mecanismos de la violencia: había sabido enseguida que el insulto o el grito solo le habrían servido para malgastar fuerzas. Solo cuando Ángel sacó un cigarrillo y lo encendió sin quitarle ojo, el tipo dijo:

—Joder, tío.

Ángel no dijo nada. Le ofreció el paquete de tabaco. Cocoliso tardó unos segundos en comprender. Cuando lo hizo, negó con la cabeza.

—No fumo. Es malo para la salud.

—Seguirme también.

Cocoliso asintió. Ángel dio una calada profunda antes de continuar hablando.

—Bueno, si no quieres que te dé otra carda, ya me estás contando de qué cojones va todo esto.

Cocoliso se inclinó para alcanzar el bolsillo trasero de sus bermudas. Ángel lo dejó hacer: no había manera de esconder allí ningún tipo de arma. Lo que sacó, tal y como había pensado, fue una cartera. Y de esta, un pequeño carné que le alargó. Ángel no tuvo que leerlo completo para saber que se trataba de una tarjeta expedida por el Ministerio del Interior. No leyó dónde había sido expedida ni el número. Solo se fijó en el nombre: Bernardo Morán Ruiz. Se lo devolvió con desdén y una burla en la mirada.

—¿Bernardo?

Al otro se le debían de haber estado burlando del nombre desde el jardín de infancia, así que acogió el comentario con un mero alzamiento de hombros.

—Me dicen Nano.

—Me suda la polla cómo te digan. Supongo que para saber quién coño te contrató te voy a tener que dar otra paliza, ¿no?

—Me puedes dar seis. Yo no sé el nombre del cliente. Y mi compañero tampoco.

—A ver. Me lo explicas rapidito, que no tengo toda la tarde.

Bernardo volvió a abrir la cartera y sacó una tarjeta de visita. Esta vez Ángel sí la leyó. Estaba a nombre de Bernardo, pero contenía el nombre de una agencia de detectives y una dirección de Gran Canaria.

—No siempre nos dan el nombre del cliente. Solo teníamos que hacerte un seguimiento.

—Que incluía meterse en mi ordenador. Cosa que es ilegal, por cierto.

—Vale. Denúncianos. Solo tienes que demostrar que fuimos nosotros.

—Y todo esto, ¿para averiguar qué?

—Ni idea. Presentamos informes diarios. Eso es todo.

—Y si me presento en la agencia y le rompo la cara a todo dios, ¿me dirán quién es el cliente?

—Puede ser. Pero le tendrás que romper la cara a todo dios, como acabas de decir. Y ya viste la dirección, la agencia está al ladito de la comisaría.

—Eso no se me había ocurrido —dijo Ángel sacando su teléfono móvil—.

¿Y si llamo ahora mismo a la Guardia Civil y le cuento que me han estado siguiendo?

Bernardo se señaló a sí mismo de arriba abajo: tenía rozaduras en las rodillas, una herida en la cabeza que no paraba de sangrar, la ropa llena de mugre y, seguramente, bajo la huella de los pisotones que había en la tela del polo, sus riñones habían comenzado a hincharse como balones.

—Igual tienes que explicar tú más que nosotros.

Ángel no se guardó el móvil, pero reprimió el gesto ya iniciado de marcar el 112.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Olga?

—Ni puta idea. —Bernardo había logrado ponerse de rodillas. Usaba el faldón del polo para contenerse la sangre de la cabeza, que ahora fluía más lentamente. Con algo de esfuerzo, se levantó. Ángel no vio riesgo en permitirle. Al fin y al cabo, el tipo estaba colaborando—. De hecho, no sabíamos quién era hasta que vimos que consultabas los documentos de ella. Hicimos una búsqueda y nos enteramos de lo del accidente. Y entonces empezamos a comprender un poquito lo que hacías aquí. Tú estabas en el extranjero cuando pasó, ¿no?

—Supongo que eso ya lo sabes.

—En realidad, no sabemos tanto. Ya te digo: nos dieron tus datos y nos dijeron que había que seguirte e informar. Yo me suponía que era un asunto de infidelidad marital. Pero al ver lo que le pasó a esta chica, yo mismo me he estado preguntando por qué podría estar alguien interesado en lo que haces.

—¿Y por qué no llamamos a Las Palmas y te enteras? —dijo Ángel ofreciéndole el móvil.

—Primero, porque puede que esta movida ya me cueste el puesto. Y segundo, porque no me da la gana.

Ángel se guardó el teléfono y reprimió las ganas de darle una bofetada. Se conformó con empujarlo por el hombro.

—Anda, tira para el coche.

Al ver venir a su compañero humillado y sucio, caminando un par de pasos por delante de Ángel, Carapicada salió del coche y corrió hacia ellos.

Bernardo intentó contenerlo, pero no consiguió agarrarlo antes de que lo sobrepasara y se lanzase sobre el sargento, que ya lo esperaba totalmente prevenido.

Igual que su colega, Carapicada acabó en el suelo casi enseguida, conteniendo la asfixia que le produjo un puñetazo de Ángel en el plexo solar.

Él se quedó en pie, mirándolo, preguntándose si el tal Bernardo haría algo por proteger a su compañero. Si se ponían de acuerdo y tenían huevos suficientes, aquellos dos podían crearle problemas. Pero no parecían tener muchos huevos y, definitivamente, no se pusieron de acuerdo. Lo máximo que hizo Bernardo fue acercarse al otro para ayudarlo a ponerse en pie y procurar tranquilizarlo.

—Nos trincó bien, Caco —le dijo—. Gran cagada.

Ángel calculó que Carapicada debía de llamarse Juan Carlos. Y que ninguno de ellos intentaría ajustar las cuentas.

Permitió que el amigo Nano le explicara al amigo Caco lo que había pasado al otro lado de la colina mientras este último terminaba de recuperar la respiración. Pensó en apretarles un poco las clavijas para intentar averiguar algo más. Pero entendió que sería trabajo inútil si no sabían más que lo que Bernardo le había dicho que sabían. Así que preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué?

Los tipos se miraron entre sí. La herida de la cabeza de Cocoliso ya casi había dejado de sangrar. En realidad, no era grande, solo un picotazo. No necesitaría sutura. Caco le contestó sin dejar de masajearse el pecho:

—Ahora nada. Informaremos y ya nos dirán qué hacer.

—Vale —dijo Ángel—. Pues mientras les dicen qué hacer, yo me voy a ir y espero no tener que verlos más oliéndome el culo.

—Va a ser jodido —dijo Bernardo—. Estamos en el mismo hotel.

Ángel se dirigió hacia el coche.

—Avisados están. Y guerra avisada no deja muertos.

—Te voy a denunciar por agresión —se atrevió a decir Caco.

Ángel se paró un momento, volvió sobre sus pasos y se le enfrentó:

—¿Quieres que te dé motivos para que la denuncia no sea solo por agresión?

No tuvo que esperar más que unos segundos para leerle en la mirada que la amenaza había tenido efecto. Al arrancar, los vio por el retrovisor, dirigiéndose al Peugeot mientras discutían, perros apaleados que se conforman con ladrarse entre ellos.

CANARIAS OCULTA

Regresó al atardecer. Cruzó mensajes con Blas para quedar en firme. Inició el ordenador, seleccionó *shadow71* y le dio el tratamiento prescrito por el experto: borró el programa y pasó el antivirus. Mientras este hacía su trabajo, le dio un telefonazo a Mauri desde la terraza para contarle lo que había pasado con los detectives. Más que nada, para poder decirle al final:

—No me gusta decirte que yo tenía la razón, pero yo tenía la razón.

—Pero, joder, mi sargento, ¿por qué no me avisaste?

—Pues porque esos tíos y tú son como Superman y Clark Kent: nunca están en el mismo sitio a la misma vez.

No lo había pensado. Fue solo tras decir esa frase cuando cayó en la cuenta de que era cierta: los tipos nunca lo habían seguido a sus encuentros con Mauri. Empezó a sentir una incomodidad que se fue instalando en la conversación desde abajo, como un ruido de fondo que va creciendo, al mismo tiempo que Mauri le decía, medio en broma, que era un mamón y que había sido temerario (en realidad, lo llamó locoplaya), que la cosa habría podido salir muy mal.

—Pero salió bien.

—Y bastante que me alegro, mi sargento. Bueno, ¿y ahora qué vas a hacer? ¿Nos echamos una cañita?

Mauri no le había dado verdaderos motivos para ello, pero hacía unos minutos que había comenzado a no fiarse de él, por prudencia, porque todo era cada vez más raro, porque en Lanzarote nada queda lejos y lo importante está oculto bajo la tierra, así que respondió:

—Qué va, tío. Estoy hecho polvo. Voy a cenar una *pizza* en el hotel y me meto en el sobre. Mañana, si eso, te doy un toque, ¿te parece?

Mauri no insistió. Se despidieron hasta el día siguiente y él se quedó con el teléfono en la mano, mirando a la noche que crecía a su alrededor. Una melodía lo avisó de que el ordenador se había reiniciado tras el análisis y volvió al interior.

Comprobó, con alivio, que el sistema estaba libre de virus. Su ordenador

volvía a ser el que era y él se pudo permitir navegar con tranquilidad. Empezó por lo último que había intentado hacer sin éxito: visitar el blog de Emeterio Brito Alemán.

El sitio se llamaba «Canarias oculta», tenía una apariencia noventera, con *banners* que conducirían con seguridad a errores 404, fuentes de letra llamativas y diseños que combinaban colores como el rosa y el verde. Era como la secuencia de títulos de una película porno en VHS pero con peor gusto. En la foto, borrosa, que acompañaba a su perfil, se veía a un tipo de unos sesenta años, con cara de enfadado y delante de una estantería en la que había libros como podía haber habido coles. Era calvo, pero dejaba crecer hasta los hombros una coronilla de cabellos blancuzcos.

Si la apariencia del blog no resultaba demasiado atractiva, el contenido no era mucho mejor. Brito Alemán escribía con faltas de ortografía y problemas de sintaxis, con tendencia a las mayúsculas, a los signos de exclamación, al aspaviento. Proclive también al plural mayestático, a la sentencia y el refrán mal reproducido, el hombre dedicaba sus entradas a todo aquello que pudiera sonar misterioso y tuviese que ver con Canarias: la luz de Mafasca, la desaparición del *Fausto*, las supuestas bases para submarinos alemanes en Fuerteventura, el presunto establecimiento de una colonia nazi en la que la raza aria habría acabado pariendo monstruos debido a la endogamia y los experimentos de un genetista amigo de Hitler, criaturas abisales, San Borondón y avistamientos ovni. A César Manrique le dedicaba muchas entradas. La mayoría trataban acerca del accidente y la posible conspiración, pero también había otras que hablaban sobre el panteísmo en su obra, sobre supuestas intenciones mágicas en algunas de sus intervenciones y hasta sobre la posibilidad de que perteneciese a una logia de prohombres de la que también habrían formado parte Aldous Huxley, Jorge Luis Borges y Luis Buñuel. Esta entrada le hizo gracia. Según Emeterio, los miembros de este grupo secreto de filántropos eran reconocibles porque todos, en algún momento de su vida, habían tenido problemas de visión. Otra entrada, todavía más desternillante, estaba dedicada a la posición que ocupaba la primera de las burbujas de la Casa del Taro, aquella en la que César tendía su hamaca. El bloguero afirmaba que estaba situada estratégicamente para captar señales enviadas desde los confines de la galaxia que solo podían ser percibidas por determinados sujetos «ultrasensibles» y terminaba apuntando a la posibilidad

de que en César se hubiese encarnado un viajero interestelar. Por supuesto, Brito no podía afirmar esto último con seguridad, pero tampoco podía descartarlo.

Después de surfear sobre aquellas entradas, no le extrañó que Dolz pensara de él que era un pobre loco.

Aun así, leyó una acerca de la muerte de César. Emeterio no culpaba al conductor del todoterreno, a quien, según él, agentes al servicio de los poderes fácticos habían utilizado como arma homicida.

Sabemos, porque lo hemos comprobado, que es muy fácil manipular un vehículo. Ay dispositivos que, una vez instalados propiamente en la maquinaria, permiten controlarlos por control remoto. Al pobre conductor, además, ¡LO HABIAN DROGADO ANTES! POR ESO NO PODIA RECORDAR NADA EN EL MOMENTO POSTERIOR TRAS EL LUCTUOSO SUCESO.

Brito Alemán no se conformaba con elaborar aquella teoría, sino que afirmaba que, además, había otro plan preparado para el caso de que aquel intento fallara.

Fuentes bien informadas que no podemos rebelar, dejan claro que este no era el único plan. Si fallaba, existían hombres encargados de hacer las cosas de forma más rudimentaria pero no menos efectiva. No sabemos si con veneno o de manera más violenta, pero CESAR MANRIQUE TENIA QUE MORIR.

Hasta a Ángel, que no era precisamente un académico de la lengua, le sangraban los ojos con las faltas de Emeterio. Pero le parecían todavía más chocantes sus teorías, cada una más disparatada que la otra. Concluyó que, si quería llegar a averiguar por qué alguien había contratado a Cocoliso y Carapicada (ahora ya sabía sus nombres, pero prefería continuar llamándolos así), leer el blog de Brito Alemán era perder el tiempo.

Volvió al archivo que contenía el borrador de Olga. Él ya lo había leído, pero, por si acaso, buscó, dentro del documento, el nombre de Antonio García Suárez. La búsqueda no dio resultado alguno.

LOS CHINIJOS

Los Chinijos estaba frente al parque Nuevo, cerca del Club Náutico, y era un restaurante casi oculto al que se accedía por una puertita que parecía la de una vivienda particular. A Ángel le gustó el local, decorado con aperos de labranza, carteles de ferias de ganado y fotos antiguas. El único camarero era el propio dueño del local: entre él y la cocinera se bastaban para atender el comedor, en el que no cabrían más de treinta personas.

Allí todo resultaba cálido, familiar y tranquilo, porque era ese tipo de negocio al que acudes porque lo conoces o porque lo conoce algún amigo. No había cartas en las mesas: Ramón se acercaba, saludaba a los clientes y leía en voz alta la lista de platos que llevaba en un bloc escolar, anotada a bolígrafo por él mismo. Luego dejaba el cuaderno sobre la mesa mientras los recién llegados se decidían.

Esa noche era lunes, así que estaba a medio gas. Se instalaron en la mesa más cercana a la barra y Ramón, el dueño, tras saludar a Blas con cariño y a Ángel con cordialidad, cantó la carta y les dejó la libreta mientras les abría una botella de El Maipés seco. Se decidieron pronto: un carpacho de pulpo con burgados y una ventresca de atún. Ramón les alabó el gusto y se fue a la cocina a ordenar la comanda. Ángel le preguntó a Blas cuándo le iba a sacar el tema.

—Luego. Ramón tiene sus tiempos.

Ángel estuvo de acuerdo. Observó a Ramón en su ir y venir entre el comedor y la cocina. Parecía un tipo de carácter, de esos a quienes hay que saber entrarles si no quieres dar con una puerta cerrada. Era amable, pero serio. De cincuenta y tantos, con cabellos plateados y el rostro perfectamente afeitado, su cuerpo fibroso parecía medir cada movimiento, cada gesto, para no hacer ninguno innecesario. Claro estaba que esa era la actitud adecuada para alguien que lleva un negocio sin ayuda, pero Ángel sospechaba que Ramón debía de ser así en muchas otras facetas de su vida. Y se propuso tratarlo con cuidado, porque había topado con otros hombres flacos y serios que no malgastaban ningún movimiento y la experiencia le decía que con ellos convenía ser tan prudente como respetuoso.

Blas le volvió a sacar el tema de los detectives. En el camino desde el hotel, que habían hecho dando un paseo, Ángel le había contado lo que había ocurrido con ellos. Sin darle demasiados detalles, sin contarle los pormenores de la emboscada que les había tendido ni el enfrentamiento. Pero le había dicho que eran detectives de una agencia de Gran Canaria, que decían no saber quién era el cliente, que solo les habían encargado seguirlo e informar. Blas lo había escuchado primero con asombro, después con interés, por último con inquietud. Ahora comentó que no podía imaginar quién los habría contratado.

—Yo tampoco tengo ni puta idea —contestó Ángel—. Lo único que se me ocurre es que alguien esté preocupado por lo que pueda averiguar yo. Lo que pueda averiguar yo sobre algo que debió de averiguar Olga.

—Pero ¿a quién le puede importar ya lo de esa época?

—Bueno, a ti y a Julia, sin ir más lejos. No paran de hablar de eso.

—Sí, pero como si habláramos de arqueología, de historia. Entiende una cosa: cualquier delito económico de entonces habría prescrito hace siglos. Así que ¿para qué carajo se iba a molestar nadie en intentar ocultar nada?

Se encogió de hombros. No sabía. La verdad era esa: que no sabía. No sabía casi nada. Por eso estaban allí. Si lograba enterarse de quién era el tal Antonio García Suárez, de por qué Olga se había citado con él, quizá pudiese empezar a saber realmente algo de lo que estaba pasando y, sobre todo, de lo que había pasado, tanto hacía un par de meses como veinticinco años antes.

A medianoche eran los únicos clientes que quedaban en el local. Pidieron la cuenta y Ramón cerró las puertas antes de llevársela, acompañada de una botella de ron miel y tres vasos de chupito.

—Estuvo bien el asunto hoy para ser lunes, ¿no? —dijo Blas señalando al comedor.

—Vamos escapando, pero la cosa está floja en general —dijo Ramón, sirviendo tres chupitos.

Alzaron los vasos y brindaron. Ramón iba a irse a cobrar, pero le dijeron que no les diera las vueltas. Así que volvió a servir.

—Bueno, pero está mejor que el año pasado, ¿no? —le insistió Blas.

—Y el pasado mejor que el anterior, pero fíjate tú...

—Oye, antes no los presenté, Ramón. Este es Ángel, un amigo.

Ramón, ceremonioso, le dio la mano a Ángel y se dijeron que estaban

encantados, que un placer.

—La comida, buenísima —añadió Ángel.

—Muchas gracias. El mérito es de la cocinera.

—Y del buen producto —añadió Blas.

De ahí pasaron a hablar de cómo hacía las compras Ramón, de los madrugones que se daba para llegar a la cofradía para conseguir la mejor ventresca que pudiera encontrar. Tras un rato hablando del asunto, ya Ramón había tomado confianza, había mostrado alguna sonrisa y, sobre todo, se había sentado con ellos. Entonces Blas aprovechó un silencio para decirle a Ramón:

—Tú, seguramente, conociste a la pareja de Ángel. Olga Herrera, ¿te acuerdas? La amiga de Sonia.

Ramón comprendió enseguida. Inmediatamente, miró a Ángel, algo sorprendido y recuperando la seriedad.

—Sí que la conocí. Mi más sentido pésame, Ángel.

—Muchas gracias.

—No la conocí mucho, pero sí que vino por aquí alguna vez. Una muchacha muy agradable. Fue terrible, eso. Terrible.

—Ángel está comprobando un par de datos para acabar un trabajo que estaba haciendo Olga.

—¿El libro de César? —preguntó Ramón.

—Eso es —respondió Ángel, recordando que en Lanzarote nada estaba lejos—. Lo dejó casi terminado, pero quiero cotejar los últimos datos que Olga consiguió.

—Y a lo mejor tú nos puedes ayudar con una cosa, Ramón —terció Blas—. ¿Tú conoces a un tal Antonio García Suárez?

Ramón los miró alternativamente de reojo y, suspicaz, respondió:

—Conozco como a treinta tíos que se llaman así. Pero tú te estás refiriendo a uno concreto, ¿verdad? —Ellos le sostuvieron el silencio. Comenzaban a entenderse—. Antoñito el Ruin.

Ángel y Blas se miraron entre ellos. Ninguno se imaginó a Olga reuniéndose con un tipo al que llamaran el Ruin.

—Uno que tiene una cicatriz de aquí a aquí —continuó explicando Ramón señalándose el rostro desde la sien derecha hasta la mitad de la barbilla—. De un accidente que tuvo hace años.

—¿Viene por aquí? —preguntó Blas.

—Antes venía más. Últimamente, poquito. Yo creo que la última vez que lo vi fue cuando se reunió con Olga aquí. —Se quedó mirándolos un momento y luego prosiguió—: Porque está claro que ustedes están interesados en si se vio con Olga, ¿verdad? Blanco y en botella es leche.

—Pues sí —reconoció Ángel—. Se supone que ella tenía que reunirse aquí con él. No sé cuándo exactamente, pero tenía cuadrada una cita para cenar.

—Yo tampoco recuerdo el día exacto, pero tuvo que ser como un mes antes de lo que le pasó a ella, un día de entre semana. Lo que sí te puedo decir es una cosa: no se conocían. Antoñito vino con Emeterio y la esperaron aquí hasta que ella llegó.

—¿Emeterio Brito? —preguntó Ángel.

Ramón asintió.

—Ese mismo. El de los ovnis y todas esas movidas.

—Emeterio Jiménez del Oso, le dicen —comentó Blas, provocando una sonrisa escasa en Ramón.

—Ese está jodido del tomate —dijo Ramón, dándose toquecitos en la sien con la punta del dedo índice—. Por eso me extrañó que Olga tuviera tratos con él. Yo sabía que ella estaba escribiendo sobre César, pero no me la imaginaba tratando con Emeterio. La cosa es que se conocían, porque, cuando ella llegó, él se levantó para darle un abrazo y le presentó al Ruin. Ahí mismo, en esa mesa.

Ramón se había girado para señalar la mesa más cercana a la puerta.

—Y no sabrás de qué hablaron, ¿verdad?

Ramón lo miró con atención mientras se pensaba la respuesta.

—Sé que hablaron de César. Pero poco más. Lo que sí te digo es una cosa: a ella, estos dos no le caían bien. Emeterio, Blas te lo puede decir, es un confianzudo. Pero ella le marcaba la distancia. Lo trataba de usted, ¿me comprendes? Y con el otro, yo notaba como que era amable porque era lo que tocaba, pero estaba claro que era porque él tenía algo que le interesaba a ella. ¿Qué era eso? No lo sé. Pero había algo que yo creo que ella le quería sacar a él. Información, te quiero decir. En un momento dado, el Ruin, haciéndose el interesante, le dijo algo así como que aquí no podían hablar, que tenían que quedar en otro momento.

—¿Y qué información se te ocurre a ti que le quería sacar? —preguntó Blas.

—Ni puta idea. Ese de arte sabe lo mismo que yo de neurocirugía. Y no es de los que trabajaron con César ni nada por el estilo. Así que ni idea, mi niño. Y lo que sé de ese día, lo sé porque lo oí al pasar. Tú ya sabes que la gente se piensa que los camareros son sordos.

Ángel asintió, reflexionando. Aunque Ramón tampoco sabía de qué habían hablado, era cierto que Olga se había visto con el tal Antonio (y, de paso, con Emeterio Jiménez del Oso, que era quien debía de haberle hecho el contacto) para conseguir de él algún tipo de información. Y ahora, al descubrir que los tipos eran confianzudos, que Antonio García Suárez era Antoñito el Ruin y tenía una cicatriz que le partía la cara, empezó a temer que Olga hubiese tenido un mal encuentro. Por eso le preguntó a Ramón si sabía dónde podría encontrar a alguno de aquellos dos. Ramón se rascó la cabeza y pensó antes de contestar:

—Emeterio vive por ahí, por arriba de la iglesia de San Ginés. Aquilino Fernández, creo que se llama la calle. Antoñito el Ruin no sé. Sé que es de Viéitez. Antes venía bastante. Pero luego se jubiló.

—¿En qué trabajaba?

—Trabajar, trabajaba poco. Era conserje en Viéitez. Estaba allí enchufado. Pero como ganaba su dinerito, venía a gastárselo a Arrecife. A todos estos los jubilaron hace un par de años, cuando empezaron a contratar a empresas de vigilancia. Por eso se le veía menos, porque desde entonces subía poco a la capital. Pero al Emeterio, si lo buscas por la zona de la iglesia o por la calle Real, lo encuentras enseguida. Y ese tiene controlado al otro, seguro.

Ángel apuntó en una servilleta el nombre de la calle: Aquilino Fernández. Al día siguiente, preguntaría por allí. Pero, antes de que la conversación se agotara, quiso saber qué tal tipo era Antoñito el Ruin.

—Yo de amigo no lo quiero —dijo Ramón—. No digo que sea mala persona, y en los últimos tiempos está más manso, pero le gustaba la gresca y más de un pleito formó por ahí. La mujer lo dejó tirado hace años, harta de aguantarle borracheras y escándalos. Y ni los hijos quieren saber nada de él.

—Un tipo duro —sugirió Ángel.

—Más bien un abusador. Más gritón que otra cosa. Pero yo no le daría la espalda. Si le dicen el Ruin, será por algo.

EL CLIENTE

Al día siguiente se despertó temprano. Acababa de amanecer cuando se fumó el primer cigarrillo en el balcón, haciendo tiempo para subir a desayunar.

Luego se refrescó, se vistió y subió al bufé. No hacía demasiado viento, así que se puso el café y los churros y salió a la terraza. Y allí descubrió a los detectives, desayunando en una mesa del rincón. Se quedaron parados con los bocadillos en la mano, mirándolo con consternación. Él dejó el desayuno sobre una de las mesas más cercanas a la puerta y se dirigió hacia ellos, que soltaron la comida y se pusieron en pie, preparándose para lo que fuera. Pero, antes de que llegara, Caco le señaló dos maletas que había en un rincón.

—Tranquilo, tío, tú ganas —dijo.

—Nos vamos para Las Palmas.

Bernardo añadió esto último alzando las manos para pedir tranquilidad. Ángel se había quedado a un metro de ellos, con los puños cerrados en posición de guardia baja, dispuesto a montar un buen pollo, pero al ver las maletas y la actitud de los tipos, se relajó un poco. Se fijó en que Cocoliso tenía una tirita en la cabeza, allá donde él lo había apedreado. En el cuello se le veían también golpes y rasguños que ya se habían amoratado. Llevaba pantalones largos, aunque imaginó cómo tendría también las rodillas. Pero lo que más le interesó fue que los tipos se iban. Eso quería decir que habían hablado con sus jefes en Gran Canaria. Que les habían dado orden de volver. Y que, probablemente, ya sabrían quién había contratado a la agencia. Decidió hacer un intento.

—Supongo que no les habrán dicho quién es el cliente, ¿verdad?

—No —comenzó a decir Caco.

—Pero aunque se lo hubieran dicho, no te lo van a decir a ti —dijo una voz a sus espaldas. Una voz de mujer. La voz de Dunia.

No la había oído llegar. Ahora, al volverse, la vio a un par de metros, con su traje fucsia, su bolso de Mary Poppins y un *trolley* que había arrastrado hasta allí sin ruido.

—¿Qué coño...?

—Habla bonito —dijo Dunia, de repente seria y autoritaria, como si hubiese crecido repentinamente unos cuantos centímetros.

De reojo, descubrió que su sorpresa había dibujado sonrisillas burlonas en los rostros de Carapicada y Cocoliso. Dunia se dirigió a la mesa donde Ángel había dejado su café y sus churros.

—Venga, vamos a hablar tú y yo.

Los otros dos volvieron a sentarse y él se dejó atraer a la mesa, en la que Dunia había dejado también su desayuno al llegar y ver lo que ocurría al fondo de la terraza. Como si no pasara nada, ella se sentó y se puso a endulzarse el café con leche.

—¿Quién...? —empezó a preguntar.

—Pero ¿te quieres sentar de una vez? —volvió a cortarlo Dunia y él, amansado, obedeció—. Mira, de entrada te digo que ayer te comportaste como una mala bestia. Pero no te vamos a denunciar, porque entendemos que es una reacción normal.

—Espera, para. Vamos a empezar por el principio —dijo Ángel, señalando a la mesa donde los detectives habían vuelto a comer, pero mirando hacia ellos de vez en cuando—. ¿Tú estás con estos dos?

Dunia negó con la cabeza, tragó el sorbo de café con leche que estaba dando y respondió:

—No, querido. Estos dos están conmigo. Yo soy la jefa.

—No me jodas...

—Que me hables bonito, carajo. Tú no te preocupes, que en una hora estamos subiendo al avión y no te molestamos más. Yo te explico ahora. Pero, anda, desayuna, que se te van a enfriar los churros.

Obedeció: endulzó el café y comenzó a mojar churros en él.

—A ver, trabajamos para una agencia. Y, eso ya te lo dijo ayer Nano, solo nos encargaron seguirte e informar.

—¿Quién?

—Ese dato concreto no lo sé todavía, pero tú mismo te vas a enterar pronto.

—¿No dices que eres la jefa?

—Sí, pero yo también tengo jefes. Anoche los informamos de lo que había pasado y hoy nos dieron instrucciones de volver para Las Palmas. Por lo visto,

van a hablar con el cliente para que hable contigo.

—¿El cliente? ¿Conmigo?

—Sí. —Dunia miró su reloj e hizo unos cálculos—. Yo supongo que en un rato alguien te dará un telefonazo. No sé más. La cosa es que nadie pensó que te fueras a poner tan violento. Y, ya te digo, yo lo entiendo. Fueron un poco chapuzas. En realidad, no tenías que haberte enterado de nada. Pero, qué se le va a hacer, el pobre Nano es demasiado nuevo y Caco es demasiado vieja guardia, no está muy puesto en informática.

—El que me metió el troyano en el ordenador fue Caco, entonces.

—¿Qué troyano? ¿Qué ordenador? —preguntó Dunia mirándolo con tanta fijeza como frialdad, antes de mostrarle una sonrisa—. No sé nada de ningún ordenador.

—Entiendo.

Continuaron comiendo como si fueran amigos, como si todo estuviera aclarado, como si en realidad no hubiera pantanos entre ellos. Pero tras terminarse los churros, mientras encendía un cigarrillo, Ángel dijo:

—Lo que no comprendo es por qué me hiciste el acercamiento.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que solo tenían que seguirme, sin hacerse notar. ¿Por qué hablaste conmigo? Me diste hasta tu número.

Dunia dio un suspiro, encendió también un cigarrillo.

—Si quieres que te hable en plata, nos despertó mucha curiosidad saber lo que le había pasado a tu novia. Y nos dio pena, también. Tú debes de andar muy perdido, hecho un lío. Yo pensé que me podría enterar de algo más, de si tú veías algo raro en lo que le pasó a ella. Además, te digo una cosa, no me caes mal. Me pareces buen tío. Salvaje como pocos, pero buena gente.

Ángel le agradeció el cumplido inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

—El que los contrató es alguien importante, ¿verdad?

—Vuelvo a decirte lo mismo: no sé quien contrató a la agencia, pero te vas a enterar enseguida. Mis jefes ya avisaron al cliente. No tardará mucho en hablar contigo.

—Dunia... Porque te llamas Dunia, ¿no?

—Sí. Eso es verdad: me llamo Dunia.

—Está bien, Dunia —dijo Ángel, sacudiendo lenta e innecesariamente la ceniza—. Tú sabes que yo estoy empezando a sospechar que lo de Olga no fue un mero accidente, ¿verdad?

—Sí.

—Y sabes que si logro comprobar que no lo fue, no voy a ir a la Policía.

—No lo sabía. Pero ahora lo sé.

—Quiero decir que lo resolveré yo solo.

—Sí, te entendí.

Ángel dejó de mirar al cenicero y fijó los ojos en Dunia:

—Bueno, pues que te quede bien claro: no me importa buscarme la ruina. Si me entero de que tu cliente tiene la más mínima relación con eso, le voy a sacar las tripas. A él, a sus hijos y a su puta madre. Y a ustedes, si se me cruzan por en medio.

Por primera vez, se abrió una grieta en la seguridad de Dunia. Buscó instintivamente con la mirada a sus compañeros, que terminaban ya sus cafés. Pero supo dominarse y recuperar el aplomo. Asintió, aplastó el cigarrillo en el cenicero y probó a plantar cara.

—¿Eso es una amenaza?

—Sí —se limitó a responder él.

Dunia se puso en pie y lo miró desde arriba.

—Está bien. Lo tendré en cuenta si te vuelvo a ver.

Los otros dos se habían levantado también y, arrastrando sus maletas, llegaron hasta ellos, que continuaban manteniéndose la mirada.

—¿Vamos, jefa? —preguntó Caco.

—Vamos —dijo Dunia y, sin mirar a su compañero, le ofreció la mano a Ángel—: Buena suerte, Ángel.

—Buen viaje —correspondió él.

Los tres se marcharon hacia el ascensor atravesando el bufé. Dunia iba delante y Nano cerraba la marcha. Ángel los observó, encendiendo un nuevo cigarrillo. Ninguno de ellos volvió la cabeza en ningún momento.

Así que no eran dos, sino tres huelebraguetas. Así que Dunia no era una tía a la que le gustaba, sino una tía que lo vigilaba. Así que el cliente lo llamaría de un momento a otro. Eso lo escamaba: ¿tendría huevos, fuera quien fuese, de encima llamarlo? ¿Y para qué? ¿Para convencerlo de que dejara de buscar? Y, en ese caso, ¿cómo? ¿Sobornándolo? ¿Amenazándolo? Pensó en las diferentes estrategias de los indecentes que Blas le había descrito. ¿Cuál le tocaba ahora? ¿La del burrito?

Se hacía estas preguntas al tiempo que comprobaba itinerarios, preparaba la mochila, se lavaba los dientes o alistaba la ropa que se pondría. Cuando iba hacia la ducha, le sonó el móvil. Corrió a cogerlo, pensando que sería el famoso cliente. Pero vio que la llamada era de Alfonso. Si la otra llamada era inminente, era mejor no estar ocupado. Ya le telefonaría más tarde.

Mientras se duchaba, el teléfono volvió a sonar otra vez. Supo que no llegaría a cogerlo (aún estaba enjabonándose), pero se apresuró. Al salir, vio en el registro que la nueva llamada era de Alfonso. Y que, además, le había dejado un mensaje en el buzón de voz. Con voz de enterrador, le decía que lo llamara urgentemente, que era importante. Lo dijo así: «Es importante que me llames enseguida». Fuera urgente o no, estaba claro que tendría que hacerlo, aunque solo fuera por quitarse al viejo de encima y dejar la línea libre para la llamada del cliente.

En *shorts* y chancletas, sin haberse secado del todo, se sentó en el balcón, encendió un cigarrillo y lo llamó. Alfonso no esperó al segundo tono para contestar.

—¿Qué pasó, Alfonso?

—¿Cómo estás, Ángel?

No era un saludo. Le hizo esta pregunta y se quedó aguardando respuesta de las de verdad. Pretendía que le contase realmente cómo estaba. El anciano, de pronto, parecía haber perdido la prisa, justo cuando a él menos le convenía. Pero el respeto es muy bonito y él a Alfonso lo respetaba mucho. Así que respondió:

—Bien. No te cogí el teléfono antes porque estaba en la ducha.

—Ah.

—Y ahora vi tus llamadas y tu mensaje.

—Ya veo.

—¿Qué es eso tan urgente? Ahora puedo hablar poco, porque estoy esperando una llamada, pero si quieres, más tarde...

—¿Qué llamada? —lo interrumpió Alfonso.

—Bueno, es una movida larga de contar.

Más tarde, recordando aquella conversación, se acordaría de que, en aquel momento, casi pudo oler la sonrisa de Alfonso al otro lado de la línea, el silencio que impuso mientras encontraba las palabras.

—Espérate, Ángel, que igual hasta te la puedo contar yo.

—¿El qué?

—La «movida» esa. Estás esperando a que te llame el que contrató a la gente a la que le diste una paliza ayer, ¿verdad?

—¿Qué carajo...?

—Pues no te esperes más, mi hijo.

Hubo reproches, por supuesto. Hubo sorpresa y desconcierto. Discutieron durante un rato y Ángel estuvo a punto de faltarle al respeto reverencial que siempre le había tenido a Alfonso. Pero, igualmente, hubo disculpas y explicaciones y, poco a poco, Ángel fue comprendiendo, atando cabos, poniéndose en la piel del viejo, descubriendo que quizá él, de estar en su lugar, hubiese hecho algo parecido.

La cuestión era, o había sido, que a Alfonso también le olía a podrido el accidente de Olga. Pero no tenía ningún motivo objetivo para convencer a la Policía de que volvieran a echar un vistazo al asunto. Y cuando Ángel le dijo que iría a Lanzarote para seguir sus pasos, a él se le ocurrió que era buena idea que una agencia profesional lo vigilara. Quizá, siguiendo las huellas de Olga, el propio Ángel diera con algún indicio que sirviese para revisar el sumario. Eso no era todo, sin embargo. Ese no había sido el único motivo para encargar el seguimiento. Cuando Ángel le preguntó cuál era el otro motivo, si lo había, Alfonso respondió:

—Que estaba preocupado por ti, mi hijo.

—¿Por mí?

—Sí. Vamos a ver: tú te has ido a Lanzarote para ver lo que vio Olga. En el caso de que lo de ella no sea un accidente, de que alguien le hiciera eso porque descubrió algo, si tú descubres lo mismo, te podría pasar algo a ti. ¿Me entiendes? Ponerte a esa gente era una manera de intentar protegerte.

—Pues se lucieron.

—Sí, ya sé que casi los mandas a saludar a San Pedro. De hecho, me ha costado conseguir que la agencia no te denunciara.

—Suegro, ¿tú te das cuenta de la que se podía haber montado?

—Lo sé, mi niño. Perdona. La verdad es que estoy arrepentido. Pero la intención era buena.

—En cualquier caso, puede que no haya mucho secreto que descubrir.

—¿Qué quieres decir?

Le contó lo que sabía. La cena de Olga con Antoñito el Ruin y con

Emeterio. Le habló de la mala fama del Ruin, de la probabilidad de que él y Olga hubiesen vuelto a citarse.

—Quiero decir, suegro, que a lo mejor la cosa no va de secretos o negocios raros. A lo mejor va de un par de hijos de puta, ¿me entiendes?

Ahora el silencio fue largo. Él no podía hablar porque lo cegaba la rabia y a Alfonso, probablemente, el dolor: solo imaginar que alguno de aquellos cabrones le hubiese hecho o hubiese intentado hacerle daño a Olga los revolvió por dentro. Pero lo cierto es que era la hipótesis que había ido cobrando fuerza mientras hablaban. Hasta ese momento, Ángel pensaba que si había algo extraño en su muerte, tendría que ver con una conspiración, con un secreto bien guardado que ella había descubierto o estaba a punto de descubrir. Sin embargo, al saber que era Alfonso quien había enviado a los detectives, había comenzado a darle vueltas a aquella idea: un tipo como Antonio García Suárez, Antoñito el Ruin, el tipo facineroso y de mala vida con una cicatriz en la cara, intentando quedar en algún lugar discreto con Olga, que era una mujer bonita y tan segura de sí misma que, en muchas ocasiones, resultaba confiada hasta la ingenuidad.

Escuchó a Alfonso carraspear, recuperar la voz hasta poder decir:

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé con seguridad. Pero si puedo, voy a dar con estos tíos.

—¿Y cuando des con ellos?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

El blog de Emeterio Brito llevaba semanas sin actualizarse, pero en su perfil figuraba una dirección de correo electrónico. A esta dirigió un *email* diciendo que vivía en Madrid, que solo estaría un par de días en Lanzarote y quería verlo para ofrecerle una información importante sobre un asunto que a él le interesaría mucho. Añadió su número de móvil y le pidió discreción.

Estaba seguro de que un tipo como Emeterio, seguramente necesitado de atención, picaría en ese anzuelo. No obstante, decidió aprovechar el tiempo y llamó a Mauri.

Ahora podía hacerlo con tranquilidad. Era evidente que no estaba conchabado con los detectives. De hecho, lo primero que hizo fue confesarle que había dudado de él, antes de contarle su conversación con Alfonso y explicarle lo que había averiguado en Los Chinijos. Mauri se hizo el ofendido, lo obligó a disculparse un par de veces antes de decirle que se lo perdonaba solo a cambio de una cena.

—Y en Los Chinijos, compadre.

—Eso está hecho. Cuando tú quieras, tío.

—Mañana mismo te tomo la palabra.

—Oye, pero, por el momento, me puedes ir haciendo un favor.

—Ah, ahora sí, ¿no? —se cachondeó Mauri—. Ahora sí quieres que te ayude...

—Venga, carajo, déjate de coñas.

—A ver.

—¿Tú conoces a estos tíos?

—¿A quién?

—Al tal Emeterio y al amigo.

—Al amigo no. Pero al Emeterio lo conoce toda la puta isla.

—Me dijeron que vive en la calle Aquilino Fernández. ¿Sabrás tú exactamente o me lo puedes averiguar?

—Sé que vive por ahí, pero no el número exacto. De todos modos, déjame que pregunte. La calle no es grande.

—Cojonudo.

Después de colgar, se preguntó qué hacer hasta tener noticias de Emeterio. O sobre Emeterio. La respuesta fue sencilla: probar con el otro, con Antonio García Suárez.

Bajó a la calle, llegó a la esquina y subió la calle Real buscando una pequeña galería que había visto al pasar durante esos días. En uno de los escaparates de las tiendas de regalos había visto en algún momento un buen surtido de cuchillos y navajas. Y ese fue el instante en que, tras inspeccionar por encima todo el muestrario, eligió una navaja de un solo filo, de hoja no demasiado grande, aunque bastante ancha. Era un artilugio recio y poco llamativo, pero fiable, con empuñadura ergonómica y seguro anticierre. Evidente, un cuchillo de los pensados para matar.

VIÉITEZ

Otro pueblo blanco. Otro mar de silencio en la mañana. Otra planicie de rofe salpicada aquí y allá de aulagas y carnosas mecidas por el viento. Otro guardián del volcán que, hacia el norte, marcaba el límite entre su municipio y el de Yaiza.

Ángel no se detuvo a contemplar las vistas. César Manrique no había hecho nada por allí y, de hecho, había luchado con todas sus fuerzas contra lo que había hecho Viéitez con el trocito de costa que gobernaba, el destrozo en la playa del Lunar que había acabado siendo Playa Lunar. Y, además, solo había ido allí por Antonio García Suárez. Buscó la iglesia, buscó la plaza, buscó el centro que ha de tener todo pueblo que se precie: el bar. En realidad, dio con unos cuantos. Así como encontró que la plaza no era una plaza tradicional, aunque intentara imitarla. Lo único que se conservaba como debía de haber sido siempre era la iglesia, casi una ermita, cuya fachada miraba con desdén a la hamburguesería, el kebab y la cafetería que la rodeaban. Los tres eran negocios de franquicia. Pero, justo enfrente de la iglesia, sobrevivía un bar que parecía de los de verdad. Hacia allí se dirigió.

La clientela se reducía a tres viejos que tomaban cerveza y comentaban las tonterías que decían en la tele, puesta a medio volumen. Lo de siempre al filo del mediodía: el último escándalo, la última grabación hecha a escondidas a un alto cargo, el último ultimátum del independentismo catalán respondido con amenazas por el nacionalismo español, que eran recibidos con el interés propio que tres jubilados pueden poner en algo que ocurre a dos mil kilómetros. La camarera, una mujerona bastante seria, los atendía como si le molestaran mientras iba de acá para allá haciendo esas cosas que los camareros hacen cuando no hay nadie: reponer cámaras, llevar comida a los expositores, contar el cambio. Con la misma mala gana le puso a Ángel la cerveza que había pedido, y él entendió que sería complicado sacarle nada. A los viejos se acercó después de asentir varias veces a sus comentarios, de sonreírse ante alguno de ellos como si tuvieran gracia, aprovechando que, en un momento dado, el más esmirriado de los tres puso a parir a un político de nueva hornada al que estaban entrevistando y le preguntó qué opinaba él. Por

supuesto, Ángel entendió que le convenía opinar lo mismo: aquel estaba en política para chupar del bote, para coger su teta, para la manzana. Como casi todos, por lo demás. Eso acabó de ganarle el favor de los viejos, que empezaron a tratarlo como a un igual, a hacerlo partícipe de la charleta desganada con la que entretenían el poco tiempo que les quedaba en el mundo.

No tardaron ni cinco minutos en preguntarle si era canarión. Y él aprovechó para decir que sí, que lo era, pero que tenía familia en Lanzarote, los hermanos de su madre, y que precisamente allí, en Viéitez, se suponía que seguía viviendo un primo de ella. A los viejos se les dilataron las pupilas, como se le dilatan siempre a todo anciano de provincias cuando tiene la oportunidad de descubrir un parentesco. Pero el brillo en sus miradas se opacó cuando Ángel mencionó a Antonio García Suárez, a quien le habían dicho que llamaban Antoñito el Ruin. Uno de los viejos fingió no conocerlo. Otro puso mala cara y se perdió en la observación del culo enorme de la camarera, que, en ese momento, llenaba servilleteros de espaldas a ellos. El único que contestó fue el primero que le había hablado, el esmirriado. Según él, el Ruin paraba poco en el pueblo. Tenía una casita en las afueras, en el camino viejo a Playa Lunar, una finquita que no trabajaba, una furgoneta blanca con la que atravesaba a veces el pueblo con escándalo, unos hijos que no lo querían. Y con justicia, porque él nunca había sido buen padre.

De pronto, nada más callarse el viejo, se escuchó la voz de la camarera, que se dio la vuelta para decirle a Ángel:

—Mi hijo, yo solo le digo una cosa, sin ofender, pero hablándole en plata: un garbanzo negro lo hay en toda familia. El de la de usted es el Ruin.

Ángel comprendió, cambió de tema para no prolongar la incomodidad, invitó a una ronda a los viejos, pagó y se fue.

Se subió en el coche y, sin arrancar, se puso a buscar en el móvil el camino desde el pueblo a Playa Lunar. Pero ni siquiera llegó a abrir el navegador. Lo interrumpieron unos toques en la ventanilla. Al mirar, vio el rostro de David Rivallo.

No hubo manera de quitarse de encima a Mister Sonrisas. Como lo primero que hizo fue quejarse de que no lo hubiera llamado, Ángel, con el móvil aún en la mano, dijo que qué casualidad, que estaba a punto de hacerlo, que su idea había sido dar una vuelta por el pueblo antes de darle un toque. David supo que mentía, y, de hecho, Ángel supo que él lo sabía, pero ambos fingieron que se lo había tragado. Las bodegas quedaban a un par de kilómetros al norte y Mister Sonrisas, que venía de hacer un trámite en el Ayuntamiento, se dirigía hacia allá.

—Puedes dejar el coche aquí y vamos en el mío —le propuso—, o puedes seguirme.

Ángel prefirió lo segundo. David conducía un BMW X6, un cochazo color tabaco que Ángel ya había visto aparcado frente a la casa de Sonia y que ahora siguió con envidia hasta la entrada de la finca en la que estaban las bodegas. Aparcaron en la zona de visitantes, donde un guía estaba comenzando a reunir un grupo para un *tour*.

Se los encontraron varias veces durante la visita, pero David siempre se llevaba aparte a Ángel para aislarlo de los guiris y de las explicaciones que el guía, como un loro que tiene unas cuantas gracias aprendidas, les iba dando en inglés y alemán sobre procesos de elaboración, tiempos de envejecimiento en barrica o en botella, variedades de uva y ventajas de cada una, salpicando el discurso con anécdotas sobre la historia de la familia Rivallo.

David fue más somero y más amistoso, pero no le dijo mucho más de lo que ya decía la página web, y Ángel sospechaba que lo que le contaba lo había contado antes mil veces y que las contaría luego mil más. Como el guía. Como un loro un poco más gracioso. Por eso fue atajándolo aquí y allá con asentimientos, diciendo que sí, que claro, que ya entendía, que ah, amigo, y consiguió que la visita por la bodega resultara lo más breve posible y fueran a lo interesante: a la cata que hicieron en la cantina de la zona de visitantes, adonde volvieron en tan solo media hora, mientras el rebaño de turistas continuaba entre barricas.

Tomaron asiento en una de las mesas de la terraza y probaron un malvasía

volcánica seco del 2015 fermentado en barricas de roble francés, un vino del que David estaba especialmente orgulloso. Y con motivo, dijo Ángel, que no sabía demasiado de vinos pero que lo disfrutó desde el primer sorbo. Mister Sonrisas se alegró de saberlo y lo demostró dándole una palmada en el hombro mientras miraba el paisaje del pequeño viñedo que había más allá del aparcamiento. Mera decoración, le había explicado al llegar, una muestra de las plantaciones enormes que la familia tenía más al norte. Aun así, era hermosa aquella colección de medias lunas distribuidas sobre el picón negro, protegiendo el verdor de las parras. Y el día estaba luminoso, con una brisa suave que aliviaba.

—Joder, esto sí que es vida —dijo Ángel, contemplando también la vista. Luego, señalando hacia atrás, al complejo de edificios de las bodegas, de apariencia rústica pero de nueva construcción, añadió—: Y todo esto les quedó muy bonito.

—Costó lo suyo, no te vayas a creer —dijo David, echándose hacia atrás el flequillo—. Y no solo por las perras, que también, sino por el montón de trabas que nos pusieron. Tú no sabes la de burocracia a la que se enfrenta uno en cuanto quiere hacer algo. Ese parking, por ejemplo; fueron dos años de papeleo hasta conseguir el permiso. ¿Y el almacén de ahí? Un año de recursos administrativos.

Ángel observó el almacén al que se refería. Estaba separado del complejo principal por la carretera que llevaba al pueblo y, aunque, como el resto del complejo, imitaba a la arquitectura tradicional, los dos camiones y el contenedor que había en la parte trasera dejaban claro a qué estaba dedicado.

Sin embargo, no prestó demasiada atención a los posteriores comentarios de Mister Sonrisas. Pese a que el tipo le estaba cayendo mejor de lo que pensaba, la mente la tenía ocupada con Antonio García Suárez y la posibilidad de dar con él. Por eso no se dio cuenta de que David había ido cambiando de tema, de que ahora hablaba de Olga, de que pronunciaba su nombre y contaba que había venido una vez a la bodega con Sonia, que le había encantado.

—No pude tratarla mucho, pero era un encanto de mujer.

Ángel reprimió un aspaviento y disimuló sacando el tabaco y encendiendo uno. Mister Sonrisas acababa de mentirle descaradamente. No podía ser que no la hubiera tratado mucho y que ella tuviese de él más fotos que de Pepe Dolz, a quien veía casi cada día y que era fundamental en su investigación.

Además, solo ahora cayó en la cuenta, Sonia no aparecía en ninguna de las fotos que Olga le había hecho a David.

—Yo pensaba que se veían con frecuencia.

David pareció hacer cálculos.

—No tanta. Yo la conocí cuando empecé a salir con Sonia. Y, claro, en las épocas en que se quedaba aquí, nos veíamos en casa de ella. Pero con lo liado que estoy con el trabajo, tampoco coincidíamos tanto. Alguna vez me apunté a las comidas o a las copas con ellas. A veces también con Julia y Blas.

Ángel comenzó a sentir las piernas flojas, y esa flojera le subió de pronto hasta la boca del estómago, al tiempo que un dolor de cabeza tremendo le atravesaba las sienes. Era, lo entendió enseguida, el correlato físico de la rabia, de los celos, de la más profunda decepción. Odió a David y, sobre todo, odió a Olga. Porque, aunque no tuviera pruebas, supo que no solo David, sino también Olga, le habían mentido. Que la mentira de él no era más que el eco de la mentira de ella. Mister Sonrisas y ella habían tenido algo que le habían ocultado a él y, claro estaba, a la propia Sonia. Aquel tipo tan simpático, tan amable, tan hospitalario, se había follado a Olga. Y si alguien quería convencerlo de lo contrario, se iba a tener que esforzar mucho, porque él tenía fotos que ella le había sacado a David y él, ahora, negaba que la hubiera visto a solas.

—Pero, fíjate tú, aunque nos conociéramos tan poco, sí sé que ella hablaba mucho de ti —estaba diciendo en ese momento David—. Siempre te nombraba. He estado pensando en lo que nos contaste el viernes, lo del Líbano. Debe de ser jodido estar allá, tan lejos, ¿no?

Tuvo el inmediato deseo de estamparle al tipo en la cara la copa que en ese momento tenía en la mano y luego hacerle tragar los cristales. Y después, o al mismo tiempo, agarrarlo por el pescuezo y romperle la cabeza contra la mesa. Pero algo, un instinto de supervivencia, un destello de lucidez, le dijo que era mejor no hacerlo, que era mejor tragar por el momento, disimular, fingir que era tan tonto como Mister Sonrisas pensaba que era.

—No tanto, David. Tienes el móvil, tienes las videoconferencias. Los chats. Más o menos te vas apañando. —Mister Sonrisas se había quedado sin palabras ante esta respuesta, y él aprovechó para cambiar de tema—: Oye, y entonces, ¿tú vives en La Vegueta?

—Sí.

—¿Y tu familia también?

—Sí. En realidad, compartimos finca. Estuve viviendo mucho tiempo en Tahíche. —Al oír esto, Ángel recordó los chaletazos de diseño que había visto en las inmediaciones de la Casa del Taro—. Pero cuando me divorcié, la casa se la quedó mi ex, así que me volví con mis padres y me hice una casita al lado de la de ellos. Vivo bien allí y tengo mi independencia.

—No sabía que habías estado casado.

—Ocho años.

—¿Hijos?

—Por suerte, no. Ya, sin hijos, se quedó la casa y el coche. Así que imagínate si llega a haber pibes de por medio. Tú sabes cómo es eso.

—No lo sé. Cuando yo me divorcié, no tuve gran problema. Supongo que cuanto más tienes, más puedes perder, ¿no?

Míster Sonrisas aceptó el envite de la referencia material.

—Bueno, en realidad, yo no tengo tanto. Bien es verdad que nací en una familia a la que no le ha ido mal. Pero el dinero no era mío, sino de mis padres. Yo no soy más que un emprendedor que va escapando poco a poco, tirando del carro.

Ángel giró la cabeza alrededor para abarcar con la mirada los edificios de las bodegas, el almacén, la falsa plantación y el parking donde estaba el cochazo de David, antes de sonreír y decir:

—Ya.

Rivallo volvió a quedarse callado. Ángel tampoco encontró nada más que decir. Se había terminado la copa. También el cigarrillo. Miró el reloj y le dio las gracias por la visita y por el vino, realmente bueno, añadiendo que tenía que irse.

—¿Te vas? —fingió extrañarse Míster Sonrisas—. Yo pensaba enseñarte los viñedos.

—A ver si cuadra mejor otro día. Quedé para comer. Pero, de verdad, muchas gracias por la visita. Y por el vino.

—No hay de qué. Un placer, Ángel.

—Lo mismo digo —respondió Ángel mintiendo como nunca antes.

MIRADOR DEL RÍO

No volvió a Arrecife. Tenía la cabeza llena de violencia, las tripas reventadas de ira, la vista nublada por la rabia que no había dejado explotar. Se conocía bien. Sabía que, cuando estaba así, lo mejor era subirse al coche y tirar millas. Y eso hizo: condujo. Condujo como un loco por toda la isla, ignorando radares y adelantando a quien se le cruzaba por delante, acojonando a la mitad de los conductores y cabreando a la otra mitad. Cuando se vino a dar cuenta, había llegado a la otra punta, al municipio de Haría. Y, de pronto, cerca de Ye, vio el cartel que anunciaba el camino al Mirador del Río.

Se alegró de que la zona de estacionamiento no estuviera tan abarrotada como en los otros centros. Quizá era debido a las nubes que habían enturbiado el cielo hacía un rato y que ahora se habían posado sobre las peñas cercanas, humedeciendo el aire.

Antes de entrar, se quedó apoyado en el coche, fumando, dando la espalda al mirador, contemplando el lado contrario de la montaña, el que se orientaba hacia el este y a los barrancos que desembocaban en Órzola. Necesitaba serenarse un poco más. Preguntarse qué hacer. Asimilar la traición. Porque Olga, evidentemente, lo había traicionado. Si David Rivallo le hubiese contado que tenía una relación más o menos estrecha con ella, que quedaban de vez en cuando para comer o pasear, aún habría existido la posibilidad de que él estuviese equivocado. Pero ahora ya no la había: Olga tenía algo con David. Lo había tenido o lo continuaba teniendo cuando murió. Y, al averiguarlo, él la había perdido del todo. Triste, acaso groseramente, hasta aquel momento le quedaba la memoria, tan física y tan profunda a un tiempo, de aquel cuerpo que era ella en la intimidad que compartían. Y ahora ese recuerdo ya no se conservaría puro; se mezclaría para siempre con la imagen de Mister Sonrisas. En adelante estaría ahí, inevitable, David Rivallo, sobre el cuerpo desnudo de Olga o debajo de él. Y eso le helaba la sangre. El cuerpo de Olga. Aquel cuerpo menudo e imperfecto que a él lo volvía loco gozando con aquel pijo de mierda. La piel de Olga, quizá demasiado bronceada, con alguna estría, con sospechas de hoyuelos aquí y allá, pero suave como no lo había sido ninguna piel acariciada por Ángel, recorrida por las manos y la

boca de Mister Sonrisas. La boca de Olga, aquella boca que había sido suya, en la boca, en el cuello, en el sexo de David Rivallo.

Se preguntó qué coño hacía él en Lanzarote. Si había venido a pasar su duelo por Olga, a hacerle un último homenaje. O si, en realidad, lo había hecho para descubrir lo que acababa de descubrir. Probablemente, para esto último, aunque hubiese hecho creer a todos, incluso a sí mismo, que había venido para lo primero. De cualquier manera, ya sabía lo que tenía que saber: que Olga lo había traicionado. Podía volverse a casa, con aquella verdad de mierda que parecía sacada de un bolero. Miénteme, di que soy el único; que no es de mi rival la saliva que empapa tu piel, recordó ahora, por zaherirse, un bolero que a ella le gustaba cantar en los asaderos.

De pronto, se le clavó en la mente una pregunta: ¿cuánto tiempo había estado Olga liada con el tipo? Y esa le llevó a otras: ¿habían estado liados durante meses o solo habían tenido una aventura que había acabado en un polvo rápido? ¿Era algo serio o solo carnal? ¿O era un lío que había surgido en las últimas semanas de Olga, una aventura que podría haber llevado a algo más serio y que la muerte de ella había cortado de raíz?

Continuó haciéndose preguntas, dejándose invadir por imágenes que no deseaba y que intentaba borrar sin conseguirlo del todo, mientras se encaminaba a la puerta, mientras pagaba la entrada, mientras se internaba en el nuevo útero blanco que aquí conducía al restaurante, probablemente el último sitio relacionado con Olga y con su trabajo que visitaría antes de irse, ese mismo día.

Nadie, cuando llega al Mirador del Río, se queda en el restaurante. Nadie empieza admirando el amplio salón cuyos techos de bóveda irregular imitan a las cuevas, ni los enormes móviles metálicos que penden de estos fingiéndose lámparas y evitando las reverberaciones del sonido, que, de otro modo, serían insoportables. Nadie va a sentarse al otro extremo, donde está la chimenea descomunal. Todo eso se disfruta después, porque, al entrar, se atisba el paisaje a través de los ventanales del lado contrario y uno se ve atraído irremisiblemente por el espectáculo que ofrece la atalaya cruza la estancia y sale de inmediato por una de las dos puertas que conducen a ella. Y ahí, sí; ahí uno se para y ve la isla de La Graciosa, más allá de un estrecho que es tan estrecho que aquí ha sido llamado río y, si hay suerte, Montaña Clara, Roque del Oeste, Alegranza. Hoy no la había. Las nubes se habían arrastrado por la loma hasta un poco más allá de La Graciosa y se habían hecho muro gris para ocultar los islotes. Las salinas se veían a los pies de la desriscada, como una enorme jarea puesta a secar. Y, más allá del Río, el puerto de La Graciosa, Caleta de Sebo, la punta de Pedro Barba, si uno miraba un poco más hacia el norte.

Se mantuvo en un extremo del mirador, apoyado en la barandilla inminente a la degollada, ajeno a los pocos turistas que, a su alrededor, sacaban fotos o intentaban hacerse selfis que incorporaran tras sus rostros ferrujientos el espectáculo paisajístico. Y, de pronto, sintió una mano en el hombro y temió que Mister Sonrisas lo hubiese seguido hasta allí. Pero no, al girarse se encontró con Maestro Ezequiel.

Maestro Ezequiel subía a Ye un par de veces por semana, para ver a la familia, para regar y cuidar un huertito que todavía tenía allí. Y, como no estaba lejos y él ya tenía tiempo de sobra para hacer lo que le apeteciese, se acercaba, de vez en vez, al mirador, donde trabajaba de camarero un sobrino suyo. Y, qué casualidad, porque tampoco es que viniera mucho, estaba en la barra, echándose un vinito y hablando con el sobrino, cuando lo vio pasar.

—Mire usted cómo es la cosa, que siempre nos vemos al borde de una desriscada —dijo el viejo, apoyándose también en la barandilla y ofreciéndole tabaco—. Esta vez invito yo.

Ángel le aceptó el cigarrillo y lo encendió a la tercera, protegiéndose del viento.

—Qué bonito es esto, ¿verdad? —dijo Maestro Ezequiel, señalando, no a la vista, sino al edificio.

—Aquí también trabajó usted, ¿no?

El albañil asintió.

—Usted no sabe lo que costó. Hay gente que piensa que era una cueva que se aprovechó. Nada de eso. Por aquí solo había un puesto militar medio abandonado. A don César se le ocurrió hacer el mirador así, de forma que pareciese como una cueva, con todo el edificio escondido en la montaña. Era una locura, pero ya se sabía que las locuras de don César funcionaban. Los materiales los teníamos que subir por una carretera de acceso que era un desastre. Baj, un follón. Así que tuvimos que hacer otra. Y no se vaya a creer que teníamos apisonadora ni nada de eso. La hicimos a pico y pala, y a golpe de camión.

Ángel ya lo había leído en el libro de Olga, pero le apetecía oírse lo explicar a él, por eso fingió extrañeza:

—¿Cómo a golpe de camión?

—Cogíamos el camión, lo cargábamos de material y le dábamos para arriba y para abajo. Venga camión para arriba, venga camión para abajo, pimpán, pimpán, hasta que terminamos alisando todo el terreno. Y luego, aquí,

fue otro lío porque, después de hacer el edificio, había que cubrirlo todo con rofe, esconderlo en la piedra, para que pareciera una cueva. ¿Usted se imagina?

Ángel se lo imaginaba. También lo había hecho al leer el relato de Olga, más detallado, pero, en el fondo, menos inspirador que el que el viejo le acababa de hacer, porque la literatura no podía reflejar lo que había en los ojos de Maestro Ezequiel, en su voz, en las manos que apoyaba en la barandilla, unas manos callosas de dedos enormes, como si en vez de manos tuviera dos manojos de pollas. Hay cosas que se le escapan a la literatura. Que siempre se le escapan. Notó que se sentía algo menos nublado, como si la charla del albañil tuviese un efecto sedante o, al menos, le sirviese de distracción.

—Y, bueno, usted ¿qué? ¿Cómo le ha ido estos días?

—Bien. ¿O de verdad quiere que le cuente? —contestó Ángel medio en broma.

Maestro Ezequiel no supo o no quiso captar el chiste.

—Tiempo tengo —le dijo.

Ángel recapacitó un momento. Si empezaba a hacerlo, tendría mucho que contar. No obstante, el viejo esperaba ahí, ante él, a que dijese algo. Así que pensó: a tomar por culo, y dijo:

—¿Se acuerda de la muchacha que se desriscó por la zona del castillo?

—Vaya si me acuerdo... —empezó a decir Ezequiel. Pero Ángel lo atajó poniéndole una mano sobre el brazo.

—Era mi novia. Llevábamos cuatro años viviendo juntos, en Las Palmas.

—Vaya, cuánto lo siento. Mi más sentido...

—No, espere. Deje que le cuente. Cuando a ella le pasó aquello, yo estaba en el Líbano. Soy militar. Estaba de misión allí. Y no me dejaron volver en el momento. Así que ahora me vine a la isla para despedirme. ¿Lo entiende? — Maestro Ezequiel ya no intentó interrumpirlo. Se limitó a asentir—: Ella era historiadora del arte. Estaba escribiendo un libro sobre César Manrique.

—Lo sé.

Ángel se detuvo en su explicación. Pensaba continuar contándole hasta lo que había ocurrido ese día, quizá por descargarse, quizá porque deseaba pedir consejo a quien fuera. Pero Maestro Ezequiel le había dicho que lo sabía, que

sabía que Olga estaba escribiendo su libro. Y en este mismo instante se había vuelto hacia él, para añadir:

—Yo la conocí. Poco, pero la conocí.

—¿Y eso?

—Vino una vez por la cafetería San Francisco. Estaba buscando a gente que hubiera trabajado con don César. Me hizo una entrevistita. Hasta me grabó con el móvil y todo. Pero después, volvió otro día, preguntando por Emeterio.

—Emeterio Brito.

—No conozco a ninguno más. Por lo visto, Emeterio le interesaba porque conocía a un tipo con el que ella quería hablar.

—Antonio García Suárez.

Maestro Ezequiel dijo que sí, que así era: Antonio García Suárez, Antoñito el Ruin. Luego, como si el nombre le repugnara, escupió hacia el abismo, antes añadir:

—Un sinvergüenza. Igual que el otro, Emeterio, que es un machango. Yo no sé por qué esa muchacha se relacionaba con la chusma esa.

—¿Lo conoce mucho usted, al Ruin?

—Trabajamos juntos. Bueno, trabajaba yo. Él se dedicaba a escaquearse, todo el día parando para ir a echarse el carajillo. Un borracho de mierda. Y un fanfarrón.

—¿Quiere decir que él trabajaba en la misma cuadrilla que usted?

El anciano meneó un par de veces la cabeza.

—Poquito tiempo. Luego don Luis Morales lo pasó a otra, porque en la nuestra no lo podíamos ni ver. Y en la otra pasó lo mismo. Así que lo acabaron echando. Pero, fijese usted, al changa ese lo enchufaron después en el Ayuntamiento. ¿Se puede creer?

—¿Quién lo enchufó?

Maestro Ezequiel se encogió de hombros.

—Seguro no sé decirle. Pero sé que el bisne se lo buscó Blume.

—¿Ginés Blume?

—Ese. El secretario de Viéitez. ¿Sabe quién es?

Ángel respondió que sí, pero Maestro Ezequiel, como si hubiera respondido que no, comenzó a soltar todo lo que sabía sobre Blume, con esa repugnancia sorda que inspiran los poderosos entre la gente humilde. En

resumen, le contó su propia versión de la historia que ya le había contado Blas, la misma que sabía toda la isla, la de las décadas de corruptelas y amaños que nadie había podido hacer nada por impedir.

—Bueno, pues el Blume este fue el que le buscó el enchufe al Ruin, igual que les buscó enchufes a un montón de gente más. Pero, usted se imaginará, Blume no da gratis ni los buenos días. Así que algún favor le habrá hecho Antoñito, el puto gandul.

—Le cae bien, ¿eh?

—Baj, me cae de puta madre —ironizó el viejo—. Lo veo ahogándose y le tiro una piedra para que se hunda antes.

ABRIR LA NAVAJA

No almorzó. No habría podido tragar nada. Tenía el estómago revuelto, la garganta cerrada por un odio ronco que ni estallaba ni se iba.

Al volver al hotel, encendió el ordenador para buscar un vuelo de regreso a Gran Canaria. Pero, casi sin darse cuenta, se encontró releendo los últimos correos electrónicos que le había enviado Olga. Le escribía casi cada día, aunque él no le contestara. No le contaba casi nada sobre su trabajo. Le hablaba, sobre todo, de las cosas que veía que le recordaban a él. Le enviaba noticias y cosas graciosas que creía que podían gustarle. Le contaba cómo lo echaba de menos. Le pedía que se cuidara.

De pronto, buscó en su móvil sus últimos mensajes. Habían sido del mismo día de su muerte. Le decía que casi había terminado, pero que había encontrado algo que tenía que contrastar. Y después se volvería a Las Palmas. Y lo esperaría allí. «Siempre te voy a esperar». Fue casi lo último que le escribió, antes de decirle que le escribiría de nuevo por la noche. Por la hora y la fecha, debió de enviarle aquellos mensajes antes de salir a coger el coche, antes de dirigirse hacia el Castillo de San José, hacia la muerte.

Meditó un instante sobre aquel mensaje: «Siempre te voy a esperar». No era la frase de una mujer infiel. O, al menos, no de una mujer como Olga, que podía ser cualquier cosa menos hipócrita.

Quizá se equivocaba. Quizá Rivallo le había mentido por otro motivo. Porque Olga (no la Olga que él se imaginaba cuando el miedo a perderla le nublaba la vista, sino la Olga de verdad, la que él conocía), de haber encontrado a otra persona, de haberse sentido atraída por otro, se lo habría contado. O, al menos, no habría seguido siendo tan efusiva con él, no le habría dicho que siempre lo iba a esperar si no pensaba hacerlo.

Domínate, se dijo.

Domínate, sabes hacerlo. No tienes que comportarte siempre como un patán. Ya lo hiciste hace poco: dominarte, abrir los ojos y los oídos, suspender el juicio, comprobar si te equivocas antes de meter la pata. Puedes hacerlo otra vez. Un poco más.

Salió al balcón, a fumar. Sin darse cuenta, se había puesto a jugar con

la navaja, que estaba sobre la mesa. La abría y la cerraba casi compulsivamente. La hoja tenía un afilado minucioso y parecía fuerte. Casi habría podido afeitarse con ella.

Domínate. Una navaja no se abre si no es para utilizarla. Un instante después de pensar esto, cerró la navaja y la dejó sobre la mesa de plástico.

Un paso atrás. Dos pasos atrás. Puedes estar un par de días más aquí, intentar comprobar si te equivocas o no. Hablar con Sonia. Con Blas. Ver si puedes coger al tipo en otra mentira. Y, mientras, localizar a Emeterio Jiménez del Oso. A Antoñito el Ruin. Averiguar qué le hizo Antoñito a Olga. Asegurarte de que fue él. O de que fueron los dos. Y, entonces, sí. Entonces, abrir la navaja.

Telefonó a Mauri para preguntarle si había localizado la dirección de Emeterio, y cuando este le respondió que aún no, le dijo que lo dejara, que iría a la cafetería San Francisco para preguntar por él.

Y eso hizo: subió León y Castillo y se sentó en la terraza de la cafetería, donde a esa hora, la de la siesta, había poca clientela. Por eso pudo preguntarle al camarero por aquel señor, Emeterio Brito. No había mucha gente que se llamase así, por lo que el camarero, un tipo enorme y hosco, puso una sonrisa burlona en su cara de pocos amigos y le dijo que hacía unos cuantos días que no venía. Sin embargo, al preguntarle por su dirección, se dejó llevar por la discreción profesional y se limitó a señalar hacia una bocacalle.

—Sé que vive por ahí, por Aquilino Fernández —dijo—. Pero no sé decirle mucho más. ¿Le quiere dejar algún recado o algo?

Ángel le dijo que no, que muchas gracias. Ya iba a pedirle la cuenta cuando apareció Mauri calle abajo. Venía en chándal, con la cara recién lavada, como si con su llamada él lo hubiera sacado de la siesta. Pidió un cortado y se sentó a tomárselo y fumar, medio zumbado.

—¿Qué te pasa?

—Me cogiste sobando. Antes, cuando me llamaste.

—Ya me lo supongo. Lo que digo es qué te pasa, para qué viniste. Yo me sé cuidar solo.

—Sí, pero te fallé. Te tenía que haber encontrado al tipo y no lo hice. Así que aquí estoy, para echarte un cabo.

—No hace falta, Mauri. Tampoco es que te pague.

Mauri dejó el cigarrillo en el cenicero, el cortado sobre su platillo y lo miró de frente.

—Mira, mi sargento, la verdad es que tengo la sensación de haberme portado como un machango. Cuando me contaste aquella movida, no te creí. Y luego, no sé, he pasado de todo.

—Bueno, yo también desconfié de ti y...

—Pero, chacho, es normal que desconfiaras. Lo estuve pensando: tienes que estar emparanoiado de cojones, con toda esta movida tan chungu y tan rara. Así que no te lo puedo tomar en cuenta. A partir de ahora, cuenta conmigo para lo que sea. —Se dio una fuerte palmada en el centro del pecho y dejó la mano allí para decir—: Aquí me tienes, mi sargento. Tu colega Mauri está aquí para lo que haga falta.

Ángel le dio las gracias. Habría preferido que no estuviese tan solícito, ir él solo a la calle Aquilino Fernández. Pero no fue posible. No se le separó. Cuando se tomó el cortado, se fue con él a buscar a Emeterio Brito.

Aquilino Fernández estaba a dos manzanas. Era una callecita estrecha y poco transitada que subía desde la plaza de Las Palmas hasta la calle Emilio Ley, aún más pequeña, que comunicaba el Charco de San Ginés y la calle Real. Tocaron en un par de casas, preguntaron aquí y allá y, al final, una señora que estaba asomada a la ventana supo señalarles el portal y el piso de la vivienda de Emeterio, a quien no veía desde hacía un par de días, pero que, sin duda, vivía allí, solo, en la segunda planta de un edificio de cuatro que hacía esquina.

Nadie contestó al portero automático. Tampoco cuando llamaron directamente a la puerta, tras lograr acceder al edificio gracias a un vecino confiado. En el interior no se oía nada ni se veía luz. Casa vacía.

De nuevo en la calle, Mauri propuso que se quedaran por allí, haciendo guardia por si el tipo aparecía.

—No. No vale la pena. Ya lo intentaré otra vez esta noche. O mañana.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Ángel lo pensó sinceramente. Era media tarde. Todavía quedaba día por delante y prefería dedicarlo a otra cosa que a soportar el intempestivo compañerismo de Mauri.

—Pues, mira, me da que me voy a ir a echar un rato. Llevo todo el día del tingo al tango y yo no me eché siesta, como tú. ¿Y tú?

—Bueno, si no vas a hacer nada de especial, me piro a casa yo también.

Mauri se fue calle arriba. Ángel se dirigió al hotel. Pero, en cuanto perdió de vista a su compañero, sacó el teléfono móvil. Mientras daba con Emeterio o con el Ruin, bien podía aprovechar para intentar enterarse de otras cosas.

Sonia le aceptó la invitación a una cerveza, aunque tuvo que ser en Playa Honda, porque ella debía volver a casa para corregir trabajos. Así que una hora más tarde estaban ambos en el paseo, tomando cerveza en la terraza de un *grill* ante la playa, que el mal tiempo había vaciado. No llovería, pero hacía fresco y una plancha de plomo se había cerrado sobre el cielo. La terraza, sin embargo, estaba asocada en el porche del edificio en el que se situaba el local. Durante un rato hablaron de lo humano y lo divino. Después, como si hubiese disfrutado con la visita, Ángel le contó que había estado con David en las bodegas, que se había sentido muy bien tratado.

—David es muy hospitalario —corroboró ella—. Se lo ha currado mucho y le encanta comprobar que valió la pena. Está orgulloso.

—¿Ustedes se conocen de siempre?

—Qué va. Hará un año. A ver, yo sabía quién era él, pero no nos habíamos tratado demasiado. Un día coincidimos en un convite y ahí empezó el tonto. Así estuvimos, para arriba y para abajo, hasta hace seis meses. No, seis no, un poco más: ocho meses, creo que llevamos.

Ángel se sonrió.

—¿No llevas la cuenta?

—Te va a parecer una tontería, pero no. No la llevo ni la quiero llevar. Hay cosas a las que no quiero ponerles números. Como si se fuesen a estropear, ¿comprendes?

Ángel comprendía.

—Oye, una curiosidad que tengo: ¿qué tal se llevaba Olga con él?

Sonia pareció extrañarse ante la pregunta, pero solo un poco.

—Pues de puta madre. David le caía simpático y a él le interesaba mucho lo que ella hacía.

—Entiendo.

Ahora la extrañeza volvió al rostro de Sonia, que juntó las cejas y achicó los ojos.

—¿Por qué me preguntas eso?

Él intentó disimular su interés, su íntimo regocijo al ver que Sonia había mordido el anzuelo.

—No, por nada en especial —dijo—. Ella nunca me habló de David.

—No lo consideraría importante.

—No, supongo que no —dijo Ángel, sacando su teléfono móvil y haciendo una búsqueda en la memoria—, aunque yo, viendo la tarjeta de memoria de la cámara de Olga, me encontré con estas fotos.

Le entregó a Sonia el móvil, en el que había guardado copias de las fotografías. Sonia fue deslizado el dedo por la pantalla para pasar de la foto de David en el museo a la del restaurante playero y, de esta, a aquella en la que se le veía leyendo.

—¿Las habías visto?

Sonia le devolvió el móvil.

—Pues claro que sí. Esta última, en la que se le ve leyendo, hasta me la mandó. La tengo de salvapantallas en el ordenador de casa.

Ángel asintió. De pronto, se sintió reconfortado. Sin embargo, ahora había algo que encajaba aún menos en todo aquello. Sonia, por su parte, lo miraba con una curiosidad seria, con la severidad y la compasión entreveradas en el rostro.

—Ángel, no sé qué es lo que has pensado. Quiero decir, no sé si te has pensado que había algo raro entre Olga y David. Si es así, quítatelo de la cabeza. Yo tengo plena confianza en...

—Espera —la atajó él—. La verdad, al principio pensé algo así. Soy un celoso, no me importa reconocerlo. Pero la pregunta que me estoy haciendo no es esa. La pregunta que me hago es otra: ¿por qué David, cuando hablamos esta mañana, me dijo que no conocía mucho a Olga?

—¿David te dijo eso?

—Me dijo que solo se veían contigo. Que nunca habían ido solos a ningún lado. Y, por las fotos, parece que sí. Así que contéstame si puedes: ¿por qué me dijo eso, si luego resulta que se llevaban tan bien?

Una sonrisa de alivio se instaló en la expresión de Sonia y dijo, no a Ángel, sino como para sí misma.

—Claro. Claro que sí. —Él la interrogó con la mirada y ella dio un trago a la cerveza y le manoteó el hombro, antes de explicarle—: La culpa es mía. Ya

veo lo que pasó. A ver, Ángel, yo le conté a David que tú eres un tío con carácter.

—¿Con carácter?

—Hombre, Ángel, tú eres un buen tío, pero tener tu genio, lo tienes. Y, de hecho, me acabas de decir tú mismo que eres celoso. Así que igual David pensó que...

—Que era mejor no contarme que ellos se veían para salir.

—Algo así. Aunque la verdad es bonita, David ha sido bastante torpe con todo esto. Igual por pasarse de prudente. Ya le pondré yo las pilas.

Aquello cuadraba. Ángel comenzó a relajarse.

—Pero te lo aseguro yo, Ángel: nunca hubo nada raro. Ellos se veían para ir a museos o por ahí, o para tomar una caña, si yo no podía. Además, él conocía bien a todo el mundo en la isla. Le abrió muchas puertas. En todo caso, por ahí no tienes nada que temer. Todo era muy inocente.

Aunque Ángel asintió, ella quiso asegurarse de que estaba convencido.

—De verdad, Ángel, yo pongo la mano en el fuego. No solo por David, que también, sino, sobre todo, por Olga. Ella era la tía más leal que he conocido, pero, aparte de eso, estaba loca por ti. Con todo el tiempo que llevaban juntos ustedes, y ella siempre parecía que acababan de empezar, enamoradita como una niña. Eso te lo digo yo, que la conocía mejor que nadie. Mejor que tú, si me apuras. ¿Lo entiendes?

Él volvió a asentir. Ahora, de Sonia, había desaparecido toda la severidad. Solo quedaba en ella compasión. Esa compasión fue la que la llevó a tomarle la mano y decirle:

—Yo te lo puedo asegurar, Ángel: Olga solo tenía ojos para ti. Quería estar contigo. Y para siempre.

EL RUIN

Por la noche no sería lo mismo, pero contaría con la ventaja del anonimato. Nadie lo vería llegar. Nadie lo vería marcharse. Si las cosas iban como él suponía que iban a ir, eso resultaría lo más conveniente. Porque no descartaba quitar de en medio al Ruin. Pero eso lo vería después. Primero tenía que localizarlo, hablar con él, interrogarlo (a hostias, si hacía falta) hasta asegurarse de que no le había tocado un pelo a Olga o comprobar que lo había hecho. Y, en este último caso, borrarlo del mundo, aunque se buscara la ruina. Buscarse la ruina con el Ruin. Se rio al pensar en este tonto juego de palabras, mientras buscaba la ruta en el geolocalizador.

Llegó a Viéitez sobre las diez de la noche. Esta vez no se detuvo. Atravesó el pueblo, que comenzaba a adormilarse, y tomó la carretera de Playa Lunar como si en vez de un coche alquilado condujese un carromato fantasma.

Ahora el Seat León avanzaba lentamente por la carretera que se internaba en la monotonía de la soledad y la noche, interrumpida por fincas que iban apareciendo a los lados. Cuando esto ocurría, Ángel aminoraba un poco más, para poder observarlas. En el porche de la primera casa, jugaban unos niños. La segunda era un chaletazo a cuya entrada había una Harley-Davidson y un monovolumen de los caros, del cual no supo registrar la marca. Una casa de familia en la que papá ha entrado en la crisis de los cuarenta. La tercera vivienda era más humilde y tenía uno de esos huertos ocultos que él ya había aprendido a distinguir. Por las ventanas surgía el resplandor azulado de alguien que ve la televisión. Se preguntó si sería allí, pero reparó en el viejo Renault 4L aparcado a un flanco del edificio.

Continuó avanzando hasta que, poco después de una curva suave, vio el paralelepípedo que parecía más un alpendre abandonado que una vivienda. Y junto a él, una Nissan Trade blanca. Era esa. Esa tenía que ser la casa de Antoñito el Ruin.

No se detuvo. No quería que ningún improbable pero no imposible conductor recordara un coche de alquiler aparcado allí. Continuó avanzando hasta la siguiente curva y un kilómetro antes de la siguiente finca, cuyo escorzo se recortaba ya contra las luciérnagas que dibujaban Playa Lunar, encontró una

pista de tierra que le venía perfecta para dejar el coche. Apagó las luces en cuanto pudo, comprobó que llevaba la navaja en el bolsillo del polar e, iluminándose con el móvil, caminó a campo través.

Tardó diez, acaso quince minutos en acercarse a la casa por la parte de atrás. Tropezó, pero poco. Se cansó, pero poco.

Al llegar al huerto abandonado se detuvo a hacerse una composición de lugar. Se puso en cuclillas, apagó el móvil, permitió a sus ojos acostumbrarse a la oscuridad hasta que se aprendió de memoria las malas hierbas que había en el rectángulo pedregoso del huerto; el galponcito que, pegado a un extremo de la fachada, debía de ser un cuarto de aperos; las cuatro ventanas y la puerta trasera, a la que se accedía subiendo tres escalones; la azotea, en la que unas camisas debían de llevar tendidas semanas, a juzgar por el acartonamiento que se les adivinaba al moverse. No parecía haber nadie, pero tenía que haber alguien, porque la furgoneta, cuyo morro veía ahora sobresaliendo por el otro lado, permanecía allí.

¿Habría sido más fácil rodear el edificio, situarse en el lado de la carretera y llamar a la puerta principal? Lo habría sido, si hubiese venido simplemente a hablar. Por eso se acercó con el menor ruido posible y afinó el oído. No captó nada más que el silencio del monte, una brisa ululante que movía, más arriba, las camisas acartonadas. Si el tipo estaba en casa, debía de estar durmiendo la mona. Luego examinó las ventanas y la puerta. Las ventanas tenían contraventanas de madera, todas perfectamente cerradas. La puerta también lo parecía. Era estrecha y de aglomerado, sin pomo, con una mera cerradura Yale. Y parecía hinchada por el sol y la humedad. Podría haberla reventado de una patada. Pero prefirió no hacerlo. Volvió a alumbrarse con el móvil, sacó la navaja, desplegó la hoja e introdujo la punta entre la puerta y el bastidor a la altura del fechillo, para probar a hacer palanca. No hizo falta: nada más apoyar la navaja, la puerta se abrió y él entendió que no estaba cerrada.

Se encontró en una cocina. Apestaba. Había un olor ácido, acre, como si alguien hubiese destripado a un gato para embadurnar las paredes con sus entrañas.

El haz de luz del móvil iluminó el fregadero, lleno hasta los topes. Ángel reprimió una arcada y reflexionó un momento: la puerta no había hecho demasiado ruido al abrirse, pero algo había hecho. Así que, si el tipo hubiese

estado en la casa, que no era muy grande, lo habría oído. Por tanto, se permitió buscar el interruptor de la luz.

Habría preferido no hacerlo: bajo el frío resplandor del fluorescente, el espectáculo era aún peor. Los platos del fregadero no habían sido vaciados y en ellos se mezclaban restos de comida, colillas y servilletas de papel. Y todo se amontonaba en torno a un caldero con los restos de un potaje que parecía haber desarrollado su propio ecosistema.

Ya era oficial: aparte de ruin, el dueño de la casa era un puto cerdo.

La cocina tenía por acceso solo un arco de mampostería que preludiaba un pasillo. Las dos puertas de la izquierda estaban abiertas y entendió que conducían a dormitorios. A la derecha, vio una que compartía pared con la cocina y que tenía que corresponder a un cuarto de baño. No la abrió. Continuó hacia la entrada, sin encender más luces, extrañado por el hecho de que, conforme se alejaba de la cocina, el pestazo, en lugar de disminuir, aumentaba.

Y, de pronto, aunque volvía a estar a oscuras, supo que estaba en el salón, en la estancia principal de la casa. Y supo también que, a un lado, dándole la espalda, había un tresillo dispuesto en herradura en torno a una mesa de centro y una televisión. Y que al otro había un comedor.

El hedor se había vuelto insoportable; ya no aguantaría mucho más sin echar hasta la primera papilla. Utilizó la camisa para cubrirse el rostro hasta los ojos, cruzar hacia la entrada principal y buscar el interruptor de la luz.

Una lámpara de lágrimas se encendió y él, al volverse hacia el salón, vio que todo aquello que había adivinado en la oscuridad se correspondía con la realidad: el comedor, el tresillo, la televisión, la mesa de centro. Pero había algo más, algo que no había adivinado y que, ahora entendió, era la fuente de toda aquella pestilencia. Estaba en uno de los sillones individuales del tresillo, el que miraba a la puerta. Era el cadáver de un hombre que había sido corpulento. Vestido solo con un meiba y una camisilla, ahora tan negra de sangre como los brazos del sillón, apuntando al techo con las dos gelatinas opacas que ocupaban el lugar donde habían estado sus ojos.

Ese tenía que ser Antonio García Suárez, alias Antoñito el Ruin, trabajador gandul, enchufado en el Ayuntamiento, jubilado pependenciero, dueño de aquella casa. Sí, ese era Antonio el Ruin. Y alguien le había abierto la garganta.

No se podía decir que lo hubieran entrenado para eso, porque no hay manera de entrenar a alguien para que permanezca imperturbable ante la muerte, pero él había entrado en combate en dos ocasiones, había socorrido a las víctimas de tres atentados, había patrullado por aldeas afganas por donde la devastación había pasado poco antes que él, así que había sido testigo del horror, sabía de carnes hechas jirones y de cuerpos desmembrados. Por eso pudo conservar la serenidad, mantener la cabeza fría, intentar averiguar lo que había ocurrido en aquella casa hacía al menos un par de días, a juzgar por el estado del cadáver.

Para empezar, había salpicaduras de sangre en la pared, en la televisión, en la esquina de la mesa de centro. El cuerpo de Antonio García Suárez tenía las piernas abiertas y estiradas. La palma de la mano izquierda extendida sobre el pecho, soldada con la tela de la camisilla por el cemento de la sangre coagulada, inmortalizada en el intento de llegar a la garganta para detener la hemorragia irreprimible. El brazo derecho, en cambio, caía por el flanco del sillón hasta casi el suelo, estirándose hacia una pistola diminuta que yacía sobre una baldosa milagrosamente limpia. Era una pistola pequeña y antigua. Probablemente de algún calibre ligero. Se acercó y lo comprobó: una Llama del 7.65. Un modelo de los cincuenta o los sesenta, como tarde. Se preguntó si el tipo habría llegado a utilizarla. Pero no quiso tocarla para comprobarlo. Prefirió seguir el rastro de sangre reseca que había pisado en la oscuridad, el que llevaba desde el otro lado de la mesa de centro hacia el pasillo, el que acababa en el cuarto de baño, cuya puerta ahora sí abrió, para encontrarse con el segundo cuerpo.

Este estaba vestido. Tirado de lado en un charco de su propia sangre ante el retrete y el lavamanos también ensangrentado, con la cara oculta entre la base del lavamanos y el alicatado de la bañera mugrienta, como si hubiera corrido hasta el cuarto de baño para buscar algo con lo que curarse, y allí lo hubiese alcanzado al fin la muerte. Junto a sus pies había un cuchillo cebollero. El cuchillo con el que seguramente había sido degollado el Ruin.

No podía verle el rostro, pero el tipo tenía o había tenido el pelo canoso y

crecido hasta los hombros en una melena absurda e iba vestido con pantalones de tergal, mocasines negros de a doce euros el par, una camisa de las baratas estampada con rayas azules y amarillas cuya trama había roto el marrón oscuro de la sangre vieja.

Se alongó sobre él y tiró hacia atrás del brazo izquierdo para comprobar que tenía un par de pequeños agujeros en el pecho de la camisa y, sobre todo, que aquel rostro ennegrecido sobre el que estuvo a punto de vomitar bien podía ser el de Emeterio Brito. Se lamentó de haber hecho ese esfuerzo innecesario luego, cuando le encontró la cartera en el bolsillo trasero del pantalón y leyó sus documentos. Tras limpiarla, volvió a ponérsela en el bolsillo. Esto lo hizo no sin esfuerzo, en cuclillas en el estrecho cuarto de baño. Y ese fue el momento en el que estuvo más próximo al vómito, así, de repente, justo encima del cuerpo repugnante de Emeterio Jiménez del Oso.

Salió por la puerta de la cocina para concederse una pausa. Se permitió fumar un cigarrillo. Esta vez no arrojó la colilla: tras apagarla, se la guardó en el bolsillo del pantalón, antes de regresar a la casa.

En el roperillo del baño encontró algodón. Lo humedeció con un poco de agua oxigenada y se taponó la nariz. Cuando iba a poner el agua oxigenada y el algodón en su sitio, reparó en la cantidad de medicamentos que había allí. Reconoció algunos: su padre también los había tomado en sus últimas semanas de lucha contra la cirrosis que lo mató. Eso lo puso tras una pista que siguió hasta la cocina, donde no encontró nada de alcohol. Fue al salón y examinó el comedor. Tampoco en el aparador había bebidas. Ni siquiera vino. Pero las había habido en su momento: la colección de vasos y copas era casi lo único de valor que había en la casa. Observó las fotos que había en los anaqueles. En casi todas se le veía gordo, sobre todo en una en la que posaba en bañador, mostrando un pescado enorme que debía de haber capturado en lo que él entendió un día suficientemente feliz como para inmortalizarlo. Ángel le adivinó unos cien kilos, quizá ciento diez. Miró al otro lado de la estancia y calculó que, pese a la barriga inflada, al morir no debía de pesar más de setenta y tantos. Entendió que el Ruin había intentado cuidarse a última hora, cuando ya no tenía muchas posibilidades de escapar, que su tez ya debía de ser blanquecina antes de palmarla y que su asesinato no había hecho más que acelerar un poco más un final que ya estaba próximo, teñirlo de sangre, pintarlo de violencia.

Cuando volvió a Arrecife, aún no eran las once de la noche. Y sintió que no podía encerrarse en su habitación. Todavía no. Así que, después de dejar el coche, callejó hasta encontrar un sitio donde beber. No buscaba un garito animado ni un restaurante con terraza. Solo un bar. Un puto bar de los de toda la vida donde echarse un par de copas. Lo encontró en la calle Manolo Millares, encajado en una esquina como una cicatriz en un hígado, con olor a cerveza derramada y aceite demasiado reutilizado, con la barra de aluminio y las butacas incómodas de rigor, con sus preceptivas máquinas tragaperras y sus no menos preceptivos viejos moribundos.

Pidió un ron Aldea y lo consumió a sorbos largos, mirando sin ver el partido de *rugby* que ofrecía la muda televisión por satélite, único lujo del tugurio.

Durante aquel primer ron, no pensó en nada, no recordó nada, no se planteó, como había hecho tantas veces desde la semana anterior, por qué estaba allí. Se limitó a beber y a seguir las evoluciones de los participantes en aquel juego cuyo reglamento se le escapaba. En eso estaba él también, en un juego de reglas ignoradas.

Cuando pidió que le pusiera otro, el camarero pareció sorprenderse de la velocidad a la que bebía y lo acompañó con un plato de manises que Ángel ignoró. Aquel segundo ron lo bebió dando la espalda al televisor, mirando hacia la calle por la que escaseaba el tráfico, repasando, ahora sí, sus evoluciones por aquella casa de Viéitez tan llena de muerte.

Durante un rato, había recorrido las habitaciones, un dormitorio de matrimonio y un cuarto de invitados que no llegaron a ocupar nunca ni la mujer ni los hijos del Ruin. En este último, había una mesita y sobre ella, un teléfono móvil con la batería agotada, un inalámbrico cargándose en su base, un viejo ordenador de torre. No había nada revuelto, no parecía faltar nada.

Después se había detenido a examinar las manchas de sangre. Eran abundantes en torno al sillón de Antonio. Ángel no tuvo que pensar demasiado para comprender que alguien lo había sorprendido desde atrás, le había puesto la palma de la mano en la frente y le había segado el cuello de izquierda a

derecha, seccionándole la yugular, desangrándolo como un cerdo casi al instante. La sangre de la pared mostraba que así había sido: lo habían finiquitado allí mismo, sin darle oportunidad a ponerse en pie.

A Emeterio, en cambio, le habían disparado cuando estaba al otro lado de la mesa de centro, en pie ante el sillón gemelo al de Antonio. Herido de muerte, el pequeñajo había pasado por detrás del sofá, había llegado hasta el baño y allí se había desplomado.

La pistola estaba junto a la mano de Antonio, y Ángel estaba seguro de que tendría sus huellas. La cosa estaba organizada para que pareciera que se habían matado entre ellos.

Quien lo había hecho tenía mucha sangre fría. También era muy torpe. Para tragarse que se habían matado entre ellos, habría que haberse creído que Antonio había disparado a Emeterio y este lo había degollado, o que Emeterio había degollado a Antonio y este le había disparado. Ambos escenarios eran imposibles. En el primer caso, Emeterio habría tenido que llegar hasta detrás de Antonio, quien, de paso, se habría tenido que quedar sentadito esperando a que le cercenaran el pescuezo. En el segundo, tras degollar al Ruin, Emeterio habría tenido que correr hasta el otro lado de la sala para que Antonio (que para ese momento habría estado ya tuteando a San Pedro) le disparase un par de veces. Con puntería, además, porque no había marcas de impacto en la pared. Así que sí: dos tiros, dos blancos.

No. La cosa había sido más sencilla. Quien lo hizo los había pillado por sorpresa. Le había cortado el cuello al Ruin y le había disparado a Emeterio. En ese orden. La pregunta era por qué Emeterio había corrido hacia el baño en vez de hacia la calle. Un fino psicólogo habría podido elaborar la teoría de que en ese momento Emeterio había tenido una reacción primigenia y había preferido la protección del aseo minúsculo al vértigo del campo abierto. Pero Ángel no era ningún psicólogo fino y eligió una explicación más sencilla: el asesino no estaba solo y algún compinche se interponía en el paso hacia la salida.

En cualquier caso, daba igual. Alguien los había finiquitado a sangre fría. Alguien que se había citado con ellos allí. O que había llegado a la casa con Emeterio. Sí, eso era lo más probable, porque no había ningún vehículo que pareciera pertenecer al Jiménez del Oso, porque el Ruin estaba en camisilla, porque no había fregado la loza. No los esperaba. El asesino, los asesinos, se

sentaron en el sofá. O, al menos, uno de ellos lo hizo. Por eso aquellos dos pobres cafres estaban sentados en los sillones individuales. Al pensar en esto, comprendió que sí, que definitivamente tuvieron que ser dos, al menos dos asesinos: uno en el sofá, dándoles cháchara, y otro en pie. Ese fue el ejecutor: el que rajó al Ruin, el que disparó a Emeterio.

Vale, ya sabía más o menos cómo se los habían cargado. Ahora quedaba saber quién. O, más bien, por qué. Porque si averiguaba el porqué, estaría más cerca de saber quién lo había hecho.

Se acabó las últimas gotas de ron y pidió la cuenta. El camarero se sintió aliviado, contento de que fuera a marcharse aquel tipo que llevaba una ciénaga en la mirada.

Por supuesto, durmió mal. Ni los dos rones ni las cervezas que se tomó al volver a la habitación lograron atontarlo lo suficiente como para dejar de pensar en todo aquello, para sumirse en un descanso que necesitaba más que nunca. En los ratos en los que se despertaba, pensaba en llamar a la Policía, en no llamar a la Policía, en el pomo de una puerta, el marco de una foto, una botella de agua oxigenada, todas aquellas cosas que tocó o pudo haber tocado en la casa del Ruin y de las que se preguntó mil veces si había borrado sus huellas. Peores fueron los ratos que durmió, porque en sus pesadillas de esa noche hubo tipos enormes con cabeza de gallina, frailes de ocho brazos, bailarinas ciegas que danzaban demasiado cerca de un proscenio que daba a un abismo. Hacia el final, hubo también una niña que daba vueltas por un descampado con una bicicleta amarilla, haciendo sonar interminablemente su timbre metálico. Esa niña era su hermana, pero él sabía que, al mismo tiempo, era Olga. Y, en algún momento, vio que el descampado era la parte de atrás de la casa de Antonio el Ruin. Y la niña de pronto era Olga de adulta, desnuda, parada junto a la puerta sobre la bicicleta diminuta, con el sillín hundido en su sexo, señalándole la puerta de la casa, diciéndole que entrara. Él obedecía. Pero, una vez en el interior, la casa no era la del Ruin, sino su piso de La Minilla. Y allí seguía abierta la grieta en el suelo, y ahora la grieta tenía la forma de la garganta hendida de Antonio. Se despertó por última vez justo en el instante en que alguien lo empujaba hacia el boquete.

Permaneció un buen rato sentado al borde de la cama con la cara entre las manos, intentando hacerse al día que se colaba con ruido por el balcón. Luego fue a mear, se refrescó un poco, salió a fumar.

No sentía demasiada lástima por Antonio García Suárez. Él mismo había ido hasta Viéitez dispuesto a matarlo. Pero ahora estaba jodido. De nuevo no sabía ni por dónde empezar a buscar.

Volvió al principio. Y el principio fue venir a Lanzarote para cumplir su duelo por Olga, que había muerto de forma accidental. Después habían aparecido los detectives que lo seguían, y él había empezado a olerse que la muerte de Olga no había sido fortuita, que podía ser que ella hubiese

averiguado algo que molestaba a alguien. Pero aquella pista era falsa: los detectives no estaban allí para impedirle hacer averiguaciones o para proteger un secreto. Antes al contrario: Alfonso los había enviado para dar cuenta de lo que él averiguara.

Alfonso. Alfonso era quien sospechaba desde el principio que no todo estaba en orden. Sin embargo, seguía más a ciegas que él. Porque él, precisamente porque no sabía que era Alfonso quien había enviado a los huelebraguetas, se puso a investigar y, al final, dio con la posibilidad de que Antonio el Ruin, o Emeterio o ambos le hubiesen hecho algo malo a Olga.

Ahora los dos estaban muertos. Alguien había madrugado y los había matado antes de que él pudiese dar con ellos. Y eso quería decir que, dando palos de ciego, había dado con algo. Sí, porque, aunque los mecanismos del azar son por propia definición inaprehensibles, habría sido demasiada casualidad que a aquellos pobres diablos les hubieran dado matarile (precisamente ahora) por algo que no estaba relacionado con todo aquello. Pero ¿qué era ese *algo* con lo que había dado y cómo averiguarlo? Ahí estaba la clave.

Debía volver de nuevo hacia atrás: ¿por qué había entrado Olga en contacto con Antonio García Suárez? Porque había leído las locas teorías de Emeterio. Porque entre ellas había algún tipo de información que debió de parecerle verosímil y que estaba vinculada, de alguna manera, con Antonio García Suárez, con quien debía entrevistarse. Y, al mismo tiempo, esa información que el Ruin parecía poseer tenía relación con las últimas anotaciones en la agenda de César Manrique. De hecho, era así como él mismo había acabado enterándose de la cita de Olga con Emeterio y Antonio. ¿O no? Podía ser que en eso sí que hubiese una casualidad: él había ido a la Casa del Taro interesado en la agenda de Manrique, y ahí Dolz le había entregado la carpeta donde ella había hecho la anotación, que podría perfectamente no tener nada que ver con sus investigaciones sobre la agenda.

Inició el ordenador para volver a entrar en el blog de Emeterio. Entretanto, se hizo un par de recomendaciones a sí mismo: no contarle nada por el momento a Alfonso ni a Blas ni a Mauri. No le convenía que nadie pudiera relacionarlo con lo que había en la casa de Antonio, pero, además de eso, no quería comprometerlos. De hecho, podía ser que ya hubiese comprometido a Mauri al pedirle que preguntara por Emeterio y hacerse acompañar por él

hasta su misma puerta. Debía tener más cuidado a partir de ahora. Tenía que moverse solo, contar lo menos posible, andar con la boca muy cerrada y los ojos bien abiertos, si quería llegar al fondo de todo aquello sin buscarles problemas a los suyos, a quienes le habían sido leales.

En «Canarias oculta», volvió a surfear por los disparates de Emeterio y acabó haciendo una búsqueda. Pero al Ruin no se le mencionaba por ningún lado. No obstante, tenía que ser una de aquellas «fuentes bien informadas» que mencionaba Emeterio al hablar de la supuesta conspiración para matar a Manrique.

En realidad, qué sabía él sobre Antonio el Ruin. Que era un tipo que parecía haberse ganado el mal nombre: un gandul al que habían enchufado en un ayuntamiento como subalterno, un maltratador, un alcohólico, un pendenciero. Que se estaba muriendo. Que había trabajado, o, más bien, fingido trabajar, en las cuadrillas del cabildo hasta que lo echaron por escaqueado. Esto se lo había contado Maestro Ezequiel. En el Mirador del Río. Justo en la misma conversación en la que le había dicho que conocía a Olga y que lo había entrevistado. Y Olga, por lo que le había contado Ramón, podía haber quedado con Antonio otro día, para entrevistarle también.

Mierda. Estamos gilipollas, casi dijo en voz alta. Se abalanzó sobre el móvil de Olga, que tenía sobre la mesilla de noche, y, con impaciencia, comenzó a manipularlo para encenderlo. Si Olga se había visto finalmente con el Ruin, si lo había entrevistado, el resultado de aquella entrevista tenía que estar allí. Diez minutos más tarde comprobó que sí, que estaba. Y después de oírla, comenzó por fin a encontrar la salida de aquel laberinto.

Ángel escuchó la grabación dos veces. La primera, en el propio teléfono móvil. La segunda, después de descargarla en el disco duro. Comenzaba con el hombre preguntándole a Olga por dónde quería que empezara.

—Sí. Espere, para después no perderme.

La entrevista había sido al aire libre. Probablemente en algún paseo marítimo en Arrecife. Se oía el mar. También el tráfico, la conversación de gente que pasaba más o menos cerca, lejanos ruidos de obra. La voz de Olga siempre tuvo algo de ronroneo, de gata recién levantada. El hombre, en cambio, tenía una voz gangosa y un acento cerrado que tendía a comerse las erres finales, a convertir las haches en jotas, a eliminar las eses intermedias. Intentaba sin éxito hablar con claridad y corrección y colaba frases y vocablos escuchados aquí y allá a gente a quien consideraba de prestigio. Parecía ansioso por hablar, y si Olga le había pedido que esperase, había sido para datar la entrevista, porque enseguida dijo:

—Entrevista con don Antonio García Suárez, 2 de febrero de 2017. Arrecife de Lanzarote.

—¿Ya?

—Ya. Estaría bien empezar por la época en la que trabajó en las cuadrillas. ¿Más o menos cuándo fue?

—Por ahí por los setenta, señorita.

Ángel se había sonreído al oír esto por primera vez y ahora volvió a hacerlo. Olga odiaba que la llamaran así. Sin embargo, no le había pedido que le cambiara el tratamiento. Se había limitado a decir:

—Y así fue como conoció a César Manrique, ¿verdad?

—No, señorita. Yo ya lo conocía de antes. Esto es chico. Y él era famoso. Todo el mundo conocía a don César. Pero ahí lo conocí un poco más, porque él estaba siempre viniendo a las obras. Y, claro, él era un hombre muy cercano, muy llano, y le gustaba la conversación. Y como yo tampoco soy calladito que digamos...

—¿Y hasta cuándo trabajó usted para el Cabildo?

—Hasta el ochenta y uno.

—¿Y por qué dejó de trabajar allí?

—Me pararon. Me paró don Luis.

—¿Luis Morales?

—Sí. Tuvimos unas palabras.

—Y le quedó resquemor...

—Bueno, en aquella época, se pudiera decir que sí, señorita. Hoy día yo lo entiendo. Pero yo me lo tomé a mal por aquel entonces. —El hombre dejó de hablar un momento, suspiró, buscó palabras—. Usted todavía es joven. Cuando vaya cumpliendo años, ya va a saber ponerse en el pellejo del otro y a darse cuenta de que cometió algún pecadito. Yo cometí muchos. Y cogerle coraje a don Luis fue uno. Y yo hoy sé que el hombre no se lo merecía, que hizo lo que tenía que hacer, pero yo estuve mucho tiempo enrabiado con él. Ahora uno mira para atrás y se da cuenta de que, cómo le digo yo, de que no me porté como me tenía que haber portado. Y no solo en eso, ¿me entiende? Yo me fui cargando todo lo que tenía alrededor. Yo tenía una mujer, unos hijos, una familia... Y me lo fui cargando todo con la mala leche y por culpa de la bebida. Bueno, uno dice la bebida, pero a lo mejor no: a lo mejor bebía por la mala leche que tenía, para tener una excusa, algo a lo que echarle la culpa cuando me portaba así de mal. Sí, yo lo he pensado mucho y al final creo que es eso: que le echaba la culpa a la bebida de lo mala gente que era. Porque era mala gente. Y no se lo digo para hacerme el interesante. ¿Usted sabe que a mí me dicen el Ruin? Pues así me dicen, el Ruin. Y me lo tengo ganadito a pulso. Hice muchas cosas malas, señorita. Cosas que me dan vergüenza. Y solo me he venido a dar cuenta después de todos estos años. Y ahora, ¿quién arregla todo eso?

Olga era una entrevistadora lista. Lo dejaba hablar, seguramente asintiendo o mostrándole un gesto compasivo que lo invitaba a continuar.

—Usted dese cuenta del absurdo: uno solo aprende cómo hay que comportarse en la vida al final, cuando ya es viejo y no tiene ni tiempo ni fuerza para vivir. Míreme cómo estoy ahora, hecho gofio. Pero antes era un tipo fuerte. ¿Para qué me sirvió? Para buscarme la ruina. Y ahora, que es cuando sé cómo hacer las cosas bien, ya no tengo nada de energía para hacerlas. Ni tiempo. De tiempo, no me queda casi nada. Ya le dije el otro día, tengo una cosa mala en el hígado. Así, con la carajaca averiada, estoy todavía

en el mundo porque Dios no ha pasado lista. Por eso no me importa hablar con usted, contarle las verdades como son, las cosas malas que hice o que estuve a punto de hacer. Porque lo justo es justo.

En la grabación había un silencio largo bajo el colchón de un griterío infantil. Debió de pasar un colegio o una excursión de niños. En cualquier caso, el silencio del Ruin no se debió a eso, sino a que se había quedado sin palabras por el momento. El ruido del piberío se alejó por fin y ese, debió de entender Olga, fue el momento de volver a traer al hombre adonde a ella le interesaba.

—Sobre lo de César Manrique, hay gente que opina que no fue un accidente. Emeterio Brito, por ejemplo...

—Emeterio es un amigo. Es buena gente, pero usted ya habrá visto que está un poco disparatado. Por eso yo prefería que nos viéramos usted y yo solos, aquí tranquilos. Aparte, lo que le voy a contar no me apetecía contarle allí, en Los Chinijos, porque aquello es muy novelero y detrás de todo mato hay un gato.

—Entiendo. Pero lo de César...

—Lo de don César fue un accidente. Y yo lo sé de primera mano.

—¿Usted estaba allí, entonces?

—No. Pero le puedo asegurar que no lo mataron aposta. ¿Y sabe por qué se lo puedo asegurar? Porque yo era uno de los que sí andábamos detrás de él para hacerle una jugada.

La pausa, ahora, fue absolutamente intencionada. Tuvo mucho de teatral: el hombre debió de quedarse mirando a Olga, para comprobar si lo que acababa de decir la había impresionado. Y debió de tener su efecto, porque ella no pronunció ni una sola palabra y él hubo de comprobar que el canal de comunicación continuaba abierto.

—¿Me entendió lo que le acabo de decir?

—Sí —dijo ella—, lo entiendo, pero no sé si acabo de comprender.

—No era una cosa mía. Yo solo era un mandado. Pero estaba en el ajo. Por eso sé de lo que le hablo.

—¿Cómo...?

—Déjeme que le explique. Yo era un laja por esa época. Un sinvergüenza. Échele usted la culpa a la bebida o a las malas amistades, pero en realidad la

culpa era mía. Después de que me pararan, me eché fuera del plato y así estuve años. Por temporadas, trabajaba un tiempo en algo: me salía una obra o hacía una reforma en negro. Luego, lo que ganaba me lo fundía todo en cosas en las que uno no debería gastar ni un duro: mujeres, mandanga... En fin, no le voy a dar detalles. Pero andaba rebotado. Y un amigote, un compadre que tenía, que trabajaba para un tipo muy poderoso, me llamaba de vez en vez para hacer maldades.

—¿Qué quiere decir con «maldades»?

—Era la época en que había mucho negocio. Todo el mundo quería construir, se nos venía el turismo arriba. Y esta gente, los que construían, a veces se encontraban con problemas, ¿me entiende lo que le quiero decir?

—No sé si del todo.

—Supóngase usted que, para construir, necesita un permiso de un técnico que hace un informe que le echa la obra para atrás. ¿Qué hace? Intenta hablar con él. Pero él no quiere, en principio. Luego, lo intenta otra vez, ofreciéndole algo a cambio. Digamos que el hombre tampoco quiere, se pone burocrático. O se indigna. Dice que lo intentó sobornar y que, además de no cambiar el informe, la va a denunciar. Bueno, pues ahí es donde llamaban al compadre mío y él me llamaba a mí para que le echara una mano, para que diera miedo. Porque yo, ya le dije, era un hombretón y daba miedo, eso se lo puedo asegurar. Eso sí, tampoco se vaya a pensar que éramos matones de la mafia. Solo le dábamos un susto al elemento, le hacíamos creer que le iba a pasar algo malo si no pasaba por el aro. Todo lo más, alguna vez le dimos un empujón a uno, o le calzamos una cachetada, para que se pensarán que iba en serio.

—¿Le hacían esas cosas a los funcionarios?

—Veces a algún funcionario, veces a un tipo que estaba emperretado en no vender un terreno, veces a alguno que sabía demasiado y se había subido a la parra y amenazaba al jefe de mi compadre para sacarle perras. Pero, ya le digo, la cosa no pasaba de ahí, de un susto. Tampoco lo hacíamos mucho ni muy seguido. Yo sé, por lo que me decía el compadre, que primero lo intentaban con otras formas. Y eso solía funcionar. Lo que pasa es que alguna vez, si no había más remedio, había que hacerle una visita a algún individuo. A mí me venía bien porque con lo que me pagaban se me solucionaba la vida durante un tiempo.

—¿Y quién era el jefe de su compadre?

Un ave marina, quizá una gaviota, pasó cerca de ellos gruñendo. Ángel pudo escucharla perfectamente y solo cuando se apagaron sus ecos, Antonio el Ruin contestó, como si hablara para sí:

—Se lo voy a decir. Qué más da. ¿Qué me va a hacer ese ya? ¿Me va a despeinar? —Después de decir esto, afinó la voz para decir bien claro—: El jefe de mi compadre era un individuo que se llama Ginés Blume. ¿Sabe quién es?

—Sé quién es.

—Ahora ya está retirado de los negocios. Los repartió entre los hijos y se estará dando una vida de puta madre vaya usted a saber dónde, porque por aquí hace años que no lo veo. Pero en esa época estaba metido en todo. Por persona interpuesta, claro.

—Conrado Rivallo.

—Eso es. El cuñado. Ese era un... ¿Cómo le dicen?

—¿Un hombre de paja?

—Eso es: un hombre de paja. El hombre de paja de Blume, que era quien cortaba de verdad el bacalao. Si usted está escribiendo sobre César Manrique, no le voy a tener que detallar mucho los chanchullos que había aquí en aquella época, ¿no?

—No.

—Y que hay...

—Y que hay —repitió Olga para darle la razón.

—Pues bueno, ese era el hombre: Blume. Secretario del Ayuntamiento de Viéitez, por aquella época.

—Entonces, a César Manrique ustedes tenían que darle un susto.

—No. Lo de don César era distinto. Blume y el cuñado estaban muy metidos con una inversión en la playa del Lunar. ¿Usted ha bajado a ver Playa Lunar? Seguro que sí. Eso era un descampado: cuatro casitas de pescadores, un muellito chico para las barquitas y poco más. Y entonces a ellos se les ocurrió montar un emporio del carajo. Tenían un fleje de socios, un montón de compromisos hechos y también una purriada de pasta invertida. Pero don César se les puso enfrente. Y, usted ya sabrá, era de los que no dan un paso atrás ni para coger impulso. Por lo visto, el hombre no se conformó con las

manifestaciones y con meterse delante de las máquinas. Empezó a mover los contactos que tenía fuera. Y tenía muchos. Y ahí fue cuando esta gente se empezó a asustar de verdad. Y hablaron con mi compadre. Lo que estaba claro era que aquello, si lo hacíamos, llevaba el tratamiento completo, porque don César era un tío de los que no se dejan asustar. Así que no lo íbamos a hacer por la tarifa habitual. Estuvimos la mitad de ese verano dándole vueltas. Lo íbamos alargando, yo creo que un poco por hacerlo bien, pero otro poco también porque en realidad no lo queríamos hacer. Podía ser un marrón de los gordos. Para no cansarla, que, al final, las cosas se aceleraron, porque Blume se enteró de que don César se iba a reunir con un jefe de las turoperadoras y nos dijo que había que hacerlo ya, sí o sí. Y nos conchabamos para un plan cutre, pero que serviría.

—¿Cuál era el plan?

—En realidad, casi ni plan era. Meternos en la casa de él, la del Palmeral, de madrugada. Hacer ver que era un robo que había salido mal, darle un mal golpe. ¿Me entiende?

—¿Y eso cuándo tenía que ser?

—Pues mire usted qué casualidad: él murió un viernes, ¿no?

—Sí.

—Pues esto lo íbamos a hacer la noche siguiente, el sábado, de madrugada. Fíjese cómo me sentí yo cuando me enteré de lo de la muerte: por un lado me dio pena del hombre, pero también me quedé aliviado, porque en realidad yo no sabía si iba a poder a hacerlo, y si lo hacía, sabía que luego me iba a quedar hecho polvo toda la vida. Y mi compadre igual, supongo.

El resto de la conversación consistía, sobre todo, en nuevas muestras de arrepentimiento por parte del Ruin, en nuevas reflexiones sobre el hombre que había sido y el hombre que había aprendido a ser ahora que iba a morirse, en nostalgias sobre sus hijos y la mujer a la que casi había matado a golpes y disgustos. Hacia el final, Olga le preguntó por la identidad de aquel compadre suyo que lo había metido en el negocio de los sustos, pero él se negó a dársela, arguyendo que se decía el pecado, pero no el pecador, que aquel hombre estaba vivo y tenía una familia que no debía culpa de nada, que eran otros tiempos, que ni él ni su compadre habían vuelto jamás a meterse en algo así. En ese tramo final de charla, fue quedando claro que Blume había comprado el silencio de ambos con dinero, con trabajos, con comodidades. El mismo trabajo de conserje donde Antonio García Suárez se había tocado las pelotas durante casi un cuarto de siglo había formado parte del pago. Y su compadre, igualmente, había estado enchufado en el puerto comercial. Hasta ahí llegó a contarle el Ruin acerca de quien él llamaba siempre su compadre. Luego volvió a levantar un muro a su alrededor. Olga hizo un último intento de romperlo:

—Usted sabe que si yo no puedo contrastar esta información, confirmando con alguna persona más, no voy a poder incluirla en el libro, ¿verdad?

—Ya me lo supongo.

—¿Y le da igual?

—La verdad es que sí, señorita.

—A ver: usted ha querido hablar conmigo, contarme todo esto, que es información muy sensible. ¿No lo ha hecho porque quería que se supiera?

—Si le tengo que hablar en plata, no sé por qué lo he hecho. Y, en verdad, me da igual que salga en el libro suyo o no. Lo que quería era contarle. Puede que así me descargue un poco de la culpa. No sé. Pero necesitaba contárselo a alguien.

—Pues, para el caso, podría haber buscado un cura.

Antonio el Ruin soltó una carcajada que acabó en un golpe de tos. Solo cuando este se extinguió, dijo, divertido:

—Se me ocurre que también podría intentar hablar con Ginés Blume. Seguro que se lo cuenta todo.

La grabación se detenía un poco después, mientras el Ruin volvía a reírse y hasta Olga soltaba una risita. Pero a Ángel no le hizo puta gracia. Olga había podido tener la malísima idea de hacerle caso e intentar hablar con Blume o con alguien de su entorno.

Justo en el instante en que estaba pensando esto, sonó una llamada en su móvil. Era David Rivallo, que lo saludó con suavidad y, acto seguido, dijo:

—Te llamo porque quería hablar contigo.

—Para eso es para lo que suele llamarse la gente —le soltó Ángel, con sequedad.

—Lo que quiero decir es que te quería aclarar una cosa.

—Tú dirás.

—Estuve hablando con Sonia. Me dijo lo que le comentaste y...

—Vas a tener que ser más concreto, compañero. Son las nueve de la mañana y todavía no me he tomado el café.

En realidad, Ángel sabía con exactitud a qué se refería, pero quería hacerlo sufrir un poco, oírle decir que era un mentiroso.

—No te dije la verdad el otro día. Olga y yo sí que nos veíamos bastante. Sobre todo en los últimos tiempos. La acompañé a varios sitios. Pero me dio cosa contártelo.

—¿Por qué?

—Igual me había hecho una imagen de ti... Ya sabes: un militar, un tipo duro. Pensé que te imaginarías cosas raras y no quería...

—Lo cierto es que me las empecé a imaginar de verdad después de cogerte en la mentira.

—Lo sé. Fue una torpeza por mi parte. Pero, de verdad, te lo juro por lo que quieras, entre Olga y yo lo que había era una amistad. No había nada raro. De verdad. La prueba es que Sonia sabía que salíamos por ahí juntos. Y, aparte de eso, Olga nunca hubiera... Hasta donde yo sé, Olga solo pensaba en ti.

En ese momento, Ángel pensó, aunque no dijo, que sí, que valía, que en

principio podía tragarse que lo que había entre David y Olga no era más que una amistad, que la prueba era que Sonia lo sabía, pero que había una pregunta que no tenía respuesta y que lo llevaba a intuir que no había tanta inocencia en aquella relación. Y esa pregunta era por qué Olga no le había hablado nunca de David. La respuesta más sencilla era que podía ser por los mismos motivos, para no despertar sus celos. Pero con Olga no había respuestas sencillas. Y entonces, mientras Mister Sonrisas se esforzaba al otro lado de la línea por mostrarse como un buen chico, como un amigo, empezó a contestarse a la pregunta y casi se sonrió al interrumpir a David para decirle:

—Claro. Y ahora me dirás que iba a casa de tu familia a echar el café, ¿no?

—Pues sí —contestó el otro, entrando por la puerta que Ángel acababa de abrirle—. Mira tú que sí. Alguna vez se vino a casa de mis padres, a merendar. A mi madre le caía fenomenal, por cierto. Vino alguna vez con Sonia, o conmigo, pero también sola, de visita. Tú sabes que era muy extrovertida. En fin, lo que quiero es que te quedes tranquilo con esto, que sepas que no tienes nada de lo que preocuparte. Y que me disculpes por la torpeza, Ángel. Aquí tienes un amigo.

—Está bien. Por mí queda olvidado.

—Gracias.

—No hay de qué. —De pronto, Ángel entendió que le convenía tener localizado a Mister Sonrisas—. Oye, cambiando de tema...

—Dime, Ángel.

—¿Estás en las bodegas?

—No, hoy me he quedado a trabajar en casa todo el día. ¿Por qué?

—Estaba pensando en bajar a comprar unas botellitas para llevarle a Alfonso, el padre de Olga. Me vuelvo en un par de días y allí me saldrá más barato.

—Mañana, si quieres... Y por el precio no te preocupes.

Desayunando en la terraza del bufé, repasó lo que sabía ahora, después de escuchar la grabación y de hablar con David. Lo primero era que Antonio el Ruin no le había hecho nada malo a Olga. Solo era una fuente. Pero esa fuente le había contado algo muy comprometedor para Ginés Blume, una conspiración para eliminar de la ecuación a César Manrique antes de que se reuniese con Alois Neumann. El problema que tenía Olga era que no podía confirmar aquello. Así que, conociéndola como la conocía, sabiendo lo tenaz que podía llegar a ser, a Ángel no le parecía nada extraño que ella hubiese seguido buscando una confirmación. Y ahí entraba su silencio sobre David. Sobre David y sobre la familia de David, que era lo que a ella realmente le interesaba.

En efecto, ahora Ángel entendió que Olga no le había contado nada sobre su presunta amistad con David exactamente por los mismos motivos por los que no le había contado nada acerca de Antonio el Ruin: para no preocuparlo. Porque ella sería tenaz, pero también era inteligente, y sabía que estaba metiéndose en terreno peligroso.

En cualquier caso, estaba casi seguro: Olga se había arrimado a David para lograr arrimarse a su familia, para intentar llegar a Blume o, al menos, a Conrado Rivallo, su cuñado y socio por aquella época.

Lo que ya no se tragaba a estas alturas del partido era que la muerte de Olga hubiese sido accidental. No era normal que tres semanas después de hacer aquella entrevista se hubiese caído de manera fortuita por un acantilado. Alguien la había empujado. Alguien que quería ocultar un secreto o que estaba a las órdenes de otro u otros que querían cerrarle la boca, igual que el Ruin y su compadre tenían el encargo de cerrarle la boca a César Manrique.

Bajó nuevamente a la habitación pensando en esto: a Olga la habían matado. Todavía no sabía exactamente quién, pero lo averiguaría. Tenía el tiempo, los medios y los huevos suficientes para hacerlo. Y cuando lo supiera, cuando tuviera claro quién había sido, no le iba a dar la oportunidad de zafarse denunciándolo. No: el que lo hubiera hecho pagaría por ello. Y sería él quien pasara a cobrar.

Examinó los últimos mensajes del móvil de Olga. El día de su muerte, el 27 de febrero, había intercambiado mensajes con Sonia y con David. Con ambos había cotilleado y bromeado sobre tonterías, sobre todo acerca del resbalón de Faye Dunaway al entregar el Óscar a la mejor película (que anunció para *La La Land* y resultó ser para *Moonlight*) y la cara de *tierratrágame* de Warren Beatty intentando arreglarlo. Ángel, que no había visto ninguna de esas películas, recordó el cachondeo general con aquel asunto.

En cuanto a las llamadas, había unas cuantas hechas por ella durante el día: a Alfonso, a una amiga de las Palmas, a Pepe Dolz. También había cuatro llamadas entrantes, hechas desde un número móvil que ella no tenía registrado en su agenda y que no contestó. Pero quienquiera que fuese había insistido una quinta vez, hacia las seis de la tarde. Y ella, en esta ocasión, sí que había respondido y había mantenido una conversación de dos minutos y treinta y cinco segundos. Entraba en lo posible que se tratara de una empresa de telemarketing, pero, de todos modos, Ángel utilizó la libretita para anotar ese número. Arrancó la hoja y se la guardó.

Luego estuvo buscando imágenes en internet. Principalmente, de Ginés Blume. A Conrado Rivallo ya lo había visto en persona: un viejo sentado con su familia en el comedor del restaurante El Diablo, vestido como para ir a misa y masticando con la mirada perdida. Un abuelo más. Ginés Blume llamaba más la atención, pero no parecía que le gustase posar. En la foto en la que mejor se le veía aparecía un hombre alto y más bien delgado, con pelo canoso y porte distinguido, vestido con traje de tres piezas y corbata, respondiendo a las preguntas de los periodistas en una inauguración, junto al hoy convicto alcalde de Viéitez, Domingo Ferrer. Una de las más recientes era de hacía cuatro años y lo retrataba también de chaqueta y corbata, saliendo de declarar en un juzgado cuyo titular lo requirió como testigo, pero no llegó a imputarlo.

En ese instante sonó su propio teléfono. Vio que quien llamaba era Mauri. Pensó en rechazar la llamada, pero, simplemente, la dejó sonar hasta que saltó el buzón de voz.

No quería hablar con él. No quería contarle nada de lo que había averiguado. No quería buscarle más problemas de los que ya podía haberle causado al hacerle preguntar por Emeterio y por el Ruin.

Aun así, escuchó el mensaje de Mauri, que debía de estar en la calle. Decía: «Mi sargento, llámame, que me tienes preocupado. ¿Encontraste al pelao este? Yo sigo preguntando, pero no he conseguido nada, compadre. Bueno, llámame cuando puedas».

Para ahorrarse explicaciones, en lugar de devolverle la llamada, le envió un mensaje: «T LLAMO A LA TARDE. PERO NO BUSQUES MÁS. PISTA FALSA. OLVÍDATE DE ESO. YA T CONTARÉ. ABRAZO». Nada más enviarlo, recibió la respuesta de Mauri: «OKI. NOS HABLAMOS».

Satisfecho, se fumó un cigarrillo en el balcón. Había logrado quitarse a Mauri de encima y también, de paso, que no se comprometiese más. Ahora había muertos a los lados del camino. Y estaban sueltos quienes los habían puesto ahí. No quería continuar involucrando a nadie en el asunto. Pero para lo siguiente que iba a hacer, tendría que contar con Blas. Buscó su nombre en la memoria del móvil y marcó, preguntándose cómo se las arreglaría para no causarle inconvenientes.

La terraza exterior del Miramar consistía en cuatro mesas situadas en la acera bajo una marquesina. Allí se sentaron Blas y Ángel media hora más tarde.

Ángel comenzó contándole en qué había concluido la cosa con los detectives y diciéndole que era Alfonso quien los había contratado. Blas lo escuchó atento, asombrado al principio, comprensivo después. Acabó por decirle:

—Vaya movida que montó el pobre hombre. Tiene que estar hecho un lío.

—Sí, supongo que sí —dijo Ángel.

—¿Y de Emeterio y Antonio? ¿Has averiguado algo?

—Ya no me preocupa nada de eso. Piénsalo: lo de los detectives me mosqueó y empecé a hacer cábalas. Y al final, no hay nada. Todo humo. A estos, Olga los entrevistó porque le tocaba entrevistarlos. Pero eso fue a principios de febrero. Si hubiese descubierto algo delicado de verdad, lo habría puesto en el libro, o se lo hubiera dicho a Sonia, a alguno de nosotros, a Alfonso. ¿No te parece?

A Blas no terminaba de parecérselo del todo. Lo demostró enarcando las cejas, antes de decir:

—No lo sé. A lo mejor tenía sus sospechas y las quería confirmar.

Ángel, que en realidad deseaba alejar a Blas de todo aquello, se preguntó cómo podría preguntarle lo que le tenía que preguntar sin volver a acercarlo, teniendo en cuenta sus dudas.

—No creo, Blas. Me lo habría contado. Nos escribíamos fijo. En serio, lo tengo que reconocer: me cogí la neura con lo de los detectives y me trabé con todo esto. Pero, mirándolo con frialdad, no hay nada. Además, aunque hubiese descubierto algo delicado de aquella época, a quién coño le iba a importar ahora... Suponte, por ejemplo, que hubiese descubierto algún chanchullo del tipo aquel, el tío de David... ¿Cómo se llamaba?

—Ginés Blume.

—Ese. ¿Dónde está ese tipo ahora? ¿A qué se dedica?

—Que yo sepa, a nada. Repartió los negocios entre los hijos y se jubiló.

Sigue viviendo en La Vegueta, cerca de la hermana.

—Coño, por allí vive también David, ¿no?

—Al ladito —dijo Blas, mientras los ojillos se le iluminaban con uno de sus temas preferidos—. Vamos a ver, la finca era de los Blume. Los padres de David construyeron allí desde los años setenta. Blume no se hizo la casa hasta hará unos diez años, calculo yo, cuando se divorció y se fue a vivir allá con la segunda mujer. El tipo dejó tirada a su señora de siempre por un pibón dominicano de veintipico años.

—Que es con la que estará ahora, supongo.

—Con la que estaba. De ella no sé qué habrá sido. Pero salió por patas en cuanto vio que el otro repartía los negocios entre los hijos y él se quedaba nada más que con un pizco de todo lo que tenía. No sé, estará en Santo Domingo, gastándose la pensión que le haya tocado en el divorcio.

—Así que el tipo vive en La Vegueta, solo.

—Sí. David te puede decir más, que vive al lado y lo verá más. Aquí, en Arrecife, poco se sabe de él.

—Pero los Blume todavía tienen negocios en...

—Claro que los tienen. Los hijos siguieron cada uno con una parte de la empresa. Que, por cierto, ahora están peleados entre ellos y la semana que viene tienen una vista en el de lo contencioso-administrativo, aparte de un par de pufos cada uno con la Seguridad Social. Pero eso es aparte y el viejo ya ni pincha ni corta. De hecho, creo que con él ni se hablan.

Ángel ya casi se había terminado el café. Encendió un último cigarrillo y dijo, como si fuera un comentario inocente:

—O sea, que si me planto en La Vegueta, la mitad del pueblo es de los Rivallo y los Blume, ¿no?

—Tampoco exageres. Son tres casas nada más, saliendo de La Vegueta hacia Tinajo. A un lado de la carretera, primero están las casas de David y los padres. Villa Margarita, la llaman. Y, por allí cerca, metiéndose más, la de Blume. Vale que los padres de David tienen un terrenito, pero es para entretenerse, más bien. Ahora viven todos más sencillamente, muy discretitos.

Ángel asintió.

—Ya no están metidos en nada, entonces.

—¿Sabes lo que yo pienso, Ángel? Pienso que después de todas las

redadas y los casos que están judicializados aquí, los dos cuñados se acojonaron. En varios casos salieron los nombres de ellos, pero lograron escaparse del calabozo y la portada del periódico. Y, viendo que las bombas caían cerca, quiero decir, que iba cayendo gente que uno ni se imaginaba que podía caer, pensaron que ya era el momento de recoger las ganancias y cerrar el chiringuito, antes de la siguiente operación de la UCO. Eso es lo que yo creo: que supieron retirarse a tiempo.

—Pero durante años se hicieron el bisnes.

—Pues sí. Prevaricaron, sobornaron, hicieron de todo... Pero ¿quién se va a preocupar ahora por todas esas trastadas? Sobre todo, porque ahora hay otros haciendo los mismos negocios. Les cuesta un poco más, pero los siguen haciendo. Y dos de ellos son los hijos de Ginés, cada uno por su cuenta. Ya sabes lo que dice el corrido: «Ya mataron a la perra, pero quedan los perritos». Total, que estos van a tener una vejez tranquila y morirán en la cama sin pasar por el juzgado, como todos los hijos de puta.

Blas dijo esto con una rabia sorda y vieja y Ángel sonrió como signo de comprensión, sin decir nada, pero pensando que quizá fuera seguro que Rivallo y Blume no pasarían por el juzgado, pero que, si andaban metidos en lo de Olga, no lo era tanto que fuesen a morir en la cama.

LA VEGUETA

Como casi todo lo demás, en Lanzarote la opulencia también se oculta. A Villa Margarita se accedía por una pista de macadán que salía de la carretera a Tinajo y ascendía con suavidad entre bancales delimitados por muretes de piedra hasta la primera de las casas, la mayor, la más antigua, la que tenía los frutales a un costado. En ese momento, dos jardineros se movían entre ellos, podándolos. Ante la otra no había huertos, sino un cuidado jardín con cactáceas y suculentas que crecían en una explanada de picón negro alisado a escuadra. Al ver el X6 aparcado ante ella, supo que esa era la casa de Mister Sonrisas, más pequeña, con la parte trasera rodeada por una tapia blanca que protegía la piscina. Por lo tanto, el otro edificio que se veía medio kilómetro más allá, al final de la pista, casi en la falda de la colina, tenía que ser la residencia de Ginés Blume. Pero no pensaba ir directamente allí. No: empezaría por visitar a David, que ahora se asomaba, sorprendido, al porche, llevando aún en la mano el bolígrafo que estaba usando cuando oyó el motor del coche y, quitándose las gafas que usaba para leer, lo observaba aparcar junto al BMW.

Ángel, sonriendo, lo saludó con la mano a través del parabrisas y le dio tiempo de llegar hasta él mientras cogía la bolsa de plástico y salía del coche.

—¡Qué sorpresa! —dijo el otro fingiendo alegrarse de verlo—. Pero ¿cómo diste con esto?

—Me dijiste que vivías por aquí. Y preguntando se llega a Roma.

—Pero, hombre, me hubieras llamado y...

—La verdad es que te quería dar una sorpresa. ¿Te pilló en mal momento?

—Hombre, estaba currando.

—No te ocupo mucho —dijo Ángel, dirigiéndose sin que nadie lo invitara hacia la entrada, obligando a David a caminar junto a él, notando por el rabillo del ojo cómo en la casa de los padres se abría una cortina por la que alguien miraba—. Es que me supo mal el malentendido que tuvimos y quería cerrar el asunto como la gente de verdad.

Al decir esto, le entregó la bolsa a David. Este, de su interior, sacó una

caja de cartón que contenía una botella de ron Aldea Familia y, por una vez, se quedó sin saber qué decir. Estaban ya en el porche. Ángel amplió sonrisa hasta el límite del dolor:

—¿Qué? ¿Nos echamos un buchito?

David Rivallo miró su reloj. Eran las cinco y media de la tarde. A Ángel siempre le habían resultado extraños los tipos que llevaban el reloj de pulsera puesto en casa. Pero si él hubiese sido propietario de un Rolex Daytona quizá lo habría llevado puesto hasta en la ducha. Mientras pensaba esto, Rivallo ya lo había invitado a pasar. Guiado por él, atravesó el vestíbulo, el salón principal, en el que, en un lado, había un escritorio con un ordenador plagado de papeles (lo había cogido preparando cuentas para los trimestrales, según le dijo) y llegó a la zona de la piscina, que estaba trazada en forma de elipse y era más pequeña de lo que había imaginado. Entre la gran mesa que había más allá, junto a la barbacoa, y las hamacas y sillas de este lado, calculó que David habría arrasado con la mitad de la gama alta de la sección de muebles de jardín de Leroy Merlin.

Míster Sonrisas dejó la botella sobre una mesa de fibra de color rosa fucsia y fue a la cocina. Regresó con una bandeja en la que había vasos, aceitunas y papas fritas.

—Para que no nos emborrachemos mucho, que tengo que seguir trabajando.

—La vida del emprendedor —dijo Ángel—: no hay horarios, ¿no?

David, que estaba ya quitando el precinto a la botella, estuvo de acuerdo:

—No, querido, no los hay. Pero, bueno, supongo que a ti te pasará algo parecido.

Ángel, sentándose en una de las sillas tipo director, con estampado a juego con la mesa, le dijo que no entendía a qué se refería.

—Quiero decir: tú también eres militar cuando no estás de servicio.

—Bueno, sí. Pero no es lo mismo. Yo no me tengo que comer el coco con cómo sacar adelante al Ejército de Tierra. De hecho, cada vez estoy más despegado.

—¿No es lo que tú pensabas? El ejército, digo.

David se había sentado también, tras servir.

—Ya estoy un poco quemado. Desde hacía meses, con Olga, estábamos

haciendo planes para dejarlo. Cuando tienes veinte años, la vida de tropa está bien, pero si llegas a mi edad sin haber ascendido... Y a eso, súmale las misiones, la lejanía.

—Se hace duro, supongo.

—Sí.

Se quedaron en silencio un momento. Ángel contempló el conjunto. Era la casa de un rico, pero bien podría haber sido la de cualquier burgués con maña para administrarse. No era para tanto. Y, sin embargo, imaginó cómo habrían podido vivir allí Olga y él. Durante un instante, casi pudo verla saliendo de la piscina y tumbándose en una de las hamacas a tomar el sol mientras él venía de la casa con un par de cervezas. Se volvió hacia el interior para no dejarse atontar por la escena imaginada y, a través de la puerta acristalada, vio que, en un rincón, apoyada en una estantería, había una guitarra española.

—¿Tocas? —le preguntó a David, señalándola.

—Aporreo —bromeó él—. ¿Y tú?

—Desde chico. Todo de oído. Pero me da para un par de boleros. A Olga le gustaba.

David asintió y Ángel se preguntó si Olga habría estado también en el asadero del que le había hablado Blas esa mañana.

Probaron el ron, tras un brindis anónimo en el que no llegaron a chocar los vasos, lo paladearon y le hicieron elogios fingiéndose expertos. Luego volvieron a callarse hasta que a David se le hizo largo y dijo:

—Y, bueno, aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —correspondió Ángel sin mirarlo, oteando más allá de la tapia, a la colina, a la casa de Blume.

—¿Qué tienes previsto hacer en los días que te quedan por aquí?

—Más bien poco. Dar un par de paseítos, supongo. Pero puede que vuelva. Me quedan cosas pendientes.

—¿Cosas pendientes?

Ángel se giró hacia él, apoyó los codos en la mesa y lo miró fijamente:

—¿Te puedo contar algo y que no salga de aquí?

—Claro.

—¿Y no pensarás que se me fue la pinza?

—Eso ya va a depender de lo que me cuentes —bromeó David.

Ángel le rio la broma, pero luego se quedó muy serio al decirle:

—Creo que lo de Olga no fue un accidente.

Míster Sonrisas perdió la sonrisa.

—¿Qué me estás contando, Ángel?

—Espera, ya sé que me vas a decir que estoy flipado...

—No pienso eso, Ángel, pero...

—Déjame que te explique y después tú me dices, ¿vale?

—Vale —accedió David.

Ángel encendió un cigarrillo. El otro le acercó un cenicero y se quedó expectante.

—Tú sabes —comenzó a decir Ángel— que yo me vine aquí para recorrer los sitios en los que había estado Olga.

—Sí.

—Y que he estado leyendo el borrador de ella, pero también las notas de trabajo. Y viendo las fotos. Todo eso.

—Ajá.

—Bien. Pues viendo las últimas cosas que hizo, me trabé con una movida: en el último mes de ella, en febrero, estuvo hablando con dos tipos muy curiosos. Emeterio Brito y Antonio García Suárez. ¿Sabes quiénes son?

David Rivallo negó con la cabeza. A Ángel le pareció extraño que, por una vez, en Lanzarote no todo estuviera tan cerca ni todo el mundo conociera a todo el mundo. Insistió:

—El tal Emeterio Brito es uno de esos de la teoría de la conspiración. Tiene un blog en el que habla de planes que había contra César Manrique. Era de los que pensaban que se lo querían cargar.

—Como la mitad de los locos de Lanzarote.

—Cierto. Pero el interesante es el otro, Antonio García Suárez. Le dicen Antonio el Ruin. Trabajó de conserje en el Ayuntamiento de Viéitez. Y antes había trabajado en las cuadrillas del Cabildo. En la época de César. Un tipo grande, brutote. ¿No lo recuerdas?

—No. ¿Por qué lo voy a recordar? Yo tengo treinta y siete. En esa época yo...

—Del Ayuntamiento, digo.

—No.

—Bueno, vale. No lo conoces. El caso es que este tío fue un malaje en su época, un changa de los peligrosos. Olga lo entrevistó a principios de febrero y el tipo le contó que, efectivamente, la muerte de César fue un accidente. Pero que no tenía que haberlo sido.

—¿Qué quieres decir?

—Que a César lo iban a matar al día siguiente. A la noche siguiente, para ser exactos. Y que él lo sabía porque era uno de los que tenían que hacerlo.

—¿Y por qué lo iba a querer matar?

—Él no. Él era un mandado. El encargo lo había hecho gente que estaba por arriba, gente con perras, a la que César le podía hacer mucho daño.

—Y tu teoría es que a Olga la mataron por hablar con ese tipo, ¿cómo se llamaba?

—Antonio. Antonio García Suárez.

—Eso: Antonio García Suárez... Mira, Ángel, yo no sé si eso va a algún lado.

—A mí me ha traído hasta aquí —dijo Ángel de pronto, con serenidad, pero clavándole la mirada.

—¿Hasta Lanzarote?

—Hasta La Vega.

David arrugó la frente.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—La gente con perras, los que querían que este se cargara a César, eran los promotores de Playa Lunar. ¿Te suena de algo?

Ahora Mister Sonrisas volvió a sonreír, pero con una sonrisa triste, resabiada, mientras él miraba hacia la piscina, comprendiendo.

—Claro que me suena. Ya sé de qué me estás hablando.

—¿Y qué te parece?

David se puso en pie, cogió su ron y, antes de apurarlo, dijo:

—Me parece que estoy hasta los cojones.

Ángel lo vio ponerse otro ron y caminar de un lado a otro ante la mesa.

—Tú no sabes lo que es llevar los apellidos míos. Tú no sabes lo que es pasarse toda la puta vida intentando desligarte de lo que hizo tu gente antes de que tú nacieras o cuando todavía te comías los mocos. Yo soy un tío honrado, Ángel. Un luchador. Un emprendedor. Vale que arranqué bien por el dinero que

tenían mis padres, pero el resto me lo he currado yo. Qué coño: el resto me lo curro yo cada día, trabajando como un petudo.

—Vale. Pero ¿qué me puedes decir de lo que hicieron ellos?

—Te puedo decir que unos tienen la fama y otros el provecho. Que hubo muchos que se forraron gracias a lo que ellos hacían, lo que les dio la mala fama. Y, no te voy a engañar, seguro que hicieron cosas muy feas. Yo de todo eso me he enterado después, pero supongo que ellos estuvieron en el lío. ¿Prevaricación, cohecho impropio, evasión de impuestos, tráfico de influencias? Seguro que algo de eso hubo. O todo. Y, la verdad, hoy día, me da igual. Pero no los imagino contratando a matones.

—Pero que tú no los imagines no quiere decir que no lo llegaron a hacer. Según Antonio el Ruin, fue tu tío, directamente. Y ahí es donde yo me pongo a pensar: si se enteró de que lo sabía, ¿qué me impide creer que no hizo lo mismo con Olga?

David, como si hubiera recibido una sacudida eléctrica, se paró de pronto y le dijo:

—¿Tú crees que mi tío Ginés mandó matar a Olga?

—Sí.

David ya no sonreía. Puso el vaso sobre la mesa y se dirigió a la casa.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A demostrarte que lo que estás diciendo es una gilipollada.

La mujer que les abrió la puerta de la casa de Ginés Blume era gordita, simpática y cuarentona, respondía al nombre de Adela y llevaba un pijama de enfermera de los ideados para inspirar confianza en los niños: azul celeste con un estampado de ositos. Saludó a David dándole dos besos e hizo lo mismo con Ángel cuando aquel lo presentó como un amigo.

Un amigo con el que había subido en tres o cuatro minutos la cuesta que separaba ambas casas sin cruzar más que alguna palabra de reojo y un par de palabrotas de hastío masculladas por lo bajo. Delante de Adela, sin embargo, David se mostró amable y le puso una mano en el hombro mientras le preguntaba a la cuidadora por su tío.

—Ahí está, viendo la tele.

La mujer les abrió el paso hasta el salón cercano a la entrada, donde una pantalla plana ofrecía a todo volumen un magacín vespertino como todo entretenimiento para el hombre de la silla de ruedas. Ginés Blume llevaba un pijama de rayas recién lavado bajo la bata de imitación seda, apoyaba las manos en los brazos de la silla y parecía ajeno a todo. Pero, al oírlos entrar, ladeó la cabeza hacia ellos.

—Hola, tío, ¿cómo estás? —dijo David rodeando el sofá para llegar hasta él y darle un beso.

Entonces el viejo emitió un sonido espeluznante que pretendía ser una frase.

—Yo bien —contestó Mister Sonrisas, que parecía estar acostumbrado a aquel dialecto de media lengua—. Vine un momentito a saludarte, nada más. Para que luego digas que nunca paso.

—De...ca...ta...do... —dijo Ginés Blume, sonriendo, dándole un par de bofetadas cariñosas con la mano izquierda.

—Le dice que es un descastado —le susurró Adela a Ángel, sonriendo con cierta ternura—. Siempre le dice lo mismo.

Justo en ese momento, Ginés miró hacia él con curiosidad. Todos se dieron cuenta, pero fue David el que vino a atraerlo del hombro.

—Mira, tío, este es un amigo. Se llama Ángel. Ángel, este es mi tío Ginés.

Empujado por David, Ángel se vio de pronto ante el hombre, que le ofreció la mano izquierda, diciendo algo así como que estaba encantado. Estrechó sin fuerza aquella mano huesuda y temblona y entendió enseguida que ese brazo y la pierna correspondiente eran de las pocas partes de su cuerpo que el viejo aún podía mover. Su diestra se cerraba en una especie de garra, así como el pie, torcido hacia el interior dentro de la pantufla. En su rostro existía una asimetría similar: el lado derecho de su boca se torcía hacia abajo, igual que el párpado de ese ojo. Del cabello canoso ya solo quedaba una pequeña franja que recorría su cogote entre una oreja y la otra, enmarcando un cráneo con forma de huevo recorrido por pecas oscuras que le resultaron repugnantes. Ángel intentó entender con cortesía la pregunta que Blume le hizo a continuación. Cuando la repitió, David vino a auxiliarlo.

—No, tío, Ángel no es de aquí. Es canarión. Vino a pasar unos días en Arrecife. Hoy se pasó a hacerme la visita. Y yo quería que te conociera antes de irse.

Tomaron asiento en el sofá, junto a la silla de ruedas, y David lo obligó a aceptar el café que Adela les ofreció. Pasaron allí una media hora que a Ángel se le antojó insoportable, aunque tras un rato ya se hubiese acostumbrado al olor a agua de colonia intentando enmascarar la decrepitud, al ruido del televisor, a los chistes maternos de Adela y los comentarios bienhumorados de Mister Sonrisas, que dedicó un buen rato a chatear con el móvil como un adolescente. Cuando Ginés y Adela no miraban, David le lanzaba a Ángel miradas de burla, de orgullo, de odio. Pero ambos consiguieron mantener la compostura hasta el momento en que el sobrino dijo que desgraciadamente tenían que irse ya y Adela fingió que lo lamentaba mientras ellos se despedían del viejo y volvían a dejarlo inmerso en lo que sucedía en la pantalla.

Adela los despidió en la puerta y comenzaron a andar hacia la casa de David, más lentamente que antes, fumando un cigarrillo, hablando.

—Le dieron dos embolias, casi seguidas —dijo David—. Eso fue hace tres años. Poco después de divorciarse. Conserva el tino y ha recuperado un poco el habla, pero poco más.

—No tenías por qué traerme. Con que me lo contaras, habría bastado.

—Y tú me habrías creído, claro... —ironizó David.

—¿No lo viene a ver nadie?

—Mis primos son unos cabrones. Le sacaron el cuero y luego lo dejaron tirado. Y la última mujer, solo quería más de lo mismo: sacarle perras. Por suerte estaba viviendo ya aquí. Y conservó un dinerillo. Con eso se le pagan los cuidados.

—Y si no, están tus padres, supongo.

En el momento en que Ángel dijo esto, ya estaban llegando a la casa de David. Este apoyó una mano en el techo del Seat León para decirle:

—Si tú estás ahora pensando que si no es Juana, es la hermana, y que si Ginés no tuvo nada que ver en el lío, a lo mejor mi padre sí, te diré una cosa: mis padres no están ni para cuidar de mi tío ni para hacerle daño a nadie.

—Yo no he dicho que...

David lo miró con severidad cuando le pisó la palabra:

—Por si se te ocurre pensarlo: mi padre tiene alzhéimer desde hace dos años. Por ahora está físicamente bien, más o menos, pero ya no se acuerda de casi nada. Por eso yo muchas veces me quedo por aquí, por si hace falta. Me toca a mí, que no tengo hijos ni familia. Mi hermana ya tiene que cuidar de la suya.

Se hizo un silencio. David miró a la casa de sus padres, situada a su espalda, y luego a la de su tío, antes de clavarle la mirada a Ángel.

—Mira, yo lamento mucho lo que le pasó a Olga. Y, de verdad, si alguien le hizo algo malo, ojalá que lo pague muy caro. Te lo digo con el corazón en la mano. Por respeto a ella, te he aguantado tus mierdas. Pero ni se te ocurra meter a mi familia en nada de eso. Ni siquiera como hipótesis.

Ángel comprendió que había metido la pata. Pero también notó que David se le estaba enfrentando. Y lo habían acostumbrado para responder a ese tipo de actitudes.

—¿Son cosas mías o te me estás poniendo chulo?

David dejó de apoyar la mano en el coche, se cuadró y le sonrió, esta vez sin una pizca de simpatía.

—Claro que me estoy poniendo chulo. Estoy en mi casa y me pongo como me salga de los cojones. ¿Te parece mal?

En la casa de los padres de David se habían vuelto a mover las cortinas. Más allá, por el camino que venía desde la finca, los dos jardineros subían hacia ellos. Y no habían soltado las tijeras de podar.

—¿Esos de ahí son amiguitos tuyos?

David no miró hacia atrás para contestar:

—Empleados de la finca. Fieles. Y bien pagados.

—Y supongo que les enviaste un mensajito desde casa de tu tío, ¿verdad?

Ahora la sonrisa de David se volvió francamente maligna, mientras asentía.

—Anda, márchate antes de que nos llevemos todos un disgusto.

Los tipos ya habían llegado hasta ellos y se habían quedado a unos metros, expectantes. Ángel les midió la envergadura. Uno de ellos era joven, flaco y bajito, pero se le notaba la dureza en la mirada oscura, en la sonrisa que ponía mientras jugueteaba con su podadora. El otro, algo mayor, tenía cuerpo de luchador y, por las marcas en su oreja derecha, probablemente hubiese pisado más de un terrero. Habría podido con ellos, pero no a la primera.

—Está bien —dijo sacando la llave del coche. Pero antes de abrir la puerta, se volvió hacia David, que se había apartado unos metros—. Solo una pregunta más, David. ¿Olga te habló de algo de lo que te he contado hoy?

El otro pareció sincero al decir:

—No, que yo recuerde. Y, dada la naturaleza del asunto, me acordaría, ¿no te parece a ti?

Sin decir nada más, Ángel se metió en el Seat y maniobró para girar hacia la carretera. Mientras se alejaba, vio por el retrovisor cómo David avanzaba para no perderlo de vista y los otros dos se mantenían junto a él. Al pasar ante la puerta de la casa de Conrado Rivallo, vio que estaba abierta y que la madre de David observaba desde ella el espectáculo como antes lo había hecho desde la ventana.

Omitió el hallazgo de los cadáveres de Antonio y Emeterio. Por lo demás, se lo contó todo a Alfonso esa misma tarde, sentado en el balcón, bebiendo cerveza y fumando un cigarrillo tras otro, tras haberle enviado por email el archivo de la conversación entre el Ruin y Olga y haberle dado tiempo para oírla. Le explicó sus búsquedas de detective de novela barata en el archivo de la Fundación, sus conversaciones con Blas, con Pepe Dolz, con Sonia, con Maestro Ezequiel, con David Rivallo, sus intentos infructuosos por encontrar un sentido a las cosas que se le escapaban, por iluminar los lados de sombra de los actos de Olga, sus silencios, sus medias verdades. Y, por último, su visita a Villa Margarita, su discusión con Mister Sonrisas, la asistencia de los jardineros que obedecían a la voz de su amo, las suertes de miseria que al fin habían tenido, que estaban teniendo, Ginés Blume y Conrado Rivallo, compañeros en los negocios limpios y no tan limpios, y también en la desgracia.

Allá, en su casa de Las Palmas, Alfonso lo escuchó con atención, diciendo que sí o mostrando de vez en vez un asombro sincero, sentado en el sofá y mirando sin ver la televisión, cuyo volumen había silenciado. Solo lo contradijo una vez, cuando Ángel le habló de sus celos, de sus sospechas de que Olga hubiese podido tener algo con David. Porque ni eso se calló su yerno y, al decirlo, tuvo que escuchar de Alfonso un «Pero, chacho, ¿tú estás bobo o qué? ¿Cómo se te ocurre?». Por lo demás, lo único que se guardó Ángel fue lo de los muertos, lo que podía traerles problemas a ambos, lo que podría complicar las cosas.

Por eso, porque no le había dicho que el Ruin y Emeterio estaban pudriéndose allí, en aquel cuchitril de Viéitez, Alfonso dijo:

—Bueno, yo podría volver a contratar a la agencia.

—¿Para qué?

—Para localizar a esos dos, el tal Antonio y el otro, Emérito.

—Emeterio.

—Eso.

—No vale la pena, Alfonso. No te compliques. La grabación de la entrevista es del 2 de febrero. Si alguno de ellos le hubiera querido hacer algo a ella, lo habría hecho mucho antes.

—Sí, pero, así y todo, sería interesante hablar con ellos. Puede que se les escapara algo que pusiera nervioso a alguien.

—¿Quién se iba a poner nervioso, aparte de los dos ricachones estos?

—Vete tú a saber, Ángel.

—No sé, Alfonso. Fíjate en lo discreta que fue. ¿A ti te dijo algo de lo que andaba investigando?

—No.

—Pues a mí tampoco. Ni a la misma Sonia le dijo nada.

—Porque andaba curioseando con la familia del novio.

—Vale. Pero aun así. No, yo creo que se puso a dar palos de ciego y que acabó cansándose. Por eso quería terminar el libro, para quitárselo de encima.

—¿Tú estás seguro?

—No lo sé, suegro, pero apostaría a que sí. Si hubiera descubierto algo gordo, no habría dicho que tenía el libro casi terminado.

Esto dejó a Alfonso sin argumentos. Y a Ángel sin nada más que decir durante un buen rato. Luego, Alfonso tuvo que resignarse: lo que le había ocurrido a su hija había sido una fatalidad, un absurdo y jodido accidente. No había nadie a quien culpar, nadie sobre quien descargar la rabia.

—¿Sabes? Yo creo que en el fondo quería que alguien le hubiera hecho algo. Todo sería como más lógico. Y podría tener a alguien por quien ganarme el infierno.

—A mí me pasa igual —dijo Ángel—. Voy a tener que aceptarlo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar ahí?

—No lo sé. Seguramente me vuelva mañana o pasado. Quiero tomarme algo aquí con el amigo Mauri y con Blas y Julia, para despedirme.

—¿Y Sonia?

—A estas horas el novio ya le habrá metido bichos conmigo. Pero también lo intentaré.

—Vale, está bien. Cuando vuelvas, no dejes de venir a verme.

—Claro.

—Cuídate. Hay que seguir adelante.

—Sí.

No se despidieron formalmente. Simplemente, Alfonso soltó un «Bueno» que no llegó a pronunciar del todo y colgó.

LA CASA DEL MIEDO

Deambuló durante un rato por las inmediaciones del Charco buscando un sitio donde echarse un par de cervezas y podía ser que hasta unas tapas. Ya casi era la hora de cenar. Aunque no tenía demasiada hambre, quizá sería su última cena en Lanzarote. ¿Qué había sido lo último que había comido Olga?

Seguro que en la autopsia venía detallado. Pero él no leyó la autopsia. Solo la parte reproducida en el informe. La autopsia. Había visto muchas en películas. Olga ahí, en una fría mesa de metal con sumideros, eviscerada por unas manos con guantes de látex.

Prefirió imaginarla en casa de Sonia, almorzando con ella. A Olga no le gustaba demasiado cocinar, pero se le daba bien. Como Sonia trabajaba hasta el mediodía, seguramente la comida solía hacerla ella. Era una estupidez, pero ¿qué había almorzado ese día? ¿En qué consistió su última comida?

En el puente que atravesaba el lado este del Charco, se detuvo un momento para escribir un mensaje a Sonia preguntádoselo. «PREGUNTA TONTA: KÉ ALMORZÓ OLGA EL DÍA DEL ACCIDENTE?», escribió. Pero no llegó a enviarlo, porque se detuvo un momento a leerlo y comprendió que era el mensaje de un loco. Aquella era una más de tantas preguntas sin respuesta, y probablemente la más superficial de todas.

Pronto haría una semana que estaba allí, recorriendo la isla, pisando donde ella había pisado, leyendo su trabajo y sus cuadernos de campo, indagando en lo que no sabía de sus últimos días con la secreta esperanza de hallar un culpable. Porque sí, Alfonso tenía razón: por monstruoso que fuese, todo habría tenido un sentido si alguien le hubiese hecho aquello, si su muerte no hubiese sido causada solamente por el viento, la torpeza o la imprudencia.

A mitad del paseo notó que, pensando en aquello, se le había hecho un nudo en la garganta. Estaba justamente delante de la Casa del Miedo y pensó que nada deshacía ese tipo de nudos mejor que el alcohol. Dejó a un lado las mesas de la terraza y bajó los escalones de piedra que conducían al interior del local, que con sus baldosas claras, su estucado en blanco y sus bastidores pintados de azul tenía más de lonja que de bar. Y, en realidad, era casi eso: una especie de cofradía de pescadores, un bar marinero más bien amplio a

cuyas mesas, aquella noche de entre semana, se sentaban sobre todo hombres de edad que bebían, charlaban o jugaban a la baraja.

Se acodó en la barra y pidió una cerveza y un chupito de ron.

—Un Canarias Libre para el caballero —dijo el camarero al servirlo.

Hacía años que no lo oía llamar así. Miró al camarero, un pibe de apenas veinte años, y se vio a sí mismo de adolescente, trabajando en el bar de su padre. Sintió que, de alguna manera, había vuelto a casa y le regaló una sonrisa silenciosa. Después se giró hacia las mesas. En una de ellas, la más cercana a los baños, distinguió a Maestro Ezequiel, jugando al dominó con otros tres viejos. Como le daba la espalda, Ezequiel tendría que haberse girado aposta para verlo, así que aprovechó para observarlo sin interrumpirlo. Al menos uno de los otros jugadores, el gordo de la camisa celeste, le resultaba familiar, pero no sabía de qué. Maestro Ezequiel lo tenía enfrente, así que él pudo fijarse bien en el casquete de pelo blanco pero recio que le minimizaba la frente, la cara de pan del campo con una nariz grande y redonda, los labios gruesos entre los que sobresalía un puro apagado sostenido por unos dientes que seguramente no serían suyos. El hombre, en algún momento de la partida, miró hacia la barra y notó que él lo estaba mirando. Y, entonces, hizo un comentario a los otros, que se volvieron. Se había mosqueado, con toda lógica. Por tanto, creyó oportuno alzar el vasito de ron para brindar de lejos con Maestro Ezequiel, que lo reconoció al instante. A una seña del viejo, se acercó a la mesa y se quedó de pie junto a ellos. Se saludaron y él dijo que estaba esperando a que acabaran la mano para saludarlo, que no quería interrumpir.

—No interrumpe nada, mi hijo —dijo Maestro Ezequiel, burlón—. Ahora mismo acabo con los zinguangos estos. Coja una silla y siéntese por aquí.

Ángel obedeció y se sentó entre Maestro Ezequiel y un señor menudo, que, como los otros, se defendía de la broma del albañil con nuevas bromas e insultos fingidos. Efectivamente, la mano no duró mucho más y Maestro Ezequiel y su compinche, el gordo, se hicieron con el botín de calderilla que se estaban jugando. Además, la partida era la última, y el más joven de ellos, el hombre que había a la derecha de Ezequiel, un cincuentón de bigote negro y ceño fruncido, se puso a recoger las fichas y a meterlas en su caja.

El albañil aprovechó para hacer las presentaciones: el hombre menudo se llamaba Nicolás, el del bigote, Carmelo, y el hombre gordo del pelo bien

conservado, Tomás. No se estrecharon las manos, pero saludaron con amabilidad a Ángel, a quien Ezequiel presentó como «un amigo canarión».

Nicolás y Carmelo se fueron levantando. Les llegaba la hora de irse a casa. Hubo bromas sobre el dominio que sus respectivas esposas ejercían sobre ellos, y respuestas de ellos sobre la excesiva confianza que Tomás y Ezequiel tenían en las suyas, lo cual dio pie a risas socarronas antes de que los dos se despidieran. Ángel ocupó la silla de Nicolás y pidió al camarero una ronda por su cuenta. Ciertamente, se sentía como en casa. Acaso por primera vez desde que llegó a Lanzarote todo era blando y suave y agradable.

Maestro Ezequiel, señalando a Ángel, le dijo a Tomás:

—Este es el hombre.

—Ya me lo suponía.

Ángel los miró de hito en hito, entendiendo vagamente que debían de haber estado hablando de él. Tomás lo sacó de la duda.

—¿Usted sabe quién soy yo?

Ángel lo miró, intentando recordar de qué le sonaba.

—Yo soy el padre de Mauri.

—¡Anda! Ya decía yo... Yo creo que lo vi en fotos alguna vez, pero...

—Sí, seguro. Y una vez nos vimos. En el bautizo de mi nieto.

—¡Claro! Pero eso fue hace años.

—Bueno, el chiquillo va a hacer ahora siete años. Estaba yo todavía trabajando y todo.

Como si necesitara hacer algo mientras hablaba, el hombre apoyaba unos brazos fuertes y velludos en la mesa y sus dedazos jugueteaban con su copa de Veterano. De pronto, llevó una de aquellas manos hasta la boca para quitarse el puro y dejarlo al borde de la mesa antes de decir:

—Oiga, déjeme decirle que lamento mucho su pérdida.

—Gracias.

—Yo no la conocí, pero, por lo que me tienen dicho, aquí, el amigo Ezequiel, y sobre todo mi hijo Mauricio, era muy buena muchacha.

—Sí que lo era —confirmó Ezequiel.

—Me habría gustado llegar a conocerla —insistió Tomás, con la voz pastosa del tercer o cuarto coñac.

—Muy amable, gracias —repitió Ángel, intentando que el tema se acabara

allí.

De pronto, ya no se sentía en casa. Había comenzado a notar una cierta incomodidad y no sabía exactamente de dónde venía. Pero todo aquello, el bar, los viejos, el olor a coñac y a puro apagado, pareció de pronto surgido de un agujero en el suelo hacia el que le atraían y en el que no quería entrar. Sin embargo, el padre de Mauri insistió:

—Es una desgracia, una absoluta desgracia. Una muchacha tan joven...

Ahora ya se limitó a asentir. A ver si el viejo lo pillaba. Por suerte, Maestro Ezequiel se había dado cuenta de su incomodidad.

—Y, bueno, ¿hasta cuándo se queda por aquí?

—Pues tenía previsto quedarme hasta el viernes. Pero yo creo que voy a cambiar el pasaje para volverme mañana mismo. Aquí ya no me queda mucho más que hacer.

—Pues cuando vuelva, ya sabe dónde tiene a los amigos.

—Lo mismo le digo —dijo Tomás—. De hecho, Mauri se llevó un disgusto cuando le dijo que estaba en un hotel. La próxima vez, se deja de hoteles y boberías, que en casa hay sitio.

—Le tomaré la palabra —dijo Ángel, terminándose de un trago el ron y enjuagándose la boca con la cerveza que le quedaba. Se levantó y les ofreció la mano—. Bueno, yo me voy a retirar ya.

—¿Ya se va? —se sorprendió el padre de Mauri.

—Sí —respondió él, señalando su vaso vacío para excusarse—. Empecé pronto y más vale cobarde vivo que valiente muerto.

Le rieron la broma. Le estrecharon la mano y hasta se pusieron en pie para palmearle la espalda y desearle que todo le fuera bien, que tuviera buen viaje, que volviera pronto.

Al salir de la Casa del Miedo, sintió un ramalazo de acidez subiéndole por el esófago como lava.

Un bar de los de siempre con los cuatro viejos de siempre. Un bar donde había un camarero como el que él fue. Un bar en el que se jugaba al envite o al dominó. En el que corrían los rumores y las bromas chuscas, en el que se reflejaban en los ojos brillantes los submundos opacos del alcohol y las oportunidades perdidas. No era más que eso. Pero era más que eso. Lo supo mientras caminaba apresuradamente hacia el hotel, mientras esperaba el ascensor que no terminaba de llegar nunca, mientras encendía el ordenador y hervía el agua del nescafé que necesitaba para cobrar un poco de serenidad y ver lo que había debido ver desde el principio y se le había escapado en todos esos días de investigar y hacerse cábalas, de dar palos de ciego como los había dado Olga.

El ordenador estuvo a punto casi al mismo tiempo que el agua. Se endulzó el café instantáneo mientras se abría el contenido del disco duro. Y comenzó a pasar fotos, una tras otra: Timanfaya, la Casa del Taro, la del Palmeral, Pepe Dolz, Mister Sonrisas, la playa del Refugio con el Gran Hotel en un extremo, los cactus del Jardín de Cactus (de estos había docenas y docenas de fotos), un niño y un perro jugando en las escaleras que daban al agua en el Charco de San Ginés y, de pronto, ahí, la foto de los viejos que posaban a mitad de partida de envite, con las cartas en la mano. Los viejos orgullosos de posar para aquella chica, la escritora, la que les había pedido permiso para fotografiarlos allí, en su lugar de reunión, en la Casa del Miedo, inconfundible en su blanco y su azul. El grupo de hombres curtidos por el sol y los trabajos, con el ectoplasma del alcohol haciéndosele sonrisa en el rostro. Y, entre ellos, el segundo desde la derecha, uno que destacaba por su pelo blanco y recio, por su cara de pan del campo, por su nariz de payaso beodo: Tomás, el padre de Mauri, que hacía menos de un cuarto de hora había negado haber visto alguna vez a Olga.

Ya no tuvo que pensar mucho más. Ni siquiera se preguntó si estaría en lo cierto o no. Simplemente, miró el papel con el número de teléfono de quien había llamado varias veces a Olga el día en que murió, la persona a la que finalmente llamó por la tarde, apenas hora y media antes de caer al vacío en un

risco del norte de la ciudad. Sin dar al botón de llamada, marcó ese número en su propio teléfono móvil. Y entonces, no le cupo duda, apareció el nombre de la que probablemente fue la última persona que habló con la mujer de su vida.

CEGUERA DEL CANGREJO

Ya no iba a tantear ni a probar. Ya no iba a tirar piedras para ver dónde daban. A partir de ese instante, amordazaría su ira y calcularía cada uno de sus movimientos. Para empezar, porque ahora sabía a quién se enfrentaba y daba la casualidad de que le conocía las mañas.

Por eso se obligó a dormir, para estar descansado al día siguiente. Y cuando se despertó, al amanecer, desayunó lo mejor posible y se dio una ducha que fue pasando de caliente a templada para acabar con un buen rato de chorros de agua fría. Después, mientras se vestía, fue pensando en posibles planes, calculando estrategias. Pasó la mañana así, sin responder a las llamadas telefónicas ni los mensajes de Mauri y de Blas. Tampoco a la que le hizo Alfonso. A media mañana, bajó a la calle, compró dos *pen drives* y volvió a subir. Grabó en ellos exactamente la misma información. Volvió a bajar, buscó una oficina de correos, pidió un sobre en el que introdujo uno de los lápices de memoria y lo envió por correo certificado a su apartamento de La Minilla.

Al filo de mediodía, telefoneó a Sonia. Al principio, esta se mostró hosca. Como él suponía, había hablado con David y estaba muy molesta. Pero luego se coló en su tono también algo de lástima.

—Yo entiendo que estás roto de dolor, Ángel, pero todo esto que estás haciendo...

—Lo sé, Sonia. Lo sé y lo siento, mi niña. Me equivoqué. Y, cuando se le pase el cabreo, ya intentaré hablar con David para disculparme. Pero, mira, yo casi me voy de la isla.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo. Por la mañana —mintió—. Y, antes de irme, necesito hablar contigo para darte una cosa.

—No me parece buena idea.

En aquella frase, más que severidad, Ángel notó temor. Y no podía culparla.

—Yo comprendo que no te quieras ver conmigo. Sé que me he estado

comportando como un loco. Pero tengo que darte una cosa.

—¿El qué?

—No te lo puedo decir. De hecho, puede que no sirva para nada. Así y todo, hay algo que necesito que tengas, por si a mí me pasa algo.

—¿Tú sabes cómo suena eso?

—Sí. Suena a que estoy como una baifa.

—¿Ves? Tú mismo te lo dices.

—Por favor, Sonia. Es el último favor que te pido. Nos podemos ver en algún sitio público. Y puedes venir con David si quieres. O con quien quieras. Solo tengo que darte eso y explicarte una cosa. Y luego no me vas a tener que aguantar más. Después, si estoy equivocado, pues nada. Pero si no lo estoy y me pasa algo...

—Has llegado aquí como una tormenta, ¿no lo ves? Nos tienes a todos alterados.

—Por favor, Sonia. Tú eres inteligente. Y una mujer justa. Y querías a Olga. Hazlo al menos por eso, Sonia, por lo que querías a Olga. En un sitio público, con seguridad, para que estés tranquila. Será solo un momento. El tiempo de un café.

Llegó al aparcamiento de los Jameos del Agua cuando ya comenzaba a vaciarse. De hecho, al comprar la entrada, la taquillera le advirtió que cerrarían en una hora. Y, en efecto, quedaban pocos turistas cuando descendió por la primera escalera de piedra, la que conducía al restaurante. Desde allí, se paró un instante a contemplar el Jameo Chico: la gruta monumental con el lago de cuya superficie brotaban las reverberaciones que acariciaban la bóveda. No tuvo que soportar a ningún turista posando ante él para demostrar que había estado allí. Así que pudo bajar hasta la orilla y contemplar el fondo rocoso en el que, si uno se fijaba, podía ver aquellos puntitos blancos en lo hondo del agua mansa. Eran los cangrejos del jameo, los minúsculos cangrejos ciegos. Habían vivido siempre en aquel lago que se formaba por infiltración. Y se habían adaptado a Lanzarote. A lo largo de generaciones y más generaciones, habían ido perdiendo el color y los ojos. Ahora sobrevivían allí, en lo profundo, en una gruta situada bajo el nivel del mar, producto, como casi todo en la isla, de la erupción de un volcán.

Ciegos, mudos, aletargados, persistían en la existencia en lo más profundo de su silencio abisal.

Olga, cuando hablaba de ellos, le decía que la ponían triste, que pensar en esos pobres bichos la hacía experimentar una tremenda desazón. Son una cifra de la soledad, había escrito en uno de sus cuadernos. Están hundidos en la blanda nada del olvido y su ceguera es como la de esta sociedad que tanto calla y a tanto cierra los ojos, que se ignora a sí misma y a la belleza que la rodea y de la que depende para sobrevivir.

Eso había escrito Olga pensando en aquellos cangrejos y él, la primera vez que lo leyó, tardó en comprender y luego pensó que había sido un mero desliz poético y que la prueba de ello era que no lo había incluido en su libro. Pero ahora, cruzando la pasarela lateral del lago para ir a la cafetería que había antes del Jameo Grande, supo que si Olga había escrito algo realmente cierto en toda su vida, era, precisamente, aquel pasaje.

Sonia lo esperaba ya en la cafetería. Ocupaba una de las rústicas mesas redondas y tomaba un té mirando hacia el lago. Él le dio las buenas tardes y

pidió un café. Se mantuvieron en silencio mientras se lo servían. Ángel sacó tabaco, le ofreció a Sonia, que lo rechazó, y encendió un cigarrillo.

—Bien, aquí estamos —dijo ella—. ¿Qué me querías dar?

Ángel se metió la mano en un bolsillo del pantalón y volvió a sacarla con el lápiz de memoria, que puso sobre la mesa. Sonia lo miró como si fuese una rata muerta.

—¿Qué es?

—Un *pen drive*.

—Eso ya lo veo. Pero ¿qué tiene?

—Información. Información que puede resultar útil.

—¿Para qué?

—Ahí hay una grabación. La que Olga le hizo a Antonio García Suárez...

—El supuesto sicario —dijo Sonia haciendo un mohín de hastío.

—Sí. El supuesto sicario. No te enfades, Sonia. En todo caso, si lo que dijo el tipo es mentira, nadie tiene de qué preocuparse. Y si fuese verdad, y alguien quisiera investigarlo, el padre y el tío de David ni se iban a enterar. En cualquier caso, nadie llegó a hacer nada contra César Manrique, el mismo García Suárez lo dice en la entrevista.

—Vale. Pero ¿por qué me lo das?

—Porque no es lo único que hay. También descargué el registro de las llamadas y los mensajes de Olga en el último mes. Y algunas fotos. Y, aparte, hay un doc que escribí yo. Ahí cuento todo, con nombres y apellidos.

—¿Todo de qué?

—De lo que creo que le pasó a... —Ángel se paró un momento e, inmediatamente, se corrigió—: De lo que le hicieron a Olga. Y un par de cosas más.

—Todavía sigues con la paranoia...

—Mira, si estoy equivocado, no pasa nada. Pero, si estoy en lo cierto, voy a intentar que esos hijos de puta lo paguen. Y, si no es así, si me ganan por la mano y a mí me pasa algo, tú tendrás algo que poner en las manos de quien corresponda.

Sonia volvió a mirar el dispositivo. Luego escrutó el rostro de Ángel y no supo qué pensar. Pero cogió el USB y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Y, aparte de esto, ¿qué más quieres?

—Solo eso, Sonia: que guardes el *pen*. Si a mí no me pasa nada, pues nada. Pero si me pasa algo, dáselo a alguien que pueda comenzar a atar cabos: a Julia y Blas, por ejemplo. Ella es abogada y él sabe manejar información. O a la Policía directamente, no sé.

Sonia asintió. Se terminó el último sorbo de té y se levantó, colgándose el bolso. Luego introdujo los pulgares en los bolsillos del pantalón y lo miró con sincera piedad.

—Espero que estés equivocado, Ángel. De verdad lo espero. Y también espero que encuentres el norte, que te tranquilices, que todo te vaya bien.

Ángel, con mansedumbre, frunció los labios y asintió.

—Gracias, Sonia. Me quedo aquí un rato. Para darte tiempo a que te vayas tranquila.

Ella solo dijo que sí con la cabeza. Le puso una mano en el hombro unos instantes y luego subió la escalera que llevaba a la piscina y a la salida.

Ángel no se volvió hacia ella. Se quedó mirando el lago, la bóveda a través de cuyo centro una claraboya natural proyectaba un cono de luz sobre el agua, el semicírculo luminoso que, desde el otro lado, se reflejaba en el agua como un espejo bajo cuya superficie los cangrejos persistían en su ceguera. Miró el reloj. Eran las seis de la tarde. Pidió otro café y la cuenta. Tenía tiempo suficiente de tomárselo y estar en Máguez antes de que anocheciera. Y una vez allí, dar con la única finca del pueblo que tenía tres ciruelos.

En efecto, no fue complicado encontrarla. Y cuando lo hizo, comprobó con satisfacción que estaba a las afueras, lo suficientemente apartada como para que nadie pudiese verlo llegar y dejar el coche en el lado occidental, a salvo de las miradas curiosas de la gente del pueblo. Se veía hermoso, Máguez, al atardecer. Un sembrado de casas y huertas a la falda de la montaña producida por el volcán, preludiando el malpaís de lava que se extendía hacia el naciente.

Pero no había venido para disfrutar del paisaje. Salvó la tapia lateral de la finca e ingresó en el huerto cuidado en el que crecían hileras de papas. Cerca de la casa, estaban los ciruelos, junto a una higuera también crecida. Sí, Tomás cuidaba bien del huerto, pero poco de la casa. No le costó dar con una ventana cuyo postigo podría abrir fácilmente. Solo entonces se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, y usó su teléfono móvil para llamar a Mauri. Este contestó enseguida y le preguntó cómo estaba, qué hacía, si se pensaba ir de la isla sin pagarle la cena que le debía.

—Pues claro que no —contestó—. Pero no va a ser en Los Chinijos.

—Los Chinijos o superior, ¿eh, mi sargento? Que menos no te acepto.

—Me vas a aceptar lo que te diga, porque ahora mismo estoy en Máguez.

—Coño, ahí tiene la finca mi viejo —dijo el brigada sin perder la alegría.

—Lo sé. La única finca con tres ciruelos del pueblo, ¿verdad?

—Sí, señor. Es verdad, que te lo dije. Está saliendo del pueblo, en la carretera que va para...

—Para el mirador de la Caldera.

—Equilicuá... Eso es. ¿La viste?

—Ya te dije que estoy aquí.

—Hombre, pues dame un ratito y nos bajamos a cenar a...

—Mauri —lo interrumpió Ángel. Y Mauri se dejó interrumpir, porque ya había notado algo extraño en su tono de voz—. Te espero aquí, en la finca de tu viejo. Para arreglar cuentas, pero no para cenar.

—No te entiendo.

—Sé lo que pasó. Y sé por qué.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Te espero aquí y hablamos si tienes huevos. Si no, me voy directamente a la madera.

No le permitió contestar. Simplemente, tras decir esto, colgó. Claro estaba que no se le había ocurrido llamar a la Policía en ningún momento, pero le pareció un buen incentivo para hacer llegar a Mauri hasta allí. Bajó el volumen del móvil, aunque este no dejó de vibrar durante un buen rato con las llamadas infructuosas del brigada. Entretanto, él se dedicó a abrir la contraventana y comprobar que la guillotina del interior tampoco tenía fechillo.

No tardó más de un minuto en colarse y comenzar a recorrer la casa. La última reforma de la cocina debía de haber sido en los ochenta. Y el mobiliario más reciente no era muy posterior a esa fecha. Probablemente, habían ido poniendo en la casa muebles y enseres que la familia había jubilado de su vivienda en Arrecife a lo largo de los años. En el salón, por ejemplo, había un tresillo compuesto por dos sillones de escay y un sofá con armazón de madera estampado de flores. También había un mueble bar hecho con cañas de bambú, con un par de banquetas de mimbre salidas de algún tugurio en traspaso. En su inspección por las tres habitaciones, el salón y el cuarto de baño, solo encontró algo moderno: un armario metálico que tenía un candado grueso y estaba, semioculto, junto al ropero de una de las habitaciones. Recordó haber visto un pañol en la parte trasera, junto al huerto. Volvió a salir, esta vez por la puerta principal, y regresó con una pata de cabra con la que descerrajó las fechaduras de metal entre las cuales pasaba el candado.

Alguna vez, Mauri le había hablado de aquella colección de armas que su padre y él habían iniciado hacía años, de la carabina Mauser de su abuelo o del revólver Webley que le había comprado a un ruso en el puerto de La Luz. La mayoría estaban inutilizadas o podían fallar al dispararlas, pero encontró, en uno de los cajones de abajo, munición del 22 LR, del 9 corto y, oh, sorpresa, del 7.65.

Deseó que estuviese allí toda la colección, que no hubiese en la casa del padre de Mauri en Arrecife ningún cacharro que sirviese para disparar. Pero no podía confiar en ello. Así que buscó algo que pudiera servirle de defensa

en tal caso, porque la navaja, que se había encajado en la cadera al salir del coche, podía no ser suficiente. De lo que encontró, lo que se le antojó más apropiado fue un pequeño revólver Astra con cañón de dos pulgadas. Parecía limpio y más o menos cuidado, y le serviría la munición del veintidós. Lo comprobó y cargó. Sí, serviría.

Luego se entretuvo un rato buscando las armas que funcionaban y desmontándolas hasta dar con las agujas de los percutores, que reunió en una bolsa de plástico que encontró en la cocina y colocó en una de las habitaciones del fondo. Podía ser que todo aquel trabajo fuese inútil, pero también entraba en lo posible que le salvara el cuello.

Cuando acabó, ya había pasado media hora desde la última llamada perdida de Mauri. Era mal momento para sentir sed y ganas de mear al mismo tiempo. Así que fue a la cocina, buscó agua y la consumió camino del baño.

Al terminar, puso una silla en un rincón del salón desde el que se dominaban al mismo tiempo la puerta principal y la de la cocina. Justamente en ese instante, identificó el motor del coche que se acercaba. Encendió la luz del porche, pero apagó todas las demás antes de ir a sentarse en la silla. Y allí permaneció, con el revólver apoyado sobre el regazo, hasta que el vehículo se detuvo a la entrada de la finca.

Habían venido en el Mitsubishi Montero y habían venido los dos. Lo supo por el ruido de las portezuelas, por los pasos y los susurros entre ellos, por su deambular por el huerto antes de acercarse a la entrada. No apuntó a la puerta cuando se abrió. Permaneció impertérrito mientras escuchaba la voz de Mauri, que iba delante, llamándolo por su nombre y esperó a que el otro diera la luz. Solo entonces les dijo, bromeando tontamente:

—Pasen, hombre, pasen. Están en su casa.

Mauri avanzó hasta la mitad del salón, pero, al ver el revólver, se detuvo. Tomás no se alejó de la puerta, que, sin embargo, cerró. Ambos se quedaron mirándolo con cara de espanto.

—No sé qué crees que estás haciendo, mi sargento.

—Justicia, mi brigada. Anda, siéntate.

Mauri obedeció: tomó asiento frente a él, sobre el brazo de uno de los sillones de escay.

—Usted también, Tomás. Siéntese, hombre, que no va a crecer más.

El viejo escogió una de las banquetas de mimbre del mueble. Desde donde estaba, Ángel podía ver perfectamente al viejo, a unos seis metros, y a la izquierda, a metro y medio, a Mauri. Y ambos estaban muy quietos, procurando no hacer movimientos bruscos, a la expectativa. Situación controlada, por el momento.

—Tengo ocho tiros aquí —dijo Ángel, con serenidad—. Cuatro para cada uno. Pero no tengo por qué dispararlos. A lo mejor, solo con comprenderlo, tengo bastante.

—¿Qué hay que comprender? —preguntó Tomás.

—¿Cuál de los dos la mató y por qué exactamente?

—Eso no tenía que pasar, Ángel —dijo Mauri—. Fue un accidente.

—La llamaste el día que murió. ¿Quedaste con ella?

—Yo solo quería hablar. Convencerla de que dejara las cosas del tamaño que estaban.

—Empieza por el principio.

—La culpa fue del enterado de Emeterio —dijo Tomás—. Empezó a soltar por ahí que esa muchacha estaba investigando, que por fin se iba a saber todo, que por una vez alguien le había hecho caso y se iba a saber lo de la conspiración que había contra César Manrique. Todas esas boberías. Y yo me empecé a preocupar.

—Usted conocía a Olga.

—Yo no sabía ni el nombre. Vino una vez, buscando a gente que hubiera trabajado en el Cabildo, para entrevistarla. A Ezequiel, mismo.

—¿Y a usted, lo entrevistó?

—A mí no. Yo nunca estuve en las cuadrillas. Yo trabajaba en la empresa de Blume. Y después me pasé veintipico años en el muelle.

—Pero la conoció.

—Me sacó una foto. Y poco más. Ni sabía que era novia tuya ni nada de nada, mi hijo. Pero cuando me enteré de que había hablado con el Ruin, me puse nervioso.

—Y no fue el único, Ángel —terció Mauri—. Yo acababa de llegar de permiso cuando mi viejo me comentó la movida. Yo no sabía que era ella, Olga.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Tú y yo ¿cuánto llevábamos sin hablar?

—Entonces, ¿cómo coño te enteraste?

—Por mi primo David.

—¿David Rivallo?

—En realidad no es mi primo. La exmujer de él es prima segunda mía por parte de madre.

—Ya: aquí nada queda lejos, ¿no?

Mauri dijo que sí, que allí nada quedaba lejos, que todo el mundo conocía a todo el mundo. Y luego agregó que David lo había llamado a finales de febrero para contarle que Olga estaba metiendo las narices en las cosas de aquella época y decirle que avisara a su padre, a Tomás. Se lo decía como amigo, por hacer el bien, porque él y su familia no tenían ya nada que temer, pero a Tomás le podía buscar un problema.

—David dice que no sabe nada de todo esto —dijo Ángel.

—Claro. No sabe nada. Seguro. ¿Cómo te crees tú que conseguí yo el

teléfono de Olga para llamarla? Porque a ti no te lo pedí.

—No sé si creerte.

—Pues te lo puedes creer. Yo sé que David lo sabía, porque la misma Olga me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Esa tarde. Cuando... Mira, yo, precisamente, la llamé porque David me vino todo agobiado, diciéndome que ella estaba atando cabos, que sabía que mi padre estaba en el ajo con la movida de César Manrique. En fin, que me dijo que, como yo te conocía a ti, a lo mejor podía hacer algo, no sé, hablar con ella. Te lo juro, Ángel, yo no pretendía hacerle nada.

—Ya. Y por eso quedaste con ella al borde de un risco.

—Fue ella la que me dijo de quedar allí. Cuando me di por conocido, me comentó que iba a estar sacando fotos y que nos viéramos por allá. Me lo dijo de buen rollo, Ángel, sin desconfiar. Yo no lo entendí en ese momento, pero no le pareció raro ni sospechó nada chungo. Y para allá me fui. Y le empecé a hablar de mi padre y de que las cosas que hacía él con el Ruin eran agua pasada y entonces fue cuando ella empezó a trabarse, a apartarse de mí, como loca, diciéndome que me alejara. Y yo intenté ir donde estaba ella y agarrarla para que se tranquilizara. Y entonces..., entonces...

—La empujaste.

—¡No! Qué coño... Fue al revés. La agarré, pero, al agarrarla, ella se asustó más y se soltó y, del tirón... Yo la intenté coger, de verdad, pero no llegué a tiempo. Cuando me di cuenta, ya se había caído.

Aunque fuese verdad, aunque la caída de Olga hubiese sido accidental, ella no había muerto en el acto. Mauri no había llamado a Urgencias. Simplemente, se había marchado y la había dejado allí abajo, agonizando. Ángel pensó todo esto, pero no lo dijo. Aún no. Necesitaba aclarar, antes, otra cosa. Entretanto, Mauri insistía:

—El cabrón de David fue el que nos comió la cabeza. A ella y a nosotros. Porque yo, solo en ese momento, cuando estábamos hablando Olga y yo, me di cuenta de que ella no iba detrás de mi viejo, sino de la familia de Rivallo. Que él me utilizó para intentar callarle la boca. Pero, claro, yo no me di cuenta hasta después... Hasta cuando ya no se podía hacer nada.

—¿Y Antonio el Ruin y Emeterio?

—¿Qué pasa con ellos? —se hizo el nuevo Mauri.

—Pasa que están en casa de Antonio en Viéitez. Uno degollado y otro con tres tiros de una pistola que seguro que falta en la colección de aquí —dijo Ángel señalando al armero.

Padre e hijo se miraron, comprendiendo que no valía la pena mentir sobre aquello.

—Eso fue más culpa tuya que nuestra, mi hijo —dijo Tomás.

—Y una mierda.

Tomás fue a responderle, pero Mauri lo atajó extendiendo el brazo.

—Cuando te empezaste a trabar con ellos —dijo—, se me ocurrió que lo mejor era sacarlos del asunto. No te voy a decir que no fuéramos preparados para el tema, pero, en principio, nada más que queríamos hablar.

—Convencieron a Emeterio para que los llevara a la casa del Ruin, ¿no? Mauri asintió.

—Antonio y yo no habíamos quedado muy bien —dijo Tomás—. Nos respetábamos, pero no teníamos trato. Por eso pensamos que era mejor ir con Emeterio. Ellos se tenían confianza.

—Y la verdad es que estuvimos a punto de que no hubiera violencia —dijo Mauri—. Antonio llegó a decir que por él no había problema, que el nombre de mi padre se lo llevaría a la tumba.

—Pero el subnormal de Emeterio empezó a ponerse bobo, con que si él se debía a la verdad y todas esas mierdas...

—Yo creo que nos quería sacar dinero, Ángel. O, vete tú a saber, igual se creía su propia película. La cosa es que el asunto se puso feo y tuvimos que... Bueno, ya sabes lo que tuvimos que hacer.

—Y Antonio se llevó el nombre de tu padre a la tumba, igualmente.

Se quedaron los tres en silencio. En realidad, no quedaba mucho que decir. Como si todos lo hubieran entendido a la misma vez, dieron un bufido casi al unísono.

—Joder, mi sargento —dijo Mauri—, nada de esto tenía que haber pasado. Fue el pijo de mierda este, que nos lio.

—Ya. Con echarle la culpa a él, tienes, ¿no?

—¿Y a quién si no? Un Rivallo Blume. Los Blume y los Rivallo llevan toda la puta vida quitándonos hasta la cerilla de los oídos, aprovechándose de gente como mi padre. Ahí lo tienes: el hombre tuvo que vender su dignidad por

un plato de comida. Y siguen como siempre, haciendo que nos matemos entre nosotros para salirse ellos con la suya. —Se volvió hacia su padre, para continuar hablando—: Díselo, viejo, dile los sueldos de miseria que pagaban, dile que si no hubieras hecho los trabajos esos bajo cuerda, nunca hubiéramos...

Mauri estaba a mitad de frase cuando observó, de pronto, que una expresión de horror se había pintado en el rostro de su padre. Se volvió hacia Ángel justo a tiempo de ver cómo este apretaba el gatillo del arma con la que apuntaba a Tomás. El disparo lo alcanzó justo en medio de la frente y el viejo portuario comenzó a desplomarse mientras Ángel giraba el arma hacia su hijo. Pero la ira y la sorpresa accionaron un resorte en Mauri, que dio un alarido mientras se abalanzaba sobre Ángel. En un mismo movimiento asió con la mano izquierda la muñeca de este y la alzó a la vez que sacaba el cuchillo de campaña que llevaba oculto en la cadera.

La hoja le entró a Ángel por el costado izquierdo, buscándole el alma. Pero él no se detuvo a sentir el fuego y la humedad de la cuchillada. Estaba más interesado en deshacerse del arma que no le serviría de nada si no podía apuntar a Mauri. Al hacerlo, sabía que este le soltaría aquella mano para tener la izquierda libre. Y así ocurrió. Mientras caía bajo su peso, sintió cómo la zurda de Mauri le aferraba el cuello de la camisa. Mauri se incorporó un poco para sacar el cuchillo y volver a asestar una puñalada, esta vez directa al corazón. No llegó a hacerlo, porque la navaja pequeña y fiable de Ángel estaba ya en su mano y, aun sin abrirla, usó su empuñadura para darle un golpe tremendo en el tronco del oído. Mauri titubeó unos segundos, los suficientes para que Ángel se girara y lo empujase. Y cuando se recobró e intentó levantarse, ya Ángel estaba de rodillas con la navaja abierta y entonces sí, entonces le dio el uso que tipos como ellos sabían darle a un objeto como aquel. Mauri sintió, con pocos segundos de diferencia, una punzada bajo la axila izquierda, un navajazo que le cruzó el pecho en diagonal y una última cuchillada, dada de dentro afuera, como un rasguño, en la garganta. Esa última fue la que lo mató.

Ángel buscó algo con lo que contener la hemorragia. No halló más que unos trapos de cocina con los que se hizo una compresa y se fajó el costado. No era mucho, pero tendría que servir. Luego se paró en medio del salón y contempló el espectáculo.

Mauri aún no estaba muerto del todo. La punta del pie izquierdo le temblaba de lado a lado, mientras sus últimas sangres formaban un charco sobre el suelo de baldosas.

El viejo, en cambio, había muerto en el acto. Había caído en peso sobre la banqueta, que había quedado bajo sus lumbares, elevándolo como si lo hubiesen congelado en un ejercicio de estiramiento de espalda. En su rostro también había quedado petrificada una mueca de horror, rematada por los ojos que bizqueaban hacia el pequeño agujero de su frente. No había orificio de salida. La bala le había perforado el cráneo y se había quedado alojada allí.

Dedicó unos segundos a pensar en el justo azar de que hubiesen muerto como lo habían hecho, respectivamente, sus dos últimas víctimas. Y después no dedicó ni un segundo más a volver a pensar en ellos.

Agarrándose el costado, sin preocuparse de borrar sus huellas ni su rastro, salió a la noche, roto de dolor y respirando a duras penas, diciéndose que aún no podía morir, que todavía debía ir a por el último indecente.

Según consta en el sumario, Ángel Fuentes dejó su coche de alquiler en la carretera y ascendió hasta Villa Margarita a pie, guiándose solo por la luna, que acababa de elevarse en el cielo y esa noche estaba en cuarto creciente. Parece ser que, una vez llegó a la casa de David Rivallo, se las ingenió para rodearla y saltar la tapia por la zona de la piscina sin ser advertido.

Resulta sencillo describir estas acciones. Pero no debió de ser fácil realizarlas. Para ese entonces, Ángel había perdido ya mucha sangre y, lo que es peor, la hemorragia interna le había dejado casi inservible el pulmón izquierdo. Mientras ascendía paralelo al camino, notaba una asfixia que lo hacía derrumbarse de fatiga a cada momento y, en el instante en que saltó la tapia, experimentó un dolor tan indecible que tuvo que invertir la mayor parte de las pocas fuerzas que le quedaban en no dar un alarido. Pero no lo dio. Era fundamental no darlo y no lo dio.

Se guio por la luz de la propia vivienda para acercarse hasta las puertas cristaleras abiertas, tras las cuales se escuchaba música de jazz (reconoció uno de los temas que Blas había pinchado en casa de Sonia y, tontamente, se regocijó por ello), y entró con sigilo en el salón en cuyo rincón David Rivallo tecleaba cifras en su ordenador, ajeno a su presencia, hasta que un reflejo, un paso o la mera respiración sorda de Fuentes lo hicieron volverse. Y, al hacerlo, al girarse en su sillón ergonómico, se enfrentó al hombre pálido y ensangrentado que esgrimía la navaja con la que pensaba matarlo. Iba a preguntarle qué hacía allí, qué pretendía, qué le había pasado, pero la voz asmática de Ángel se hizo oír para decirle:

—Vengo de hablar con Mauri. El primo de tu exmujer. ¿Te acuerdas de él, hijo de puta?

—No entiendo.

Ángel dio un paso hacia él, con la navaja pegada al costado, como había aprendido a hacer para evitar que el oponente se la arrebatara.

—Sí entiendes. Claro que entiendes. Se lo echaste encima, cabrón. Cuando Olga te contó lo de Antonio el Ruin, lo hizo porque pensaba que tú eras distinto y porque, en realidad, no lo iba a utilizar, porque no sabía quién era el

compadre de Antonio y no podía comprobarlo. Te lo contó como cosa pasada. Pero tú te acojonaste, no fuera que alguien manchara el prestigio de tu empresa, el buen nombre de tu puta familia.

—Espera, eso no...

—Sí, Olga pensó lo que piensan todos: que eres un buen tipo, que no eres como los hijos de puta de tu padre y tu tío, que tú eres de una generación distinta. Toda esa mierda. No se dio cuenta de lo que yo supe desde el principio. De que eres un cabrón de los peores. Porque encima eres un cabrón cobarde.

—Oye, te estás equivocando. Yo no... —empezó a decir Rivallo, comenzando a levantarse e intentando sonreír lo más amablemente posible, pero dejó de hacer las tres cosas a un tiempo al ver la mirada de Ángel mientras daba un paso más hacia él.

—Ella confió en ti y tú la jodiste.

Esas fueron las últimas palabras de Ángel Fuentes. Un segundo después, algo se quebró en su interior. David nunca supo si fue un acceso de tos o un sollozo o ambas cosas a la vez, pero tras un brusco carraspeo las lágrimas se mezclaron con la sangre que le salpicaba el rostro y soltó un esputo negro que fue a dar al suelo justo ante sus pies.

Ambos se quedaron mirando el charquito de sangre venosa. Ambos se dieron cuenta de que Ángel tenía el tiempo contado. Pero solo él supo cómo aprovechar ese tiempo, porque, sin perder un segundo más, se arrojó sobre David Rivallo y le borró para siempre la sonrisa de una puñalada en el cuello.

Después se desmayó. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba tendido en el suelo, boca arriba, mirando al techo que, ahora que se fijaba, estaba decorado con unas sutiles pinceladas amarillas y rojas que remedaban pobremente los dibujos abstractos de César Manrique. A su lado, al alcance de su mano, David Rivallo agonizaba sin haber atinado ni siquiera a arrancarse la navaja de la garganta. Sobre el parqué de madera, las sangres de ambos hombres comenzaron a mezclarse y Ángel Fuentes volvió a cerrar los ojos y supo que nunca más volvería a abrirlos. Por eso se esforzó en dedicar esos últimos instantes a recordar lo mejor que le había ocurrido en aquella vida de mierda que había tenido.

Ángel Fuentes conoció a Olga Herrera en una barbacoa multitudinaria que había organizado un primo suyo en su finca de Teror. Había acudido allí con una rubia con la que se veía por entonces y a la que no tardó en perder de vista en medio de la fiesta. No le importó. Sobre todo cuando la descubrió a ella. Estaba sentada con Sonia y con otra amiga en un rincón del jardín, bebiendo vino y hablando de cine. Él no sabía nada sobre cine. Ni sabía cómo acercarse a aquella mujer menuda de mirada inteligente. Así que aprovechó que había una guitarra por allí, se sentó y comenzó a tocar. Olga no tardó en integrarse en el corrillo en el que durante horas sonaron canciones más o menos conocidas por todos. Pero fue de las pocas que se quedaron después, cuando el pop y los cantautores dieron paso a los boleros. Hacia el final de la velada, tocó un bolero que solo ella supo identificar. Se titulaba «El ciego» y era de Armando Manzanero. Después de cantarlo juntos, ella le sirvió un vino y se presentó. Y, antes de que la rubia volviese y le dijera a Ángel que estaba cansada, que quería irse a casa, consiguieron intercambiar sus números de teléfono. Ángel pensó que era un comienzo, una oportunidad de conocer a alguien diferente. Calculó que tendría que esforzarse mucho para que Olga quisiera volver a verlo, para conseguir que llegara a sentir por él algo parecido a lo que, sin poder evitarlo y un poco tontamente, él creía haber comenzado a sentir ya. Pero supo que tenía que intentarlo. Así que esa misma semana, nervioso como un colegial, la llamó para invitarla a tomar un café.

Mucho tiempo después, tras hacer el amor al atardecer en su piso de La Minilla, mientras oían a los demás vecinos del bloque llegar a casa para cenar, ella le confesaría que, aquella misma noche, antes incluso de presentarse, ya deseaba pasar la vida a su lado, compartir con él todo el tiempo del mundo, todos los lugares del mundo, todo lo bueno y lo malo que le ocurriese, día a día, segundo a segundo, hasta el último.

Y ese, ese momento entre sábanas con Olga, ese atardecer de un mes de octubre en el que los demás hacían vida de familia mientras ellos hacían vida de amantes, fue el que Ángel estaba recordando justo en el instante en el que su corazón se paró.

EPÍLOGO

... claro está, la espiral de violencia y locura que desencadenó Ángel Fuentes en Lanzarote se cobró seis víctimas, incluyéndolo a él mismo. Al menos, eso es lo que pudo leerse en la prensa, escucharse en la radio, verse en los telediarios y los magazines informativos. Aunque jamás han quedado del todo claras las causas por las que asesinó a un compañero de armas y a tres jubilados que poco o nada tenían que ver con él, los medios sensacionalistas han puesto el foco en los indudables motivos pasionales por los que eligió al malogrado empresario David Rivallo Blume como su última víctima.

Ciertamente, el padre de su pareja, así como ciertos «activistas medioambientales» —por llamarlos de alguna manera— han difundido desde medios minoritarios material informativo que ellos juzgan esclarecedor, pero que solo ha conseguido enmarañar aún más el asunto y relacionar, para incomodidad de toda la sociedad conejera, los luctuosos sucesos de la primavera del año pasado con la figura del inmortal César Manrique, cuyo centenario habrá de celebrarse en este inminente 2019 con fastos que nadie desea ver salpicados con la sangre derramada en aquellos días.

A día de hoy, a nuestro juicio, poco más es necesario saber sobre hechos tan terribles y dolorosos. Pero sería de desear, en nuestra opinión, que se separara el grano de la paja y dejara de una buena vez de relacionarse aquella cadena homicida con la figura del más insigne hijo de Lanzarote, el artista que supo...

Blas cerró el periódico sin terminar de leer el editorial. Ya sabía lo que venía a continuación y su pausa para el café de media mañana ya se había alargado bastante. Pidió la cuenta y, mientras se la daban, llamó a Julia, que a esas horas aún estaría en el bufete.

—¿Hablo con la activista medioambiental número tres?

—¿Ya lo leíste? —le preguntó ella.

—En diagonal.

—¿Y qué te parece?

—La misma mierda de siempre.

—Opino lo mismo. Bueno, te dejo, que tengo reunión ahora.

—¿Comes en casa?

—Sí.

—Nos vemos allá, entonces.

Se levantó de la terraza dejando las vueltas en el platillo y, en vez de volver a la oficina, bajó la calle hasta el Puente de las Bolas. Diciembre había traído unos nubarrones ventosos que probablemente no descargarían, pero que ahuyentaban a los bañistas. Allí mismo, no hacía año y medio, Ángel Fuentes y él habían estado juntos, unos días antes de que Ángel hiciera todo aquello. Blas sabía que no habría actuado como Ángel, y que este se había equivocado al obrar así. Pero sabía que no todo era tan sencillo como las explicaciones oficiales querían. Que la verdad se iría hundiendo cada vez más bajo el burocrático silencio, bajo el hosco olvido. Que acabaría enterrada cada vez a más profundidad. Que permanecería oculta en lo más hondo, en las simas abisales de la infamia, allá donde solo llegan ciegas criaturas silenciosas ignoradas por el mundo.

AGRADECIMIENTOS Y UNA ACLARACIÓN

Esta novela fue escrita entre enero y diciembre de 2018, con el apoyo de una residencia de escritura de la Fundación César Manrique. Por ello, en el capítulo de agradecimientos, esta institución y todo su personal deben figurar en primer y destacado lugar. Pero desearía agradecer especialmente la colaboración de Fernando Gómez Aguilera y Chelo Niz, quienes, además de brindarme su hospitalidad, siempre han estado ahí, al otro lado del teléfono o el ordenador, atendiendo a cualquiera de mis necesidades e, incluso, mis caprichos de escritor maniático y fumador.

Además de ellos, muchas personas me han prestado su paciente asesoramiento acerca de aquellas cuestiones en las que son expertas: Mario Alberto Perdomo, Olmo García Caballero, Patricia Giménez Gómez, Vicente Corachán, Rubén López Fernández, Germán García García, Antonio José Teruel Alberich, Alberto Méndez Tabares, Félix Hormiga, Herminia Fajardo, Leandro Betancor y Trinidad Ferrer Mirabal. Otras dos personas —que prefieren no ser identificadas públicamente— me ilustraron acerca de la historia de los delitos medioambientales y de cuello blanco en la isla. A ellos, que saben quiénes son, les quedo también inmensamente agradecido por su tiempo, su paciencia y su generosidad. Y, hablando de generosidad, cerrando el círculo de quienes resultaron imprescindibles para la escritura de la novela, está Thalía Rodríguez, que no solo soportó, como siempre, mis neuras privadas, sino que, en esta ocasión, me acompañó en varios de mis viajes a Lanzarote y me sirvió de conductora y guía a través de toda la belleza de esa isla que ambos amamos.

La aclaración se refiere a las siempre lábiles fronteras entre la ficción y la realidad. Como ocurre con la mayor parte de las personas y empresas que aparecen en *La ceguera del cangrejo*, el municipio de Viéitez y la playa del Lunar, convertida posteriormente en Playa Lunar, no existen. Dada la naturaleza de esta novela criminal, que tenía como trasfondo el legado de César Manrique y los atentados medioambientales, las corruptelas y los desmanes del desarrollismo en la isla de Lanzarote, consideré oportuno inventar ese noveno municipio. Viéitez está en Lanzarote, pero podría haber

estado en cualquier punto de las sufridas costas españolas.

Las Palmas de Gran Canaria,
a 29 de diciembre de 2018